

NOA XIREAU

Juguete para 2

¿PUEDES PARTIR
TU CORAZÓN POR
LA MITAD?



Juguete para 2
NOA XIREAU

Juguete para dos

© Noa Xireau

Todos los derechos reservados

Khabox Editorial

CODIGO: KE-020-0001

ISBN: 978-1-78808-330-0

Diseño y composición: Fabián Vázquez

Corrección: Khabox Editorial

Primera Edición, Abril 2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los hechos y/o personajes del siguiente programas son ficticios, cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Esta obra tiene contenido bisexual hombre/mujer/hombre.

A todas las personas que se atreven a
vivir su vida y sus sueños.

1

En cuanto Carlos soltó un taco entre dientes apretados y giró la cabeza en dirección a la puerta, Eva le preguntó:

—¿Qué ocurre?

Se pasó una mano por el pelo, tratando de tranquilizarse.

—Son otra vez esos putos niñatos bajando a saltos por las escaleras de la comunidad. Y, para variar, la puerta de la azotea está otra vez pegando golpes por el viento porque la han dejado abierta —le explicó—. Me tienen hasta los cojones.

—Vaya. ¿Y ya has probado a hablar con el gerente de la comunidad? —le sugirió Eva. Lo estudió con el ceño fruncido a través del monitor del portátil. Carlos tuvo que esforzarse para poder oírla entre las interferencias—. Ten cuidado con ese tipo de gamberros. Basta que les pongas un dedo encima para que te denuncien y que seas tú el que acabe pagando.

«Lo que me faltaba», gruñó Carlos para sí.

—Tienes razón. Mañana le mandaré un correo al gerente para exigirle una solución. Esos dichosos niñatos no paran de dar por saco, y lo peor es que ni siquiera viven en este edificio. ¡Joder, qué ganas tengo de largarme de una jodida vez de aquí!

—Pensé que ibas a hacerlo en cuanto cobraras el dinero extra de tus últimos diseños para Dubái.

Carlos inspiró con fuerza. ¿Sería ahora un buen momento para hacerle confesiones?

Ella tenía razón. Ahora podía permitirse un piso más céntrico y moderno e incluso tenía ahorrado algo para pagar la entrada de una vivienda propia en vez de una de alquiler. La cuestión era que, a pesar de sus quejas, a él le sobraba con lo que tenía. Había invertido mucho dinero y tiempo en decorar su «habitación de juegos» y en convertir el resto de la casa en un hogar. Mudarse no solo implicaba tener que realizar nuevas instalaciones de insonorización, luces, sonido, enganches o circuitos de cámaras, sino —y, sobre todo— tener que trasladar el mobiliario tematizado. Estaba dispuesto a pasar

por todo ese calvario si había una muy buena razón para ello, y Eva era esa razón.

Se armó de valor. ¿Qué tenía que perder? Con un poco de suerte, incluso podría conseguir que ella acelerara, de una vez por todas, su regreso de Haití.

—¿Te vendrías a vivir conmigo si me compro un piso?

El silencio inundó la estancia en cuanto soltó la pregunta. Ella se quedó seria y lo contempló con esos enormes ojos oscuros capaces de ponerlo de rodillas cuando se lo proponía.

«¡Maldita sea! Esa proposición debería haber sido romántica, no haber sonado como una transacción comercial. ¿Por qué es tan difícil confesarle que la amo y que me hace sentirme feliz y especial?».

Siempre que estaban juntos terminaba por volverse más torpe que un sapo en un barreño de mantequilla. Era capaz de contarle sus fantasías más perversas, pero cuando se trataba de sus sentimientos, acababa bloqueándose.

—¿Estás diciéndome que pasaremos al próximo nivel cuando regrese a Madrid?

—Si con pasar al próximo nivel te refieres a vivir juntos y comenzar un proyecto en común, entonces sí. Eso es justo lo que me gustaría que ocurriera —le confirmó. Esperó con la respiración contenida a su reacción.

Poco a poco apareció una sonrisa traviesa en el precioso rostro femenino.

—Sabes que eso significará que tendrás que compartir tus juguetes conmigo, ¿cierto?

Su corazón se aceleró y sus vaqueros comenzaron a sentirse demasiado estrechos.

—¿Estamos hablando de juguetes de los de látex o de esos que gimen y chillan cuando se les tortura?

Ella soltó una carcajada y se acercó al monitor.

—Juguetes de los que ruegan, de los que se arrodillen ante nosotros para cumplir nuestros deseos, de los que puedas dominar para mí mientras me masturbo observándote, de los que pueda atar a ti para satisfacer mis instintos más perversos —murmuró con un tono sugerente.

Él tragó saliva. ¡Joder, esa mujer era su sueño hecho realidad!

—¿Y crees que será prudente seguir teniendo juguetes cuando nuestra relación se vuelva más formal? —Carlos no pudo evitar ponerla a prueba. Todo era demasiado perfecto para ser real.

La risa de Eva llenó la habitación.

—Tengo cuarenta y cuatro años y soy lo suficiente sincera conmigo misma, y contigo, como para reconocer que ninguno de los dos nació para que nos canonizaran. Y ambos lo sabemos desde la noche que nos conocimos en el club —se burló ella—. Una relación normal, con sexo en la cama todos los sábados por la noche, acabaría por llevarnos a la infidelidad. Pero no te equivoques. —Se puso seria y un brillo de advertencia apareció en sus ojos—. Puedo ser muy liberal y consentir que tengamos algunos caprichos, como ahora, que no estamos juntos, pero espero sinceridad y fidelidad, igual o más que la que existe en cualquier otro tipo de relación vainilla si decidimos irnos a vivir juntos.

Los ojos de Carlos se entrecerraron al oír «Tengamos..., como ahora que no estamos juntos».

—¿Cuántos juguetes tienes ahora? —Se resistió a otorgarles el título de «amantes». Un juguete podía usarse y olvidarse. Los amantes rara vez se iban sin dejar alguna marca.

Ella arqueó una ceja.

—¿Son celos lo que detecto en tu voz? ¿Tengo que recordarte que nos hemos dado libertad para disfrutar plenamente de nuestra sexualidad hasta que regrese a España?, ¿o creías que dejaría que tú disfrutaras de nuestro acuerdo en tanto que yo me pasaba las noches en casa viendo telenovelas y soñando contigo?

Carlos abrió la boca para protestar, pero tal y como la abrió, volvió a cerrarla. Hicieron ese trato hacía casi dos años, cuando ella regresó a Haití para terminar su participación en una misión humanitaria de la Policía Nacional. Es fácil hacer un acuerdo así cuando crees que una relación en la distancia no va a llegar a ningún sitio. Se había equivocado, ¡y cómo! No solo había persistido su atracción, sino que sus conversaciones por videollamadas casi diarias y sus vacaciones compartidas la habían convertido en una parte fundamental de su vida.

—Tienes razón. Es solo que... —Carlos se pasó los dedos por el pelo.

—Cariño...

—¿Sí?

Ella echó la silla para atrás, se levantó e hizo que su vestido se deslizara hasta el suelo. Carlos casi dejó de respirar cuando la vio con nada más que un diminuto juego de ropa interior que apenas cubría sus seductoras curvas. ¿Cómo iba a dejar de desearla si cada día lo sorprendía con algo nuevo? Sus ojos no tardaron en seguir el provocador trazado de las elegantes manos femeninas sobre sus pechos. ¡Joder! ¡Esa mujer lo volvía loco!

—¿Ves esto? —Eva se inclinó hacia la cámara, mostrándole un primer plano de su generoso escote. Carlos se pasó la lengua por los labios al distinguir el oscuro pezón bajo el encaje—. Es tuyo, al igual que yo, bebé. Deberías saberlo a estas alturas. A veces visito uno de los clubs que hay por aquí para desfogarme un poco, pero jamás entablo relaciones personales con mis juguetes, y apenas hay un par de ellos con los que repito de vez en cuando.

—¿Cuáles?

Su voz salió más áspera de lo que pretendía. Se sentía dividido entre el deseo de vigilar cómo sus pezones se hinchaban por debajo del encaje casi transparente y la sensación agrisulce de imaginarla con otros hombres. Ignoró el sentimiento de culpabilidad que lo invadió al percatarse de que él se aprovechaba mucho más de su acuerdo que ella.

—Principalmente, Lisa. Creo que te gustaría verme con ella.

—¿Una mujer?

Carlos tragó saliva cuando su erección comenzó a pulsar enclaustrada en sus vaqueros.

—Ajá... ¿Te gustaría que la trajera alguna vez aquí a casa para que puedas observar lo bien que se somete a mis deseos? —le ofreció ella, liberando uno de sus enormes pezones.

—Sabes que me encantaría, bebé. Me excita cómo te pones cuando sale a relucir tu lado más perverso. —«¿Y qué hombre con sangre en las venas se resistiría a ver a dos mujeres montando una sesión

privada para él?»—. Humedécete el pezón y déjame comprobar cómo brilla con tu saliva.

—¿Con mi saliva... o mejor con esto?

Los elegantes dedos bajaron hasta desaparecer de la pantalla, para reaparecer segundos más tarde brillantes y húmedos.

Carlos gimió al ver cómo embadurnó sus aureolas, cubriéndolos con la brillante capa. Bajó su propia mano para rodear su erección sobre sus vaqueros. «¡Dios, me muero por saborear esas tetas! ¡Maldita sea!». Le entraron ganas de lanzar el portátil contra la pared cuando se congeló la imagen. «¡No te vayas ahora, no te vayas ahora!». Respiró aliviado cuando los dedos de Eva comenzaron a moverse de nuevo tirando del pezón sin compasión.

—Ahora con el otro —le ordenó, abriéndose los botones de los vaqueros—. ¡Mierda! —exclamó desesperado cuando la pantalla se quedó en negro—. ¿Eva?... ¿Eva?

¡Nada!

Salió de la sesión de Skype para reiniciar la llamada. Tras dos intentos, apareció sentada frente a él.

—Parece que la conexión va fatal hoy. Tu voz va y viene, y ya te has quedado congelado un par de veces —le explicó ella.

—Debe ser el dichoso temporal —suspiró Carlos—. En la azotea sigue sonando esa maldita puerta, y por el tamborileo que hay sobre la persiana, o está cayendo un chaparrón o es granizo.

La pantalla volvió a congelarse, aunque esa vez fue apenas por unos segundos.

—No sé si es por tu lado o por el mío. Internet también está fallándome. Ya sabes cómo son las conexiones por aquí.

¡¿Que si lo sabía?! Claro que lo sabía. No era la primera vez que tenía que conformarse con una paja porque no habían podido terminar lo que habían empezado. «¡Mierda! Parece que hoy va a ser otro de esos dichosos días de consuelo solitario». Eso o pasarse la noche con una erección del quince, lo que tampoco resultaba muy alentador.

—¿Por qué no me enseñas lo que hay debajo de ese precioso encaje, a ver si tenemos suerte y podemos acabar?

Ella rio.

—Mueve la cámara web y dame un aliciente para seguir. Hoy no hay tiempo para sensual y lento.

Los labios de Carlos se estiraron. Esa era su exigente y perversa chica, y esa era precisamente la razón por la que había comprado una cámara externa esas navidades: para complacer los caprichos y demandas de la señora.

Bajó la cámara hasta enfocar su entrepierna. Consciente de que estaría viéndolo, se tomó su tiempo para deslizar la mano sobre su erección con movimientos pausados y certeros. Achuchó el glande para cosechar un par de diminutas gotas y usarlas para hacer brillar la oscura punta. Desde el portátil resonó un gemido ahogado. La sonrisa de él se ensanchó cuando comprobó que una de las manos femeninas había desaparecido de la pantalla y que los preciosos ojos castaños brillaban de deseo.

—Echa la silla para atrás. Quiero verte.

Esperó a que obedeciera su petición.

Era preciosa. No era el tipo de mujer guapa según los estándares de la moda, pero era atractiva, y mucho; al menos para él. Resultaba fácil comprobar cuándo estaba excitada. No solo se le hinchaban los labios, sino que sus mejillas y pechos se cubrían de un ligero rubor a medida que su deseo crecía, justo como en ese momento, cuando con una mano se acariciaba el pecho y con la otra trazaba rápidos movimientos bajo el provocativo encaje lila del tanga.

Viéndola sentada, con sus piernas abiertas y los pies apoyados sobre el asiento, y justo al lado, en la pantalla, el primer plano de su erección, era imposible no imaginar lo que sería apartar el triángulo de tela para restregarse contra los húmedos pliegues hasta acabar hundido en ella.

«¡La madre que me parió! ¡Otra vez no!».

No esperó a que la imagen congelada desapareciera. Desconectó rápidamente la videollamada para reiniciarla otra vez. ¡Había estado tan cerca de correrse...!

«¡Nada!».

Después de cuatro intentos de llamada fallida, le entraron ganas de lanzar el dichoso portátil contra la pared. Se echó para atrás en la silla y contempló la diminuta imagen del perfil sobre la pantalla blanca.

¡Mierda! Estaba harto de esa situación. Quería tenerla allí, con él, en su cama y en su vida.

Se sobresaltó cuando sonó el ¡rin, rin! de la llamada entrante, pero cualquier pensamiento nefasto se le pasó cuando captó un vistazo de los redondeados pechos, que aún sobresalían por encima del sujetador.

—*Sorry*, cielo. Parece que hoy no hay manera. Acaban de avisarme para que vaya más temprano al trabajo. Parece que mi compañero ha vuelto a coger un cólico y no podrá ir —se disculpó Eva, colocándose uno de sus oscuros rizos detrás de la oreja.

«Genial, lo que faltaba». Carlos reprimió sus ganas de soltar tacos y trató de poner una sonrisa comprensiva.

—Está bien, cariño. Es lo que hay.

—Lo siento. Tengo tantas o más ganas que tú de correrme.

—Coge tu vibrador y dame cinco minutos. Conseguiré que te corras chillando mi nombre.

Ella se mordió el labio.

—Tengo que irme. Ya llego tarde, y tú tienes que ir a cerrar esa puerta de la azotea.

—Yo no tengo que ir a ningún sitio.

—Si llueve tanto como dices, se os va a inundar toda la comunidad. Alguien tiene que subir a cerrar.

—Pues que se compren barcas inflables —gruñó Carlos cuando vio cómo guardaba sus pezones dentro del sujetador.

—Cielo... —ella apoyó la barbilla en sus manos y esperó a que la mirara, malhumorado—, ¿te he dicho ya que te adoro?

Carlos suspiró y sonrió contra su voluntad.

—No, hoy no. Y creo recordar que hace ya algún tiempo que no me lo dices.

—Mmm... —Ella frunció pensativa su nariz—. ¿Sabes lo que pienso? Creo que estas últimas semanas, entre nuestro desfase horario y nuestros trabajos, no hemos pasado el suficiente tiempo juntos. Apenas quedan dos días para el fin de semana. ¿Qué tal si nos reservamos algo de tiempo para nosotros y tenemos una cibercita el sábado para charlar y jugar juntos como nos merecemos?

—Me apunto esa cita, chica sexi.

Le guiñó un ojo sintiéndose algo mejor. Era cierto que prefería el sexo real al virtual, pero nada era comparable a como ella era capaz de excitarlo y despertar su parte más perversa.

—Procuraré estar a la altura de las circunstancias. —Ella le dedicó una sonrisa sensual—. Y, bebé, pórtate bien entre tanto.

Un estremecimiento de anticipación lo recorrió. Era habitual que lo llamara bebé, sin embargo, cuando lo hacía en un contexto sexual, era su manera de indicarle cuál sería su rol en el juego. «Papi», y era él quien cogía las riendas, llevándola al límite, con libertad total para tratarla como su sumisa, una niña o convertirla en su puta. «Bebé», y era su turno de convertirse en el juguete de una mujer experimentada y perversa que disfrutaba llevándolo a la desesperación y haciéndolo sufrir.

—Esperaré impaciente, mami.

La sonrisa de Eva se congeló en su rostro. Por como sus ojos se oscurecieron, dejaba claro que lo habría montado allí mismo si hubiera podido.

—Y yo, bebé. No puedes hacerte a la idea de cuánto te deseo y lo doloroso que resulta a veces no poder tenerte aquí conmigo.

Él cerró los párpados e inspiró con fuerza. Se equivocaba. Sí que podía hacerse una idea, y sabía que no era ninguna exageración. El deseo no satisfecho, las ganas de tenerla entre sus brazos y sentirla piel contra piel, la añoranza... Dolía, realmente dolía.

—Te necesito junto a mí —le confesó ronco cuando abrió los ojos.

—Pronto, bebé, muy pronto.

Él tragó saliva y rezó porque fuera antes de que acabara por perder la cordura.

—Buenas noches, chica sexi.

—Buenas noches, cielo.

Permaneció un rato contemplando la imagen congelada. La amaba; era así de sencillo y así de complicado.

Un fuerte portazo en el tejado lo sobresaltó y lo sacó de su ensimismamiento. ¡Dios! Iba a escribirle al gerente aquel mismo día para exigirle una solución. ¡A ese paso, iba a acabar por retorcerle el cuello a esos niñatos!

A regañadientes, se puso una chaqueta y subió a cerrar la jodida

puerta de la terraza. «¿Por qué siempre tengo que ser yo el gilipollas de turno?», gruñó cuando, aún a mitad de la escalera, la ventisca empujó los goterones de lluvia helada hacia él. Debería haber cogido un paraguas o una bolsa de plástico para protegerse. Dudaba mucho que consiguiera regresar a casa medianamente seco.

Tomando los escalones de dos en dos y sujetándose al pasamanos para evitar un resbalón, llegó al rellano en el que la puerta se sacudía violentamente. No le quedó más remedio que poner un pie en la azotea bajo el tremendo chaparrón para tratar de atraparla.

Centrado en luchar contra el estruendoso vendaval, le pasaron desapercibidos los leves gemidos y sollozos a solo unos metros de él. Hasta que un rayo iluminó la terraza no descubrió la pálida figura desnuda acurrucada y medio escondida, temblando detrás de las salidas de ventilación.

—¿Qué demonios...?!



2

Carlos corrió bajo la inclemente cortina de agua, apenas notando la incómoda rigidez de los vaqueros empapados por el helado aguacero. Tenso, se detuvo justo antes de llegar a la columna de aireación. Paralizado por la impresión, contempló el escuálido cuerpo, tembloroso y expuesto, que con una mano trataba de taparse los genitales y con la otra intentaba protegerse la cabeza como si esperara que lo atacaran a base de patadas y golpes. Un nuevo relámpago le hizo recuperar la compostura.

—¡Escucha, chico, no voy a hacerte daño!

Tuvo que gritar para ser oído por encima del vendaval y los truenos que retumbaban cada vez más cerca. Con lentitud y las manos a la vista, se puso en cuclillas al lado de la asustada criatura. Reconoció al joven universitario retraído y huidizo que vivía con la alcohólica del primero. Nunca había hablado con él, pero se habían cruzado varias veces. Recordaba poco más que la forma tímida en que siempre desviaba la vista hacia el suelo y la ropa algo hortera y raída que solía llevar junto con una vieja mochila vaquera.

—¿Tienes algo roto? ¿Puedes levantarte?

En la oscuridad apenas podía distinguir un pómulo hinchado y un fino hilo de sangre por el labio. Maldijo. No se atrevía a tocarlo más de lo necesario. Con un chico desnudo, vulnerable y asustado, las interpretaciones erróneas podrían causarle problemas. Muchos problemas.

Cuando el chaval movió la cabeza pero no hizo ademán de incorporarse, decidió que no le quedaba más remedio que arriesgarse.

—Escucha. Está diluviando y vas a acabar cogiendo una pulmonía. Voy a cogerte, ¿vale? No te asustes, ¿de acuerdo?

Sin esperar respuesta, lo tomó en brazos, sorprendido por el reducido peso a pesar de que debía tener cerca del metro setenta. Soltó otra maldición para sus adentros y decidió llevárselo a casa para echarle un vistazo antes de entregárselo a los más que dudosos cuidados de su madre y llamar a la policía en caso de que fuera

necesario. El joven no protestó cuando cargó con él y se acurrucó casi desesperado contra el calor de su cuerpo. Recuperando la llave, Carlos renunció a perder el tiempo luchando contra la fuerza del viento y dejó que la puerta de la terraza siguiera zarandeándose violentamente mientras trataba de bajar con cuidado por los escalones mojados.

Depositó el tembloroso cuerpo sobre el sofá y fue a por una toalla para envolverlo y secarlo. En cuanto notó el tono azulado de la lechosa piel y el tiriteo casi espasmódico, maldijo por enésima vez. Sin pensárselo dos veces, corrió al baño para abrir los grifos de la espaciosa cabina de ducha, se quitó las zapatillas de deporte y, cogiendo la liviana figura en brazos, se metió con ella bajo el agua caliente.

A pesar de que el convulsivo temblor pronto desapareció, el chico seguía estremeciéndose en sus brazos a la vez que sollozaba con la cara escondida en su cuello y se sujetaba a él con desesperación. Estrechándolo contra su pecho, Carlos se dejó deslizar con él hasta el suelo, bajo el tranquilizador chorro de la ducha. Sin tener claro qué decir, se resignó a permanecer en silencio, abrazándolo y acariciándole la espalda.

Pasaron quince minutos o quizás más; no habría sabido decirlo con certeza. Pese a la camisa y los vaqueros mojados, tener al chico en sus brazos poseía un cierto efecto calmante que lo hacía olvidarse de la incomodidad. Los sollozos habían terminado y, aunque el chaval seguía con la nariz enterrada en su cuello, pudo presentir que en su conciencia comenzaba a entrar la extraña circunstancia en la que se encontraba: abrazado y desnudo sobre el regazo de un extraño.

—¿Te sientes capaz de levantarte? —El chico asintió sin alzar la cabeza—. Es tu turno de ayudarme. Se me han quedado dormidas las piernas —intentó bromear Carlos para quitarle peso a la situación.

Cuando el muchacho irguió la espalda, Carlos se encontró de frente con los ojos azules más grandes e inocentes que había visto nunca en un hombre. El «gracias» del chico fue apenas audible, pero llamó su atención sobre los labios llenos y algo hinchados. Con el agua caliente habían adquirido un sugerente color borgoña que contrastaba

de forma llamativa con la piel nacarada a la que apenas cubría un ligero tono rosáceo.

Sin poder evitarlo, levantó la mano para tocar con delicadeza la zona hinchada en la comisura de los labios. Reprimió la incipiente sonrisa al recordar uno de los cuentos de su infancia: «... piel blanca como la nieve, labios rojos como la sangre...».

—Tienes el labio algo rajado, pero en unos días ni se notará — murmuró con suavidad.

El chico asintió en silencio. Carlos se sintió intranquilo cuando lo vio tragar saliva.

—Escucha, yo... Ahí arriba..., ¿te han hecho algo más? —quiso saber, sin estar muy seguro de cómo plantear el asunto.

El joven apartó la mirada, pero negó.

—Dinero. Solo querían dinero.

Carlos suspiró aliviado.

—¿Me ayudas a levantarme? Lo de tener las piernas dormidas iba en serio —le confesó con una mueca.

El muchacho se levantó apresurado sobre sus aún inestables piernas y le ofreció la mano. Carlos gimió al estirarse.

—¡Joder! Jamás pensé que con treinta y dos, uno pudiera sentirse como un viejo.

—Lo siento... Yo...

—¡Nah! No es culpa tuya. —Carlos le quitó importancia con un gesto indiferente de la mano—. Puedes aprovechar y lavarte. Has debido rozarte contra la pintura desconchada. Tienes algunos restos de esas laminitas blancas en el pelo. O si quieres, puedes ir saliendo y coger el albornoz que está colgado detrás de la puerta. Si no te importa, voy a quitarme la ropa mojada antes de salir para no dejar el suelo empapado. Pasar la fregona no está en mi lista de pasatiempos favoritos.

El chico asintió y echó un vistazo algo avergonzado alrededor.

—Toma. Aquí tienes el champú y ahí está el gel de ducha. ¡Ups! ¡Cuidado! —Consiguió coger el bote de champú justo antes de que se estampara contra el plato de ducha y lo devolvió a las manos temblorosas—. ¿Todo bien?

El muchacho asintió sin mirarlo. Deshaciéndose de la camisa,

Carlos ignoró sus inseguros gestos. Cuando tiró los vaqueros en una esquina del plato de ducha, el chico aún seguía con la mano llena de champú. Contemplaba con la boca abierta el gran tatuaje étnico que le recorría toda la parte izquierda del torso, desde la ingle hasta el hombro, formado por dos dragones contrapuestos.

—Cuesta trabajo imaginarme así cuando casi siempre se me ve con trajes y corbatas, ¿no? —rió Carlos por lo bajo, acostumbrado a la sorpresa de los que lo veían por primera vez desnudo—. Anda, date la vuelta —le indicó, cogiendo el champú para lavarle la media melena, que mojada era de un tono rubio oscuro—. Oye, acabo de caer en la cuenta de que ni siquiera sé cómo te llamas —le mencionó, al echarse algo del gel blanquecino en la palma.

—Gabriel.

—Bonito nombre. No muy típico por aquí, pero te va.

El joven soltó un bufido disgustado.

—Ya, por lo del arcángel Gabriel, ángel de la pureza y la inocencia —masculló con sarcasmo.

Carlos alzó una ceja divertida a su espalda.

—En realidad, recuerdo que ese nombre significaba algo como «Fuerza de Dios». Tuve una compañera en la universidad que se llamaba igual y siempre llevaba uno de esos llaveros de metacrilato en los que viene el significado, el número de la suerte y esas chorradas. La parte de los ángeles se me había olvidado.

—¿Fuerza? Bonita fuerza que tengo. Podrían haberme bautizado directamente como Pringao —soltó el chico con amargura.

Cogiéndolo por los hombros, Carlos lo giró hacia él.

—No te equivoques —le advirtió—. Se requiere mucha más fuerza para aguantar una paliza que para darla. Pegar es fácil; insultar, aún más. Lo difícil es recibir insultos o una paliza y al día siguiente ser capaz de levantarse de la cama y andar con la cabeza bien alta.

El ligero temblor en los labios y los ojos repentinamente brillantes lo hicieron calmarse y recapacitar. El chaval ya había tenido bastante mierda por un día como para aguantar ahora sus sermones.

—Escucha, lo siento...—Por instinto, lo atrajo hacia él para abrazarlo—. Shhh..., está bien... Mañana lo verás todo diferente —

murmuró cuando trató de tranquilizarlo mientras lo mantenía pegado a su cuerpo.

De algún modo, sentir la delicada figura ajustada a él, piel sobre piel, se sentía diferente; no por el calor que emanaban ambos cuerpos, sino por la extraña sensación de bienestar y cercanía que parecía proporcionarle. Constató que, a pesar de su delgadez, el chico apenas era una cuarta más bajo que él y que su cabeza encajaba a la perfección en el hueco de su cuello, sitio al que parecía estar cogiéndole un especial apego.

«¿Qué cojones estoy haciendo?».

La repentina realidad de la situación se filtró en su conciencia. ¿Qué hacía abrazando a un chico desnudo, al que no conocía, en la ducha? No era que no hubiera abrazado a algún amigo en el pasado o que no hubiera tenido experiencias bisexuales antes, pero este no era el caso. Con el trauma por el que acababa de pasar la criatura, era probable que acabara por malinterpretar toda la situación y terminara denunciándolo por abusos sexuales.

—Voy a buscarte algo de ropa. Tomate todo el tiempo que necesites —espetó, al apartarse con brusquedad de Gabriel.

En cuanto cerró la puerta de la ducha tras él y cogió una toalla, se inspeccionó en el espejo empañado. Secó apenas un pequeño tramo para poder mirarse a los ojos. Nada en el rostro algo duro revelaba la confusión que sentía ante sus propias reacciones. Era protector por naturaleza. Lo era con Eva, a pesar de su independencia, y lo había sido con su madre y su hermana durante toda su vida, pero jamás había sentido el instinto de protección hacia otro hombre. «Chico», se corrigió a sí mismo cuando echó una ojeada a la delgada figura que se traslucía a través de la mampara de ducha. Lo mejor que podía hacer era buscarle algo de ropa, despedirlo y olvidarse de todo el incidente. El joven acababa de afirmar que se encontraba bien, y él no era quién para meterse en lo que no le importaba.

Comenzó a secarse, ignorando la chispa de incómoda culpabilidad que sentía. En cuanto el muchacho se fuera, no volvería a verlo a solas. No había nada más de qué preocuparse, ¿verdad?



3

Eva alzó la cabeza de los exámenes que estaba corrigiendo cuando el niño la llamó por segunda vez:

—Madmoiselle?

—Mimoune, ¿cómo hemos dicho que debes llamarme durante las clases?

—*Teacher* —le respondió el crío con ese extraño acento mezcla de francés y criollo.

—Eso está mejor. —Ella le guiñó un ojo—. ¿Has respondido a todas las preguntas? —Le echó un vistazo a la extrañamente elegante letra del niño cuando le entregó su examen.

Mimoune solía terminar el último, y ella había descubierto que más de una vez dejaba preguntas sin responder por vergüenza a permanecer más tiempo que los otros en la clase.

—Sí, madmoiselle teacher.

Ella reprimió su impulso de corregirlo. Reprenderlo le quitaría mérito al premio que pensaba darle y hasta resultaría contradictorio.

—Eres el último en terminar... —Su corazón se encogió cuando Mimoune echó un compungido vistazo a las mesas vacías de sus compañeros—. Admiro que sea más importante para ti hacer un buen examen que salir corriendo para ir a jugar, como han hecho algunos de tus amigos —Eva sacó del cajón un paquetito de cinco chokolatinas envueltas en llamativos envoltorios metalizados de colores—, de modo que creo que te mereces un premio. Toma.

Los ojos del niño se abrieron como platos en su oscuro rostro cuando vio las tabletas de chocolate que le ofreció. Presenciar cómo la sonrisa de Mimoune se expandió por su cara la hizo sentirse como si acabara de convertirse en el hada madrina.

—Mercí, madmoiselle!

A Mimoune le faltó tiempo de arrebatarle las chokolatinas de la mano y llevárselas al pecho como si fueran valiosas joyas que tuviera que cuidar.

—Mimoune, deja de llamarme *madmoiselle*. ¡Es *teacher*!

—*Oui, mademoiselle* —le respondió Mimoune de camino a la puerta,

donde había aparecido sor Lucía, quien alzó una ceja.

—¡Mimoune!

El niño se giró hacia Eva con cara de no haber roto un plato en su vida al tiempo que escondía el chocolate a su espalda.

—Oui?

—Acabo de indicarte que me llames *teacher*.

—¡Pero las clases ya han acabado, *madmoiselle*!

Eva entornó los ojos y profirió un bufido mientras sor Lucía rompía a reír.

—Anda, Mimoune, ve al comedor. Están a punto de servir el almuerzo, pero, a partir de mañana, yo que tú le echaría cuenta a tu *teacher*, porque no hay muchas que premien a sus alumnos con chokolatinas tan ricas como con las que acaba de obsequiarte.

—¿Puedo comerme una tableta antes de ir a comer?

—De acuerdo, pero hazlo sin que te vean tus compañeros, y esconde el resto en tus bolsillos.

A Mimoune le faltó tiempo para desenvolver una de las chokolatinas y darle un enorme mordisco. El resto, junto con el envoltorio vacío, las colocó sobre un pañuelo sucio que sacó de su ajada mochila. Las envolvió con tanto cuidado que, de no haber sido por las manchas amarillentas de la tela, habría parecido un paquetito de regalo. Luego escondió su tesoro en el fondo de la mochila, dejando claro que no pensaba compartir su delicioso botín con facilidad. Metiéndose las últimas onzas de chocolate en la boca, Mimoune masculló algo ininteligible, que debía ser una despedida, y salió apresurado del aula.

—Vaya, lo siento. Debería haberle dicho que se guardara el chocolate hasta llegar a su casa —se disculpó Eva, pasándose una mano por los ojos, cansada.

Sor Lucía hizo un gesto para quitarle importancia al asunto.

—No me importaría que se lo comiera todo ahora. Esas calorías extra le vendrán bien. El motivo por el que prefiero que lo guarde es para que no se lo quiten los niños mayores y porque mañana tendrías a toda la clase sin salir a su hora esperando que les dieras un premio —rió la monja.

Eva suspiró con pesadez. A pesar del año y medio que llevaba allí,

no acababa de acostumbrarse a un mundo en el que los niños jugaban descalzos y medio desnudos por la calle, en el que a veces la única comida que recibían al día eran las dos raciones del comedor escolar y en el que la fuerza, junto con la picaresca, se habían convertido en la base para sobrevivir. En parte, ese era el motivo por el que seguía allí. Debería haber huido de regreso a España el primer día que puso un pie en aquella isla, pero por más que la destrozaban las condiciones en las que vivían allí los niños, su responsabilidad y su conciencia no le permitían marcharse; no sin haber aportado al menos un granito de arena a la vida de aquellos pequeños.

Sor Lucía le pasó una hoja de papel.

—Aquí tienes el presupuesto proforma y el listado de la talla de los zapatos. —La monja dudó por un instante—. ¿Estás segura de querer seguir así? Sabes que te agradezco de corazón lo que estás haciendo, pero estás invirtiendo más de la mitad de tu sueldo mensual en mejorar la vida de esas criaturas. He visto cómo te privas de cosas que podrías permitirte con facilidad. Últimamente, estoy viéndote cada vez más estresada y deprimida. Quizás sea el momento de tomarte un descanso y dedicarte un poco a ti misma.

Eva echó un vistazo al total de la factura e hizo un rápido cálculo mental de cuánto le supondría esa cifra en euros. Era algo menos de lo que había esperado, lo que significaba que aún le sobraba lo suficiente como para poder arreglarle a la señora Ihilani la rueda de su triciclo para que pudiera seguir vendiendo su comida por la calle. Sonrió.

—¿Y eso lo dice una mujer que ha sacrificado su vida por los demás?

—Aquello que nos da paz y felicidad no es un sacrificio —negó sor Lucía.

—Eso mismo se aplicaría entonces a mí, hermana. Me hace sentirme bien poder ayudar, y con el incremento de sueldo que me pagan por estar aquí, puedo permitírmelo.

—Si no es el exceso de cargas que te has echado encima, ¿qué es entonces lo que te tiene así?

Eva inspiró con fuerza y soltó la factura sobre el escritorio. Pues claro que le influía la penuria que presenciaba cada día, pero habría

sido más fácil si hubiera tenido a alguien con quien compartirlo.

—No es el ayudar lo que me pesa, sino lo sola que me siento.

—¿Ya has acabado con ese agradable caballero que vino de visita para navidades?

—No, seguimos juntos, pero una relación a través de la pantalla del ordenador no supe el calor de unos abrazos ni llena una casa vacía.

La hermana sabía que compartía casa con dos policías más y una voluntaria de una ONG, pero también que en tanto sus compañeras disfrutaban de la vida turística de Haití, ella permanecía buena parte de su tiempo en el centro escolar o en su casa.

—Comprendo. —La mujer asintió pensativa—. Pero lo primero que uno debe comprender en este camino de amor al prójimo es la necesidad de cuidar de uno mismo. No podemos ayudar a los demás si nos descuidamos a nosotros. Tómame un descanso y recupera las fuerzas necesarias para poder seguir ese camino. No es necesario convertirse ni en monja ni en santa para ayudar. —Lucía sonrió, dándole una cariñosa palmada en el hombro antes de dirigirse a la puerta.

Eva retuvo una carcajada. «¿Santa? ¡Ay, si usted supiera, hermana!». *Y mejor ni hablemos del disfraz de monja que tienes guardado en una caja en el armario*, añadió una vocecita en su interior.



Cuando las varillas se doblaron con el viento y el aguacero empapó lo poco de él que aún quedaba seco, a Carlos le entraron ganas de lanzar el paraguas contra la pared. «¿Es que hoy no hay nada que pueda salir bien?». Estaba hasta las narices del tiempo, tenía los pies congelados y el frío hacía que su nariz se sintiera como un grifo oxidado con goteras.

Llegar cinco minutos tarde a Correos y que se negaran a registrarle la entrega del proyecto con fecha de ese día ya había sido malo, pero haberse pasado media hora sentado en el autobús al lado de un guiri que olía como un barril de cerveza caducado y no paraba de hablarle de lo buenas que estaban las españolas al echarle su aliento, digno de una cosecha entera de ajos añejos madurados en bodega, ya era demasiado. Ni porque hubiera sacado el móvil y lo hubiera ignorado

ni porque se dedicó a mirar por la ventana del autobús, se dio el guiri por enterado de que quería que lo dejaran en paz.

Carlos aprovechó la cubierta de una obra para enderezar las varillas del paraguas sin que se mojara el maletín que llevaba protegido contra su pecho bajo la gabardina. El resultado fue que, tal y como avanzó dos pasos a través del temporal, el paraguas se plegó justo bajo un caño de agua. «¡La madre que me parió!», maldijo, dando una zancada para salir de debajo de la desagradable ducha helada. Enfadado, tiró el paraguas a la primera papelera que encontró. «¡Maldita sea! Estoy calado hasta los huesos».

Después de eso, ¿debería haberle extrañado encontrar a un grupo de gamberros en chubasqueros atosigando a un pobre chaval en una bocacalle sin salida? Probablemente sí, pero ya estaba al límite de lo que estaba dispuesto a aguantarle al destino.

—¿Se puede saber qué hacéis? —Carlos se tensó y apretó el puño derecho, preparándose para defenderse cuando los niños alzaron sus cabezas para ojearlo sin soltar a su indefensa víctima, que se cubría el rostro con los brazos—. Acabo de llamar a la policía, de modo que largaos si no queréis que os lleven a un juzgado de menores.

Le daba igual que lo creyeran o no; ni siquiera sabía si prefería que se largaran sin más o que le dieran una razón para desfogarse con ellos. Uno de los gamberros entrecerró los ojos, incorporándose para enfrentarse a él, pero otro se colocó enseguida al lado de su amigo y le propinó un codazo de advertencia.

—Vámonos. El marica desgraciado este no lleva nada más y llegamos tarde.

«¡Cobardes!».

Carlos no los perdió de vista cuando pasaron por su lado. Tenía ganas de lanzarse sobre ellos para demostrarles lo que era enfrentarse a alguien que sabía cómo defenderse, pero no creía que fuera un buen momento de meterse en problemas, sobre todo cuando podía oír los desolados sollozos a su espalda y necesitaba comprobar si el chico estaba bien. Aun así, no relajó su postura hasta que los gamberros desaparecieron por la esquina.

Girándose, se dirigió apresurado hasta el chaval, que permanecía

sentado en el suelo, meciéndose abrazado a sus rodillas y con la cabeza enterrada entre sus brazos. «Quizás debería llamar a la comisaría de todos modos».

—¿Te han hecho daño? —Se acuclilló al lado del chico y le puso una mano sobre el hombro para reconfortarlo. ¿Qué demonios estaba pasándole al mundo? Ya iban dos chicos acosados por gamberros en apenas dos días. No era como si él hubiera sido un santo en su juventud, pero desde luego no se dedicó a propinar palizas en callejones oscuros. Se congeló cuando bajo la capucha de la sudadera asomó un mechón rubio tan mojado como el resto de la ropa del chaval—. ¿Gabriel?

Cuando no recibió respuesta, le alzó la barbilla con un dedo. Gabriel apartó el rostro y evitó mirarlo. Los goterones de agua se mezclaron con las lágrimas sobre sus pálidas mejillas. Comparado con los ojos rojos y los sollozos con el corazón encogido de ese momento, el susto que le había dado el día anterior pasó a un segundo plano. A Carlos se le formó un nudo en la garganta al verlo así.

—Ven, vámonos a casa.

Tapándose de nuevo los ojos con las manos, el chico lo ignoró. Decidido, Carlos lo cogió por la cintura y lo obligó a levantarse. Dio un suspiro cuando su maletín se estrelló contra el suelo esparciendo los documentos por un charco junto a lo que parecían ser unos libros de universidad y un paraguas destrozado. No lo soltó hasta que tuvo claro que permanecería de pie. Lo dejó apoyado contra la pared y recogió sus papeles, el maletín y los libros mojados antes de colocar un brazo alrededor de sus hombros, obligándolo a acompañarlo. Para cuando llegaron al portal, sudaba por el esfuerzo de sujetar el maletín y los voluminosos manuales universitarios con un solo brazo en tanto presionaba con el otro la espalda del chico para arrastrarlo consigo.

Lo acompañó hasta la que creía recordar que era la puerta de su piso.

—¿Es aquí? —le preguntó. Gabriel asintió, pero permaneció inmóvil y con la cabeza gacha—. Dame las llaves.

—Se la han llevado junto con mi monedero —murmuró el chico sin apenas voz.

«¡Mierda!». Llenando sus pulmones de aire, Carlos intentó tragarse

la ira que amenazaba con desbordarlo y se cambió el maletín y los libros de brazo. «¿Y ahora qué?».

—¿Sobre qué hora llega tu madre? ¿Falta mucho? —le insistió cuando Gabriel se limitó a encoger los hombros.

—Sí.

—¿No tienes una copia escondida en alguna parte?

—La que había debajo del felpudo la usé ayer cuando perdí la otra en la azotea.

—Anda, vamos a mi casa. No puedes quedarte esperando a tu madre tal y como estás. Y cuando deje de llover, podemos buscar en la azotea a ver si encontramos la otra copia —concluyó tras inspeccionar la ropa empapada del chico, que no estaba en mucho mejor estado que la suya propia.

La subida hasta el quinto fue tensa. Gabriel mantenía la cabeza agachada, pero a Carlos no se le escaparon las lágrimas silenciosas que resbalaban por sus mejillas. Le habría gustado abrazarlo y darle algún tipo de consuelo, pero en su mente aún estaba vivo el recuerdo del día anterior y la reacción de su cuerpo al contacto con el chico.

A pesar de no parecer afeminado en absoluto, Gabriel tenía un aire de vulnerabilidad inherente que le afectaba. No pudo evitar compararlo con Eva. También ella despertaba en él la necesidad de protegerla, pero, en contraposición con Gabriel, en ella destacaba su personalidad y su fuerza..., y obviamente su entrenamiento en defensa personal de la policía.

No era tan ciego como para no darse cuenta de que bajo las capas de determinación y empuje de Eva se encontraba escondido un halo de dolor e inseguridad. Solo había que ver la forma en que después de hacer el amor necesitaba que la abrazaran o, cuando no estaban juntos, que él la reafirmara. También había visto el brillo de dolor en sus hermosos ojos cuando le contó la muerte de su compañero en un tiroteo callejero. Había sido únicamente un instante, apenas unos segundos antes de que inspirara, controlara sus emociones y sonriera cambiando de tema.

Aquel día se había quedado observándola con una extraña confusión cuando comenzó a relatarle anécdotas graciosas sobre sus primeros días en Haití. Quizás, otros la habrían calificado de

superficial, pero él supo en aquel mismo momento que la realidad era una bien diferente. Eva era una mujer fuerte, capaz de enfrentarse a la vida y sobrevivir sin la necesidad de buscar culpables para justificar sus desdichas ni de hundirse por los tropezones que el destino ponía en su camino. La había deseado en ese momento como jamás había deseado a ninguna otra mujer, con el corazón, más allá de cualquier necesidad física. La había anhelado con él, en sus brazos y en su vida.

En cuanto cerró la puerta tras ellos, Carlos tiró la llave sobre el mueble de la entrada y dejó el maletín y los libros sobre la mesa. Tendría que encontrar la forma de secarlos en cuanto se hubiera ocupado del chico. Se deshizo de la gabardina empapada mientras Gabriel permanecía de pie, al lado de la puerta, abrazándose y con los hombros encogidos. Miraba a su alrededor como si no supiera qué hacer ni a dónde ir. Sin poder hacer nada más, Carlos soltó un suspiro cuando vio las marcas de agua en el suelo.

—Ve al baño y date una ducha caliente. Te ayudará a entrar en calor. Vamos a tener que cruzar los dedos para que no cojamos una pulmonía —le dijo, deshaciendo el nudo de la corbata.

Gabriel inspeccionó la ropa de Carlos, pero no parecía atreverse a mirarlo a la cara.

—Tú también estás mojado —murmuró el chico.

—Iré a la ducha en cuanto termines.

—Es tu casa. Deberías entrar el primero.

Carlos se contuvo para no decirle que si alguno tenía más probabilidades de coger una pulmonía era él, que estaba en los huesos y volvía a tener los labios azulados.

—No te preocupes, adelántate, así voy buscando algo de ropa para los dos.

Como si acabara de activar una palanca y hubiera abierto una presa, Gabriel se llevó las manos a la cara y comenzó a sollozar de forma descontrolada. Carlos estuvo a su lado en dos zancadas y lo abrazó.

—¡Shhh! Ya pasó todo. Cálmate...

No pudo evitar desear coger a los hijos de puta que le habían hecho eso. ¡Joder, los había tenido a su alcance y los había dejado

marcharse sin más! Gabriel apoyó la frente en su hombro, pero siguió llorando y temblando en sus brazos.

Tras unos minutos sin que se tranquilizara, Carlos decidió que no podían esperar más. No solo necesitaba que el chico entrara en calor, sino que la noche anterior, el agua caliente parecía haberlo calmado.

—Vamos a la ducha.

Sin soltarlo, lo empujó en dirección al baño. Apenas se tomó el tiempo de tirar su corbata sobre el lavabo y quitarse el cinturón y los zapatos con la punta del pie. Se agachó para ayudarlo a deshacerse de las deportivas y, procurando ignorar el enorme agujero por el que salía el dedo gordo del joven, se incorporó y reguló el grifo de la ducha. No dio mayores explicaciones ni Gabriel se las pidió cuando lo metió en la cabina con ropa y todo. Lo ayudó a quitarse la sudadera mojada para que entrara antes en calor y se estremeció ante el enorme cardenal burdeos que estaba formándose en su costado. «¡Hijos de puta!». Carlos lo abrazó de nuevo. «¡Tengo que encontrar una forma de parar a esos gamberros!».

Después de un rato, Carlos se dejó deslizar por la pared para sentarse en el suelo con Gabriel en brazos. Apoyó la cabeza en los azulejos y dejó que llorara contra su cuello. Cerró los ojos. La situación era extrañamente familiar a la que habían vivido justo el día anterior. Parecía como si los sucesos estuvieran repitiéndose en bucle. Sin embargo, en ese momento, el delgado cuerpo parecía temblar más de desesperación que de miedo o frío.

Lo apretó con más fuerza, deseando tener algo que lo ayudara a consolarlo o para hacerle olvidar, pero no había nada que pudiera decir o hacer más que esperar y dejar que se desahogara. Luego, cuando salieran de la ducha y el chico estuviera calmado, lo invitaría a comer. En un ambiente relajado estaba seguro de que podría sacarle la información que necesitaba para denunciar a esos hijos de puta. El problema no era ninguna broma. Era necesario encontrar una solución, pero primero necesitaba averiguar el alcance de la situación para ir a hablar con la madre y proponerle poner una denuncia ante la policía.

Su mente regresó a Eva. La llamaría luego para pedirle consejo. Ella sabría qué hacer, y lo mismo incluso podría recomendarle hablar con

alguno de sus compañeros. A pesar de llevar un año y medio en Haití, parecía seguir en contacto con sus colegas de la comisaría y se llevaba bien con todos ellos.

Carlos suspiró. Necesitaba hacer algo para evitar que la criatura insegura y desesperada en sus brazos volviera a pasar por las manos de esos cabrones.



4

Gabriel tardó un buen rato en calmarse. Sin embargo, aun cuando dejó de llorar, de vez en cuando se le escapaba algún que otro sollozo. Carlos le dio tiempo para recomponerse. No tenía prisa y no le importaba tenerlo entre sus brazos. Si no hubiera sido por como la tela mojada de la camisa y del pantalón lo aprisionaba, tampoco le habría importado estar bajo el agua caliente de la ducha.

—¿Mejor? —Intentó sonreír cuando al fin el chico alzó la cabeza para contemplarlo con ojos hinchados. Gabriel negó—. Escucha, sé que estás pasándolo mal, pero todo esto...

Sus palabras se ahogaron cuando el joven se lanzó de forma desesperada sobre él y presionó los labios contra los suyos. El sobresalto inicial dio paso a una explosión de excitación cuando la atrevida lengua invadió su boca. Había algo tan sorprendentemente erótico en su inocencia que Carlos no pudo evitar sujetarle la cabeza y tomar la iniciativa, chupando la lengua y jugueteando tentadoramente con ella antes de empujarla de regreso a su hogar para iniciar su propia exploración. Gabriel gimió y manos temblorosas buscaron con torpeza sus pezones a través de la fina camisa mojada. El placer se irradió a través de él como una explosión de luz que se dirigió como un rayo hasta su ingle, haciéndolo jadear.

—¡Basta! —Carlos tiró de su cabellera para apartarlo de él.

—¡Por favor!

—No estás en condiciones para...

—¡Por favor! Lo necesito. ¡Hazme olvidar!

El tono de voz, combinado con la desesperación de los ojos azules, despertó la parte más oculta y morbosa de Carlos, y su erección le dio una perceptible llamada de atención cuando se endureció hasta un punto casi doloroso. La duda de cómo el chico sabía que él estaría dispuesto a follárselo aun siendo un hombre quedó relegada a un segundo plano cuando las inseguras manos intentaron descender por su cuerpo. Lo cogió por las muñecas para detenerlo.

—¡No! Estás traumatizado. No eres consciente de tus acciones y sería como si me aprovechara de tu situación.

—Sé lo que hago. ¿Cómo harías tú para olvidar toda esta mierda? «¡Joder!». Podría haberle dicho que ir al psicólogo, pidiendo ayuda y tantas y tantas cosas más, pero sabía que no era verdad. Cada vez que necesitaba desahogarse u olvidar, él lo hacía de dos formas: o se iba al gimnasio y torturaba su cuerpo hasta reventar o buscaba sexo, sexo duro, fuerte, desenfrenado y sin compromisos.

Como si pudiera seguir el hilo de sus pensamientos, Gabriel volvió a inclinarse hacia él, aunque esta vez de forma más insegura. Carlos desterró cualquier tipo de pensamiento racional de su mente. Soltándole las muñecas, le sujetó la cara con ambas manos y trazó los labios rojos con el pulgar.

—¿Cómo lo quieres?

—Fuerte, salvaje y capaz de hacerme olvidar quién soy.

«¡Joder!».

Acercándolo decidido hacia él, tomó su boca por asalto. No se anduvo con delicadezas ni remilgos. No solía hacerlo con otros hombres y tampoco era lo que le había pedido. Sobre su lengua, el agua de la ducha se mezcló con el sabor de Gabriel, y la fina camisa mojada apenas supuso un obstáculo para sentir el calor contra su pecho. El chico gimió cuando lo cogió por el trasero, indicándole que se reubicara sobre su regazo. Sin separar sus bocas, Gabriel se colocó sobre él con las piernas abiertas y Carlos aprovechó para abrirse los botones.

Ambos jadearon cuando su peso bajó sobre Carlos y sus ingles quedaron aplastadas la una contra la otra. Hasta que las inseguras manos buscaron el camino por debajo de la camisa para encontrar sus pezones, no salió de su exaltado estado de delirio. No era como si sus ganas de poner al chico a cuatro patas y empotrarse en él hasta atravesarlo hubieran desaparecido, pero no había que ser un lumbreras para saber que la criatura tenía poca —por no decir ninguna— experiencia a nivel sexual. Estuvo a punto de preguntarle si aún era virgen cuando los temblorosos dedos intentaron pellizcarle los pezones sin atinar a hacerlo.

«Contrólate, toma el control, dale lo que necesita y luego deshazte de él».

Lo racional habría sido pararlo todo en ese mismo instante, a pesar

de que su instinto más oscuro y animal le pedía coger lo que se le ofrecía, aprovecharse de toda esa necesitada inocencia y luego no mirar atrás. Sin embargo, acabó por no echarle cuenta ni al angelito de su derecha ni al demonio de su izquierda y tiró por el camino del centro, aun sabiendo que habría un precio a pagar por ello.

—¡Muévete! —le ordenó, despegándose de él y cogiéndole las estrechas caderas con ambas manos para enseñarle cómo deslizarse sobre el abultado paquete que resultaba más que evidente bajo sus pantalones.

Gabriel obedeció sin rechistar, con el aliento saliéndole en jadeos con cada nuevo roce contra su dura verga. Sin perderlo de vista, Carlos le abrió el desgastado cinturón de tela y los botones de los vaqueros. Por el modo en que saltó de su enclaustramiento, la erección del chico parecía estar más que preparada. Tirando de su media melena, lo obligó a arquear la espalda hacia atrás hasta que sus pezones quedaron al alcance de su boca. Sin soltar el agarre sobre el cabello, Carlos se inclinó para capturar el diminuto pezón entre sus labios al tiempo que con la otra mano comenzaba a bombearlo. Sonrió contra la suave piel cuando Gabriel trató de apartarse de él. Había sospechado que no tardaría mucho en que ocurriera, pero no que fuera tan pronto. Succionó con más fuerza y aceleró el ritmo de su mano.

—¡Para!

Carlos alzó la cabeza para estudiarlo.

—¿No era esto lo que querías?

Gabriel asintió con rostro torturado antes de negar:

—No aguanto. Voy a... ¡Joder! ¡Para! —El chico trató de frenarlo.

«No. No ahora, cuando te tengo donde quería tenerte».

En condiciones normales, ese habría sido el momento en el que lo habría puesto de espaldas a él para tomarlo. No obstante, no hacerlo no le quitaba la excitación ni la necesidad de comprobar cómo Gabriel perdía el control por él.

—¿Vas a correrte, chico lindo?

—¡Para! ¡Para! —Los chillidos alarmados sonaron casi histéricos.

—¡Mírame! —Carlos mantuvo la presión sobre su erección, que había comenzado a pulsar contra su palma, pero evitó mover la mano

hasta que el muchacho lo obedeció y lo miró con ojos vidriosos—. ¿Quieres correrte? —Gabriel tragó saliva y asintió en silencio—. Entonces dame lo que quiero y córrete para mí.

Reinició su ritmo con lentitud, sin perder de vista los enormes ojos azules. Gabriel se relajó sobre él y las estrechas caderas comenzaron a balancearse al unísono con la mano de Carlos, buscándolo y entregándose a él.

—Te mancharé —le murmuró el chico como si estuviera a punto de cometer un crimen.

—¡Hazlo!

Las manos temblorosas se sujetaron a sus hombros, su cabeza cayó hacia atrás con un largo y agónico gemido y las caderas comenzaron a empujar frenéticas. Chorros de calor cubrieron a Carlos, alcanzando incluso su mandíbula, pero no se detuvo. Agarró la nuca del chico y lo atrajo hacia él para besarlos, ahogando sus últimos gemidos en tanto que exprimía hasta la última gota de placer del joven, quien acabó dejándose caer exhausto contra él.

—¿Mejor? —le preguntó cuando la respiración de Gabriel parecía haber vuelto a la normalidad. El muchacho asintió, pero cuando no alzó el rostro, Carlos sospechó que la realidad estaba empezando a entrar en su conciencia. Ignoró la pulsación en sus pantalones. No iba a hacer nada para aliviarla; al menos, no en presencia del chico. Más importante aún que la posibilidad de que pudiera acusarlo algún día de haber tomado ventaja de él era su propia conciencia—. ¿Me ayudas a levantarme?

Gabriel se levantó rápidamente de su regazo y le ofreció una mano. Carlos gimió cuando los músculos de sus piernas se estiraron protestando por la larga tortura a la que los había sometido. Sus cejas se arquearon cuando vio cómo el chico trataba de guardarse con torpeza el pene en sus vaqueros. Sus dientes, prácticamente, rechinaron ante la probabilidad de que pudiera acabar por cogérselo con la cremallera.

—¿No crees que sería mejor que te los quitaras en vez de ponértelos? Deberías aprovechar para acabar de ducharte mientras voy a buscar algo seco para los dos.

Gabriel alzó la cabeza con rapidez.

—¡No!

—¿No qué? —Carlos frunció el ceño, confundido.

—Yo... Lo siento... Yo no quería... —Los ojos azules lo contemplaron desesperados—. Yo no quería correrme tan rápido. No volverá a pasar. ¡Lo prometo!

Carlos se cruzó de brazos.

—No te preocupes por eso, no ha pasado nada. Me ha gustado tal y como ha pasado —le confesó con un guiño, callándose que no pensaba dejar que volviera a ocurrir.

—Pero tú no... —La nuez del chaval subió y bajó con rapidez—. No te vayas aún, por favor —añadió con una mirada tan llena de desesperación que hizo maldecir a Carlos en su fuero interno.

«Que Dios nos coja confesados», masculló para sus adentros, pero no salió, consciente de que estaba cometiendo un error del que acabaría lamentándose. «¿Y no te arrepentirás si te alejas de él cuando es más que evidente que te necesita y que sus ojos están pidiéndote ayuda a gritos?».

—¡Quítate los pantalones mojados! —gruñó molesto consigo mismo. Gabriel obedeció con rapidez, no perdiéndolo de vista mientras Carlos terminaba de quitarse la camisa y los pantalones para lanzarlos a una esquina de la cabina—. Tus bóxers y tus calcetines también —le indicó, quitándole los vaqueros de las manos para tirarlos encima de su ropa amontonada en el plato de ducha.

No esperó a que lo obedeciera para alargar el brazo a por el gel de baño y echarse una abundante dosis sobre la palma. Dudó un instante, pidiendo permiso a los inmensos ojos azules antes de enjabonarlo. Le tomó por sorpresa la suavidad con la que sus manos se deslizaron por la tersa piel, resbalándose sobre ella. Sin pretenderlo, se recreó en la sensación, trazando largas líneas desde las muñecas hasta los hombros, del cuello hasta el ombligo y de nuevo de regreso hacia arriba. Era casi como acariciar un cuerpo embadurnado de aceite, aunque imaginaba que incluso en ese caso habría existido mayor resistencia.

El repentino alejamiento de Gabriel al darle la espalda lo cogió desprevenido, sacándolo de su ensimismamiento. Notó la nueva

tensión en los estrechos hombros cuando el chico apoyó las manos abiertas en la pared, a ambos lados de su cabeza.

—No llego bien a la espalda... El resto puedo hacerlo yo luego si prefieres. —Inseguras y apenas audibles, las palabras salieron algo entrecortadas.

El vientre de Carlos se estremeció y su erección recuperó la vida. Incluso si no hubiera tenido la experiencia que tenía, habría advertido que el chico estaba tratando de seducirlo a su manera, tentándolo y ofreciéndose a él. Una ola de deseo se extendió a velocidad de vértigo desde su ingle al resto del cuerpo. La imagen expuesta de Gabriel, apoyado en la pared con piernas y brazos abiertos en cruz y su cabeza ligeramente ladeada y agachada en posición sumisa, despertó la parte más depredadora y dominante de él. Tomó una profunda inspiración, tratando de controlar sus instintos. ¡Joder, cómo deseaba aceptar lo que esa criatura le ofrecía!

El agua resbalaba por la nacarada piel, trazando de forma cautivadora mil caminos por la estrecha espalda, invitándolo a recorrerlos con su lengua. Todos y cada uno de esos senderos terminaban en el valle del redondeado y prieto trasero. Estuvo tentado de abrir los apetecibles cachetes para beber de él. Con disciplina extrema, rellenó las palmas de sus manos con gel y comenzó a recorrer con lenta firmeza las largas líneas imaginarias que comenzaban en la cintura y las caderas y que, tras recorrer espalda y brazos, acababan en las delgadas muñecas.

A medida que deslizaba las manos por la cintura, sus dedos podían sentir los músculos del liso estómago encogerse a su paso en tanto la respiración del chico se tornaba entrecortada e irregular. Cuando recorrió los brazos, Gabriel dejó caer la cabeza hacia atrás y soltó un apenas contenido gemido. Carlos estuvo tentado de morder el trozo de cuello expuesto ante él, pero se conformó con recorrer hombro y cuello con su barbilla, algo áspera por la incipiente barba, y permitió que su erección, aún enfundada en los bóxers, buscara un hueco entre las nalgas que, por voluntad propia, se apretaban contra él.

Deslizó su mano por el lampiño pecho hasta el pequeño y duro pezón, pinchando y tirando de él para probar el límite de su resistencia al dolor. Mordió el lóbulo de la oreja casi al mismo tiempo

que su otra mano se cerraba alrededor del duro e inflado glande. Gabriel comenzó a moverse frenéticamente entre el sólido cuerpo de Carlos apretado contra su trasero y la áspera palma que rodeaba su erección con firmeza.

Estuvo a punto de correrse ante los descontrolados sollozos y gemidos de placer; más cuando era consciente de que hacía apenas un rato que el chico se había corrido y que, sin embargo, volvía a desearlo. Fueron los escasos restos de su autocontrol lo único que le permitió no inundar sus propios bóxers.

Reconociendo el estado enardecido e irreversible de Gabriel, enredó sus dedos en la cabellera rubia, girándole la cabeza para alcanzar su boca y tragarse los gritos de éxtasis. Manteniendo una firme sujeción sobre él, siguió bombeando hasta que su mano estuvo bañada por semen espeso y caliente.

Continuó besándolo hasta que los gritos se convirtieron en simples gimoteos y las piernas temblorosas del chico recuperaron su estabilidad. Al despegarse, observó a cámara lenta cómo Gabriel comenzaba a ser consciente de lo que había pasado de nuevo y cómo el horror y la vergüenza inundaban sus inocentes ojos. Con un suspiro, lo soltó y se giró hacia la mampara para abrirla y salir. No pensaba confesarle la satisfacción que le producía haberlo hecho correrse una segunda vez en tan poco tiempo. «Ni cómo me duele la polla ahora mismo».

—Termina de lavarte. Voy a preparar la cena.

—¡Espera!

—¿Sí? —Esperó sin girarse.

—Tú no...

Carlos lo miró sobre su hombro, obligándose a sonreír.

—No se trataba de mí, sino de ti... Ah..., ¿una *pizza* te viene bien?

Gabriel lo contempló con una expresión vulnerable y confusa antes de dar un paso hacia él y dejarse caer sobre sus rodillas.

—¡Eh!... ¡Oye!... No necesitas hacer eso... Está bien, ¿sabes? Ni siquiera tengo claro qué es lo que ha pasado... ¡Mierda! —exclamó cuando sintió el calor y la presión de la pequeña lengua a través de la tela envolviéndose alrededor de su huevo izquierdo.

Después de un momento de titubeo, reunió las fuerzas suficientes

para tirar de la melena rubia y alejarlo de él. Cuando se encontró con los inocentes ojos azules rogándole casi a gritos que lo dejara seguir, habría destrozado con gusto cualquier cosa que tuviera al alcance de la mano.

«¿No es suficiente con que quiera empotrármelo contra la pared, como para encima tener que verlo ahora mirándome así, arrodillado en el suelo? ¡Joder! Ni siquiera puedo decir que es por él. ¡Quiero follármelo de todas las formas posibles y luego atarlo a los pies de la cama para volver a follármelo cuando me recupere!».

—Tienes claro que no tienes que hacerlo, ¿verdad? —Recibió un asentimiento en respuesta, a pesar de la fuerte sujeción que seguía manteniendo sobre su cabellera—. ¿No te arrepentirás después?



5

La negación de Gabriel fue rotunda. Al soltar los mojados mechones dorados, Carlos pasó los dedos por su propio pelo.

—Si... —Carlos dudó—. Si me vuelvo demasiado... enérgico, exigente o... —intentó buscar una palabra que no lo asustara demasiado— rudo, avísame. —Lo miró con intensidad, dejándole claro que lo consideraba importante—. Si dices «peligro», suavizo el ritmo; «*stop*», y paró en seco. Si no puedes hablar, me das palmadas en el tobillo. ¿Todo claro?

—Peligro, *stop*, palmadas en el tobillo —confirmó Gabriel, tragando saliva y sin dejar de observarlo.

—Bien. —Carlos se bajó los bóxers y los lanzó con los pies junto a los vaqueros. Cuando descubrió los grandes ojos azules abiertos de par en par evaluando inseguros su enorme e inflado miembro, tuvo la necesidad de volver a asegurarse—: ¿Estás seguro? Aún estas a tiempo de cambiar de opinión. —Primero una afirmación y luego una negación, solo para volver a afirmar, provocaron que sonriera con una mueca divertida—. No tengo muy claro si eso significa sí o no. Pero por si las moscas, creo que debería avisarte de que aún no está en su máximo estado de gloria.

Sin titubear, Gabriel le rodeó la erección con ambas manos y lamió casi con reverencia las primeras gotas del transparente líquido preseminal, saboreándolas con la misma fruición que el gastrónomo que evalúa cada bocado de forma exhaustiva y exquisita.

—¡Mierda! —gimió Carlos, consciente de que el chico iba a ponerle las cosas difíciles. Los grandes ojos azules lo estudiaron de nuevo con ese ligero aire de inseguridad. Gabriel abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla—. ¿Sí? —le preguntó, apretando sus puños y preparándose para su previsible retirada.

—Yo... No me importa rudo —le soltó el chaval, poniéndose colorado y desviando su mirada abochornada a la hinchada cabeza de color borgoña, que había comenzado a dispensar nuevas gotas del denso líquido en su glande.

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!».

necesidad de sujetarle la cabeza y enterrarse en su garganta de una sola estocada. «A este paso, va a ser un récord si tardo más de treinta segundos. ¿Qué demonios me pasa con este chico?». Forzándose a respirar hondo, tomó el control, obligándose a ir lento.

—Chúpame los huevos... Eso es. Usa la lengua y los labios, muy húmedos, y nada de dientes —le indicó con voz áspera.

Tomando su propio placer en sus manos, Carlos se masturbó con movimientos largos y lentos observando cómo la pequeña lengua aleteaba trazando círculos alrededor de sus sensibles pelotas. Los hinchados labios se abrieron y se estiraron para tratar de abarcarlo entero. Introdujo la mano izquierda en los rizos y fue guiándolo de un lado a otro, de arriba abajo, apretándolo o separándolo para indicarle la presión y el ritmo de cada momento.

Se apoyó contra la mampara y echó la cabeza hacia atrás, recreándose en la sensación de la suave y caliente lengua lamiéndole con exquisita dedicación cada milímetro de piel, consciente de que una vez que empezara a chuparlo en serio, sería incapaz de recluir su lado dominante por mucho más tiempo; no ante un sumiso natural como lo era a todas luces Gabriel y, sobre todo, no ante unos ojos capaces de contemplarlo llenos de inocencia mientras su dueño estaba hincado de rodillas haciéndole una mamada.

—Abre la boca y mantenla así para mí —le ordenó—. Quiero las piernas entreabiertas —añadió cuando se percató de que la fina pero extraordinariamente larga verga de Gabriel volvía a despertarse.

El chico siguió sus instrucciones al pie de la letra, sin un instante de dubitación. Carlos repasó con su glande los hinchados labios, dejándolos brillantes al esparcir las gotitas del espeso líquido transparente.

—Saca la lengua..., plana —lo instruyó en tanto frotaba, golpeaba y deslizaba la cada vez más oscura y brillante punta contra la rosada y resbaladiza lengua.

Continuó haciéndolo mientras se aseguraba de empaparse bien desde todos los ángulos y avanzaba cada vez más en su recorrido, penetrando los abiertos y estirados labios. Gabriel apenas se movía, excepto por su ocasional necesidad de tragar saliva. Ni siquiera los enormes ojos azules parpadeaban al mantenerse fijos en él.

Observó como su dolorido y duro miembro desaparecía entre los labios cada vez más hinchados y tirantes. En vez de retroceder, mantuvo su lento avance casi hasta el inicio de la apretada garganta. Consiguió reprimir su deseo de ir más allá, siendo consciente de que debía darle tiempo para acostumbrarse a su tamaño y envergadura. Incluso ahora que Gabriel luchaba por mantener la boca abierta y estirada al máximo, le resultaba imposible no rozar el inflado miembro con los suaves labios. Permaneció quieto y le quitó un mechón de pelo del rostro.

—Puedes cerrar la boca alrededor de mí. ¿Todo bien? —Gabriel asintió—. Quiero que me tomes más profundo..., entero..., hasta el final. —Tragando casi convulsivamente, Gabriel lo contempló con ojos abiertos por la incredulidad—. Puedes ir a tu ritmo hasta que lo consigas. Esperaré hasta que lo hagas... —«O, al menos, lo intentaré»—. Luego retomaré la iniciativa. Puedes hacerlo —lo animó al detectar la incertidumbre en los ojos azules—. ¡Hazlo!

Observó divertido cómo se sacó su erección de la boca para estudiarla con ojos calculadores, como quien evalúa la posibilidad de atrapar a un enorme monstruo para meterlo en una jaula demasiado pequeña. La sonrisa se le congeló en los labios cuando Gabriel comenzó a alternar largas lametadas, recorriendo su erección desde la raíz hasta la punta, con pequeños toqueteos alrededor del frenillo en tanto las diestras manos no paraban de amasar y acariciar sus huevos.

Cuando la verga entera resplandecía empapada y roja, casi morada, el chico examinó satisfecho su obra. Posando los sedosos labios sobre el glande, dejó que resbalara dentro de su boca lo justo para cubrir por completo la cabeza, succionó con fuerza para soltarla de nuevo con un suave ¡plop! y reinició todo el proceso, para con cada chupada avanzar un poco más.

Sujetándose con fuerza a la barra de la pared, Carlos trató de controlar la cada vez más urgente necesidad de empujar sus caderas hacia delante. Si el lento avance ya parecía eterno, la lenta succión con la que Gabriel lo mantenía prisionero hasta soltarlo se convertía en algo casi insoportable. Echó la cabeza hacia atrás para sentir una vez más la boca de Gabriel bajando sobre él. En las últimas tres

tragantadas, ya había sido capaz de sentir su sensibilizado glándula rozando el pasaje algo más estrecho de entrada a la garganta. El chico luchaba contra sus primeras arcadas, pero seguía persistiendo sin rendirse.

Carlos encogió el estómago a medida que Gabriel bajaba más y más y lo tomaba aún más profundamente. Cuando de forma inesperada sintió la nariz sumergiéndose en su cuidado rectángulo de vello púbico y la garganta apretándolo a su alrededor al tragar, no pudo más que gemir alto y fuerte ante la corriente chispeante que se extendía desde su miembro e inundaba todo su vientre. Al mirar hacia abajo, Gabriel seguía manteniendo su erección firmemente anclada en la boca, mirándolo con ojos brillantes pero orgullosos.

—Eso es, relaja la garganta. —No pudo evitar sujetarlo por la sedosa cabellera para apretarlo contra su ingle, disfrutando de la sensación de estar enterrado hasta el fondo en el caliente y húmedo canal—. Ahora deja que salga poco a poco. Relájate y respira por la nariz. ¿Vale? —Esperó a que asintiera—. ¿Crees que estás preparado para que pueda empezar a empujar?

Contemplándolo con sus inocentes ojos azules, Gabriel abrió la boca, grande.

—¡Joder! Se te ve tan caliente ahí abajo, con los labios rojos e hinchados rodeándome... Eso es. Ahora relaja la garganta... Bien. Respira... Bien. Eso es. Trágame, déjame sentir los músculos estrechándose a mi alrededor... ¡Sííí! Mantén la respiración. Eso es..., eso es. Ahora respira. —No podía evitar la necesidad casi compulsiva de asegurarse de que estaba bien, de que entendería lo que estaba a punto de pasar—. ¿Vas bien?... Bien —respondió a la ya casi rutinaria confirmación silenciosa—. Escúchame, no creo que aguante mucho más. Necesito que confíes en mí, que entiendas que no voy a dejar que te pase nada.

De nuevo, un asentimiento.

Carlos se sintió conmovido por la absoluta confianza que descubrió en los inocentes ojos.

—Es posible que, en especial al final, si permanezco taponándote la garganta, no puedas respirar.

—Ajá —replicó Gabriel soltándolo y asintiendo, aunque frunció un

poco el ceño.

—¿Podrás hacerlo sin entrar en pánico ni asustarte?

Por primera vez, el jovenzuelo sonrió, ladeando la cabeza con una chispa traviesa en la mirada que parecía transformarlo por completo.

—¿Hoy también habrá cena?

—¡¿Qué demonios tiene que ver...?! ¡Joder! —exclamó Carlos, doblándose por la mitad y pasando de la confusión al puro éxtasis cuando el sinvergüenza que estaba burlándose de él lo tomaba en una sola tragada, aprisionándolo en su boca y chupando y mamando como si le fuese la vida en ello.

Cuando al fin lo soltó, Gabriel tenía los cachetes colorados, los ojos radiantes y los labios tan rojos e inflamados como una muñeca hinchable.

—A ver si lo adivino... ¿Tienes hambre? —Carlos lo contempló divertido y con las dos cejas alzadas, tratando de recuperarse del inesperado ataque.

El chico sonrió feliz.

—Sería capaz de comerme casi lo que fuera.

Con un carcajeo ronco, Carlos se agachó de forma instintiva para besarlo, aunque el resultado final fue más un apasionado saqueo en el que su lengua invadió la extraña mezcla de la dulzura de Gabriel y su propio sabor algo salado. Separándose con suavidad de él, lo miró con urgencia.

—Apoya la cabeza contra la pared, ¡ahora!

Gabriel reculó lo suficiente como para pegar la espalda y la cabeza contra la pared, con los muslos abiertos como le había sido indicado. Carlos se colocó ligeramente ladeado delante de él, con las piernas abiertas, cuidando de que su pierna izquierda estuviera pegada al empalmado miembro del chico a fin de que con cada movimiento se rozara y se apretara contra su tibia. Con su erección justo a la altura de los hinchados labios, apoyó una mano en los azulejos y con la otra se agarró a la rubia melena, manteniéndolo inmovilizado y a su antojo.

Haciendo una primera entrada lenta y certera de prueba, en la que se insertó hasta el fondo para apretar unos instantes y salir, comenzó a establecer su propio ritmo, saliendo casi del todo para deslizarse

una y otra vez hasta lo más profundo de la dispuesta boca. A medida que su cadencia iba incrementándose, también iban haciéndolo los gemidos vibrantes alrededor de su erección y el roce cada vez más fuerte al que Gabriel se sometía contra su pierna.

—¡Ahora! ¡Traga! —le gritó Carlos entre dientes al tiempo que se vaciaba con pequeños y profundos empujes dentro de la estrecha garganta que convulsionaba una y otra vez a su alrededor.

Acabó usando ambas manos para empujar la cabeza rubia contra él y mantener los suaves labios pegados a su ingle. Mientras su miembro palpitaba enterrado en la caliente boca, disfrutó de los últimos repiques de su inmenso orgasmo al mismo tiempo que su pierna era impregnada del cálido y denso líquido que delataba el éxtasis de Gabriel. «¿Otra vez?». La satisfacción lo inundó. ¿Cómo de extraordinario era que se hubiera corrido tres veces seguidas en tan poco tiempo? Prefería no pensar en su propia incapacidad de recuperarse con tanta rapidez.

Carlos se movió casi a regañadientes, dejándose resbalar tembloroso y exhausto al lado del chico, quien, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra los azulejos, no parecía estar mejor que él. Ni siquiera se había limpiado el fino hilo blanquecino que le corría por la barbilla.

Mirándose, Carlos recogió algo del pringoso rastro que delataba la corrida de Gabriel sobre su pierna antes de que desapareciera con la fina lluvia de la ducha. Acercó los dos dedos recubiertos de semen a los entreabiertos labios, que se abrieron con un gemido bajo la ligera presión. Lo acercó a él, lo sentó sobre su regazo y le besó los sensibles labios, recogiendo con su lengua el sabor mezclado, delicioso y exótico de ambos.

Cuando al fin se separó y vio a la delicada y temblorosa criatura mirándolo con adoración, el mundo, al fin, volvió a caer a su sitio. Pasándose una mano por los ojos, apoyó la cabeza en la pared.

—Por tu propio bien, mantente alejado de mí. Eres demasiado inocente para alguien como yo. —Posó su mano sobre los labios antes de que pudiera responder—. Voy a preparar la cena. Termina de ducharte. En el cajón del lavabo hay vaselina —terminó, señalándole los irritados labios.

Lo bajó de su regazo, se levantó y, tras enjuagarse las huellas de su encuentro, salió de la cabina de ducha.



6

El chico lo encontró apoyado con ambas manos sobre la encimera de la cocina, observando con mirada sombría algún punto indefinido ante de él. En cuanto Carlos se percató de la presencia de Gabriel, se incorporó y puso los filetes de lomo en los bocadillos ya preparados con lechuga, tomates, pimientos y jamón.

—He metido tu ropa en la lavadora. En el sofá tienes una sudadera y un chándal. Supongo que te quedarán algo grandes, pero el pantalón tiene una cuerda para apretar, así que debería hacerte el avío hasta que llegues a tu casa.

«¿No es eso lo mismo que le dije ayer?», pensó Carlos, evitando mirarlo.

—Gracias.

Carlos apretó los labios ante el apenas audible agradecimiento y colocó los platos en la barra de la cocina americana, junto a una bandeja de patatas fritas.

—¿Qué quieres para beber?

—Agua está bien —murmuró Gabriel

Inexplicablemente, la vuelta a la actitud tímida del chico al que acababa de follarse hacía apenas un rato le molestó. Carlos se giró enfadado en su dirección, pero todo pensamiento racional se evaporó al descubrir a la figura desnuda colocando el albornoz doblado, con gestos extrañamente delicados y elegantes, sobre el respaldo del sofá, para coger luego el pantalón de chándal.

Desde la distancia a la que estaba en ese momento, sin el tinte azulado del frío, pudo apreciar el suave brillo de una piel casi perfecta contra la que contrastaban los diminutos y puntiagudos pezones rosados y una pequeña marca de nacimiento a la altura de las caderas. Carecía prácticamente de vello corporal, a excepción del pequeño parche dorado entre sus piernas. Y a pesar de que le faltaban unos buenos diez kilos de carne y salud, su aspecto frágil, delicado e inocente le daba un indudable y morboso poder sobre él, permitiéndole a su mente jugarle la mala pasada de imaginarse al chico esposado a la camilla de su cuarto de juegos, con un collar de

mascota alrededor de su cuello, aros en sus pezones, una bonita escalera de pírsines en su pene y un tatuaje con su nombre en la ingle.

Asqueado de su propia imaginación y las reacciones indeseadas de su cuerpo, se giró y colocó los vasos con tanta fuerza sobre la encimera que uno se astilló. Gabriel alzó la cabeza, asustado.

—¡Mierda! ¿Cuántos años tienes? —lo interrogó irritado Carlos, sin atreverse siquiera a mirarlo.

—Veinte.

—¿Veinte?

—¡Ajá!

Con un suspiro aliviado, se pasó la mano por el pelo. No le había echado más de diecisiete.

—Bien. Siéntate y come antes de que se enfríe la comida.

Cuando terminó de colocarse la enorme sudadera, Gabriel se sentó en el taburete que le había indicado, mirándolo de reojo y con disimulo. Sin embargo, una vez que empezó a comer, pareció olvidar todo lo que había a su alrededor.

Carlos observó alucinado cómo lo que parecía un adolescente al límite de la anorexia se zampaba en cuestión de minutos dos serranitos y una bandeja entera de patatas fritas.

—Puedes comerte este también. No me cabe nada más en el estómago —le ofreció, empujando el plato en su dirección.

—¿Seguro? —quiso cerciorarse el chico casi al mismo tiempo que alargaba la mano para cogerlo.

—Sí, claro. ¿Un helado?

—¡Ajá!

Fascinado, observó el deleite con el que Gabriel rechupeteaba cada cucharilla de helado de turrón. Estuvo a punto de ofrecerle una tarina de nata con nueces, pero se lo pensó mejor. Era imposible que ese lote de comer fuese bueno para nadie.

—¿Vas a irte así o prefieres llamar a tu madre para que te traiga algo de ropa? —le preguntó cuando soltó al fin el recipiente reluciente sobre la barra.

El instantáneo cambio de expresión del chaval y su murmullo «No, está bien así» al mirar hacia el fregadero lo pusieron de inmediato en

alerta.

—¡Gabriel!

El chico se encogió antes de pasar su mirada del fregadero a la puerta.

—Te importa si te traigo la ropa mañana.

—Sí, sí me importa.

El joven lo contempló horrorizado.

—¿Qui..., quieres que... salga desnudo?

—¡Por Dios, no! —Inquieto, Carlos se pasó la mano por el pelo—. Lo que quiero es saber por qué no quieres llamar a tu madre. Ayer ocurrió lo mismo.

—Está en la cárcel.

—¿Qué?

—Está en la cárcel —le repitió el chico—. Un cliente la denunció por robarle la cartera, y cuando la cogieron, también llevaba coca.

—¿Un cliente? ¿Qué clase de cliente? —indagó Carlos, conociendo de antemano que no iba a gustarle la respuesta.

Contemplándose los pies descalzos, Gabriel encogió los hombros.

—Ya sabes... Ese tipo de clientes.

—Vale. Vale, está bien. —Carlos levantó las manos en alto, girándose en un sentido y otro, alterado, sin saber muy bien qué hacer—. ¿Hay alguien más viviendo contigo?

Gabriel negó en silencio.

—¿Con qué estás manteniéndote? ¿Trabajas o algo fuera de los estudios?

—Tengo una paga de cuatrocientos euros de orfandad de mi padre y debería estar a punto de cobrar la beca del Estado.

—Cuatrocientos euros —repitió incrédulo Carlos, escudriñándolo ahora con atención y los brazos cruzados—. ¿Cuánto pagas de alquiler?

—Trescientos.

—¿Y cómo cojones te las avías para pagar la luz, el agua, la comida y yo qué sé qué más? —gruñó alterado.

—Cáritas —le susurró Gabriel, avergonzado, sin saber a dónde mirar.

Obligándose a respirar hondo, Carlos contó hasta diez y otra vez

hacia atrás.

—La paliza que te dieron hoy... ¿fueron los mismos gamberros de ayer, los que siempre andan rondando por estos pisos?

—Sí.

—¿Cuánto dinero te han robado?

—Solo me quedaban diez euros.

—¿Es la primera vez que te han robado?

Gabriel negó cabizbajo.

—¿Cuántas veces lo han hecho?

Encogió los hombros con impotencia.

—Cada vez que me cogen.

—¿Has intentado denunciarlos?

Negó en silencio, pero Carlos permaneció esperando una respuesta más elaborada.

—Si lo hago, me matan, y no tengo ningún otro sitio al que ir ni dónde esconderme de ellos.

Dejándose caer en el sofá, Carlos se tapó los ojos, cansado. Dio un profundo suspiro antes de palmejar la plaza vacía a su lado.

—Siéntate. Ponte cómodo. —Cogió el mando del televisor y lo encendió, distraído—. Esperaré a que escampe para subir a la azotea para comprobar si están las llaves que perdiste ayer. Si no las encuentro, llamaremos al cerrajero. —Echándole una ojeada al reloj, comprobó que eran casi las seis. Si no dejaba de llover pronto, sería demasiado tarde para llamar a un cerrajero, suponiendo que con la oscuridad fuera capaz de encontrarla de todos modos—. En el peor de los casos, puedes quedarte a dormir en el sofá. —Contempló cómo Gabriel se sentaba en una punta del sofá, con los pantalones de chándal demasiado largos, cubriéndole los pies, y la sudadera casi haciéndolo desaparecer de la vista—. ¿Por qué estás ahora tan incómodo? —indagó cuando lo vio tirar nervioso de las mangas de la sudadera.

—Primero me dices que me mantenga alejado de ti y ahora que duerma en el sofá. —Gabriel se abrazó a sí mismo—. ¿Cómo quieres que esté?

—¿Tienes miedo de que vaya a hacerte daño?

El chico lo miró con el ceño fruncido.

—No, ¿por qué iba a tenerte miedo?
«Porque quiero atarte a una camilla y follarte hasta que olvides tu propio nombre».

—Bien. No tengo ninguna intención de hacerlo.

—¿Por qué me has dicho que me mantenga alejado de ti? No te he pedido nada, ¿sabes?

—Lo sé, pero tengo once años más que tú; soy bisexual, no homo, y ese es solo uno de los aspectos ambiguos de mi sexualidad. Añádele a eso que estoy enamorado de una mujer y que, aunque tenemos una relación abierta, he tomado por norma no repetir con nadie que pueda formarse expectativas erróneas sobre lo que puedo ofrecerle. Sin contar que alguien tan inocente como tú debería ser introducido en la sexualidad por alguien más «vainilla» y normal.

—¿Quién dice que soy inocente? —protestó Gabriel con algo muy similar a un mohín y la cabeza levantada en desafío. Carlos alzó una ceja, pero no contestó—. ¿Tanto se me nota? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Bastante —le replicó Carlos, reprimiendo la sonrisa que sentía emerger—. ¿Eres virgen?

—¿Me enseñarías si te dijera que sí?

—No. Sería un motivo más para mantenerme alejado de ti.

—¿Por qué?

—Porque te hace vulnerable. No quiero las complicaciones que conlleva ni tampoco hacerte daño.

—¿Es por eso por lo que tengo que dormir en el sofá?

—En parte... —Carlos dudó—. Nunca he dormido con ninguno de mis amantes, excepto con Eva, y ella es... la mujer de mi vida.

—Ah..., vale.

—¿Ah, vale? —Carlos levantó esta vez ambas cejas.

—¿Y esa Eva no vive aquí?

—No, está en Haití en una misión solidaria —le aclaró.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No has dejado de hacérmelas en los últimos veinte minutos —le recriminó Carlos, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Por qué tienes una cama en el salón cuando hay más cuartos?
¿Y por qué es una cama de matrimonio si no quieres que nadie

duerma contigo y tu chica no está?

Riendo en voz baja, Carlos le contestó:

—¿Eso no son dos preguntas?

—Soy curioso, ¿qué quieres que haga? —Gabriel encogió los hombros.

Carlos suspiró con aire dramático.

—Este piso solo tiene una habitación y la tengo ocupada para otra cosa. Y la cama es grande porque me gusta dormir a pierna suelta y porque a veces me gusta echar un polvo en ella como a todo el mundo. ¿Algo más?

—No soy virgen —le soltó Gabriel casi como una explosión.

Carlos lo estudió serio.

—Demasiado tarde, chico lindo. Ya hace un buen rato que te delataste —murmuró con suavidad, levantándose para ir a la ventana para alzar la persiana y comprobar si aún llovía mucho.

—Entonces... ¿no vamos a volver a...?

—No —le respondió más cortante de lo que pretendía.

—¿Tan malo he sido? —le preguntó Gabriel en voz baja.

Carlos se congeló con la vista sobre las diminutas gotas de lluvia que resbalaban por el cristal de la ventana. Cuando al fin se giró, Gabriel estaba acurrucado en una bola sobre el sofá, evitando mirarlo. Con un suspiro de rendición, se dirigió hacia él, lo tapó con una manta y se sentó a su lado, en el filo del sofá. Posando un dedo bajo su barbilla, le alzó el rostro, algo pálido, para mirarlo a los enrojecidos ojos.

—Hace mucho tiempo que no tenía una corrida tan buena como la de hoy, y casi más aún que no estaba tan excitado como para dejar de lado mi control. Pero no quiero, y no voy a tener una relación con un hombre más allá de una cana al aire, y mucho menos con uno once años menor que yo —continuó con firmeza—. Y no voy a arriesgarme a que surjan dudas con respecto a eso. ¿Lo entiendes?

Mordiéndose el labio algo tembloroso, el chico asintió.



—¡Son las tres y media de la mañana!

Gabriel se sobresaltó ante la desesperada queja que venía desde la oscuridad y se tapó la boca para tratar de retener sus involuntarios sollozos. Por la habitación resonó un suspiro antes de que se encendiera la luz de la mesita de noche y Gabriel tuviera que cerrar los ojos deslumbrado.

—¡Ven aquí! —gruñó Carlos, ronco.

Limpiándose con torpeza las mejillas con las palmas de las manos, escrutó la cama, donde Carlos, con el pelo despeinado, los ojos algo hinchados y sexi como el infierno en llamas, mantenía abierto el edredón mirándolo expectante. Dudó unos momentos, recorriendo con su vista los dragones entrelazados sobre los trabajados pectorales y la esculpida tableta de chocolate. Aunque desde el sofá no se veía gran cosa, sabía que estaba tal y como Dios lo trajo al mundo, porque lo había estado observando con disimulo cuando se desnudaba antes de acostarse.

—¡Dormir! ¡Solo para dormir! —lo advirtió malhumorado Carlos—. Y tráete la almohada.

Levantándose rápido, Gabriel se acercó a la cama, quitándose la sudadera y dejando resbalar el pantalón de chándal por sus estrechas caderas antes de deslizarse entre las sedosas sábanas abiertas. Se tendió de lado, cara a cara con él, que por unos momentos permaneció paralizado contemplando sus pezones encogidos por el frío y el dorado nido entre sus piernas, donde su verga había comenzado a despuntar. Tapándolo en silencio, Carlos se giró para apagar la luz.

—Date la vuelta.

Gabriel viró sin protestar. Sintió el fuerte brazo que rodeó su cintura para tirar de él, ciñéndolo contra el musculoso y caliente cuerpo masculino ubicado a su espalda, manteniéndolo atrapado allí.

—¡Para ya de moverte! —masculló Carlos con voz áspera, acomodándose detrás de él y envolviéndolo con su cálido cuerpo—. ¿Era necesario que te quitaras toda la ropa?

Gabriel no contestó al tono seco, solo se limitó a disfrutar de la sensación de piel contra piel, del calor que lo rodeaba desde atrás y de la suave caricia sobre su hombro causada por la respiración del otro. Cuando Carlos acabó de colocarse, pudo sentir su enorme

erección acomodada entre sus nalgas. Por un momento, la áspera mano viajó sobre su bajo vientre y, sujetándolo, apretó su dura erección contra él, como si quisiera dejarle claro que era consciente de que podría tomarlo cuando quisiera. Pero, a pesar de los gemidos entremezclados de ambos, supo que el hombre que le había dado cobijo por esa noche no haría nada más. No le preocupó, ya que el pequeño parche húmedo que estaba dejando con cada pequeña pulsación de la verga en su trasero constituía una promesa por sí misma.

Con una sonrisa complacida, cerró los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, se durmió de inmediato y sin tener pesadillas.



Gabriel tardó unos segundos en determinar de dónde procedía el delicioso olor a tostadas y café. Cuando abrió los párpados, todavía algo confundido, exploró el entorno desconocido, cuya decoración elegante pero masculina delataba la personalidad más íntima del dueño: una guitarra eléctrica colgada en la pared, la escultura de una mujer rolliza tragándose un enorme pene, una colección de botellas de cervezas extranjeras...

Al llegar a la ventana, comprobó que apenas entraba luz exterior a través de las persianas medio levantadas, lo que significaba que era mucho más temprano de lo que había pensado. Se estiró con pereza, disfrutando de la lujosa sensación de descanso. Hacía tanto que no había disfrutado de un sueño relajante, profundo y sin pesadillas, que ahora casi le entraban ganas de girarse de nuevo y seguir durmiendo.

Cuando alcanzó al área abierta de la cocina, sus ojos se toparon con los oscuros de Carlos, que lo estudiaban con atención. A pesar de las ojeras, el pelo revuelto y la ligera línea entre sus cejas, se le veía jodidamente guapo. Se había puesto unos pantalones de pijama, pero no se había molestado en cubrir su atlético torso. Recordando lo que había pasado la noche anterior, sintió el calor agolpándose en sus mejillas, pero se negó a avergonzarse por haber cumplido una..., la única fantasía que de verdad había deseado cumplir. Después de más de un año de miradas disimuladas, de observarlo a escondidas y verlo una y otra vez con hombres y mujeres desconocidos entrando y saliendo de su casa, Carlos por fin se había fijado en él y lo había dejado meterse en su cama.

—Buenos días.

—Hola. —Gabriel sonrió.

—¿Café y tostadas?

Antes de que pudiera responder, su estómago lo hizo por él. Abochornado, vio cómo la comisura de los labios de Carlos se elevó ligeramente, pero gracias a Dios, el hombre no dijo nada y se limitó a poner la taza y los platos sobre la encimera. Con la cara ardiendo, Gabriel se levantó de un salto de la cama y se acercó a la barra. No

recordó que se había acostado en cueros hasta que se percató de la mirada oscura y hambrienta anclada sobre su ingle y del frío plástico del taburete cuando entró en contacto con sus nalgas. Por simple cuestión de orgullo, mantuvo su compostura y aceptó el café y las tostadas que Carlos le puso delante, algo malhumorado.

—Voy a ducharme. Tengo una reunión a las ocho. Si quieres más tostadas, hay pan de sándwich en la puerta justo encima de la tostadora y zumo de naranja en el frigorífico. ¿A qué hora empiezan tus clases?

—Hoy no voy —le respondió con la boca llena.

—¿Por qué no? —Carlos lo inspeccionó con los ojos entrecerrados. Avergonzado, Gabriel ojeó su tostada y cabeceó.

—Ya llego tarde, y primero necesito entrar en mi casa para vestirme.

—Bueno, puedes entrar en las siguientes clases si encontramos las llaves.

—Luego tengo prácticas, y no voy a esas clases.

—¿Por qué no?

Gabriel soltó un profundo suspiro.

—Estudio Arte, pero el dinero no me llega para pagar los materiales de las clases prácticas... —encogió los hombros—, de modo que solo sigo con las asignaturas teóricas.

—Vale... De acuerdo... —Carlos miró a su alrededor como si no supiera muy bien qué hacer. ¿Por qué tenía que ser la vida tan perra a veces?—. Tenemos tiempo de sobra antes de irme. Cuando salga del baño, puedes entrar tú y yo iré a buscar las llaves a la azotea. Si no las encontramos, llamaremos al cerrajero de la esquina para que te abra la puerta.

Limpiándose la boca con el dorso de la mano, Gabriel se giró en la silla para observar con más atención el piso. A través de la puerta del baño podía oír los sonidos del aseo cotidiano de Carlos: el sonido vibratorio del cepillo de dientes, el algo más áspero de la máquina de afeitar eléctrica... De alguna forma, esos ruidos simples y sin importancia lo relajaban y lo reconfortaban. Pasaron casi diez minutos antes de que comenzara a oír el agua de la ducha.

Retiró la vajilla de la encimera y la colocó de forma ordenada en el fregadero. Después recorrió la habitación para detenerse aquí y allí,

tocando algunos objetos curiosos: una yegua de bronce con una vagina sobredimensionada, un dispensador de preservativos XXL de colores... Sonrió divertido al rascarse la cabeza. No era necesario ser un genio para saber cuál era la obsesión del elegante y discreto Carlos.

Al pasar por delante de la puerta del cuarto de baño, la tentación lo superó. Bajó con cuidado el picaporte y echó una ojeada. Su respiración comenzó a salir entrecortada cuando, a través de la mampara empañada de la ducha, se encontró con la imagen de Carlos apoyado contra la pared y con una expresión agónica. Era difícil ver con claridad a través del cristal empañado, pero el enérgico movimiento a la altura de las caderas dejaba claro que estaba masturbándose.

Mordiéndose los labios, Gabriel dudó si entrar y delatarse o no. No tuvo tiempo de tomar la decisión, ya que un largo y ahogado gemido inundó el baño al tiempo que gotas blanquecinas salpicaban la mampara. Gabriel se retrajo con rapidez detrás de la puerta para no ser descubierto. Mirándose con una mueca el acerado y despierto miembro entre sus piernas, hizo un cálculo mental sobre cuánto tardaría en correrse y si le daría tiempo antes de que Carlos saliera del baño. Ante la duda, decidió posponerlo. ¿Cómo de bochornoso sería que lo encontrara en plena faena, haciéndose una paja?

Cuando Carlos salió, apenas tres minutos más tarde con los pelos aún mojados y una toalla alrededor de la cintura, Gabriel suspiró de alivio y se felicitó por su buena decisión. El otro, por el contrario, tras fijarse por unos segundos en su empalmada verga y la diminuta gotita que coronaba el rosado glande, masculló por lo bajo recogiendo de forma brusca su ropa para regresar al baño cerrando con un portazo tras de sí.

«¿Y qué esperaba, paseándose con ese cuerpo serrano al descubierto? ¿Que no me afectara? ¿Con qué clase de maricas ha estado relacionándose este tío?», refunfuñó Gabriel dirigiéndose a su erección mientras trataba sin éxito de encontrar el chándal que se había quitado la noche anterior.

Un cuarto de hora después, Carlos salió de nuevo del cuarto de baño dirigiéndole una oscura mirada. Gabriel se dejó contagiar por su

mal humor.

—No encuentro la ropa que me dejaste ayer —le soltó, cruzándose de brazos.

En vez de responder, Carlos se dirigió a la puerta recogiendo un llavero a su paso.

—Voy arriba a buscar tu llave. Aprovecha para entrar en el baño.

Frunciendo el ceño al verlo salir, Gabriel optó por cerrar el pico y salir corriendo a la ducha para aprovechar al máximo su tiempo.

Tras diez minutos buscando la maldita llave, tener que ver algunas trazas de sangre en aquellos tramos de pared blanca a los que la lluvia no había llegado y encontrar la ropa rajada y despedazada del otro día, Carlos se encontró dividido entre el deseo de matar a los hijos de puta que atacaron a Gabriel y la preocupación de qué hacer con él. Lo más acertado sería despedirse y no volver a echar la vista atrás en lo que a él concernía. Sin embargo, dejarlo por completo desamparado, sin dinero ni medios, iba totalmente contra su forma de ser, lo que en definitiva era un problema.

No recordaba haber deseado tanto a nadie y no poder tenerlo. Si pasarse la mayor parte de la noche con su verga empinada y dolorida pulsando contra las redondeadas nalgas no había sido ya suficiente de por sí, el verlo paseando desnudo y excitado por su casa lo ponía y satisfacía al mismo tiempo que lo frustraba. Sin contar las durezas que iban a terminar por salirle en las palmas de las manos si seguía teniendo que aliviarse él mismo.

Cuando entró en el piso, pudo escuchar el agua de la ducha. Aprovechó para deshacerse de lo que ahora no eran más que harapos inservibles. Gabriel no necesitaba recordar lo que le hicieron esos cabrones la otra noche.

El chico salió poco después del baño, con el pelo húmedo y enmarañado y una toalla anudada a la cintura. Carlos se fijó con una ceja alzada en los ojos brillantes, los labios algo amoratados e hinchados y el ligero rubor en las mejillas. El tono rojo profundo que se extendió de inmediato por todo el rostro y las orejas de Gabriel confirmó las sospechas de Carlos, cuya parte Dom se rebeló.

—Puedes meter la toalla en la lavadora —le indicó, abriendo la puerta de cristal.

—¿Ahora? —Gabriel lo miró confundido, mordiéndose los labios—. Aún no he encontrado la ropa que...

—Te daré algo nuevo cuando haya encendido la lavadora. —Carlos lo ignoró y llenó los cacitos de detergente y suavizante.

Gabriel le entregó la toalla en silencio, evitando humillado su mirada. Carlos podía imaginarse por qué se sentía incómodo en esos momentos cuando hacía apenas un rato había estado desayunando en bolas. Teniendo en cuenta que él ahora iba completamente vestido, con su traje de chaqueta azul de ejecutivo y corbata, la percepción que Gabriel tenía sobre su propia desnudez había cambiado, en especial cuando deseaba vestirse y no tenía nada que ponerse. El chico se sentía vulnerable y expuesto, y la manera en que movía los brazos, ansioso, como si estos quisieran taparlo y él tratara de controlarlos para que no lo delatasen, le confirmó a Carlos cuán acertado estaba. No pudo evitar que las comisuras de sus labios se alzaran levemente. Sí, era un cabrón, pero tenía a Gabriel justo como quería tenerlo.

Yendo con toda la tranquilidad del mundo a la mesita de noche, la abrió y escogió un pequeño bote de vaselina de entre la colección de aceites, lubricantes y preservativos que siempre tenía preparados allí. Gabriel lo vigiló inquieto cuando se acercó con el tarrito rosa y se paró frente a él.

—¿Has disfrutado de la ducha? —lo interrogó Carlos con cierto sarcasmo a la vez que cogía una pequeña cantidad de lubricante con el dedo y comenzaba a untárselo con suavidad sobre la diminuta postilla que aún conservaba del ataque en la azotea en la comisura del labio. Gabriel recuperó de nuevo el color borgoña en el rostro cuando lo miró con ojos grandes y abiertos. Sus labios entreabiertos temblaron cuando le preguntó:

—¿Estás enfadado conmigo?

—¿Debería estarlo?

—No... No lo sé —le respondió, abriendo sus labios al suave empuje de los dedos.

Carlos cogió su labio inferior entre el índice y el pulgar, preparándolo para atraparlo entre sus dientes, raspándolo y mordisqueándolo con delicadeza, y terminando con un pequeño y suave tirón hasta soltarlo.

—No volverás a tocarte, masturbarte o correrte sin mi consentimiento... cuando estés en mi casa —añadió de forma algo desfasada mientras exploraba su boca tan a conciencia que Gabriel acabó por sujetarse a él. Sin dejar de mirarlo a los ojos, Carlos alargó la mano hacia la ingle del chico, arrancándole un delicioso gemido al atraparle su erección con firmeza—. ¿Has entendido lo que he dicho? —quiso asegurarse sin soltarlo.

—Nada... No... sin tu consentimiento —gimoteó Gabriel, empujando su pelvis contra él.

Soltándolo, Carlos se apartó, dejándolo abandonado, frustrado y desconcertado.

—Por hoy es suficiente castigo, pero la próxima vez no seré tan benévolo —lo advirtió con indiferencia, dirigiéndose al armario para coger algo de ropa para el chico.

Cuando sus ojos se encontraron con los de Gabriel a través del espejo, no pudo evitar su diversión. El muchacho se había mordido los labios y casi podía leer sus pensamientos a través de su expresión: «¿Benévolo? ¿Me ha puesto duro y caliente solo para dejarme colgado? ¿Y a eso lo llama benévolo? ¡Y una mierda! ¡A eso lo llamo yo tener mala leche!».

—Tienes tu llave sobre la encimera. El almuerzo es a las tres y media, pero te toca fregar. Quien avisa no es traidor. —Carlos le lanzó un par de pantalones, una sudadera y calcetines, tratando de mantener su rostro impassible. El joven no necesitaba saber que estaba riéndose por dentro. Gabriel cogió las prendas en el aire una a una, pero se quedó contemplándolo con la boca abierta—. Tengo un trato que proponerte que puede beneficiarnos a ambos. Pero ahora tengo prisa, no puedo llegar tarde a la reunión. Si no te aligeras, vas a terminar vistiéndote en el pasillo —le insistió cuando seguía sin moverse.

Eso puso la maquinaria de Gabriel en marcha. Definitivamente, no pensaba vestirse en el pasillo. En cuestión de segundos estaba preparado y listo. Carlos le lanzó unas zapatillas.

—Esas las quiero de vuelta cuando vengas a las tres y media —lo advirtió, cogiendo su maletín y abriendo la puerta.

Apenas tuvo tiempo de salir cuando Carlos cerró la puerta y,

dedicándole un guiño, desapareció por las escaleras. Gabriel se mordió los labios, con el corazón latiéndole a mil por hora y la verga palpitándole con esperanza. ¿Cuál sería ese trato que los beneficiaría a los dos?



8

Después de releer por enésima vez el escueto mensaje de WhatsApp de Carlos, Eva dejó caer la mano con el móvil sobre la almohada. ¿Qué significaba exactamente: «*Sorry*, hoy estoy acompañado y no puedo llamarte»? ¿Que había venido la visita inesperada de un familiar?, ¿que un amigo deprimido se había autoinvitado a su casa y estaba contándole sus penas?, ¿o que estaba ocupado con una nueva amante?

Teniendo en cuenta que eran las seis y media de la mañana y que en España debía ser la una y media de la tarde, no haber recibido siquiera el habitual «Buenos días, cielo» la hacía temer que fuera la última opción.

Una desagradable sensación de celos se extendió por su vientre. Odiaba ese sentimiento, esa impotencia de no saber a qué atenerse, de no saber si alguna vez acabaría por perderlo por culpa de la distancia, la conciencia de que para él no era justo tener que conformarse con solo unas llamadas de vídeo mientras para ella resultaba una tortura desconocer si algún día se enamoraría de alguna de esas amantes que pasaban por su cama.

Se pasó la mano por los ojos. Había esperado poder hablar algo con él antes de ir al colegio a dar las clases. Soltó el móvil sobre la mesita de noche y contempló el ventilador del techo. Se sentía vacía. Sola. Rechazó prestar atención a la vocecita en su mente que también la acusaba de estar celosa.

Hablar con él solía calmarla. Era su forma de satisfacer su necesidad de intimidad con otra persona y de sentirse menos sola. No era que no tuviera amistades y conocidos en la isla que le permitieran desahogarse un rato y divertirse, pero echaba de menos ese algo más, los abrazos, el contacto de piel contra piel, el compartir secretos por muy estúpidos y sucios que fueran, y el convencimiento de que alguien la quería de verdad y la consideraba la persona más importante de este mundo.

Carlos, de alguna forma, conseguía calmar todas esas ansias, aunque últimamente se hacía más y más difícil. Las pantallas del

portátil o del móvil no acababan de darle ese calor y esas sensaciones que anhelaba, ni tampoco conseguían acallar del todo sus necesidades más básicas como mujer. Hacía ya algún tiempo que los encuentros esporádicos no la llenaban. El sexo por el sexo estaba bien, servía para rascarse algún picor ocasional, pero a pesar de su capacidad para disfrutar del placer, era una mujer que necesitaba algo más en sus relaciones. ¿No era irónico que del único hombre del que ansiaba algo más se encontrara al otro lado del mundo?

Cogió de nuevo el móvil para comprobar si Carlos había entrado en el Messenger o el WhatsApp. Nada. Abrió la carpeta de fotografías y buscó las suyas. Ahí estaba, con sus ojos verdes y su media sonrisa ladeada. ¡Dios, qué guapo era! Sonrió cuando entre las imágenes apareció una de él masturbándose y mostrándole su erección en toda su gloria. Rio al recordar cómo habían hecho el amor a través del móvil; ella escondida en el claustro de profesores y él en los vestuarios del gimnasio. Se habían pasado cerca de media hora encerrados, enviándose imágenes provocativas el uno al otro. Cuando ella le envió un mensaje de voz con sus gemidos y jadeos al llegar al orgasmo y no obtuvo respuesta, automáticamente supo que él se había corrido justo detrás de ella. Y así fue.

—¿Eva?

Ella cerró con rapidez la carpeta de imágenes en la pantalla.

—¿Sí?

Su compañera María José la inspeccionó curiosa desde la puerta.

—Iba a decirte que el café está enfriándose, pero llevas puesta esa cara de gato que acaba de zamparse toda la nata.

Eva rio ante la comparación.

—No, solo estaba repasando unas fotos y recordando cosas.



En tanto Carlos terminaba de explicarle las condiciones del acuerdo, Gabriel comenzó a darle vueltas desgano a la pasta que apenas unos minutos antes le había sabido a gloria.

Limpiar y hacer recados no tenía para nada que ver con lo que había esperado, y desde luego era mucho menos placentero que

convertirse en su juguete sexual. Claro que, si no se hubiese dedicado a pensar con la entrepierna, a lo mejor se habría dado cuenta de que un hombre como Carlos no iba a pagarle a un chico por convertirse en su amante y, aunque lo habría hecho con gusto gratis, ¿para qué iba a recurrir a un don nadie desgarrado y sin experiencia como él?

Había visto a muchos de los hombres y mujeres que habían entrado acompañados de Carlos a su casa, y no solo tenía candidatos para dar y regalar, sino que, además, todos eran atractivos en mayor o menor grado y, sobre todo, iban bien vestidos. Estudió algo avergonzado el agujero en la manga de su chaleco y la mancha de aceite en sus vaqueros. No podía recordar la última vez que había podido comprarse algo que le gustara. Llevaba años usando ropa de segunda mano que no siempre era de su talla ni venía en buen estado. Ese había sido uno de los motivos por los que muchos de los otros chicos lo rechazaban, o al menos esperaba que fuese ese. Había otras razones que podían herirlo mucho más.

—Gabriel, ¿estás escuchándome?

—Yo... Eh... Sí.

Los ojos oscuros lo estudiaron con suspicacia, pero se limitó a preguntarle:

—¿Qué te parece entonces mi propuesta?

—Bien —le contestó Gabriel algo apático, pero no tan tonto como para rechazarlo. Había pasado demasiada hambre durante los últimos meses como para no reconocer las ventajas de tener comida caliente en la mesa todos los días. De hecho, prefería que le pagara en alimentos; era algo que no iban a robarle. «¿A quién voy a engañar? Quiero estar cerca de él». Suspiró. «Cerca, pero no lo suficiente»—. Puedo hacerlo —afirmó con algo más de fuerza cuando notó el reparo en su expresión.

—¿Cuándo puedes empezar?

—¿Hoy?

Carlos tardó en contestar:

—De acuerdo. Vale. Puedes fregar y llevar mi traje a la tintorería, así puedo ir adelantando algo de trabajo. Mañana te sacaremos una tarjeta prepago para que puedas ir al súper y los otros mandados sin

arriesgarnos a que esos gamberros vuelvan a robarte efectivo. La tarjeta no les servirá de nada sin la clave.

Gabriel sospechaba que si lo cogían con la tarjeta iban a propinarle una paliza hasta que les confesara el pin, pero no mencionó nada. Se la escondería en los calcetines o los calzoncillos si era necesario, pero no pensaba fallarle dejando que le robaran su dinero.



Carlos miró nervioso del reloj a Gabriel mientras el chico se disponía a guardar los cubiertos en el cajón. Era tarde. Demasiado tarde. No necesitaba ver el móvil para saber que los pitidos de mensajes que había estado oyendo eran de Eva. No la había llamado en todo el día y quizás fuera la primera vez en más de un año que no lo hacía.

«Con razón debe estar preocupada», pensó, sintiéndose culpable por no atreverse siquiera a comprobar qué le había escrito. Era lo suficientemente sincero consigo mismo como para admitir que el trabajo solo había sido una excusa barata. La verdadera razón por la que no la había llamado era porque no sabía si hablarle de Gabriel o no; bueno, sabía que se lo mencionaría, pero el problema real era qué contarle y si confesarle o no el impacto que había tenido sobre él. Aun así, le contara lo que le contara, prefería hacerlo a solas con ella, y eso significaba tener que esperar a que el chico se fuera.

—He terminado.

Carlos alzó sobresaltado la cabeza. Había estado tan metido en sus pensamientos que ni siquiera había notado que Gabriel se había acercado a él.

—Yo... Eh... Espera. —Se levantó para ir a por un pósito y un bolígrafo para apuntarle su nombre completo y su teléfono—. ¿Conoces el restaurante chino a dos calles de aquí con los dos leones en la puerta? La tintorería está justo al lado —le explicó cuando el chico asintió—. Basta que les des mi nombre. Los llamaré para que me lo apunten en la cuenta. Soy cliente habitual.

—¿Algo más? —le preguntó Gabriel, estudiando el trozo de papel que le había dado.

—No. Puedes venir a las nueve para cenar si quieres. Hoy no saldré —le informó, dándose cuenta del compromiso en el que se había

metido y de qué forma le condicionaría el tratar de ayudarlo.

En cuanto Gabriel salió por la puerta, Carlos cogió el móvil y frunció el ceño al darse cuenta de que Eva no le había dejado ningún mensaje. «Qué raro». Revisó el reloj. Eran casi las cinco y media; demasiado temprano como para coger a Eva en su descanso del almuerzo. Solo le quedaba enviarle un mensaje con la esperanza de que encontrara un hueco antes de que su invitado regresara para cenar. ¡Ufff! Se sentía como un marido infiel tratando de ocultar su relación amorosa con la secretaria.

«Sácate esa estúpida idea de la cabeza. No eres infiel. Ella sabe que de vez en cuando echas una canita al aire, y él es solo un polvo más. Ayudarlo no tiene nada que ver con lo que pasó», trató de convencerse a sí mismo, pero era mucho más fácil pensarlo que sentirlo.

Hola, bebé. Acabo de quedarme libre. ¿Me llamas cuando puedas? Tengo que contarte algo.



9

El timbre de la llamada lo pilló saliendo de la ducha. Carlos corrió descalzo para coger el móvil sujetándose la toalla a la cintura y con algunas gotas de agua aún resbalándose por su piel. Frenó cuando llegó al teléfono, derrapó y se cayó de espaldas.

—¡La madre que...! ¡Joder, cómo duele! —masculló, frotándose el punto de la cabeza en el que con toda probabilidad iba a salirle un chichón. Dio un suspiro aliviado cuando vio que la pantalla del móvil aún seguía encendida. Pulsó el icono verde de la llamada y esperó a que apareciera el rostro serio de ella—. ¡Eva!

—Hola —respondió con una sonrisa forzada.

«¡Mierda, está molesta!». No era habitual que se enfadara, pero llevaban juntos el suficiente tiempo como para saber cuándo le pasaba algo.

—Me alegra que hayas podido llamarme. Ya temía que no podría verte hoy —le contestó Carlos, poniendo su sonrisa más seductora.

Ella arqueó una ceja, haciéndolo sentir como un niño al que estaban a punto de coger con las manos en la masa.

—¿Por qué no ibas a poder verme? Apenas deben de ser las siete y pico allí.

«De entre todas las mujeres, yo tenía que enamorarme precisamente de una policia». No era que fuera a pasarse su vida mintiéndole, pero, joder, a ese paso, no iba a poder dar ni siquiera una excusa para ir a comprarle un regalo sorpresa sin que lo sospechara incluso antes de que él saliera por la puerta. Estaba visto que le convenía atenerse lo más posible a la verdad.

—Hoy viene alguien a cenar a las nueve..., pero podemos vernos luego a las once si quieres —añadió con rapidez cuando percibió cómo su rostro se congeló.

—Ah, vaya.

No es que Carlos fuera tonto, pero tampoco había que ser un genio para darse cuenta de cómo había interpretado lo de la cena y que estaba celosa.

—Y justo ese es el motivo por el que también quería hablar contigo.

—Carlos supo que había terminado de cagarla cuando vio cómo se puso pálida y no contestó—. Cielo..., escucha...

—¿Qué es eso tan importante que quieres decirme? —Su tono de voz fue tan cortante que podría haber despedazado hielo con él.

«Todo lo que estoy preparado para confesarte».

—Es un poco largo de explicar porque la situación es difícil y...

—¿Qué tal si dejas de darle vueltas y vas directo al grano?



Eva cerró aliviada los párpados cuando Carlos terminó de explicarle el acuerdo al que había llegado con el chico acosado. ¿No era tierno que se preocupara lo suficiente por él como para comprometerse a proporcionarle cada día el desayuno y el almuerzo? Además, estaba plenamente de acuerdo con Carlos en proponer que el muchacho tuviera que hacer algo a cambio de esa comida. Era una forma de conseguir que pudiera sentir que se la ganaba y que no era un simple mantenido. La gente a veces no comprendía la enorme diferencia que suponía para una persona desfavorecida aprender a depender de sí misma y no de los demás, el incremento que implicaba para la autoestima de esa persona y la forma en que se convertía en un trampolín para que iniciara otras acciones para mejorar su situación personal.

—¿Estás escuchándome? —le llamó la atención Carlos desde el otro lado de la pantalla.

—Sí. Estaba pensando que podría hablar con mi compañero Arnán. Una denuncia formal en este caso podría resultar contraproducente. En cuanto esos delincuentes se enteren, es muy probable que decidan ir a por él, si no directamente, entonces a través de otros amigos. Para cuando se celebrara el juicio, el chico ya habría retirado la denuncia o estaría demasiado aterrorizado como para seguir adelante —le explicó Eva. Como policía, era triste tener que admitirlo, pero el sistema no siempre funcionaba como debería—. Arnán pertenece a la secreta. Está acostumbrado a lidiar con delincuentes y sabe de qué forma persuadirlos para que dejen a alguien tranquilo.

Carlos la estudió con expresión dudosa.

—¿Estás segura de que eso funcionará? No quiero encontrármelo degollado por uno de esos locos. Lo que quiero es que lo dejen tranquilo.

—Confía en mí. Arnán sabe lo que se hace —le aseguró ella.

No estaba al corriente de cómo lo hacía y sospechaba que tampoco le convenía averiguarlo, pero conocía a su compañero el tiempo suficiente como para tener claro que el hombre se movía por los suburbios como por su casa y que hablaba el mismo lenguaje que los delincuentes.

—De acuerdo —le concedió Carlos, dando un largo suspiro.

Ella le mandó un beso que él respondió de inmediato con otro.

—Me parece tierno lo que vas a hacer. No todo el mundo aceptaría ese grado de responsabilidad con respecto a un chico desconocido.

Carlos puso una mueca incómoda.

—Creo que me he comprometido a más de lo que estaba dispuesto. Ahora me sentiré mal cada vez que quiera salir a cenar o que no consiga llegar a tiempo a casa. Además, ya sabes que estando solos, muchas veces no vale la pena cocinar para uno mismo, y ahora ya no me quedará más remedio que hacerlo.

Eva sonrió para sí misma. Sí, ella también se había dado cuenta de eso y de que iba a tener que cambiar su vida de soltero por una de «padre con hijo en adopción». No iba a confesárselo, pero si eso ayudaba a que tuviera menos amantes y se pasara menos tiempo ligando, entonces estaba más que dispuesta a renunciar a algunas horas de intimidad y cibersexo por juegos de mesa con el nuevo miembro de la familia. Aunque no tenía ni idea de cómo podría jugarse al parchís a través del ordenador.

De repente, reparó en lo que él tenía a su espalda y frunció el ceño.

—¿Qué haces tendido en el suelo?

—He venido con tanta prisa del baño que no me he secado los pies y he acabado resbalándome.

—¡Podías haberte matado! ¿Estás tonto? —exclamó escandalizada, pero no fue capaz de reprimir la risa ante la cómica expresión de Carlos.

—Tonto no sé, pero creo que si antes solo me funcionaba medio cerebro, ahora se me ha quedado anestesiada la otra mitad también.

Deberías coger un avión urgente para venir a cuidarme y asegurarte de que no moriré en los próximos tres meses por parálisis neuronal.

Eva rio.

—No seas tan quejica. Yo te veo perfectamente. Lo que no comprendo es por qué aún no te has levantado del suelo.

Él se rascó la cabeza.

—Yo tampoco. Hablar contigo me ha hecho olvidar dónde estoy — admitió, guiñándole un ojo.

Una cálida ola la recorrió por dentro, haciéndola sonreír. Carlos era tan adorable a veces...

—Aleja un momento la cámara. Necesito comprobar una cosa.

Él obedeció sin pedir una explicación.

—¿Así? —le preguntó, estirando el brazo.

—Ajá. —Tragó saliva ante la visión panorámica de los atléticos pectorales—. ¿Has salido de la ducha sin ponerte nada encima?

—Nada excepto una toalla —le respondió él con un repentino brillo travieso en sus ojos.

—¿Y no crees que si la toalla está húmeda deberías quitártela para no resfriarte?

—¿Tú crees? —Carlos alzó las cejas como si estuviera sorprendido.

—Ajá... De hecho, bebé, voy a decirte con exactitud lo que quiero que hagas.

El modo en que se le oscurecieron los ojos a Carlos hizo que el bajo vientre de Eva se inundara de calor.

—¿Sí, mami?

—Vas a girar la cámara de tu móvil para enseñarme cómo te deshaces de la toalla y cómo te tocas para mí.

Una sonrisa lenta apareció sobre los labios masculinos.

—Sabes que por ti haría lo que fuera. Ninguna mujer me hace sentir como tú.



10

La esperanza de estar más cerca y de pasar algún tiempo con él se esfumó en menos de un mes. Gabriel cerró malhumorado la puerta tras de sí, guardó la cesta de ropa y revisó el apartamento de Carlos para ver si aún quedaba algo por hacer. Ignoró el portátil abierto sobre la mesa y los documentos esparcidos a su alrededor. No pensaba ponerse a ordenar también su papeleo. Ya le sobraba con ser su chacha como para encima convertirse en su secretaria también. Cogió el mando del televisor y se dejó caer desganado en el sofá.

Carlos no estaba y tampoco sabía cuándo regresaría. Siempre era así. Si no era él quien se pasaba la tarde fuera, haciéndole mandados, entonces era Carlos el que salía y lo dejaba solo para limpiar. Después de las primeras semanas, dejaron de coincidir incluso para las comidas, comiendo cada uno por separado. Lo que al principio parecía nada más que una serie de coincidencias, al cabo del tiempo se convirtió en la convicción de que estaba evitándolo.

«Y ni siquiera son mandados importantes, solo lo hace para entretenerme y mantenerme lejos. ¿Para qué demonios se molesta en comprometerse a un acuerdo conmigo si tanto le desagrada mi presencia?».

Dependiendo del día y su estado de ánimo, lo achacaba al chollo que era para Carlos tener un «chico para todo» por poco más de un plato de comida, en tanto otros días consideraba humillado que lo hacía por lástima. Fuera como fuese, no podía permitirse el lujo de dejarlo, ni siquiera por su tonto e innecesario orgullo. Su situación económica era nefasta. Tenía más gastos que ingresos y los continuos robos de esos cabrones lo habían dejado aún peor. Daba gracias porque últimamente ya no se había vuelto a encontrar con ellos y cruzaba los dedos para que consideraran que el poco dinero que tenía no valía la pena.

Con la luz cortada desde hacía tres semanas y debiendo dinero a la comunidad —además de los dos recibos de alquiler atrasados—, la comida, el calor y la posibilidad de ducharse cuando Carlos no estaba

estaban convirtiéndose en su medio de subsistencia básico, dada su actual situación. Había intentado encontrar trabajo, pero, tal y como estaban las cosas, su única salida laboral parecía ser la prostitución. Tras años de presenciar y oír desde detrás del fino tabique que los separaba el trato que recibía su madre por parte de algunos cabrones perversos, era algo que trataba de retrasar todo lo que podía. Convertirse en chapero estaba al final de su lista de soluciones, al menos de momento. El problema era que la lista era de lo más corta.

Un timbre sonó por la habitación. Miró confundido alrededor hasta descubrir la pantalla iluminada del ordenador. Soltó el mando del televisor y se acercó al portátil para curiosear.

«Una llamada de Skype de Eva. ¿Quién es Eva?». Le sonaba ese nombre, lo había visto en el móvil de Carlos y alguna vez lo había oído cuando Carlos había recibido una llamada, aunque era la primera vez que podía ponerle rostro. El timbre dejó de sonar, pero el mensaje de llamada perdida permaneció en la pantalla.

Gabriel estudió la pequeña imagen de la morena. Más que su físico, lo que le llamó la atención fue su sonrisa. Era amplia, brillante, le llegaba a los ojos y resultaba total y absolutamente sincera y contagiosa. ¿De verdad existían personas así de felices? Él nunca había conocido a ninguna capaz de sonreír de una forma tan genuina. Era casi como si irradiara alegría y felicidad y uno pudiera calentarse con ella nada más arrimarse a la mujer.

El portátil volvió a sonar y un nuevo mensaje de llamada entrante apareció en la pantalla. Gabriel se mordió los labios. ¿Y si la cogiera?

«No seas idiota. Aunque no se lo contara a Carlos, él se daría cuenta de que has entrado y se enfadaría. No puedes permitirte ese lujo».



Cuando Carlos pasó por el rellano de la primera planta y se encontró a Gabriel sentado en el pasillo, al lado de la puerta, con los hombros caídos y los ojos rojos, de inmediato supo lo que había pasado. Incluso llevaba ya algún tiempo esperándolo.

Durante las últimas semanas, Gabriel había estado cada vez más apagado y silencioso, y no necesitaba ser un genio de las finanzas

para saber que con cuatrocientos euros apenas tenía para cubrir el piso y los gastos; muchísimo menos con la escabechina que había estado sufriendo a manos de esos gamberros. Parándose frente a Gabriel, esperó a que lo reconociera.

—Han cambiado la cerradura —lo informó Gabriel con la voz rota, no molestándose en elaborar una respuesta mejor.

—¿Hay algo de valor?, ¿algo importante que necesites recuperar?

—Mi ropa.

Escrutándolo serio, Carlos le preguntó:

—¿Algo más?

Dejando escapar un sollozo, Gabriel negó con la cabeza.

Carlos no se preocupó de informarle que lo que había hecho el dueño era ilegal. ¿Para qué? Solo retrasaría unos meses lo evidente: que ya no tenía un sitio donde vivir. Y en cuanto a la ropa, no valía la pena complicarse la vida por esos harapos. Prefería comprarle ropa nueva él mismo.

—¿Qué pasa con los libros de la universidad?

—Están aquí. —Gabriel señaló la mochila ajada a su lado.

—Vamos. —Carlos le ofreció la mano.

Gabriel aceptó su oferta sin rechistar y tampoco habló mientras subían al apartamento. No fue hasta que entraron cuando al fin soltó, depresivo:

—¿Te importa que use tu ordenador para ver si encuentro algún albergue para los sintecho?

—Por ahora puedes quedarte aquí —le contestó Carlos sin pensárselo.

—No puedo quedarme. No soy tu responsabilidad.

—No, tienes razón. —Carlos se decidió por la sinceridad más que por el consuelo—. No puedo hacerme responsable de ti ni puedes quedarte aquí para siempre. Necesitas hacerte tu propia vida. Pero sí puedo ayudarte por unos meses, darte un respiro y la oportunidad de comenzar de nuevo. —Recibió una mirada confundida como respuesta—. En verano me voy de vacaciones a Haití. Puedes quedarte hasta entonces. Eso te dará cuatro meses. A cambio de tu trabajo, seguiré cubriendo todos tus gastos de manutención, lo que significa que, si te administras bien, puedes llegar a julio con algo de

dinero ahorrado. Si te buscas un piso compartido con otros jóvenes y a lo mejor encontramos algún trabajillo, más o menos podrás apañártelas por entonces. ¿Qué te parece?

Gabriel lo miró mudo, hasta que, de repente, se dejó caer en el sofá y rompió a llorar. Carlos se sentó tenso a su lado y, tras unos segundos, lo colocó sobre su regazo y lo abrazó. Como aquellas primeras veces, Gabriel se agarró a él como un náufrago a su tabla de salvamento y enterró su cara en el cuello. Sin embargo, esta vez, Carlos no se dejó llevar por sus propias emociones e instintos y, al tiempo que trataba de aportar confort y calor, permaneció impasiblemente centrado en no sentir el delgado cuerpo contra el suyo ni las suaves y húmedas mejillas junto a la receptiva piel de su garganta.

El chico pasó de los sollozos a un estado de somnolencia que lo dejó dormido sobre el regazo de Carlos, quien, con cuidado, lo cogió para llevarlo a la cama y taparlo. Ahora, contemplándolo dormido, con los ojos enrojecidos, hinchados y rodeados por enormes círculos oscuros, sintió remordimientos por no haberse percatado antes de su estado. Nadie se quedaba dormido con tanta facilidad mientras atravesaba una grave crisis si no era porque llevaba días, o puede que incluso semanas, privado de un sueño reparador.

Con la excusa de ponerlo cómodo, le quitó los vaqueros y, cuando comprobó que ni se inmutó, cogió la tijera y cortó el espantoso chaleco verde fluorescente hasta poder quitárselo de encima sin despertarlo. Satisfecho de haberse deshecho al fin de ese atentado contra la vista, recogió el pantalón vaquero. Tras vaciarle los bolsillos, de los que rescató la flaca billetera y poco más, comprobó la talla del pantalón antes de tirarlo sin consideración a la basura.

Si hubiese sido por él, el estado desnudo de Gabriel podría haberse convertido con facilidad en una circunstancia permanente, sobre todo ahora, que a base de al menos tres buenas comidas al día, comenzaba a mostrar algo más que huesos y pellejos. Pero dudaba que pudiese sobrevivir a cuatro meses de convivencia con él en pelotas; de hecho, ni siquiera tenía claro cómo iba a hacerlo sin esa tentación añadida. La posibilidad de mantenerse alejado de él, como lo había hecho en los últimos dos meses, se volvía bastante más

complicada ahora que iban a vivir juntos. Con un suspiro, lo tapó y se fue a por unos auriculares con micro para enchufarlos al portátil.

Eva. Necesitaba hablar con Eva.

—¡Hola, bonito! ¿Qué te ocurre? Te veo muy serio —le sonrió Eva desde el otro lado de la pantalla.

«Que te necesito aquí, conmigo, a mi lado».

—Acabo de encontrarme a Gabriel delante de su puerta. Lo han echado de su casa —la informó, masajeándose cansado el puente de la nariz.

La sonrisa de Eva fue sustituida por preocupación en sus ojos.

—¿Dónde está esa criatura ahora? No lo habrás dejado que se enfrente solo a esa situación, ¿verdad?

—No. Está aquí, en mi casa. —Sin poder evitarlo, echó un vistazo a Gabriel y añadió—: En mi cama.

Eva soltó un suspiro.

—Menos mal. No quiero imaginarme lo que es tener que pasar por circunstancias como esa. ¿Cómo está?

—Se ha quedado dormido de tanto llorar.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

«Rezar porque sea capaz de resistirme a él».

Carlos negó con la cabeza.

—Le he dicho que puede quedarse aquí conmigo hasta que vaya a verte. En este tiempo, le buscaremos otro sitio donde quedarse y un trabajo que lo ayude a mantenerse hasta que termine sus estudios.

—Seguro que todo saldrá bien. No deberías preocuparte tanto, bebé.

Carlos intentó sonreír. ¿Cómo podía explicársele a la mujer a la que se amaba que lo que más temía era que no fuera capaz de dejar que el chico que estaba en su cama se fuera cuando llegara el momento?



Más que la suave música de fondo o el ruido de platos y movimientos en la zona de la cocina, fue el delicioso olor a bechamel, queso derretido y carne asándose al horno lo que acabó por despertar a Gabriel. Podía sentir sus tripas reaccionando a la simple idea de comer una de las exquisitas lasañas de Carlos, y cruzó los dedos porque esta vez hiciera doble ración.

Se retuvo de saltar de la cama cuando notó que no llevaba puestos ni el chaleco ni los vaqueros. Extrañado, trató de recordar sin éxito cuándo se los había quitado, pero solo consiguió acordarse de los protectores brazos de Carlos rodeándolo en el sofá. Más que su semidesnudez, fue el recuerdo del maltrecho calzoncillo que llevaba puesto lo que lo detuvo de salir de debajo de la colcha. Casi prefería pasarse el día paseándose en cueros delante de Carlos que en esos calzoncillos amarillentos llenos de manchas y rotos.

El ruido de la puerta del horno cerrándose le indicó que Carlos había terminado de inspeccionar el estado de la lasaña, y cuando miró hacia allí, efectivamente, sus oscuros ojos lo observaban con mofa.

—Puedo oír tus tripas desde aquí, de modo que levanta ese culo y ayuda a poner la mesa.

Cuando permaneció indeciso en la cama, los ojos de Carlos se entrecerraron y ese extraño brillo peligroso que a veces parecía escaparse a su estudiado control apareció. Por un instante, Gabriel pensó que le ordenaría levantarse de la cama y lo obligaría a humillarse; sin embargo, tal y como vino, la expresión desapareció y, con un leve cabeceo, Carlos se giró hacia el frigorífico para coger las bebidas.

—En la esquina de la cama tienes un par de bolsas con ropa. Acuérdate de cortarle la etiqueta con la alarma interior una vez que te la hayas probado. Si algo no te queda bien o no te gusta, podemos ir a descambiarlo luego.

Pasmado, Gabriel le echó un vistazo al pie de la cama, donde descubrió las bolsas de unos grandes almacenes en los que en condiciones normales no se habría atrevido a entrar por los precios

que tenían. Alargando la mano las cogió, procurando no destaparse. Cuando vio todo lo que había dentro, se le hizo un nudo en la garganta: dos pantalones, dos chalecos, un cinturón, un paquete de bóxers, calcetines y unas zapatillas. Estuvo a punto de decir que no podía aceptarlo, pero tras considerar su alternativa del calzoncillo, se lo pensó mejor.

Echando otro vistazo a la zona de la cocina, calculó su probabilidad de llegar al baño sin ser visto. «Ahora o nunca», pensó cuando Carlos se puso los guantes para sacar la lasaña del horno. Se lanzó a toda leche en dirección al baño, procurando en todo momento mantener las bolsas a una altura conveniente para proteger su dignidad de cualquier vistazo imprevisto de Carlos, quien, sin él saberlo, lo observaba con una pequeña sonrisa en el reflejo del cristal del horno.

Mirando dividido de la ropa nueva doblada sobre el lavabo a la puerta, Gabriel no sabía si sentirse humillado y mantenido o por una vez en su vida disfrutar de lo bueno que se le ofrecía. Tocó con reverencia las grandes letras del logotipo, estampadas sobre el suave tejido de algodón de la camiseta de mangas largas. Aunque las etiquetas del precio estaban cortadas, tenía claro que no se trataba de una marca barata. Era el tipo de ropa que siempre había admirado en los escaparates pero que ni en sueños se había planteado llegar a poseer. Tenía además la certeza de que le había comprado la ropa pensando en él. No solo era de su talla, sino que además tenía un estilo mucho más juvenil y casual que el que Carlos solía usar. Tomando una última bocanada de aire, decidió probarse la ropa.

No pudo evitar una amplia sonrisa al contemplarse una vez más en el espejo. «¡Me encanta!». Se alisó una arruga imaginaria de la camiseta y salió expectante al salón. Permaneció quieto, esperando que Carlos notara su presencia, inseguro de si iba a gustarle su nueva imagen, y más inseguro aún cuando, al verlo, soltó el pan sobre la mesa y lo examinó en silencio de arriba abajo.

—¡Vaya! ¿Te conozco de algo? —bromeó con ambas cejas levantadas y la sorpresa reflejada en sus ojos.

—¿Te gusta? —le preguntó Gabriel con ganas de dar un salto de alegría.

Él lo contempló con la sombra de una sonrisa y un leve

asentimiento, aunque sus ojos permanecieron serios.

—Sí. Me gustas —le contestó Carlos, haciendo que se estremeciera.

Saltando exultante hacia él, Gabriel se dejó caer de rodillas, pero antes de que pudiese acercar su boca al notorio bulto de su entrepierna, Carlos lo cogió con fuerza de los pelos, tirándole de la cabeza hacia atrás y mirándolo iracundo.

—¡No! —exclamó con las pupilas soltando chispas y la cara convertida en una máscara de piedra.

Hincado de rodillas, Gabriel observó humillado cómo Carlos le daba la espalda para regresar a su tarea de repartir la lasaña en los platos.

—Siéntate. La comida está lista.

Siguiendo la fría orden, ocupó silencioso su lugar en la mesa.

—Puedes pagarme ayudando en casa, ocupándote de mis recados o pasando a limpio mis apuntes de las reuniones, si eso te hace sentirte mejor. Pero nunca, jamás, vuelvas a ofrecerme sexo a cambio de un regalo. —Gabriel estuvo a punto de protestar, de negar que lo hubiese hecho como medio de pago, pero tal y como abrió la boca, Carlos lo cortó—: ¡Come!

—Vale. —Sin poder evitar el temblor en los labios ni la quemazón en los ojos, bajó la vista al plato.

Carlos suspiró, pasándose las dos manos por el pelo.

—No lo compliques más de lo que ya es, Gabriel —murmuró, y comenzó a comer.

Tres días más tarde, Gabriel permanecía mirando indeciso la pequeña llave puesta en la puerta del Cuarto, como había comenzado a llamarlo mentalmente. En todo este tiempo, jamás había entrado en él, y Carlos había —consciente o inconscientemente— evitado cualquier posibilidad de que pudiese echar incluso un vistazo sobre su hombro al entrar o salir. Le intrigaba lo que pudiese haber allí; algo lo suficientemente importante para Carlos como para colocar la cama en el salón, lo bastante secreto e íntimo como para no permitirle la entrada y, sin embargo, no relacionado ni con su trabajo ni con su vida diaria, a deducir por el poco tiempo que pasaba dentro.

La cuestión ahora era si la llave estaba en la cerradura porque Carlos había llegado a confiar en él y esperaba que mantuviera la

habitación tan limpia como el resto del piso o si había sido un descuido. Lo más probable era la segunda opción, ya que dudaba mucho que esperara que se pusiera a limpiar esa habitación por la noche, cuando ya incluso habían cenado.

Sabía que lo más razonable sería esperar a que Carlos llegara a casa y preguntárselo, pero ¿desde cuándo la curiosidad era razonable? Después de todo, dudaba que el hombre fuera clarividente o telepático, lo que convertía en bastante improbable que llegara a descubrir que había aprovechado la ocasión para echar una ojeada. Además, era culpa suya si salía y lo dejaba toda la noche solo y aburrido en su casa. ¿Y a quién quería engañar? Se resistía a perder la oportunidad de descubrir su cara oculta y misteriosa.

Con el corazón latiéndole a cien, como el niño que sabe que está a punto de hacer algo prohibido y que pueden pescarlo y castigarlo por ello, entreabrió una ranura de la puerta para echar un vistazo. E igual que el niño asustado que acaba de descubrir el más oscuro de los secretos, volvió a cerrar la puerta de golpe y se apoyó en la pared con las piernas temblorosas y la respiración agitada.

Echando un vistazo al reloj, se aseguró de que Carlos aún iba a tardar en llegar a casa. Consiguió llegar al sofá para dejarse caer y no perder la puerta de vista, como si temiese que lo que acababa de descubrir saliera a perseguirlo hasta el salón.

Su cerebro se había convertido en pura gelatina, transparente, inestable, mareada y temblorosa. Jamás había considerado la posibilidad de que cosas como aquellas pudieran existir en casas de personas normales. De pervertidos sí, pero de personas normales como Carlos... ¡no! Sin embargo, en el mismo instante en que trataba de negarlo, comprendió que aquella habitación formaba parte de la personalidad, del yo interior más oscuro y profundo de Carlos. Le costó trabajo encajar aquella verdad en la imagen que tenía del hombre cariñoso, responsable y samaritano. Necesitaba tiempo para tratar de asimilarlo.

Frotándose las manos sudorosas en el pantalón, echó otra ojeada a las manecillas del reloj. Quería..., ¡necesitaba!, llegar a entenderlo, y la única forma era enfrentándose a lo que acababa de descubrir. Se levantó, pero en vez de dirigirse al Cuarto, fue a la cocina para coger

un vaso de agua. Bebió estudiando la puerta, tratando de infundirse valor y preparándose mentalmente para lo que le esperaba allí.

Observó la estancia desde el umbral de la puerta, como si una invisible barrera le impidiera entrar. La habitación, pintada de rojo sangre, oscuro, casi borgoña, estaba en penumbra, apenas iluminada por las pequeñas rendijas de la persiana que dejaban entrar los últimos rayos de sol lo suficiente para ver, pero solo lo justo para mantener el aire de dramático misterio. Eran las piezas negras del mobiliario las que, en un contraste espeluznante, cargaban emocionalmente el entorno, acompañadas por los escalofriantes ganchos que cubrían el techo y las paredes.

Tragando saliva, Gabriel encendió el interruptor, que apenas aportó mucha más luz, y dio un paso al interior, deteniéndose de nuevo como si esperara que vampiros y ghouls salieran de las paredes para atacarlo. Inició su recorrido por la izquierda, obviando la imponente camilla tapizada en cuero negro que ocupaba el centro de la habitación, llena de artilugios con cadenas y articulaciones que permitían sujetar, posicionar y mover de mil formas diferentes a quien la ocupara. Recorrió con la mirada la jaula y las distintas barras de hierro y cuero de la pared, que parecían destinadas a inmovilizar o sujetar a quienquiera que fuese, pero pasó de largo sin tocarlas, demasiado impresionado para sentir el frío metal rozando su piel.

La siguiente pared estaba casi totalmente cubierta con una enorme X de madera, con sujeciones metálicas para muñecas, cintura y tobillos. A su lado colgaba en forma de advertencia una completa colección de fustas, látigos, palas e incluso algunos cinturones. Gabriel intentó tragar saliva, pero su boca estaba demasiado reseca para responder a sus órdenes.

Al llegar a la esquina, se topó con su imagen en un espejo de cuerpo entero. Observó sus pupilas brillantes y dilatadas, algo aterradas, pero al mismo tiempo fascinadas. Tocó con reverencia el potro, estratégicamente colocado delante del espejo, con grilletes de madera a ambos lados, de modo que tanto quien estuviese inclinado sobre él como quien estuviese detrás pudieran verse reflejados.

No le fue difícil imaginarse de rodillas, desnudo, apoyado con el estómago sobre el suave terciopelo mientras los grilletes lo

mantenían indefenso y exhibido. Tampoco le resultaba complicado fantasear sobre el cuerpo musculoso y fuerte de Carlos colocado detrás de él, moviendo y rozándose contra su trasero expuesto. Con una mueca, siguió su recorrido, recolocándose su erección en los ahora demasiado apretados vaqueros.

Al pasar por la ventana, se percató de que, a pesar de que alumbraba la habitación con un ambiente tenue y sensual, estaba preparada para impedir totalmente el paso del más mínimo rayo de luz, siendo capaz de dejar la habitación en la más absoluta oscuridad. Con un escalofrío, consideró lo que implicaría esa falta de visibilidad en un ambiente insonorizado para una persona atada y amordazada: total ausencia de sensaciones. Excepto por el dolor, significaría la exposición total a los propios sentimientos y angustias interiores.

Pasando alrededor del columpio formado por cadenas y cinturones de cuero, llegó al pequeño armario con tanta curiosidad como con miedo por descubrir lo que contenía. Tras una breve vacilación, trazando con los dedos el dibujo tallado de una larga hilera de hombres y mujeres entrelazados unos con otros, sin orden aparente y en una orgía vigilada por dos dragones, al fin llegó a la pequeña cerradura y giró la llave. Expectante, contuvo la respiración ante lo que iba a descubrir, solo para segundos más tarde soltarla en una carcajada aliviada. Se encontraba ante un sinfín de vibradores de todos los tamaños, formas y colores, expuestos de forma ordenada en los diferentes estantes, además de otros juguetes de silicona, de los que en algunos casos ni siquiera tenía idea para qué podían llegar a servir.

Lleno de curiosidad, cogió, ojeó, tocó y puso en marcha uno por uno los curiosos artilugios, tratando de averiguar incluso en los más amorfos y raros la función última a la que iban destinados. Cuando llegó a un vibrador negro, mucho más pequeño que los demás, se mordió los labios. Nunca había tenido la posibilidad de usar ninguno. Ojeando de forma indecisa la camilla, cogió el pequeño consolador para acercarse a ella. Comenzó a desabrocharse los pantalones, pero en un último impulso se quitó también la camiseta y la tiró junto a los vaqueros y los bóxers al suelo.

Tendiéndose inseguro, se acomodó, sintiendo la fría sensualidad del

cuero bajo su piel. La media penumbra en la habitación roja resultaba mucho más relajante y erótica de lo que había pensado al poner el primer pie en la habitación. Se planteó cuántas personas habrían pasado por aquella mesa para que Carlos las atara y jugara con ellas.

Colocó sus piernas en los pieceros con arneses en los laterales de la mesa y, cerrando los párpados, comenzó a acariciarse. Su imaginación voló de inmediato hasta Carlos, un Carlos que se desnudaba despacio para él y lo contemplaba lleno de deseo y promesas. Acercó el pequeño juguete a sus labios, tratando de evocar la sensación de la dura y enorme verga de Carlos, pero no había forma de comparar el diminuto vibrador con el miembro vivo y palpitante, con su sabor, textura..., ni siquiera con la pulsación de su glande rosado mientras soltaba gota tras gota de salado y espeso líquido sobre su estirada lengua.

Con un gemido de frustración, se sacó el juguete de la boca y probó las apenas visibles protuberancias que servían de botones. Sorprendido, descubrió que no solo se incrementaba el ritmo, sino que tenía diferentes modos de vibración. Lo acercó a la pequeña roseta entre sus nalgas, esperando que su creativa imaginación hiciera un mejor trabajo allí que el que había hecho al chuparlo, pero la imagen de Carlos no fue suficiente ayuda para que la rápidamente reseca punta entrara mejor en el pequeño y apretado agujero, y tras varios intentos dolorosos y molestos, claudicó frustrado.

—Pensé que ya dejamos claro que me pedirías permiso para masturbarte y correrte en mi casa.



12

Abriendo los ojos horrorizado, descubrió a Carlos situado justo delante de él, entre sus piernas abiertas, observándolo con los brazos cruzados. Consciente de que estaba completamente expuesto y con el vibrador aún pegado a la entrada de su culo, Gabriel retiró apresurado las manos e intentó cerrar las piernas, que parecían no querer obedecerlo. Turbado y abochornado, trató de incorporarse apoyando las manos sobre la camilla. Cuando escuchó el clic de los grilletes cerrándose alrededor de su muñeca derecha, al fin se percató de que el motivo por el cual no podía mover las piernas era porque estaban sujetas. Antes de que pudiera reaccionar, también su brazo izquierdo estaba preso. Con un repentino ataque de pánico, comenzó a zarandearse y luchar contra sus ataduras.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? ¡Suéltame! ¡Suel...! ¡Hmm! —El corazón de Gabriel pareció saltar fuera de su pecho cuando una bola redonda le obstruyó la boca.

Se contorneó como un loco, tratando de liberarse, pero cuando Carlos cerró un arnés alrededor de su cintura, poco podía hacer ya para moverse.

—¡Cálmate y respira por la nariz! —La orden fue tajante pero tranquila—. ¡Mírame! —Gabriel lo hizo, tratando de llevar desesperadamente aire a sus pulmones—. Dime, ¿crees que voy a hacerte daño? —Observándolo en silencio, la lógica se impuso. No, no era un asesino en serie ni alguien que dañaría a otra persona sin motivos. Gabriel negó con la cabeza—. ¿Tienes miedo? —Gabriel afirmó—. ¿Sabes lo curioso del miedo? —comenzó Carlos, acercándose a su oído, y haciendo que se estremeciera—. Hace que nuestro cuerpo produzca adrenalina... —le acarició el rostro, trazando los contornos con la punta de sus dedos—, que nuestro corazón lata con más fuerza, causando que nuestra sangre fluya con mayor rapidez... —detuvo sus dedos en el pulso frenético, justo debajo de la oreja de Gabriel, para seguir el trazado de la vena a lo largo del cuello—, y nos hace muy sensibles a todos los estímulos que nos rodean.

Dibujó un suave recorrido desde la clavícula al pecho y desde allí

usó la palma abierta para bajar por su estómago con absoluta parsimonia, para acabar por hundir los dedos en el dorado vello púbico y detenerse allí. Los suaves gemidos que Gabriel había comenzado a emitir se convirtieron en un incoherente sonido de protesta, deformado por la pequeña pelotita que le servía de mordaza.

—Todo es diferente: nuestras sensaciones, nuestro placer, incluso nuestro sufrimiento... —Carlos alcanzó uno de los diminutos pezones y tiró de él con lenta firmeza.

La inicial tortura se convirtió en cuestión de milésimas de segundos en una extraña sensación de placer-dolor que recorrió el bajo vientre de Gabriel hasta su erección, endureciéndola más de lo que nunca había creído posible.

—¿Recuerdas el código que te di el primer día? «*Stop*»: me paro en seco. «*Peligro*»: reduzco el ritmo. ¿Lo recuerdas? —le preguntó Carlos. Gabriel asintió—. Dentro de unos momentos te quitaré el *gagball*, la mordaza que llevas puesta —le explicó al advertir su confusión—. Te preguntaré una sola vez, y si dices cualquiera de esas palabras, te soltaré y jamás volveremos a mencionar este asunto. Sin embargo, si dices «*policía*», terminaremos lo que has empezado. —Carlos recogió el pequeño vibrador de silicona del suelo y se lo enseñó, dejándole claro a qué se refería—. Te enseñaré a usar un consolador y cómo preparar tu culo para algo más grande que tus dedos, porque nunca has usado uno de estos antes, ¿verdad?

Carlos sonrió a medida que el rostro de Gabriel se inundaba de un sofocante calor y negaba abochornado.

—Aunque en todo esto hay un pequeño inconveniente —continuó Carlos con cara de gato que acaba de cazar un ratón—. Si quieres correrte, primero tendrás que hacer frente a tu castigo por desobedecerme. —Gabriel lo miró inquieto. «¿Castigo? ¡Ufff!»—. Aunque empecemos, puedes usar tus palabras de seguridad en cualquier momento. Puedes tener la certeza de que en cuanto digas «*stop*» me pararé en seco. En cuanto a «*peligro*», me servirá para saber tu incomodidad al respecto, pero seré yo quien decida si estoy dispuesto a bajar el ritmo o si lo dejamos. De modo que, antes de

usarlo, piensa bien lo que quieres. ¿Confías en mí? —Gabriel asintió sin dudar—. ¿Quieres que sigamos con esto?

Él le respondió con otro cabeceo afirmativo, aunque no se atrevió a mirarlo a los ojos. Lo que no perdió de vista fueron los seguros movimientos de Carlos cuando se dirigió a la estantería abierta. La incertidumbre creció cuando vio cómo elegía algunas cosas de allí.

«¿Qué está cogiendo?».

Por primera vez desde que lo conocía, habría deseado que la musculosa espalda fuera algo más estrecha para que le dejara espiar qué hacía. Se sentía tan nervioso como excitado ante la incertidumbre, pero cuando le había confirmado que confiaba en él, no había mentido.

Carlos regresó y dispuso todos los artículos en una bandeja extraíble que sacó de debajo del camastro. Alzando un fino tubo, se lo enseñó.

—La próxima vez que quieras meterte algo o prepararte para que puedan follarte, usa lubricante. Lo hará todo mucho más sencillo y no se seca tan rápido como la saliva.

El estómago de Gabriel se encogió de expectación cuando Carlos se echó una generosa cantidad en la palma, pero cuando la mano con el frío gel entró en contacto con sus pelotas, acariciándolas y amasándolas, no supo si su cuerpo se encogía de la impresión o del placer. Sus caderas se levantaron lo poco que le permitía el arnés de la cintura y los gemidos se escaparon amortiguados por la mordaza.

Carlos dejó gotear algo de gel sobre la sensible erección, permitiendo que se mezclara con las grandes lágrimas transparentes que rezumaban por el morado glande. Recogió ambos con el pulgar, el lubricante y el líquido preseminal, para extenderlos con suaves masajes por la dura extensión hasta tenerla brillante y resbaladiza. Escogiendo otro objeto de la bandeja, repitió el proceso de enseñárselo y explicarle la utilidad:

—Esta cadena lleva dos pinzas para pezones que van unidas a un anillo para tu pene. El anillo es de silicona, no te dolerá, pero te mantendrá la erección y te retendrá el orgasmo. No tengo que recordarte que no te correrás hasta que yo te dé permiso para hacerlo, ¿verdad? —Gabriel movió la cabeza. Estaba dispuesto a

hacer cualquier cosa que le pidiera con tal de que siguiera tocándolo —. Las pinzas te dolerán al principio y de nuevo cuando te las quite —. Carlos se detuvo cuando lo vio tragar saliva—. ¿Quieres decir «stop»? —Gabriel negó—. ¿«Peligro»?

Gabriel vaciló. No le gustaba el dolor, pero ¿estaba dispuesto a arriesgar que lo diera todo por terminado?

Finalmente, cabeceó de lado a lado. Encogió su vientre cuando la fría cadena entró en contacto con su piel. Carlos usó ambas manos para masajear y acariciar su pecho. Atrapando el pequeño y duro botón derecho entre el índice y el pulgar, lo rotó y tiró de él varias veces antes de inclinarse para chuparlo y succionarlo entre sus labios. Solo cuando había duplicado su tamaño y color, cogió la pinza y aprisionó el oscuro pico. Repitió la misma operación con el izquierdo.

Gimiendo y zarandeando sus cadenas, Gabriel trató de escapar de la compresión en sus sensibles pezones, pero otra parte de su anatomía se rebeló contra él, poniéndose dolorosamente dura mientras adquiría un profundo color carmesí.

Con expresión satisfecha, Carlos devolvió su atención a la entrepierna de Gabriel. Pasó la lengua con pequeños toques por el hinchado glande, saboreando y extendiendo las gotitas al tiempo que apretaba y estiraba con movimientos largos el tronco, aprovechando una experta paja para colocarle el anillo. Cuando terminó, alzó la cabeza para admirar su obra y tiró de la cadena para comprobar su colocación. Gabriel gimió y se contoneó, pero sin el pánico que había sentido al principio.

—¿Todo bien? —Carlos lo estudió, esperando que asintiera antes de continuar—: Vamos a empezar con este vibrador estrecho para prepararte. —Le enseñó un aparato de silicona, de color negro y terminado en una fina punta. —Después te follaré un poco con mis dedos para que penetre mejor el lubricante y al final te meteremos un consolador inflable que podremos ir ajustando a medida que vayas acostumbrándote. —Le apartó un mechón de cabello de la cara—. Hasta ahora, te he explicado todo lo que voy a hacer porque es tu primera vez y no quiero que te asustes. Una vez que empiece a follarte con el vibrador, se acabaron las consideraciones. Serás mío y

haré contigo lo que quiera, durante el tiempo que quiera. ¿Estás preparado para subir al siguiente nivel?

Tras un leve titubeo, Gabriel asintió.

Carlos manipuló los arneses que inmovilizaban sus piernas hasta dejarlo con las piernas encogidas y el trasero elevado y abierto, exponiendo la pequeña roseta y facilitando el acceso a ella.

Por el calor de su cara, Gabriel era consciente de que un profundo rubor estaba revelando su humillación y vergüenza. Jamás se habría atrevido a ponerse así por su propia cuenta, dejando al descubierto sus partes más íntimas de una forma tan bochornosa.

Carlos repartió algo del sedoso lubricante entre sus nalgas antes de hacer lo mismo con el vibrador.

—Ahora, relájate. Cuanto más relajado estés, menos te molestará—lo instruyó. Encendió la función vibratora y dejó que el aparato penetrara poco a poco—. Eso es, bien hecho. No sabes lo sexi que te ves así, tan expuesto, con tu culo abriéndose para dejarme entrar. Deja que entre un poco más... Eso es, ya casi lo tienes dentro.

A pesar de las advertencias, no hubo dolor. Gabriel cerró los párpados con un gemido ante el suave placer que se extendía junto con la deliciosa vibración. Sus dedos se clavaron en el cuero de la camilla cuando las diestras manos extendieron más lubricante sobre su erección y comenzó a masturbarlo al mismo ritmo que lo follaba con el vibrador.

—Eso es, ya lo tienes dentro. ¿Puedes sentirlo? ¿Puedes sentir la vibración contra tu próstata?

«¿Que si puedo sentirlo? ¡Quiero más!».

Gabriel gimió, sobrepasado por el placer. Sentir la mano de Carlos, acariciándolo con movimientos firmes y rítmicos al tiempo que esa pequeña maravilla vibraba en su interior, volviéndolo casi loco de placer, no tenía punto de comparación con sus tristes pajas. Mordió con fuerza la bola, avergonzado por su necesidad de gritar. Podía notar sus huevos subiendo y tensándose, y sabía que ni siquiera la presión del anillo sobre su verga iba a impedir que se corriera en los próximos segundos. Claro que no contó con que Carlos soltara su erección y sacara el vibrador de su culo, dejándolo vacío e

insatisfecho. Protestó lo mejor que pudo con la boca estirada por la estúpida bola.

—¿Es esto lo que quieres? —le preguntó Carlos, metiendo primero un dedo lubricado, para comprobar si había dilatado bien, y luego añadiendo otro.

Gabriel soltó un largo e inidentificable sonido mientras trataba de levantar sus caderas para salir en su busca. Cuando Carlos tiró de la cadena unida a sus pezones y pene, Gabriel gritó con fuerza, dividido entre la necesidad de huir del dolor y el deseo de más. Su verga lo tenía claro; de un rojo púrpura, se había puesto imposiblemente gruesa y tortuosamente dura, con la cabeza brillante bañada en sus propios jugos.

—¡Joder! Estás tan estrecho y apretado... Puedo sentir cómo tú culo me chupa los dedos, estrujándomelos y... tratando de aprisionármelos. Si fuese mi polla, ahora mismo estarías prensándola hasta exprimirla... ¿Puedes sentir esto? —Gabriel jadeó cuando le acarició con suavidad un punto en su interior que parecía lanzarlo al séptimo cielo—. Es lo que se llama el punto G masculino. Es casi imposible aguantar su roce por mucho tiempo sin explotar como un volcán. Cuando te follan por el culo, es aquí donde la cabeza de la polla pasa una y otra vez, produciéndote esa sensación continua de estar a punto de venirte. A veces puedes correrte sin que nadie te toque la verga; otras, basta un pequeño roce para que grites como un loco cuando explotas y te vacías—. Carlos movió sus dedos con destreza para mantenerlo en ese limbo de placer continuo, infinito, casi tormentoso por la intensidad—. Pero los dos sabemos que vas a aguantar y no correrte, ¿verdad?

Gabriel abrió los párpados para contemplarlo horrorizado. «¿Cómo demonios pretende que no me corra así?».

Con una pequeña sonrisa, Carlos le cogió la polla con la mano izquierda y le masajeó la sensible piel entre los testículos y el ano con el pulgar a medida que seguía follándose su culo, rozando y presionando el dichoso punto G.

Gabriel no sintió las pequeñas lágrimas que comenzaron a caer por su mejilla al esforzarse para no decepcionarlo, haciendo un esfuerzo casi inhumano por retener o, como mínimo, retrasar algo más el

orgasmo. El sentimiento era tan angustiosamente inmenso y placentero que creía que iba a perder la cabeza. Cuando al fin estuvo por rendirse, incapaz de mantener su propio cuerpo bajo control y de negarse el alivio de la explosión final, Carlos se detuvo y salió de la habitación.



Gabriel trató de moverse, confundido, sintiéndose abandonado y vacío. Podía sentir su propio corazón, el bombeo fuerte de la sangre por su cuerpo. En su trasero aún quedaba la huella de Carlos, como si unos dedos invisibles siguieran allí ubicados, haciéndole recordar y desear, pero insuficientes para darle placer. Apretó los músculos alrededor de los dedos fantasmales, pero solo encontró un insatisfactorio vacío. Su erección aún seguía pulsando, goteando con el cálido líquido que comenzaba a formar un húmedo charco alrededor de su ombligo.

Se sintió tan jodidamente solo que comenzó a gritar como un loco.

—Pensé que habíamos quedado en que confiabas en mí —sonó una voz tranquila desde la puerta.

Cuando se acercó, Carlos le enseñó la botellita de agua que traía y comenzó a retirarle los mechones de cabello pegados a la húmeda frente, hasta que se calmó. Luego le quitó la mordaza.

—¿Hay alguna señal que quieras mencionar?

Intentando tragar saliva, Gabriel se humedeció los resecos labios antes de hablar, pero cuando al fin lo hizo, apenas salió un reseco graznido:

—Policía.

Las comisuras de los labios de Carlos se elevaron. Abriendo la botella, bebió, antes de enseñársela a Gabriel, quien lo observaba sediento.

—¿Agua?

Gabriel asintió, tratando de incorporarse, pero ni el cinturón alrededor de su cuerpo ni su propia debilidad se lo permitieron. Carlos tomó un gran buche y se inclinó sobre él. Apretando los labios sobre los suyos, dejó fluir el fresco líquido a su boca mientras lo besaba y exploraba. Gabriel bebió de Carlos con un gemido, ansioso por más: más agua y más besos.

Se dio cuenta con curiosidad de que, al contrario de lo que había esperado y completamente en contraste con su situación indefensa, aprisionado a la mesa, Carlos estaba torturándolo con suavidad y

sensualidad, y con algo de dolor también, pero sobre todo con placer. Quería más de aquello, incluso más del delicioso sufrimiento.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Carlos le mordió su hinchado labio inferior y tiró de las pinzas de sus pezones. Esta vez, su largo grito no fue amortiguado por la mordaza y Gabriel evitó mirarlo, abochornado por su exagerada respuesta.

—Puedes gritar y gemir todo lo que quieras, pero no hablarás excepto para decir la clave para que pare o si te digo que lo hagas. ¿Entendido? —Gabriel asintió—. ¿Entendido?

—Sí.

—¿Entendido? —le preguntó Carlos de nuevo con una ceja alzada y un ligero brillo burlón en los ojos.

—Sí..., ¿señor?

—Buen chico. Ahora, mantente relajado. Respira por la nariz e intenta no morderte con demasiada fuerza los labios. —Los acarició con la punta de la lengua, mordisqueándolos con suavidad—. Los quiero rojos e hinchados cuando meta mi polla entre ellos, no heridos y ensangrentados.

Con un beso final, se despegó de él y, cogiendo otro de los juguetes que tenía preparados, rodeó la mesa hasta situarse de nuevo entre las piernas abiertas, donde la inflada y púrpura verga se mantenía erguida rogando por su atención.

Gabriel admiró los músculos trabajados y bien definidos que quedaron al descubierto cuando se deshizo de la camisa. Cuando sus ojos se encontraron, se mordió los labios ante la intensidad contenida en los de Carlos, quien, sin perderlo de vista, distribuyó con sus dedos más del frío lubricante entre sus nalgas, centrándose en la roseta que se abría y contraía al contacto de la áspera piel. No hubo pausas ni descansos esta vez al insertarle el nuevo vibrador. Despacio pero firme, lo introdujo en su apretado pasaje, sin perder detalle de sus reacciones ante la novedosa sensación.

Sin mover el vibrador, Carlos colocó la mano derecha sobre el estómago liso y encogido de Gabriel, apretando con su palma plana, como si quisiera sentir el objeto intruso a través de las capas de piel. Su cálida mano se sentía bien, confortante, en especial cuando el

consolador comenzó a aumentar de tamaño, estirando y empujando los desacostumbrados músculos.

—¡Mierda! Está..., está... Aaah... Es demasiado... Es..., es...

Los grandes ojos azules miraron a Carlos con las pupilas dilatadas mientras los labios entreabiertos aspiraban y expulsaban aire en forma de gimoteos y sollozos, abriéndose y cerrándose a medida que el aparato aumentaba su grosor.

—No puedo... Duele... Yo...

Bajando la cabeza, Carlos abrió la boca para acoger la palpitante y desesperada verga, tomándolo entero, profundo, hasta arrancarle un largo e intenso grito.

—¡Sííí!... Aaah...

Ignorándolo, Carlos siguió lamiendo, chupando y succionando, disfrutando del sabor dulzón que rodeaba el glande hinchado y resbaladizo, y manteniendo el ritmo lento pero continuo al que crecía y aumentaba de tamaño el juguete insertado en el culo virgen.

La mezcla de tortuoso placer y dolor estaba volviendo loco a Gabriel. Movié los brazos y piernas contra los amarres y arneses. Necesitaba liberarse, alejar a Carlos, acercarlo, ¡algo! Rodear la cabeza con ambos muslos, enterrar sus manos en su oscura cabellera para empujarlo aún más contra él..., mover sus caderas..., lo que fuera..., pero lo necesitaba ¡ya! El falo de silicona en su culo estaba relleniéndolo hasta reventar, pero de alguna forma necesitaba más. Quería que se moviera, quería que lo hiciera chillar hasta dejarlo ronco, quería que saliera para que Carlos pudiera ocupar su sitio.

Imaginó la verga caliente, suave y enorme de Carlos deslizándose dentro de él, llenándolo de la misma forma en la que ahora lo hacía ese juguete, consiguiendo que se sintiera lleno, repleto, a punto de estallar, llevando ese pequeño y fino tormento al punto en que se convertía en placer, sujetándolo con fuerza y embistiéndolo con poderosas estocadas que lo hicieran explotar. Sintió el estremecimiento recorrerlo desde el bajo vientre hasta los testículos y subir por su verga. Con sus músculos encogiéndose y apretándose por la tensión, presintió la llegada del orgasmo, la intensidad de la sensación escalando con la rapidez de un cohete. Y de pronto..., frustración y vacío.

Apretando con fuerza justo bajo el glande, cortándole la inminente corrida en seco, Carlos lo observaba con una ceja levantada.

—¿Tenías pensamiento de venirte sin mi permiso?

Gabriel tragó saliva de forma convulsiva.

—Necesito... Necesito correrme... No puedo más... Lo necesito, por favor —le susurró de forma lastimera, con la voz entrecortada y ronca.

—Entonces ¿estás dispuesto a hacer frente a tu castigo?

—¿Qué? —La ceja alzada con la que lo contemplaba Carlos en tanto permanecía en silencio lo hizo detenerse, sabiendo que la elección sería entre el todo o la nada—. Vale. Lo que sea..., por favor.

Recompensándolo con un beso en la sudorosa frente, Carlos reajustó los arneses de las piernas, juntándolas, empujándolas y sujetándolas de tal manera que las rodillas quedaron pegadas a su pecho y el culo expuesto y vulnerable. Empujó el vibrador, que había comenzado a salirse, hacia dentro y lo encendió en su modo de vibración más bajo.

—Aprieta los músculos y mantenlo dentro.

Apretando el culo alrededor del juguete, Gabriel trató de retenerlo. Con esfuerzo, puso toda su concentración en mantener el agarre sobre él, luchando con tanta intensidad que no vio la fusta de cuero negro hasta que la tuvo frente a sus ojos. El repentino pánico estuvo a punto de hacer que perdiera el agarre que tenía sobre el juguete anclado en su trasero.

—Cuenta hasta diez en voz alta y clara. ¿O prefieres decirme algo antes de que empiece?

Tragando saliva, Gabriel negó. Necesitaba correrse tanto o más que el terror que le daba lo que estaba a punto de pasar.

Posicionándose, Carlos comenzó a acariciarlo con la fusta, pasándola con suavidad por la nalga derecha, por los testículos..., presionándola un poco para que penetrara y recorriera la larga raja del culo, deteniéndose y tropezándose con el extremo duro del vibrador que sobresalía de la ahora estirada roseta.

El cuero sobre la piel de Gabriel se sentía bien, erótico, lujurioso y, tras unos momentos, incluso relajante; tanto que el primer azote en la

parte baja de su trasero lo cogió por sorpresa. Chilló.

—¿No se te ha olvidado algo? —lo interrogó Carlos, esperando impasible mientras lo miraba con grandes ojos desorientados—. ¿Quieres empezar de nuevo?

—¿Uno?

—¡Hmm! Si no estás seguro, creo que será mejor repetirlo.

—Uno, señor —repitió apresurado Gabriel, pasándose la lengua por los resecos labios.

El siguiente azote ya no lo cogió desprevenido y, a medida que se alternaban las caricias de la fusta con los azotes y se trazaba un dibujo caliente y rosado por sus sensibilizadas nalgas, la percepción de la tortura fue haciéndose extrañamente confusa.

—¿Gabriel?

—¿Sí..., señor?

—Nada de correrte —lo advirtió con suavidad, acariciándole la ardiente zona, que parecía estallar en llamas con el áspero contacto de su mano.

Gabriel negó, mudo, manteniendo los ojos apretados con fuerza.

—¡Ocho!..., señor —exhaló en una mezcla de gemido y exclamación en la que resultaba difícil diferenciar el calvario del placer—. ¡Nueve!..., señor. —Gabriel abrió los párpados cuando el décimo no llegó.

—Dime... —Los ojos oscuros lo estudiaban con un intenso brillo—, ¿puedes decirme dónde te he dado los azotes?

Le bastaba con cerrar los párpados para sentir todos y cada uno de ellos, pero no le hacía falta; uno por uno, habían ido grabándose en la memoria.

—Dos en el interior del muslo derecho, dos en el interior del muslo izquierdo..., uno en cada nalga, dos en la parte baja derecha, entre el culo y el muslo, en línea..., y uno en el mismo sitio en la parte izquierda, señor.

—¿Y dónde debo dar entonces el siguiente?

Gabriel tardó un poco en responder:

—Donde usted lo desee, señor.

—Aprendes rápido, pequeño —le respondió complacido Carlos, y le dio el último azote en la estirada piel.

Inclinándose sobre él, empezó a besar y aliviar con su lengua la quemazón de cada huella, formando de esa forma un trazado que corría alrededor de los genitales, pero evitando en todo momento el contacto directo con ellos, a pesar de que Gabriel trataba de forma casi desesperada de ofrecérselos.

Incorporándose, Carlos volvió a reubicar los arneses. Primero abrió el cinturón alrededor de su cintura y luego liberó sus piernas. Gabriel suspiró aliviado al ver reducida la presión en el estrecho pasaje en el que seguía luchando por mantener el vibrador de silicona.

—Colócate de lado. —Con las muñecas aún atadas, Gabriel se movió con dificultad siguiendo sus órdenes—. Saca el culo en pompa, hacia atrás —continuó ordenándole Carlos cuando bajó un nuevo arnés colgado en el techo. Aseguró un cinturón alrededor de la rodilla y otro alrededor del tobillo para tirar de ambos y subirlos, elevando de tal manera la pierna que esta quedaba suspendida en el aire, con movilidad en paralelo a la mesa pero sin posibilidad de bajarla, lo que mantenía los genitales de Gabriel libres a la vista y la manipulación.

Desapareciendo de su vista, rodeó la mesa para colocarse detrás de él. Cuando le extrajo el consolador, Gabriel comenzó a gemir de placer, para luego protestar cuando su pasaje estirado y abierto se quedó de repente vacío. Sintió de nuevo los maravillosos dedos lubricándolo, y después, de una sola, larga y lenta estocada, fue rellenado de nuevo.

El juguete tenía pequeñas estrías de diferentes tamaños, lo que hacía que el roce contra la sensible piel fuera más llamativo e intenso, y en vez de terminar en un pequeño tope como los otros, acababa en una especie de cojín de látex. Hasta que Carlos no levantó una tabla detrás de él y ajustó el nuevo objeto a la distancia entre su trasero y la tabla, Gabriel no se dio cuenta de que en realidad se trataba de un balón.

—Prueba a moverte.

Moviendo las caderas para atrás, la misma tensión del balón lo empujó de nuevo hacia delante, haciéndolo gemir ante la embestida del falso falo y su posterior retirada automática.

—Eso es. Ahora puedes follarte tú mismo mientras yo me encargo de esa linda boquita —le comentó Carlos con una risa baja al notar

que no perdía el tiempo moviendo el trasero en cualquier posible dirección, empujando, girando y balanceándose para experimentar con su nuevo juguete—. ¿Recuerdas esa parte que hablamos en la que no puedes correrme? —le mencionó impasible Carlos, apretando con el pulgar el botón de encendido del diminuto mando que reposaba en la palma de su mano y girando con parsimonia la ruedecilla de velocidad del vibrador.

Sujetándose con fuerza a la camilla y envuelto en sollozos de ¡ooohs! y ¡aaahs!, los brillantes ojos azules se abrieron con las lágrimas listas para saltar.

—Carlos... Señor..., por favor..., no puedo más. ¡No puedo más! ¡Necesito correrme! —chilló en agonía cuando la ruedecilla alcanzó el nivel cuatro.

Rodeando con total calma la mesa, Carlos se situó frente a él, con la mano deslizándose sobre su propia erección.

—Mójate los labios y abre la boca... Grande..., así... Bien. Ahora respira por la nariz —le indicó.

Apoyó su mano sobre la cabeza ladeada para mantenerla inmovilizada cuando en tres cortas estocadas embutió su verga en la caliente y húmeda boca, estirando los rojos labios de una forma casi imposible a la vez que su glande rozaba la campanilla hasta enfundarse en la garganta.

Gabriel dio algunas arcadas, pero lejos de retirarse, Carlos se mantuvo quieto, permitiéndole acostumbrarse antes de comenzar a follarle la boca en serio. Manteniéndole la cabeza sujeta, comenzó a moverse contra sus labios, incrustándose con vigor hasta el fondo, hasta que Gabriel gimió con cada arremetida, tragándose entero mientras su culo se empotraba una y otra vez contra la polla de silicona.

Sin romper su propio ritmo, Carlos alargó el brazo y aprisionó la brillante y púrpura erección de Gabriel en su mano derecha para masturbarla con firmeza. Por primera vez, el chico comenzó a resistirse, tratando de separarse de él. Carlos se retiró un paso con la mandíbula apretada, apenas capaz de preguntar con voz ronca pero serena:

—¿Quieres decir tu clave para parar?

Gabriel negó con los ojos llenos de lágrimas:

—Señor..., por favor..., no puedo retenerme por más tiempo.

No hubo respuesta esta vez. Carlos le apartó con suavidad los mechones pegados a la cara empapada por el sudor y lamió dos de sus lágrimas. Después, incorporándose, esperó en silencio a que volviera a abrir los labios mientras las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas. Posicionando de nuevo su mano sobre el lateral de la cabeza para mantenerlo sujeto, esta vez, además, introdujo el pulgar entre los ya imposiblemente estirados labios. Después de dos fuertes embestidas, le quitó con una mano las pinzas de los pezones, causando la frenética convulsión de Gabriel, dividido entre el intenso dolor y el placer que lo recorría, endureciéndole insoportablemente la ya de por sí torturada verga.

Moviendo la mano desde los maltratados e hinchados pezones hasta su erección, Carlos le quitó el anillo y le rodeó la polla con su palma, obligando al chico a moverse entre el pene de silicona embutido en su culo y la firme mano alrededor de su verga. Gabriel gimió y sollozó alrededor de la polla de Carlos, haciéndola vibrar en su boca con cada sonido, pero no volvió a resistirse.

—Córrete para mí. ¡Ahora! —le ordenó Carlos con los dientes apretados cuando le retiró el pulgar de la boca y se hundió con fuerza en la caliente garganta.

Como a la señal de «Preparado, listo, ya», se corrió. Su trasero se empujó frenéticamente para atrás, apretándose alrededor de la polla de silicona, y su verga erupcionó como un volcán cubriendo la mano con su blanca y caliente lava al tiempo que Carlos comenzaba a vaciarse con pequeñas convulsiones en lo más profundo de su garganta.

Carlos desapareció de la habitación, dándole el tiempo para recuperarse y ordenar los caóticos sentimientos y pensamientos que ahora lo arrasaban. Cuando regresó, lo hizo con una pequeña palangana, una manopla y una toalla. Comenzó por limpiarle con suavidad el sudor del rostro, cuello y pecho. Recorrió de forma exhaustiva cada milímetro de piel, lavándolo y secándolo con delicadeza. Gabriel se sintió algo humillado cuando llegó a su estómago encharcado con su propia pringue, pero él siguió con sus

administraciones como si fueran normales, limpiando y secando incluso sus genitales y trasero.

Cuando terminó con la limpieza, apartó la palangana y soltó todos los amarres, masajeando muñecas, tobillos, brazos y piernas, a fin de activarle de nuevo la circulación. Gabriel acabó en un estado de absoluta calma, dejándole hacer con su cuerpo lo que él quisiera.

Lejos de terminar con los masajes, Carlos lo cogió en brazos sin esfuerzo y lo llevó a su cama, donde se recostó detrás de él y, tras taparlos a ambos y apagar la luz, lo pegó a su cuerpo y lo abrazó.

—Es diferente —murmuró Gabriel tras un largo rato de silencio, sintiendo la necesidad de hablar.

—¿El qué?

—El orgasmo. Es diferente cuando te follan y te masturban al mismo tiempo a cuando tú mismo... —se cortó, avergonzado—. Es como más... —paró, indeciso sobre qué palabra podría definirlo.

—¿Intenso? ¿Completo?

—Sí, eso. Es más intenso y completo. —Vaciló antes de preguntar—: ¿Tú también lo has probado? Por detrás, me refiero.

—Sí.

—¿Y te gusta?

Carlos se carcajeó bajo.

—Solo un hetero con miedo obsesivo a perder su virilidad podría evitar disfrutar de algo semejante.

Mordiéndose los labios con nerviosismo, Gabriel al fin se atrevió a preguntar:

—¿Te gustaría que la próxima vez yo también te lo hiciera? Meterte un dedo en el culo cuando te chupo, quiero decir.

Carlos se tensó, pero fue algo tan rápido que Gabriel acabó dudando de si había sido producto de su imaginación.

—No te preocupes por eso ahora. Aún te queda mucho que experimentar. Espera a que lo que te folle por el culo sea una polla de verdad. Es aún mucho mejor. Podrás sentir su calor, cuán dura e hinchada está, la cabeza presionándote y rozándose dentro de ti, y si eres capaz de esperar a que el líquido caliente te inunde el culo mientras ves la cara de placer del o tro... —lo besó en el hueco detrás de la oreja y posicionó su nueva erección entre las nalgas,

dejándola descansar allí, con pequeñas palpitaciones—, será mucho mejor.

Gimiendo, Gabriel apretó su trasero contra la dura polla al tiempo que su verga volvía a empalmarse.

—Duerme —rio Carlos, ronco—. Por hoy, has tenido de sobra.

A punto de protestar, Gabriel se conformó con acurrucarse contra el caliente y firme cuerpo y con disfrutar de ese sencillo y a la vez tan complejo placer. Cuando cerró los párpados quedándose dormido casi al instante, Carlos permaneció aún largo rato abrazándolo y contemplando la oscuridad que los rodeaba.



Gabriel se despertó solo en la cama. No tardó en comprender que Carlos se había marchado a trabajar. Aunque su primera reacción fue la de sentirse desilusionado y abandonado, tras recordar todos los detalles de la noche anterior, su ego mejoró ostensiblemente.

Gimió al estirarse, sintiendo no solo los músculos del cuello y piernas, sino sobre todo su entrada trasera. Al evocar las eróticas sensaciones de la noche anterior, deslizó una mano bajo las sábanas para acariciarse la erección matutina, pero tan pronto como se la tocó, retiró la mano con una mueca.

—¡Mierda! Ahora ni siquiera puedo meneármela a gusto.

Rio con sarcasmo para sí mismo, destapándose y levantándose con un lastimero gemido al sentir cada fibra maltratada de su cuerpo. Se estudió en el espejo del cuarto de baño, pasándose los dedos por los labios. Repasó su imagen en un intenso escrutinio, como si el sentirse diferente tuviera que ir acompañado por fuerza de cambios en su anatomía. Al detener su mirada sobre los pezones, no pudo más que preguntarse cómo se habrían visto aprisionados por las pinzas y conectados con su polla. No le habría importado que lo hubiesen grabado para poder verse. La gente filmaba sus nacimientos, bautizos y comuniones, ¿por qué no podría tener grabada su primera... casi vez con otro hombre?

«¡Ufff, qué largo va a hacerse el día», pensó al examinar su erección en el espejo. «Todo el día sin poder hacerme una paja, y encima hoy ni siquiera hay clases para poder distraerme». Girándose, se dirigió decidido a la ducha. «¿Será verdad eso que dicen de las duchas frías?».



Eva tardó un rato en darse cuenta de que la molesta musiquita que estaba sacándola de su sueño provenía de su móvil. Con un gemido, buscó a tientas sobre la mesita de noche hasta encontrar el dichoso aparato. ¿Quién demonios llamaba a esa hora de la noche?

Entreabrió un ojo para echarle una ojeada a los números rojos del despertador. «¡Dios, ni siquiera son las cuatro!».

—¿Sí? —Su voz salió como un graznido apagado.

—No necesitas ponerte el móvil en la oreja, cielo. Es una videollamada —se oyó al otro lado de la línea.

—¿Carlos? —Ella encendió la lamparita de la mesita de noche y parpadeó al encontrarse con el familiar rostro al otro lado de la pantalla—. ¿Qué ocurre?

Trató de no pensar en los pelos revueltos por el sueño, sus ojos hinchados y sin maquillar y las marcas de la almohada que con toda probabilidad recorrerían su mejilla.

—Nada, bebé. Siento haberte despertado. —Carlos sonrió, aunque la sonrisa no le llegó a los ojos.

Eva repitió su pregunta:

—¿Qué ocurre?

Que él rara vez la llamara desde su oficina y sin avisar no era suficiente indicio de que le pasara algo, pero la expresión de sus ojos sí. Carlos movió la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz.

—Te necesito, bebé.

Ella se estremeció ante la aspereza y necesidad en su voz.

—Estoy aquí. ¿Quieres hablar? —Incluso antes de que le respondiera, ya sabía que le contestaría que no. Él no era de los que expresaban sus sentimientos con palabras; al menos, no de forma habitual.

Carlos negó.

—Pon el móvil en la mesita de noche de tal forma que pueda verte y vuelve a cerrar los ojos. Quiero verte dormir, poder imaginarme que estoy ahí contigo y que puedo abrazarte.

Eva apoyó el móvil contra el despertador y volvió a recostarse.

—Si cierro los ojos, ¿me hablarás hasta que me quede dormida?

—Sabes que lo haré, cielo. No es la primera vez que lo hago, ¿cierto?

Con una sonrisa en los labios, cerró los párpados.

—¿Me quieres? —Se arrepintió de haberlo preguntado en el mismo instante en que pronunció las palabras.

La habitación se llenó de silencio.

—Jamás he querido a una mujer como te quiero a ti. Consigues arrancarme una sonrisa incluso en los peores momentos, haces que quiera tenderme ahí, en la cama, contigo, solo para abrazarte, sentir tu calor y poder olerte. Eres hermosa, cielo, tan hermosa que quisiera poder atravesar esta pantalla con la única intención de poder sentir tu piel bajo la yema de mis dedos.

La voz masculina era como una caricia, profunda, tierna y tan sincera que no se atrevió a abrir los párpados por temor a que dejara de hablar.

—Me gustaría poder sentir tu abrazo —murmuró—. Te echo tanto de menos, cariño.

—¿Recuerdas cuando te confesé lo fetichista que soy con respecto a la ropa interior femenina?

—Ajá.

—Me excita sobremanera, pero cuando estoy contigo, el tenerte desnuda para mí y sentir tu piel supera con creces cualquier cosa que puede causarme el látex, la seda o el satén.

—¿Quieres que me desnude para ti? —Eva dejó de respirar cuando tardó en contestar.

—¿Tienes a mano la bala vibradora que te regalé y algún vibrador para el clítoris?

Eva abrió los ojos.

—En la mesita de noche.

—Cógelos. —Carlos no la perdió de vista cuando alargó el brazo para abrir el cajón—. Échale a la bala un poco de lubricante y métetela.

Consciente de que él no podía verla de cintura para abajo, Eva se tomó su tiempo en subirse el camisón por los muslos y seguir sus órdenes. Apretó los párpados cuando la bala se deslizó en su interior, no sin cierta resistencia, llenándola con su suave vibración.

—¿Y con esto? —le preguntó, enseñándole el otro vibrador.

—Déjalo a tu lado sobre la cama —le indicó Carlos—. Ahora, pon la vibración de la bala en el modo en que vibra como si estuviera follándote.

Usando el pequeño mando a distancia, Eva presionó el botón hasta que la vibración en su interior ascendía, paraba y volvía a ascender,

imitando las sensaciones de una penetración.

—Ya —jadeó.

—Incrementa la intensidad —le ordenó Carlos con voz ronca. Los dedos de Eva se hundieron en la almohada—. Cierra los ojos y déjame hacerte el amor.

—Carlos...

—Siénteme, bebé, solo siénteme. Quiero estar dentro de ti, hundirme en ti hasta que tu único pensamiento sea yo, hasta que me rodees con tus piernas y me pidas más, hasta que nos fundamos y sepa que he llegado a casa...

—¡Oh, Dios, Carlos! —Eva alzó las caderas.

Sabía que la vibración no era nada comparado a cuando él se movía en su interior, pero, al mismo tiempo, su profunda voz se le metía bajo la piel y la trasladaba a esas noches en que la hacía agarrarse a él chillando su nombre, rogándole por más, exigiéndole todo lo que podía darle y mucho más.

—¿Puedes sentirme, cielo? Dímelo, lo necesito. Necesito saber que estás en esto tanto como yo.

—Te necesito, te necesito dentro de mí, te necesito tanto... —gimoteó Eva—. No pares de hablarme.

—Acaríciate los pechos para mí, bebé. Muéstramelos... Así. Enséñame lo que quieres que te haga con mi boca.

Ella deslizó sus manos bajo el escote del camisón y se amasó sus pechos. Le encantaban las manos de Carlos cuando la tocaba, su boca cuando le chupaba los pezones, la forma en que la arrastraba hasta el cielo y el infierno cuando la embestía y le pellizcaba y estiraba los pezones para llevarla a ese lugar entre el placer y el dolor que la hacía perder los papeles y la conciencia de sí misma.

—Carlos... —Tiró de sus pezones, arqueando la espalda.

—¡Joder, te deseo, nena!

—Cuéntamelo, cuéntame cuánto me deseas —le rogó, apretando los muslos mientras la bala seguía vibrando en su interior, follándola de una forma continua y deliciosa.

—Bájate el camisón, nena. Sí, eso es. Muéstrame esos pechos. Son preciosos, bebé. Tan grandes y tan enormes, tan perfectos para cubrirlos con mis manos... Dime..., ¿te correrás para mí?

Ella se mordió los labios. Estaba a punto, tan a punto... Lo miró.

—No puedo —le confesó.

Los labios de Carlos se curvaron en una sonrisa casi cruel.

—Coge el otro vibrador y enciéndelo. —Esperó a que obedeciera—. Ahora mírame, y no dejes de hacerlo. Ya sabes lo que quiero que hagas —le indicó—. Cómo quiero que te corras: fuerte, chillando mi nombre y dejándome ser testigo de cómo mojas la cama por mí.

La sensación de vaivén de la bala se mezcló con la vibración más continua del otro juguete sobre su clítoris e hizo que olas de placer chocaran en su vientre, arrastrándola más y más hacia el clímax.

—Eso es, bebé. Siénteme, apriétame dentro de ti. Atrápame y no me dejes escapar. Quiero sentir tus músculos aprisionándome hasta ordeñarme y hacer que me corra...

No supo si fue su voz, la idea de que su semen se derramara en su interior, la constante vibración que la volvía loca o todo en su conjunto. Intentó no dejar de mirarlo cuando su vientre se contrajo en una explosión de luz y calor y sus músculos se estrecharon de forma rítmica alrededor del juguete. «¡Carlos! ¡Oh, Dios!». Su cabeza se echó hacia atrás al tiempo que los agónicos jadeos escaparon de su control y los chorros de caliente líquido la salpicaron con cada espasmódico movimiento de sus caderas. «¡Dios!».

Para cuando cayó exhausta sobre la cama, estaba sudorosa y empapada. Era consciente de que debería quitarse el camisón mojado, pero se sentía incapaz de moverse. Giró la cabeza hacia el móvil desde el que los ojos oscuros seguían observándola.

—¿Todo bien, cielo? —le preguntó ronco Carlos.

Ella asintió.

—¿Tú? —Sabía que él no se había tocado, pero aun así quiso confirmarlo.

—Cierra los ojos, bebé, estás cansada.

A pesar de que el aparato seguía vibrando en su interior, no le echó cuenta y cerró los ojos.

—¿Te quedarás a mi lado?

—Siempre —le prometió Carlos con solemnidad—. Aun cuando dejes de quererme y acabes odiándome, seguiré siempre aquí contigo.

«¿Cómo podría odiarte si eres lo más importante que tengo?».



Carlos regresó tarde y con actitud distante, haciendo que Gabriel se sintiera rechazado. El joven lo estudió en silencio cuando cenaron. Los círculos oscuros bajo sus ojos se encontraban hundidos mientras las líneas de expresión, por lo general apenas perceptibles, ese día estaban marcadas visiblemente por la preocupación.

Gabriel mordisqueó ausente una patata frita. Después de pasarse todo el día surfeando por páginas de BDSM, viendo películas, tiendas de juguetes eróticos, leyendo historias de dominación y *bondage* casi pornográficas y recordando lo que pasó la noche anterior, había aguantado estoicamente con la verga dura y dolorida hasta que Carlos regresara. Verlo ahora tan indiferente y frío, y con todas sus expectativas de sexo caliente y duro tiradas por el retrete, estaba poniéndolo al límite de su aguante. Su mente tenía claro que o Carlos le echaba esa noche el polvo de su vida o, con permiso o sin él, tomaría el asunto en sus manos. Con un suspiro de añoranza, decidió que prefería la opción del polvo.

—Me voy a la ducha. ¿Te importa encender el lavavajillas cuando acabes de comer? —le pidió Carlos mientras pasaba sus platos bajo un chorro de agua antes de meterlos en el lavavajillas.

En cuanto la puerta del baño se cerró tras él, Gabriel puso en marcha el plan relámpago que había elaborado en su mente durante el postre. Carlos había vuelto a cerrar y hecho desaparecer la llave del Cuarto, pero durante sus tareas de limpieza diaria había encontrado algunas cosas que deberían servirle. Todo era cuestión de probar y ponerse manos a la obra.

Intrigado por el largo silencio, Carlos salió del baño vestido solo con los vaqueros. Aunque Gabriel por naturaleza no era ruidoso, el silencio en sí mismo parecía disgustarlo, porque en alguna medida siempre tenía la radio o el televisor encendidos; no porque en realidad les echara cuenta, sino por el mero hecho de estar rodeado de sonidos. La primera impresión al entrar en el salón fue que Gabriel se había marchado, hasta que su mirada llegó a los pies de la cama y sus rodillas estuvieron a punto de ceder bajo él.

—¿Qué demonios...?!

Contempló el cuerpo desnudo en una perfecta pose sumisa: arrodillado, con las piernas separadas, los brazos detrás de la espalda, la cabeza agachada y la mirada bajada. Una cuerda gorda y basta le rodeaba el cuello, cruzaba por ambos lados por su pecho hasta su tesa verga, a la que rodeaba con un nudo, y luego... Carlos podía imaginar que pasando por sus huevos y la raja de su culo iría hasta sus muñecas, desde donde en teoría debería dirigirse hasta sus tobillos, aunque era físicamente imposible que hubiese podido llegar tan lejos en su *autobondage*.

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo?! —exclamó enfadado por la reacción descontrolada de su propia verga ante la imagen inocente y sumisa.

Maldijo entre dientes cuando Gabriel alzó el rostro, con la boca estirada, atiborrada de tela. En dos zancadas estuvo a su lado sacándole sin consideración los trapos para que hablara.

—¿Qué significa esto?

Inseguro, Gabriel evitó mirarlo.

—Estuve investigando en Internet y pensé que te gustaría...

—¿Pensaste que me gustaría? —le repitió Carlos con frialdad—. ¿Y qué exactamente pensaste que me gustaría? ¿Follarme el culo virgen de un crío sin experiencia? ¿Aprovecharme de la situación de un chico que no tiene dónde caerse muerto? ¿Hacerte mi esclavo sexual hasta que me harte de ti y después pasarte al próximo pervertido que quiera usar tu culo entrenado y dispuesto? —Tirándole con fuerza del rubio cabello, le echó la cabeza para atrás, mirándolo a los ojos—. Dime, cielito lindo, ¿qué pensaste que me gustaría? —le preguntó entre dientes con voz baja y sarcástica.

Humillado y herido, Gabriel apretó los labios para tragarse sus sollozos.

—Yo... Yo solo... quería... que me follaras y..., y... complacerte —balbuceó con las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—¡Maldita sea, Gabriel! El problema no está en que me guste el BDSM o follar duro. Sí, disfruto llevando a la gente al límite, hacer lo que me plazca y cuando me plazca, controlar el dolor, el placer y los sentimientos de mis sumisos—. Carlos se sentó en una silla, con los

codos apoyados sobre sus rodillas y la cabeza agachada, y se pasó la mano por el pelo—. Pero esa no es la cuestión. ¿Crees que es fácil verte cada día, ser consciente de cómo me miras con tus inocentes ojos azules llenos de esperanza y sabiendo que me bastaría alargar la mano para tocar tu polla dura y dispuesta? ¿Cuántas veces crees que he querido tirarte sobre la mesa para empotrarme en ese estrecho agujero hasta el fondo? He soñado con tenerte de rodillas, atado, empaquetado como un regalo, rogándome por follarte, por dejarte venirte. ¿Por qué crees que he tratado todo este tiempo de no tocarte un pelo o evitado mi propia casa por no hacerlo? —Carlos lo miró—. Esto no es para ti, Gabriel. Eres demasiado vulnerable aún para ser un sumiso. Nadie debería entrar en este mundo sin haber experimentado y probado al menos otras opciones, relaciones normales con gente corriente. Comparado con un hombre de mi edad, aún eres un crío; comparado con alguien con mi experiencia, eres poco más que un bebé en pañales. Lo que tú necesitas ahora mismo es estabilidad, alguien que te ayude a experimentar tu sexualidad sin influir ni moldear tus gustos.

—Que sea joven no significa que no sepa lo que quiero.

—¡Tú no sabes lo que quieres!

—Quiero más de lo de ayer.

—¿Lo de ayer? Anoche apenas jugué contigo. ¿Qué te hace pensar que eres lo suficiente hombre como para satisfacer mis auténticas necesidades?

—He estado buscando por Internet. Sé que puedo hacerlo.

—No. No puedes.

—¿Cómo lo sabes si no me dejas demostrártelo?

—En esto no hay demostraciones. O disfrutas del dolor y la sumisión o no lo haces. Es así de sencillo.

—Los sumisos pueden entrenarse. Lo he visto.

Carlos bufó exasperado.

—Dime, ya que tan bien informado estás, ¿decían esos blogs y vídeos lo que les pasa a esos jóvenes normales y corrientes una vez que han sido entrenados como sumisos?

Gabriel titubeó:

—No..., solo que aprendían a satisfacer a sus amos y a disfrutar

con ello.

—Ya. ¿Y no hablaban del proceso de condicionamiento que forma parte del entrenamiento, la manera en que su placer se relaciona de forma progresiva con el dolor, los fetiches y las demás exigencias de sus amos? —Gabriel parpadeó confundido—. Esto no es algo que puedas probar y dejar sin más; es un círculo vicioso del que es difícil salir. Una vez que tu cerebro ha asociado el dolor, las torturas, los juguetes sexuales..., lo que sea, con el placer, cada vez te será más difícil experimentarlo sin la presencia de esos elementos. Necesitarás cierta dosis de dolor para excitarte, la voz de tu amo para poder correrte. Y cuanto más tiempo lleves en ello, más enganchado estarás y más lo necesitarás. Uno no se convierte en un buen sumiso entrenado y después lo deja sin más. Una vez que lo eres, tu vida difícilmente volverá a ser normal, ni tampoco las relaciones que establezcas con otras personas. ¿Entiendes lo que implica eso? —Carlos lo miró interrogante—. Significa que si te entreno para ser mi sumiso, mi esclavo, te volverás dependiente de mí. Y cuando yo te deje, y ten por seguro que lo haré, necesitarás buscar a otro amo porque el sexo vainilla jamás volverá a satisfacerte ni a llenarte lo suficiente.

—¿Y cómo sabes si no soy ya un sumiso?

—¡Oh, claro que lo eres! Eres un sumiso natural. No tengo ni la menor duda de ello.

—¿Entonces...?

—Es por eso que primero tienes que salir a conocer mundo y adquirir experiencia, y no me refiero solo en el aspecto sexual. Tienes que ser y sentirte capaz de valerte por ti mismo. Cuando lo hagas, podrás elegir ser sumiso, abandonarte al control de otra persona. Pero lo harás por decisión propia, con la convicción de saber que nadie te ha quitado el control, sino que eres tú quien lo ha cedido voluntariamente. Ser sumiso no es ser una víctima; es una elección.

Gabriel permaneció largo rato en silencio.

—Dices que no quieres nada conmigo porque no te interesa el sexo vainilla, como tú lo llamas —murmuró—. No quieres que me corra sin tu permiso, aunque no tienes intención de follarme. Me castigas por masturbarme, pero me dejas claro que no me quieres como tu

esclavo. Tienes la certeza de que soy un sumiso natural y al mismo tiempo quieres denegármelo. Exactamente..., ¿qué cojones es lo que quieres de mí?

Echándose hacia atrás en la silla y contemplando el techo, Carlos se pasó ambas manos por el pelo.

—Lo que quiero es no hacerte daño, no ser responsable de que un día te mires en el espejo y decidas que te he arruinado la vida.

—Te equivocas, ¿sabes? Puedo ser vulnerable, un crío y no tener dónde caerme muerto —repitió Gabriel sus palabras—, pero sé lo que quiero. Y a pesar de lo que pienses, sé que puedo hacerlo. —Lo observó decidido—. Si dejas que me usen en un club, ¿te sirve como prueba?

Los ojos de Carlos se entrecerraron.

—¿De qué demonios estás hablando?

Encogiendo los hombros, Gabriel se lo aclaró:

—Conozco al chulo de mi madre. Me ha hecho ofertas varias veces. Pagan más por un chico virgen, ¿sabes? No tengo muy claro por qué. No es como si fuera algo que pudiera comprobarse. Y si siendo virgen me dejas follar en público, me pagarían todavía más. Hay un club en el que se celebra una especie de fiesta u orgía cada primer sábado de mes. Me han ofrecido dos mil por participar de esclavo durante una noche, con la única condición de que no puedo negarme a nada de lo que me pidan.

Furioso, Carlos se levantó y fue hasta la ventana. Cuando al fin habló, su voz sonó fría y distante:

—¿Quieres que te dé una oportunidad para demostrarme que eres capaz de aguantar lo que te echen?... Pues voy a dártela. —Carlos se giró hacia él—. Pero si no lo aguantas, dejarás de insistir, no volverás a intentar ser mi amante y tampoco buscarás nada relacionado con el mundo del BDSM fuera de aquí, al menos hasta que tengas otros cinco o seis años más y la experiencia suficiente como para poder tomar una decisión acertada. Y ni qué decir tiene que no optarás por la prostitución en ninguna de sus formas.

—¿Y si te demuestro que puedo con ello? —lo encaró Gabriel, mirándolo a los ojos.

El rostro de Carlos se convirtió en una roca dura e inescrutable.

—Te follaré y te entrenaré como mi esclavo si es eso lo que sigues ansiando para entonces.

—Vale—. Gabriel no necesitó pensárselo dos veces. Sabía con claridad absoluta lo que quería.

Después de permanecer un momento paralizado, Carlos cogió el móvil de la mesa.

—¿Mario? Soy tu señor Carlos. A mi casa. ¡Ahora!

Gabriel lo estudió inquieto.

—¿Uno de tus amantes? —indagó inseguro.

Alzando una ceja, Carlos le sonrió con frialdad.

—¿Lo has olvidado, esclavo? Lo que yo quiera, cuando y como yo lo quiera.

Rodeándolo, Carlos descubrió los cabos de la cuerda en las manos de Gabriel. Deshaciendo el flojo nudo alrededor de las muñecas, revisó los amarres, asegurándose de que la cuerda sujetara los testículos, pasara por su culo y quedara sujeta con soltura alrededor de su cuello. Al final, sobró un largo tramo de cuerda que le serviría como correa.

—A cuatro patas —le ordenó, tirando de la cuerda para indicarle que iba a llevarlo de paseo como a un perro.

El rostro de Gabriel tomó una tonalidad rojiza, pero no protestó cuando lo siguió a cuatro patas hasta la puerta del Cuarto, con la áspera cuerda aprisionándole los huevos y frotándole entre las nalgas.

Quitándose la cadena en la que llevaba la llave colgada al cuello, Carlos abrió la puerta y lo llevó derecho a la jaula.

—¡Entra!

Cuando dudó intranquilo, Carlos esperó con los brazos cruzados hasta que entró. La jaula apenas le permitía incorporarse de sus rodillas. Carlos cerró la puerta con un sonoro clac, puso un candado y se dirigió a la ventana para cerrarla a cal y canto al más mínimo haz de luz.

Gabriel comenzó a moverse inquieto, y cuando lo vio caminar hacia la puerta, la expresión de pánico en su rostro fue evidente.

—¡No lo hagas! ¡Carlos! ¡Por favor! ¡No!

Bajando el interruptor, Carlos apagó la luz, pero permaneció en el

umbral.

—¿Hay alguna señal que quieras decir?

—¡Por favor, señor...! No lo hagas...

—¿Alguna señal?

—No, señor —murmuró Gabriel, quedándose en la más absoluta
negrura cuando Carlos cerró la puerta tras de sí.



Después de girar la llave de la habitación para que Gabriel supiera que estaba encerrado en esa cueva negra y aislada, Carlos fue a por el portátil y se sentó en el sofá para conectarse con el sistema de videovigilancia. Ajustando el sonido y dirigiendo todas las cámaras con visión nocturna a la jaula, su corazón se encogió al presenciar cómo Gabriel alternaba ataques de pánico con sollozos. Jamás había enjaulado a oscuras a un novato y nunca lo había hecho sin proporcionarle a su sumiso una imagen erótica a la que agarrarse durante el aislamiento sensorial. Sabía cuán dura era la experiencia y sufría solo de verlo pasando por ese martirio, pero se forzó a permanecer sentado, velando porque no le ocurriera nada, consolándose con la convicción de que estaba haciendo lo mejor para él. Cuando Mario llamó treinta minutos más tarde a la puerta, Gabriel había caído al fin en un pacífico estupor.

El siervo entró sin hablar. Conocedor de lo que se esperaba de él, actuaba en consonancia. El hombre era un sumiso compartido por él y tres socios más del club. No se trataba de un caso extraño; de hecho, Carlos tenía a otros cuatro sumisos ocasionales a su cargo. Era una forma de permitirles seguir el estilo de vida BDSM a aquellos que no habían encontrado aún a su amo o esclavo ideal, evitando así emparejamientos imperfectos y nocivos sin renunciar a sus necesidades más apremiantes.

Una vez que Eva regresara, tendrían que plantearse qué hacer con respecto a los sumisos, aunque sospechaba que ella se divertiría mucho más que él jugando con ellos. Por su parte, no le importaba, disfrutaba viéndola dominar y jugar con otros, siempre que al final el que pudiera follarla y hacer que chillara su nombre fuera él. Cuando la imagen de Gabriel y Eva se mezcló, enseguida la apartó de su mente.

Abriendo la puerta de la habitación, dejó que Mario entrara primero, encendió la luz y cerró tras ellos. Sin mencionar nada acerca de la presencia de Gabriel en la jaula, el siervo se desnudó, doblando la ropa con cuidado para colocarla sobre la silla del rincón. Luego

regresó al centro de la habitación, se arrodilló en una perfecta posición sumisa y esperó instrucciones.

Por primera vez en los dos años que conocía a Mario, la visión del musculado y fuerte cuerpo masculino y la conciencia de estar a punto de dominarlo y follarlo no tuvieron ningún efecto sobre la libido de Carlos, que, en vez de crecer, parecía estar encogiéndose ante la idea. Echando una ojeada a la jaula, vio la confirmación de que los inteligentes y observadores ojos azules se habían percatado de su estado de apatía y que, de alguna forma, eso lo había calmado. Apretó las manos en puños. Sus planes fallarían de forma estrepitosa si el chico era consciente de sus dudas e intenciones.

Sin mediar palabra, Carlos se deshizo de la toalla. El único sonido en la habitación: el roce de la tela y la apenas perceptible respiración de los tres hombres. No necesitó mirar a Mario para saber que ya estaría empalmado. Lo conocía de sobra. Sin embargo, le sorprendió descubrir que también Gabriel se había contagiado por el morbo de la situación. Aún a cuatro patas, su verga caía erecta y dura entre sus piernas.

Acercándose a Mario, se colocó de forma que Gabriel tuviera una perfecta visión de todo lo que estaba a punto de ocurrir. Con su polla ahora erguida orgullosamente a solo unos centímetros de los labios del arrodillado siervo, le ordenó con decisión:

—¡Abre! —Obediente, Mario abrió la boca y esperó—. A partir de ahora, me dirigiré a ti como siervo; no creo que tenga que aclarar quién es mi esclavo, ¿verdad? —Le dirigió una oscura ojeada a Gabriel al tiempo que la erección del chico comenzaba a palpitar en respuesta. Agarrando el sedoso pelo del siervo, cogió su erección para golpearle con suavidad los labios—. ¡Mama!

Mario no dudó. Lo tomó entero hasta enterrar la nariz en su vello púbico. Succionó y chupó sin apenas mover la cabeza, con la lengua estirada para darle pequeños lametones a su escroto. Con un pequeño gruñido de placer, Carlos echó la cabeza para atrás y enterró también su otra mano en la espesa y oscura cabellera.

—Esclavo, te quiero tendido bocarriba, las piernas encogidas y abiertas hacia mí, de forma que tu culo quede bien a la vista —le ordenó a Gabriel.

Un corto gruñido escapó de la boca succionadora de Mario cuando se apartó de él y se dirigió a la estantería para coger un tubo de lubricante, lanzándoselo después a Gabriel.

—Demuéstrame lo que aprendiste ayer. La próxima vez que te mire, quiero ver al menos dos dedos metidos hasta el fondo.

Gabriel asintió con la cara colorada.

—¿Has entendido lo que quiero, esclavo?

—Sí.

—¿Esclavo?

—Sí..., señor.

—Creo que no, pequeño —sonrió Carlos con frialdad—. No soy simplemente tu señor. Soy tu amo. Mario es un siervo que está aquí para complacerme y obedecerme. Tú eres mi esclavo, me perteneces, eres mío y de nadie más. No quiero dudas ni titubeos ante mis deseos. O tienes claro que tu cuerpo y tu voluntad son míos o te largas. ¿Entendido?

—Sí, mi amo. —La respuesta fue más alta y firme esta vez.

El vientre de Carlos se encogió al advertir los sentimientos reflejados en los brillantes ojos. En vez de las emociones encontradas que esperaba, se topó de lleno con una expresión de felicidad, aceptación y entrega. Apretando los dientes, se apartó, obligándose a ignorarlo. Regresó con Mario, que seguía en la misma posición en que lo había dejado.

Sin más dilación, se enfundó en la garganta del siervo. Dejó que los reflejos del hombre ante el intruso se calmaran y comenzó a embestirle la boca con estocadas decididas y profundas. Podía sentir la garganta rodeándolo y apretándose alrededor de su sensible glándula, oír el golpeteo rítmico de sus pelotas contra la cara de Mario y la cálida saliva bañando sus ingles. Pero lo que más caliente y duro lo ponía era la imagen de Gabriel en el espejo. Observó la delicada mano del chico apretándose alrededor de la rosada verga mientras con la otra trataba de masajearse y lubricarse el trasero, haciendo leves tentativas de penetrarse con la punta de los dedos.

Carlos cerró los ojos, tratando de mantener el control, obligándose a no mirar a la jaula, a permanecer en el sitio y no dejarse seducir por la idea de empotrarse en el apretado y caliente culo del chico. Era

consciente de que él seguía fascinado por cómo follaba con vigor la boca de Mario, que sus ojos estaban cautivados por cómo su polla desaparecía una y otra vez entre los hinchados y estirados labios. No necesitaba mirar abajo para saber lo que veía: que, a estas alturas, la barbilla del hombre estaba bañada en saliva, que sus mejillas sonrojadas se llenaban y se vaciaban al ritmo de sus estocadas y que la corta pero gorda verga de Mario rebotaba libre al son de sus embestidas.

Un suave sollozo lo sacó del trance. Reprimió sus propios gemidos ante la escena que se desenvolvía en la jaula. Con los párpados apretados, Gabriel levantaba de forma rítmica sus caderas, empujándose contra los dedos brillantes y embadurnados de lubricante. El deseo de apartarle las manos para abrirse camino por el estrecho pasaje se convirtió en una dolorosa necesidad. Carlos quería sentir su verga empujando hasta que el apretado culo lo aprisionase y chupase hacia dentro y...

El ligero lloriqueo de Mario lo devolvió a la realidad. Advirtió el duro agarre que sus dedos habían adquirido sobre la sedosa cabellera. Obligándose a relajarse, lo soltó y se apartó de él.

—Levántate y sitúate sobre el potro.

Mario se levantó con piernas temblorosas para seguir sus órdenes al tiempo que Gabriel comenzaba a moverse inquieto.

—No recuerdo haberte dado permiso para dejar de prepararte, esclavo —lo advirtió Carlos con voz engañosamente tranquila al cruzar los brazos sobre su pecho.

Con una última ojeada intranquila hacia el siervo, Gabriel reanudó su paja, aunque esta vez de una forma mucho más lenta y erótica. Sin soltar la mirada de su amo, primero se relamió los labios y luego se los mordió, haciendo un leve gemido.

Carlos apretó la mandíbula, reprimiendo una sonrisa divertida ante el inexperto y obvio intento de mantener su atención centrada sobre él. Antes de delatarse, se giró con brusquedad y se dirigió al armario donde guardaba todos sus juguetes.

—Siervo, alza el culo y mantén las piernas abiertas —lo instruyó Carlos, y escogió uno de los vibradores más anchos.

Le puso un preservativo al juguete y lo untó con abundante

lubricante. Cuando llegó al potro, Mario lo esperaba sin moverse. Le colocó el vibrador de pie, en el suelo, a la vista de todos, ignorando a propósito a Gabriel. Le puso las esposas en las muñecas y se situó detrás de Mario. Le pasó ambas manos por la musculosa espalda, aprovechando la firme caricia para arquearle la espalda y obligarlo a posicionar el trasero a la altura justa. Acarició y masajéó las nalgas masculinas abriéndolas, apretándolas, pellizcándolas y proporcionándoles fuertes azotes, hasta que el duro y trabajado culo quedó cubierto por un estridente color rojo, casi tan intenso como los gemidos y gruñidos de su dueño. Recogió el vibrador y, poniéndolo en su vibración más lenta, jugó con él sobre el trasero expuesto. Recorrió sus nalgas, su escroto, rozó la pequeña roseta carmesí que se apretaba y relajaba en un silencioso ruego por ser llenada..., y apretó. Permitió a Mario prepararse y relajarse para lo que sabía que sería una invasión lenta pero certera.

Como era de esperar, a pesar de su tamaño, la cabeza de silicona se abrió paso sin apenas esfuerzo. Ante una pequeña pausa, el siervo gimió casi más que ante la penetración misma. Empujando con firmeza, Carlos introdujo el pene artificial hasta la empuñadura. La respiración del siervo se alteró y sus manos se agarraron con fuerza al potro, dejándole los nudillos blancos y tensos, hasta que lanzó la cabeza para atrás soltando un largo grito.

Carlos sabía que a Mario le gustaba el dolor punzante que acompañaba a esa primera embestida, la sensación de los músculos siendo forzados e invadidos, estirados al máximo, mientras las primeras sensaciones placenteras se entremezclaban y se escondían a lo largo de la tortura. En condiciones normales habría disfrutado viendo su expresión al follárselo sin compasión. Lo habría sujetado con ambas manos por la cintura y habría embestido sin apenas controlar el poder, hasta que gritara rogando por tener permiso para correrse. No así ese día. De alguna forma, intuía que Gabriel no estaba preparado para verlo con otro hombre, y por alguna razón, era algo que no quería poner a prueba.

Incrementó la intensidad de la vibración y manipuló el vibrador con toda la destreza que pudo, tratando de mantener en Mario esa sensación al filo entre el dolor y el placer que tanto anhelaba. A pesar

de ello, se daba cuenta de que los movimientos con los que usaba el juguete carecían de la fuerza y el vigor que solía imprimir en sus propias estocadas y que eso estaba frustrando a Mario, que era un adicto a las sensaciones más fuertes.

—Mantenlo dentro —le indicó, dejando el juguete profundamente insertado mientras los músculos de Mario se apretaban alrededor del vibrador. Soltó las esposas para sujetarle ambas manos a la espalda con una cuerda—. ¡Levántate!

Obediente, el hombre siguió sus instrucciones. Tras silenciarlo con un *gagball*, le colocó un arnés de cuero alrededor del torso y dos arneses accesorios en los muslos. Sujetándolos con cadenas a los enganches del techo, los ajustó y tiró de ellos hasta que Mario acabó colgado en el aire con las piernas abiertas. Para terminar, le puso una máscara negra en los ojos. Fue de nuevo al armario, eligió unas pinzas con pesas para los pezones y, en el último momento, se decidió también por un alargado tubo vibratorio para mantenerlo entretenido mientras se ocupaba de preparar a Gabriel.

Cuando comenzó a pinchar y tirar de los duros pezones, Mario sacó pecho rogando por más. No fue hasta que le colocó las pinzas metálicas que apretó con fuerza los dientes sobre el *gagball* para acallar sus gemidos. Untando sus manos con lubricante, Carlos lo masturbó, asegurándose de cubrir toda la erección antes de colocarle el tubo vibratorio, cuyo relleno de silicona se ajustaba alrededor de él en un apretado agarre. Cuando encendió la función de vibración y succión, Mario empezó a contorsionarse con fuertes gemidos, balanceándose en el aire. Carlos lo agarró con fuerza por el cabello, obligándolo a escucharlo:

—¡Quieto! Ahora dime: «*stop*», niega con la cabeza; «policía», afirma. ¿Lo has entendido?

Afirmación.

—¿Qué señal?

Afirmación.

—De acuerdo. Ahora mantente quieto o usaré la pala sobre tu lindo trasero.

Mario gimió, pero, excepto por el tensado y destensado de los músculos, se mantuvo inmóvil.



Fascinado, Gabriel observó cómo Carlos dominaba la masa de músculos que ahora colgaba del techo gimiendo y luchando por no retorcerse de placer. Se estremeció cuando Carlos se giró hacia él, contemplándolo con ojos oscuros.

—Ahora es tu turno, esclavo.

Todos sus músculos abdominales se encogieron y su mano se apretó de forma automática alrededor de su polla. Carlos se acercó con parsimonia a la jaula, estudiándolo, acechándolo, haciéndole latir el corazón a mil por hora; tan fuerte que pensó que los otros serían capaces de oírlo. Cuando abrió la puerta de su prisión, Gabriel temblaba por dentro y por fuera.

—A cuatro patas hasta el potro —le ordenó Carlos con voz ronca.

Obedeció con torpeza. Sus brazos parecían estar hechos de gelatina, sus piernas se negaban a avanzar, y la consciencia de que cada uno de sus movimientos era seguido por la oscura mirada hacía que su entrepierna palpitara con angustiosa anticipación.

—Apoya el estómago sobre el potro. Pon una mano en cada lateral. Piernas separadas.

Centrado en seguir las instrucciones al pie de la letra, se vio sorprendido por el repentino contacto del frío cuero alrededor de su cintura, que lo sujetaba con firmeza contra el suave terciopelo del potro.

A cámara lenta, las manos de Carlos le recorrieron el trasero para subir por su espalda y luego pasar por sus brazos. Con un metálico clic, sus muñecas quedaron aprisionadas. Regresando sobre su propia huella, las manos de Carlos descendieron de nuevo por su espalda, su trasero, sus piernas, y con otro clic, sus piernas quedaron tan atrapadas como sus muñecas. Intentó moverse, cambiar de postura, pero le resultó imposible. Tragó saliva y trató de tranquilizarse ante la absoluta sensación de vulnerabilidad.

El cálido aliento sobre sus pelotas lo devolvió a la realidad. El suave soplido acarició con parsimoniosa lentitud sus genitales, el pliegue bajo sus nalgas y el interior de sus muslos, abrasándolo y haciéndolo

temblar al mismo tiempo. Para cuando Carlos le abrió las nalgas con ambas manos, dejándolo expuesto a la vista y al aire frío, sus piernas apenas seguían manteniéndolo.

—¿Tienes idea de lo que me hace verte así, tan abierto y dispuesto para mí?

Carlos sonó ronco, estremeciendo a Gabriel hasta la punta de sus cabellos. Sintió el pulgar recorriendo con delicadeza la sensible área, empujando con suavidad contra la expectante roseta, pero sin llegar a traspasarla. Al sentir sus testículos envueltos por la húmeda y caliente boca, los gritos de placer inundaron la estancia. Primero un huevo y luego el otro fueron chupados enteros, mordisqueados, estirados entre dientes y lamidos a conciencia. Tras empaparlos, el cálido aliento de Carlos trazó un dibujo sobre ellos hasta llegar a la fina línea del centro que los separaba.

Un pequeño toque de lengua, un beso, un mordisquito suave... Gabriel pudo sentir milímetro a milímetro cómo subía con languidez desde sus pelotas hasta la hipersensible piel de su ano, donde fue sustituida por ligeros, apenas perceptibles, aleteos de su lengua.

Para cuando Carlos se incorporó para apoyarse contra él y susurrarle al oído, Gabriel era poco más que una masa de tembloroso deseo.

—Mmm... Y ahora ¿qué elegimos primero? ¿Fusta, paleta o cinturón?

«¡Mierda!».



—¿Todo bien?

Eva dejó de observar a Mimoune y sus amigos jugando con el balón para secarse el sudor de la frente y sonreír a Sor Lucía.

—Sí, claro, hermana.

—Te veo muy distraída últimamente.

—Yo... Lo siento. Estoy algo cansada de no dormir bien por las noches, pero no sabía que estuviera afectando a mi trabajo. —No podía negar su falta de concentración, pero había esperado que nadie más se diera cuenta de ello.

—No, no... —Sor Lucía movió su mano como si quisiera restarle importancia—. No pretendía dar a entender que no hacías bien tu trabajo. Aunque hicieras la mitad de lo que haces ahora, seguirías siendo una de nuestras mejores educadoras. Más bien me refería a que te veo ausente, metida en tus pensamientos.

—Ah... —No supo lo que responder.

—Y también que tu sonrisa ya no te llega a los ojos —le mencionó la hermana, poniéndose más seria esta vez.

Eva se abrazó y miró de nuevo a los niños. Soltó un largo suspiro cuando cayó en la cuenta de que todo lo que le decía la mujer era cierto.

—Hay cosas a las que no consigo dejar de darle vueltas y que me preocupan —admitió.

—¿Quieres hablar de ello?

Ella se mordió los labios ante la oferta. No era que no le apeteciera hablar, pero ¿cómo podía explicarle a una monja que lo que la tenía en un sinvivir era la forma desesperada en que Carlos le hacía el amor de forma virtual?

—¿Alguna vez ha tenido a un ser querido quien, aunque en apariencia parecía estar bien, en el fondo se agarraba a usted como si temiera perderle sin ningún motivo aparente?

—¿Cómo si temiera que al soltarte se perdiera entre la bruma? —le preguntó Sor Lucía con los ojos llenos de comprensión.

—¡Exacto! —Como si acabaran de encender la luz, Eva, de repente, comprendió la verdad—. No es que tema que yo me vaya. A lo que tiene miedo es a perderse él —murmuró más para sí misma que para la otra mujer.

—Creo que ha llegado el momento de tomar una decisión, Eva. Los gritos silenciosos a veces son los más necesitados. ¿Crees que debes dejar ir a esa persona, o lo que quieres en realidad es darle ese abrazo que necesita para que no se pierda y se aleje de ti?

Ella tragó saliva. ¿Se podía sujetar a una persona para que no se alejara?

—No quiero dejarlo salir de mi vida así, sin más —le confesó.

La monja miró a los niños y suspiró.

—Las vacaciones están a la vuelta de la esquina. Deberías empezar

a buscar los vuelos para tu regreso a España. Como directora de este centro y siendo egoísta, espero que regreses, pero como tu amiga deseo lo mejor para ti —admitió la mujer, dándole un suave apretón en el hombro antes de marcharse.

—¡Sor Lucía!

—¿Sí? —La mujer se giró hacia ella.

—Gracias. Independientemente de que regrese o no, quiero que sepa que esta experiencia ha sido muy importante para mí y que no olvidaré jamás ni el centro ni a usted.

—Las personas como tú siempre son bienvenidas aquí. Y siempre puedes regresar acompañada —le sugirió Sor Lucía con un guiño.



Al salir del baño, Gabriel encontró a Carlos desnudo, mirando por la ventana y con el cabello aún húmedo. Se apartó para dejar pasar a Mario al baño y se acercó al sofá sin dejar de admirar el musculoso cuerpo, desde los anchos y marcados hombros hasta el duro y redondeado trasero. Supo que Carlos se había percatado de su presencia cuando, sin girarse, alzó la cabeza con rigidez.

Gabriel cogió aire y se armó de valor:

—Me prometiste que, si aguantaba la sesión de hoy hasta el final, me follarías, pero no lo has hecho.

Silencio.

La musculosa espalda se tensó de forma visible, haciendo que Gabriel se abrazara a sí mismo y se preparara para el palo que estaba a punto de recibir. ¿Había aguantado la jaula, los azotes y la prohibición de correrse para nada? La sensación de desengaño le dejó un vacío en el estómago. No podía negar que el placer había sido muy superior al dolor, pero eso no quitaba el hecho de que aún sentía las marcas que le había dejado el cinturón sobre el trasero y que sus huevos dolían de tanto aguantar sin correrse.

—Si no quieres, no necesitas... —«... buscar más excusas. No quiero que me folles por simple lástima o compromiso». Gabriel parpadeó para hacer desaparecer el escozor en sus ojos.

—¡Tiéndete en la cama!

La fría orden le causó un estremecimiento que se desvió a su entrepierna. ¿Era esa otra de las pruebas de Carlos? ¿Aún trataba de demostrar que él no era capaz de actuar como su esclavo? Sin rechistar, dejó caer la toalla y fue a la cama para situarse en el centro con las rodillas dobladas y abiertas.

—¿Así, Amo? —le preguntó Gabriel tan impaciente como nervioso.

—En la mesita de noche hay lubricante. Ya sabes lo que tienes que hacer con él —continuó ordenándole Carlos sin girarse para comprobar si seguía sus instrucciones—. También hay preservativos. Elige el que quieras que use.

—Yo... —Gabriel se mordió los labios para ahogar la protesta.

Carlos lo miró por encima del hombro con ojos enrojecidos y brillantes y el rostro inescrutable.

—¿No quieres usar protección?

—No es que... No —admitió Gabriel, notando cómo el calor se apoderaba de sus mejillas y muy consciente de la irresponsabilidad que suponía lo que deseaba proponerle—. Sé que es lo mejor, pero había pensado que por ser la primera vez podríamos..., ya sabes... Todo el mundo dice que se siente distinto hacerlo a pelo a hacerlo con... preservativo.

Se mordió los labios al darse cuenta de que parecía una novia virgen en su noche de bodas. Girándose hacia él, Carlos se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Me hago pruebas de forma periódica y estoy limpio. Teniendo en cuenta que eres virgen, doy por entendido que tú también lo estás. Supongo que podemos permitirnos el lujo de hacerlo una vez sin preservativo, si así lo quieres. —Gabriel asintió en silencio—. Aun así, esperaré de ti que de aquí en adelante te sometas a las pruebas conmigo, y queda total y absolutamente descartado que mantengas ningún tipo de relación con cualquier otro hombre mientras seamos amantes. En caso de que no lo cumplas, nuestra..., nuestro acuerdo quedará anulado en todos los sentidos.

«¿De verdad espera que eso me eche para atrás? ¿Por qué cree que aún soy virgen a mi edad?». Gabriel asintió.

—Prepárate como te enseñé —le indicó Carlos con un murmullo ronco.

Mirándolo a los ojos, Gabriel abrió los muslos y deslizó las manos por su cuerpo. Presenciar cómo la nuez de Carlos subía y bajaba al tragar saliva y cómo sus ojos comenzaban a oscurecerse le proporcionó el valor para seducirlo. No se percató de que había olvidado a Mario hasta que la puerta del baño se abrió. Gabriel se tensó y cerró con rapidez las piernas.

Ignorando a Mario, Carlos apretó la mandíbula.

—¿Quién te ha dado permiso para parar?

Lanzándole una ojeada insegura a Mario, este lo sorprendió con un brillo travieso en los ojos y un guiño antes de dirigirse a la sala de juegos. Gabriel se relajó. ¿Cómo de tonto era que ahora se

avergonzaba con ese hombre cuando hacía apenas un rato había practicado un 69 con él? Su estómago se encogió al recordar el placer, pero sobre todo la tortura que le supuso el que Carlos le prohibiera correrse. Si no hubiera sido porque su necesidad de demostrar que podía estar a la altura de las circunstancias era mayor que la del placer inmediato, dudaba mucho que hubiera aguantado más de treinta segundos las expertas succiones y caricias de la boca de Mario.

Por un momento, Gabriel se paralizó y echó una ojeada insegura en dirección a Carlos. No iría a hacerle de nuevo lo mismo, ¿verdad? No podía estar pensando en follárselo por primera vez y dejarlo de nuevo sin terminar, ¿o sí? Tragó saliva al detectar el brillo cada vez más fiero en los ojos oscuros. Desconocía sus intenciones, pero sabía muy bien lo que quería y estaba dispuesto a conseguir el polvo perfecto y fabuloso con el que tantas veces había soñado. Dándose ánimos, se lanzó en caída libre. No separó sus ojos de Carlos ni un segundo cuando comenzó a acariciarse y tocarse sin pudor. No tenía nada que perder, pero sí mucho que ganar.

Cuando la puerta de la calle se cerró con un ligero portazo y entendió que Mario se había ido, acabaron por desaparecer sus últimas dudas y restricciones.

—Agárrate al cabecero y ábrete para mí.

Temblando con anticipación, Gabriel alzó los brazos por encima de su cabeza. Carlos se acercó a la cama sin prisas, situándose de rodillas entre sus piernas abiertas, y revisó con el pulgar cuán bien lubricado estaba. Gabriel cerró los ojos ante la caricia que lo tentaba y lo provocaba, incrementando su ansia por sentirlo dentro.

Carlos se acercó tanto a él que sus pelotas quedaron pegadas y, dejando fluir abundante lubricante sobre ellas, los cogió a ambos con una sola mano y comenzó a masturbarlos juntos a un ritmo lento pero decidido, alternando roces suaves con otros más apretados e intensos. Levantando las caderas con un gemido, Gabriel sintió cómo la dura polla de Carlos se rozaba y se movía junto a la suya al tiempo que sus pelotas chocaban y rebotaban al mismo ritmo unas contra las otras. Sus dedos se aferraron con fuerza al cabecero cuando sus células neuronales amenazaban con explotar de sobreexcitación.

Sin soltarlo, Carlos se inclinó para besarlo con dureza, exigiéndole su entrega y castigándolo por la suya. Cuando lo soltó y apoyó una mano a cada lado de su cabeza, Gabriel abrió los párpados para enfrentarse a las pupilas dilatadas y atormentadas que lo observaban.

—Es tu turno.

—¿Qu...? ¿Qué? —Su voz sonó confusa y chillona comparada con el murmullo áspero de Carlos.

—Métetela.

Alargando el brazo para alcanzarla, Gabriel la guio hasta situarla en su entrada, estremeciéndose ante el suave roce de la hinchada cabeza. Con la atención de ambos anclada en el punto de unión, Carlos empujó despacio para abrirse camino.

Gabriel lanzó la cabeza hacia atrás con un gemido, obligándose a respirar mientras sus manos se agarraban con fuerza a la almohada. Con los primeros centímetros dentro, estirándolo a tope, Carlos se detuvo. Podía sentirlo palpitando en su interior, desesperado por acabar de llenarlo, mientras se mantenía rígido encima de él y pequeñas gotas de sudor recorrían su frente.

—Tienes que relajarte... —le indicó Carlos entre dientes—. Si no lo haces, dolerá.

Con su propia verga palpitando al ritmo de la de Carlos, el suave dolor y la sensación de necesitar más, Gabriel alzó la pelvis y se empaló sobre él, arrancándoles gritos ahogados a los dos que resonaron en la habitación como un eco a sus pensamientos.

—¡Joder! Estás tan apretado y caliente que no sé si seré capaz de aguantar hasta que te la hayas metido del todo.

Gabriel abrió los ojos de golpe y miró horrorizado hacia el lugar en el que sus cuerpos se unían, donde quedaba claro que a Carlos aún le faltaba la mitad del camino por recorrer. «¡Ni de coña!».

—¡No! ¡No cabe más!

—¡Shhh! Claro que cabe, solo necesitas relajarte... —murmuró paciente Carlos. Se salió un poco para empujar de nuevo con suavidad.

La mente de Gabriel se cerró en banda a la sugestión y, de forma instintiva, sus brazos se estiraron para situar sus manos en las

caderas de Carlos y frenar su avance. Si ahora dolía, ¿cuánto lo haría metiéndosela entera?

—¡No puedo! ¡No puedo! Duele, duele, duele... —«Joder, ¿y yo me quejaba de los latigazos con el cinturón?».

Con un gemido de frustración, Carlos se paró en seco.

—¡Shhh! Está bien, está bien... —dijo, besándolo en la frente—. ¿Quieres que pare?

Gabriel asintió, pero enseguida sujetó a Carlos para que no se retirara.

—¡No! Por favor... —murmuró inseguro—. Solo necesito algo de tiempo.

—Bien, porque creo que me volvería loco si tuviera que parar ahora —gruñó Carlos.

—No, no, parar no, pero... ¿podríamos...? ¿Podrías...? Me refiero a que...

—Estás empezando a hablar como una mujer.

Gabriel frunció el ceño, molesto.

—No soy una mujer y no estoy comportándome como tal.

—Bien. Me alegro. Solo te falta demostrarlo —masculló Carlos, aprisionando sus labios en un duro beso.

Antes de que Gabriel pudiera darse cuenta, sus dos manos estaban sujetas por encima de su cabeza. Carlos no le dejó tiempo para pensar cuando su lengua y sus dientes lo conquistaban y seducían. Cogiendo su trasero, lo alzó y lo apretó hacia él, hundiéndose en Gabriel con un único empuje que dejó sus caderas pegadas la una contra la otra. El descontrolado grito, mezcla de sorpresa, dolor y placer, fue ahogado entre sus bocas.

Dividido entre apartarse o fundirse con él, Gabriel le devolvió el beso con desesperación. «Mierda, está dentro de mí. Puedo sentirlo tan, tan dentro...». Cuando Carlos comenzó a moverse despacio, Gabriel cerró los ojos entregándose a la extraña sensación en la que poco a poco el dolor fue evaporándose y desapareciendo para dar lugar a una sensación de puro y divino placer.

Pronto sus gemidos vibraron de forma cada vez más intensa contra los labios de Carlos, y sin dejar de responder a sus besos, Gabriel comenzó a moverse contra él, tratando de hacerle perder su dichoso

control para que incrementara la fuerza y el ritmo de sus embestidas. Carlos le colocó las piernas sobre los hombros y sus caderas se acompañaron a sus movimientos.

Cuando Carlos levantó la cabeza de repente y lo miró a los ojos, lo cogió totalmente desprevenido.

—No creo que aguante mucho más.

—¡Ajá! —Gabriel le mordisqueó y le lamió el antebrazo—. ¿Eso quiere decir que ahora vas a empezar a follarme en serio?

Carlos gruñó; su cuerpo rígido por la tensión. Despacio, se retiró hasta casi salirse del apretado canal, provocando un gemido de protesta por parte de su dueño, solo para con un fiero y rápido empujón volver a enterrarse entero en él.

—¿Tienes idea del trabajo que está costándome controlarme, de las ganas que tengo de follarte como un poseso hasta que creas que vas a partirme por la mitad y no pares de gritar mi nombre?

—No tienes por qué hacerlo. Controlarte, me refiero. —«¡No quiero que lo hagas! ¡Quiero sentirte descontrolado! ¡Saber que estás así por mí!».

—Intento evitar que mañana no puedas ni andar —le explicó Carlos con una sonrisa forzada. Apoyó su frente contra la de él mientras sus caderas se balanceaban de forma lenta y concienzuda.

Con un quejido de frustración, Gabriel apretó el culo, aprisionando a Carlos en su interior.

—A eso me refiero. Quiero... No. ¡Ne-ce-si-to que pierdas el control!

—¡Gabriel! —La advertencia salió entre dientes apretados.

—¡Fóllame de una puta vez! —chilló Gabriel, alzando desesperado su culo.

—¡Mierda! —rugió Carlos antes de apoyarse en sus brazos y darle justo lo que había pedido.

—¡Sííí...! ¡Mááás...! —siseó Gabriel entre embestida y embestida.

Sin frenar sus arremetidas, Carlos lo contempló altivo, con una sonrisa casi salvaje.

—¿Más? —le preguntó con una dulzura casi fuera de lugar.

—Más... fuerte... Más... rápido —lloriqueó Gabriel sin aliento, apoyando una mano en el cabecero para contrarrestar la fuerza de los empujes.

Carlos salió bruscamente de él y se puso de rodillas entre sus piernas.

—No, por favor, no me dejes así... —«¡No puedes dejarme otra vez sin correrme!».

—¿De verdad crees que soy capaz de parar ahora? —le preguntó Carlos con una ceja alzada y una mirada casi feroz al girarlo, obligándolo a ponerse a cuatro patas ante él.

—¡Pufff! —La cara de Gabriel quedó aplastada contra la almohada.

Sin mirarlo, Carlos le palmeó los testículos, los tomó en su mano, primero uno y luego el otro.

—¿No es curioso lo estrecho y apretado que estabas y lo abierto y desesperado que tu culo parece ahora? —Como para confirmar sus palabras, le introdujo dos dedos—. Pon la almohada entre tu cabeza y el cabecero y sujétate.

Gabriel se apresuró a seguir sus instrucciones al pie de la letra y se mordió los labios para no suplicarle a gritos que lo follara de una vez. Sentía su culo vacío y sus pelotas le pedían a gritos que las dejara explotar y correrse por fin. Con el glande de Carlos palpitando entre sus nalgas, comenzó a desesperarse. Podía sentir sus músculos abriéndose y contrayéndose ansiosos.

—¡Por favor! Sabes que soy tuyo para lo que quieras. Por favor..., amo —gimió.

El cuerpo de Carlos se tensó, pero pasaron varios segundos más antes de que se situara, lo sujetara con fuerza por las caderas y se hundiera en él, casi alzándolo de la cama con la fuerza de su empuje.

En la habitación resonaron los jadeos de Gabriel, los roncros rugidos de Carlos, el húmedo sonido de Carlos entrando y saliendo de su culo y el golpeteo rítmico de sus cuerpos chocando. Gabriel cerró los ojos y se entregó por fin a las sensaciones, sin un solo pensamiento ni freno más.

En el momento exacto en que el cuerpo de Carlos se tensó y convulsionó llenándolo con su leche, Gabriel soltó su último grito y un silencioso «¡Sííí!» cuando su propia corrida salpicaba su barriga y las sábanas. Se deslizó sobre el colchón cuando Carlos dejó caer su peso sobre él. «No te salgas, no te salgas aún, por favor».

—Deja de apretar tu culo, chico lindo —murmuró Carlos medio

gruñendo.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Gabriel cuando descubrió que Carlos no parecía tener intención de salirse de él y que sus dedos seguían entrelazados. Incluso sudados como estaban, se sentía jodidamente bien sentir el peso del otro.

—Mmm... —Y solo porque podía hacerlo, Gabriel volvió a apretar su culo, disfrutando de la sensación.

Carlos le mordió el hombro en represalia.

—¿Estoy aplastándote?

—No. —«¡Ni se te ocurra moverte!».

—¿Todo bien, chico lindo? ¿Es así como te lo habías imaginado?

«Lo único que lo haría aún mejor es que me prometas que seguirás follándome siempre así».

—Ajá.



19

Tras tirar la mochila sobre el sofá, Gabriel corrió excitado al baño. Tenía el tiempo y los motivos para sorprender a Carlos cuando viniera a la una. Seguro que no se esperaba encontrarlo en casa tan temprano, y mucho menos cuando los viernes rara vez conseguía regresar de la facultad antes de las cuatro.

¡Había tenido su último examen del curso y, además, le había salido genial! Tenía que celebrarlo, y no pensaba desaprovechar la excusa para hacerlo con Carlos. Una ojeada al pequeño reloj del baño le indicó que no tenía tanto tiempo como había pensado para prepararlo todo; apenas cuarenta minutos, y aún tenía que ducharse y hacer los espaguetis. Sonrió ante la idea de conseguir que Carlos hoy quisiera tomar el postre antes del almuerzo, y sacándose la camiseta sobre la cabeza, la tiró a una esquina del baño, seguida por los pantalones y los calcetines.

Atrapó una manopla de camino a la cabina de ducha, abrió los grifos y, escogiendo su gel favorito, se frotó a conciencia mientras hacía balance de los dos últimos meses. ¿En serio hacía solo dos meses que había perdido su virginidad y era el amante de ese hombre?

Aunque Carlos seguía llamándolo esclavo y lo trataba como tal en sus sesiones diarias de sexo sudoroso y espléndido, Gabriel lo tenía claro: eran amantes en el pleno sentido de la palabra, ni más ni menos. Carlos no se preocuparía tanto de su salud y su placer si no sintiera algo por él, ni tampoco habría dejado de salir con otras personas para quedarse con él o para llevarlo al cine o a conciertos cada semana. No, no importaba que esa roca de hombre no le confesara nada. Tenía la certeza de que Carlos estaba tan enamorado de él como él de Carlos.

De hecho, fue Carlos quien no lo había dejado buscar trabajo hasta que terminara sus estudios y tampoco había vuelto a mencionar nada de que tuviera que irse. ¿No era esa suficiente prueba de que pretendía mantenerlo en su vida? Aunque no quería ser un mantenido y pensaba salir a buscar trabajo el lunes mismo, sentaba de maravilla

saber que lo haría sin la presión de que su estabilidad o su modo de vida dependían de ello.

Cuando salió de la ducha y se contempló en el espejo, se enfrentó al chico que le sonreía desde el reflejo.

—¡Eres un tipo jodidamente afortunado!

La sonrisa del reflejo le llegó de oreja a oreja. ¿Cómo había sido posible que su vida cambiara tanto en tan poco tiempo?

Se secó con rapidez, se limpió los dientes y recogió la ropa sucia para llevarla a la lavadora. No se tomó la molestia de vestirse. ¿Para qué? Pretendía dejarle a Carlos muy claro cuál sería el plato principal del día.

Después de preparar la salsa boloñesa y poner el agua a hervir, se apresuró a ir al cuarto de juegos a por el lubricante y de paso buscó la cola de zorro con el *plug* anal, que sabía que estaba guardada en uno de los cajones. No era algo que lo hiciera sentirse especialmente sexi. Para ser sincero, lo hacía sentirse como un marica afeminado, pero Carlos ya lo había hecho llevarlo varias veces, por lo que suponía que le gustaba.

Cuando se evaluó cinco minutos más tarde ante el espejo de la entrada, sabía que había acertado. Era imposible que Carlos no entendiera la indirecta viéndolo vestido solo con un delantal, la cola de zorro y su cadena de esclavo alrededor del cuello. Con un vistazo rápido al reloj, comprobó que apenas le quedaban quince minutos. Corrió a lavarse las manos y apenas tuvo tiempo de echar la pasta en el agua cuando la puerta se abrió de golpe dando un portazo contra la pared de la entrada.

—¡Dios, cómo te he echado de menos, mami!

El cuerpo y el corazón de Gabriel se congelaron en el sitio cuando presenció cómo Carlos entraba con una morena prácticamente fundida a él mientras se besaban apasionadamente.

—La... maleta... La..., aaah..., maleta, be...bé —protestó la mujer sin aliento, pero sin dejar de besarle ni abrirle la camisa.

Carlos estiró el brazo para buscar la maleta a tientas al tiempo que su boca bajaba hasta los pechos de la mujer, quien se apoyó contra la pared con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. En cuanto consiguió meter el equipaje en el apartamento y empujó la

puerta con la pierna, los diminutos botones de la blusa femenina saltaron por el suelo al tirar de ella para alcanzar el generoso escote.

Gabriel tuvo que sujetarse a la silla cuando sus piernas amenazaron con ceder bajo él. Le habría gustado gritar para hacer notar su presencia, exigir una explicación o chillarle a aquella puta que se largara y dejara de destrozarle sus sueños, aun sabiendo que no era una mujer cualquiera, sino la morena con la que Carlos mantenía aquellas eternas videollamadas. Pero no tenía fuerzas para hacer nada, ni siquiera para gatear hasta la cama y esconderse debajo de ella.

Su estómago se encogió en un enorme nudo cuando Carlos le alzó la falda a la desconocida y se acuclilló delante de ella para besarla sobre el encaje de sus bragas. Con un jadeo ahogado, la mujer se sujetó a la cabellera de Carlos y abrió los párpados. Fue en ese instante cuando lo vio y sus miradas se cruzaron.

Eva se perdió fascinada en los inmensos ojos azules que la observaban desde el rincón de la cocina. Parecía un ángel. Su mente tardó en aceptar que los ángeles de carne y hueso no existían y que tampoco solían vestir nada más que un delantal y un collar de cuero negro. Era probable que, si la lengua de Carlos no hubiera escogido ese preciso instante para abrirse camino bajo sus bragas o si aquellos ojos no hubieran tenido ese increíble color azul, se habría dado cuenta antes de sus incongruentes pensamientos, pero tal y como estaban las cosas, podía dar gracias a que sus neuronas hicieran al menos el intento de reaccionar.

—Carlos... —Tiró de su cabellera para llamarle la atención. «¡Oh, Dios! ¡No uses también el dedo...! ¡No! ¡Para! —Utilizando la poca fuerza de voluntad que le quedaba, tiró con más fuerza de él, pero parecía que tenía tan pocas ganas de soltarla como ella de alejarlo—. Bebé..., ¿me has traído una mascota para jugar?

—¿Qué?

Carlos alzó la cabeza y la miró confundido, hasta que echó un vistazo en la dirección a la que ella señaló con la barbilla y se puso rígido. Eva sonrió. Era típico de él provocarla para jugar con otros hombres y luego no querer compartirla con ninguno de ellos. Sin tomarse la molestia de bajarse la falda se acercó al chico, ya que no

tenía claro que pudiera llamársele hombre. Debía tener veintipocos, lo que a sus cuarenta y cuatro la convertía casi en una asaltacunas si lo aceptaba para jugar. Suspiró. No era su tipo habitual precisamente, ya que los prefería bastante mayores, pero en este caso no le importaría hacer una excepción. Era tan sexi, con esos enormes ojos llenos de inocencia y el chillante delantal amarillo anaranjado, que rompía de cuajo toda la teoría de que los ángeles no tuvieran sexo.

—¿Cómo te llamas? —Le hizo la pregunta rodeándolo curiosa para descubrir si de verdad estaba tan desnudo como aparentaba estar. «¡Oh, pero mira qué mono es!»—. De un ángel habría esperado alas, pero no una cola.

Acarició la cola de zorro para comprobar que de verdad fuera tan suave como parecía. ¿Había pensado que el chico era angelical? Ahora, viéndole el trasero prieto con su cola, lo habría descrito más bien como endemoniadamente sexi. Lo único que le sobraba era el delantal. Decidida, le abrió los nudos para dejar que el delantal cayera al suelo. «Y encima es tímido también», se dio cuenta cuando él se puso rígido. Carlos, definitivamente, conocía sus gustos en cuanto a juguetes. Le encantaba follar duro y seducir a hombres como Carlos, que sabían lo que querían y cómo tomarlo. Sin embargo, existía un placer especial en enseñar a ese otro tipo de hombres más... retraídos, con los que podía jugar y a los que podía torturar hasta llevarlos más allá de los límites que creían tener.

—Tengo que admitir que había soñado con hacer el amor contigo de forma lenta y pausada para que pudieras convencerme de todos los motivos por los que quieres que venga a vivir contigo, pero, aun siendo mucho más joven de lo que me gustan, tengo que admitir que has conseguido despertar mi curiosidad —le confesó a Carlos, haciéndole un guiño—. Aún no me has dicho cómo te llamas —le recordó al chico.

—Gabriel.

—Precioso nombre. Yo soy la novia de Car... Espera un momento, ¿acabas de decir Gabriel? —Eva miró hacia Carlos.

¿Este era «El Gabriel», el chico acosado del que habían estado hablando en los últimos meses? ¿Lo había convertido en su amante?

La cara pálida de Carlos y sus puños apretados fueron respuesta más que suficiente.

—¿Has convertido a un chico que necesitaba tu ayuda en tu mascota? —Ella se dejó caer en una silla.

¿Y cómo no se había dado cuenta antes de que lo del chico olía a chamusquina? No había sabido que ella llegaba hasta que la encontró esperándolo en la puerta de sus oficinas. ¡Era imposible que le hubiera preparado la sorpresa de la mascota para recibirla! ¿Vivía junto a su amante y la había traído a su casa con ellos? El suelo pareció desaparecer bajo sus pies.

—Escucha, bebé, no es lo que parece. No en el sentido en el que estás interpretándolo ahora mismo.

—¿Y cómo crees que estoy interpretándolo?

—Fue Gabriel quien me pidió que lo entrenara como esclavo.

—¡¿Como esclavo?! —Eva abrió los ojos horrorizada. Jamás habría esperado de alguien como Carlos que cometiera semejante barbaridad con un chico tan joven.

El chico en cuestión dio un sollozo y salió disparado hacia el cuarto de baño para esconderse.

—¡Dios mío, Carlos! ¿Cómo has podido hacer algo así? ¡Solo es un niño!

—Créeme, es mucho menos niño de lo que tú te crees —murmuró Carlos con la mandíbula apretada.

Gabriel se apoyó contra la puerta del baño con los ojos cerrados. El nudo en la garganta apenas lo dejaba respirar y su corazón latía tan fuerte que casi no oía la conversación que se desarrollaba en el salón. Miró a su alrededor. Estaba atrapado. Se había atrapado él mismo al encerrarse desnudo en el baño. ¿Cómo iba a salir ahora de allí sin humillarse aún más de lo que ya había hecho?

—¿Cuánto tiempo lleváis siendo amantes?

Gabriel se abrazó ante el asco que pudo discernir en el tono de la mujer. La respuesta tardó tanto tiempo en llegar que pensó que se la había perdido:

—Depende de cuál sea tu interpretación de «amantes».

Dejándose resbalar hasta el suelo, Gabriel se tapó la cara. ¿Cómo podía negar que habían sido amantes? ¿Qué era él entonces? ¿Un

perro callejero al que echar a la calle en cuanto se hubiera hartado de él?

—¡Maldita sea, Carlos! No quieras jugar conmigo a las adivinanzas a estas alturas. —Por el golpe y el volumen de su tono, quedó claro lo enfadada que estaba la mujer.

«Su novia. Ella se ha presentado como su novia», se recordó Gabriel con amargura. Carlos jamás le había hablado de ella como novia. Había dado por supuesto que entre ellos habría exclusividad, al menos después de que se la exigiera a él. «Él te dijo que tú no podías acostarte con nadie más si querías seguir con él, pero jamás se comprometió a hacer lo mismo contigo. ¡¿Cómo puedes ser tan gilipollas, Gabriel?!».

—¡No quiero jugar a las adivinanzas contigo! —contestó Carlos—. Al principio, hubo una atracción y un par de escarceos con él, pero luego evité a toda costa llegar a más. Prácticamente me chantajeó con prostituirse para que aceptara.

Gabriel quiso que la tierra se lo tragara. Le habría gustado poder salir y espetarle a la cara que era mentira, pero no podía. ¡Era la verdad! Lo había chantajeado y Carlos se lo había follado por lástima.

—¿Que te chantajeó con prostituirse para que te lo follaras? ¿Me has tomado por tonta? ¿Quién va a creerse semejante gilipollez?

Gabriel se habría reído si el nudo en la garganta y las lágrimas se lo hubiesen permitido. «Soy patético».

—¡Es la verdad! ¿Por qué iba a mentirte? Llegamos al acuerdo de que podíamos follar con quien quisiéramos mientras estuviéramos en continentes diferentes. Técnicamente, no te he sido infiel. No he hecho nada más que lo que me autorizaste a hacer. —Tras las palabras de Carlos, se produjo un largo silencio—. Te quiero con locura, cielo. Créeme. Quiero casarme contigo, que compartamos una vida juntos.

—¿Por qué me lo has ocultado? —inquirió ella en apenas un murmullo.

Carlos soltó un largo suspiro.

—Porque tenía miedo de que te molestara, de que te hiciera daño saberlo. No voy a mentirte. Aunque en teoría podía estar con él sin infringir ninguna de nuestras normas, sospechaba que no te gustaría

descubrir que había cogido a un amante permanente y que vivía conmigo en mi casa.

—Veo que tu sexto sentido te funciona bien para ser un hombre —le soltó ella sin ocultar su sarcasmo—, pero eso no es lo único que me afecta. ¿Cómo has podido aprovecharte de la situación de ese niño? ¿O solo era una trola que te has inventado?

—No. Todo lo que te he contado sobre él es verdad.

—¿Y esperabas que yo fuera a aprobar tu relación con él, que la comprendería?

—No. Esperaba que nunca tuvieras que enterarte.

—¡Me has traído a tu casa! ¿Cómo se suponía que no iba a darme cuenta?

—Cuando te encontré esperándome delante de mi oficina, me cogiste por sorpresa. No pensé. Tampoco imaginaba que él estuviera aquí esperándome, y mucho menos desnudo. No debería haber llegado hasta mucho más tarde, y para entonces me habría dado lugar a prepararte para todo esto.

—¿Había forma de prepararme para esto?

—Cielo, ambos hemos tenido amantes. Sé cómo debes sentirte. Yo me siento así cada vez que pienso en otro hombre poniéndote una mano encima. Pero...

—No, no lo comprendes. No es el hecho de que hayas follado con una o con mil personas lo que me afecta.

—¿Entonces? —Carlos sonaba confundido.

—Es lo que no estás contándome y es el descubrir que la persona recta y con ética que yo pensaba que conocía es muy diferente a lo que creía. Jamás me habría esperado de ti que tuvieras problemas para discernir dónde termina la perversión y empieza la enfermedad.

—Eva...

—No, ahora mismo no es el momento de seguir hablando de esto. Estoy demasiado cansada como para pensar con claridad y tampoco estoy para tomar decisiones lógicas hasta que me haya calmado y haya analizado todo lo que ha pasado.

—Cielo, de verdad, yo...

—¿Te importa pedirme un taxi? En serio, no quiero seguir hablando de esto.

—Ahora mismo lo llamo, pero pienses lo que pienses de mí, quiero que sepas que te quiero, que eres la única mujer a la que he amado y con la que quiero casarme.

Gabriel se tapó los oídos para no escuchar nada más. No quería ni podía hacerlo. ¿Cómo había podido estar tan equivocado? ¿Cómo había podido confundir la simple lástima y el compromiso por amor? No había sido más que un triste juguete en sus manos, y lo peor era que ni siquiera podía culparlo de ello. ¡Él mismo lo había chantajeado para que lo convirtiera en su puto esclavo!



Eva seguía contemplando las estrellas sentada en la terraza de su piso cuando el móvil sonó por enésima vez. Intentó ignorarlo, pero por muy claro que tuviera que no quería hablar con Carlos, fue difícil no cogerlo. Cuando al fin dejó de sonar, respiró aliviada. Se envolvió un poco mejor en su chal y se abrazó a sí misma. Comprobó la hora en el reloj. Las doce de la noche. A pesar de no haber dormido en las últimas veintisiete horas, seguía sin tener ganas de dormir. Ni siquiera le apetecía entrar en su apartamento, que se sentía vacío y extraño después de tanto tiempo sin vivir allí.

—*Tiene un mensaje nuevo en su buzón de voz* —le comunicó el móvil, sacándola de sus pensamientos.

Cuando vio que era de Carlos, estuvo por no cogerlo, pero su curiosidad o quizás su necesidad de saber que no era la única que sufría pudieron más que ella. A regañadientes, alargó la mano hasta el móvil y marcó el número del buzón.

—Eva, sé que ahora mismo me odias y que no quieres saber nada de mí, pero necesito tu ayuda. No sé lo que hacer. Gabriel se ha ido muy alterado y no ha vuelto aún. Sé que tú deberías ser la última persona a la que acudir, pero estoy preocupado. Gabriel no tiene dinero ni ningún sitio a donde ir. Tiene la cuenta embargada y el abogado nos dijo que aún tardaría un par de semanas en resolverse. No sé si le ha pasado algo, si se ha quedado a dormir en la calle o, aún peor, si ha ido a uno de esos clubs secretos en los que puede conseguir dinero a cambio de vender su cuerpo. Por favor. Sé que no es asunto tuyo, pero no tengo a nadie más a quien acudir. Jamás

podría perdonármelo si le ocurriera algo por mi culpa. La policía no me echará cuenta si denunció su desaparición. Es un adulto y apenas se ha ido hace once horas. Yo... —La voz desesperada de Carlos se quebró y la línea se quedó en silencio.

Las manos de Eva temblaron cuando marcó el número de Carlos.

—¿Lo quieres? —le preguntó, esperando con el corazón encogido a que él respondiera.

—Sí.



20

Tragando saliva, Gabriel intentó deshacer el estrecho nudo que sus huevos parecían haber formado en su garganta y que apenas lo dejaba coger aire. Mientras, miraba desde los barrotes de su jaula el centro de la lujosa habitación decorada en tonos borgoñas y negros. Su único alivio era que al igual que la suya, la atención de todo el mundo estaba centrada allí; al menos, de momento.

A esas alturas, el fuerte adonis al que había conocido apenas unas horas antes en los vestuarios del exclusivo club se encontraba llorando como una Magdalena, y Gabriel sospechaba que lo único que le impedía suplicar por ser soltado era el hecho de que tenía un *gagball* del tamaño de una pelota de tenis alojado en su estirada boca.

Por su escasa conversación de antes, sabía que el chico tenía la misma edad que él, aunque eso era lo único que tenían en común. Bueno, sin contar con que ambos habían dicho que eran vírgenes y que habían firmado el contrato por el que aceptaban ser usados al antojo de los clientes a cambio de dos mil euros, con la única salvedad de que no podían hacerles sangre, roturas de huesos ni dejarles cicatrices permanentes.

Viendo ahora al chico moreno, cuyo cuerpo imponente y musculoso temblaba de agotamiento, dolor y miedo, Gabriel comprendió cuán tonto había sido al pensar que lo único que implicarían esos dos mil euros era que se lo follarían un poco bruscamente y que quizás jugarían con él como lo había hecho Carlos. ¡Qué equivocado había estado!

Ahí estaba esa criatura, que parecía sacada de una novela histórica sobre romanos, enorme; más que grande, todo fibra y músculos. Y, sin embargo, lo único que le impedía derrumbarse y encogerse sobre sí mismo como un niño pequeño eran el potro sobre el que tenía apoyado el estómago y la tensa cuerda que mantenía sus brazos sujetos a la espalda.

Ni los esteroides ni las innumerables horas de gimnasio ni el ego de un general ruso parecían haberle servido al chico para aguantar las pesas que ahora colgaban, tambaleándose pesadamente de sus

pezones y pene, mientras sus huevos estaban amoratándose, aprisionados por un ridículo lazo de color rosa. Al mismo tiempo, sobre la morena piel de su perfecto trasero, iba completándose un puzle de ronchas rojizas y violáceas.

—Solo acaban de empezar.

Gabriel se giró sobresaltado hacia el butacón situado a la derecha de su jaula. Estaba ocupado por un hombre alto y esbelto, en apariencia más interesado en los cubitos de hielo de su bebida que en lo que transcurría en el resto de la habitación.

—No les gusta que intenten tomarles el pelo, y el chico los ha engañado sobre su virginidad; o, al menos, esa es la excusa que tienen para jugar con él.

—¡No pueden saber si ha dicho la verdad o no! —exclamó Gabriel con un seco graznido.

—¿No pueden? —le preguntó el extraño con suave acento francés y con una ceja alzada.

—Es imposible —murmuró Gabriel, acojonado.

—¿Y entonces por qué crees que están dispuestos a pagar el dineral que pagan?

Cabeceando, la respuesta de Gabriel salió en apenas un susurro:

—No lo sé.

—En realidad, no importa si lo eres o no. —Con un encogimiento de hombros, el extraño miró al chaval en el centro de la habitación, al que parecían haberle cambiado las pesas por otras más grandes—. Lo seas o no, ellos consiguen lo que quieren: contemplar tu expresión de dolor y oír tus gritos y súplicas.

Como si hubiese dado la orden, los ahogados lamentos del joven adonis se convirtieron en alaridos roncacos cuando le quitaron el *gagball* y lo sustituyeron por un aparataje metálico que le mantenía la boca abierta.

—Un chico virgen, o casi virgen, puede hacer poco o nada por relajar sus músculos anales cuando siente miedo. Las probabilidades de que sienta placer al principio, si no se le prepara adecuadamente, son casi nulas. Eso hace que ellos puedan sentir cómo su polla se abre paso a la fuerza por el culo virgen mientras este se resiste y se aprieta a su alrededor como un puño, acompañado de los gritos y

gemidos de dolor. Si el chico no los ha engañado, suelen conformarse con disfrutar de su sufrimiento y luego obligarlo a correrse en público de forma humillante.

—Pero aún no se han follado a ese chico. ¡No pueden saberlo!

—No ha hecho falta. Lo pusieron a prueba. Se dejó follar por uno de los camareros —le explicó el extraño con un encogimiento de hombros.

Gabriel recordó la incómoda situación en el vestuario cuando uno de los camareros se había acercado y, tras tratar de ligar con él, le había ofrecido cien euros por echar un polvo rápido. Lo había rechazado porque en realidad no le apetecía, pero eso no quitaba el hecho de que había que ser medio retrasado mental para dejarse follar en el mismo sitio en el que van a pagarte dos mil euros por el hecho de ser virgen.

Miró al desgraciado chaval y tragó saliva de forma compulsiva por él. Con la boca abierta de par en par, pollas de todo tipo iban follándolo por turnos. Incluso mujeres con penes artificiales lo azotaban con ellos en la cara y luego arremetían entre los labios abiertos hasta hacerle dar arcadas.

Cuando sonó la campana, fue una distracción bienvenida de sus propios pensamientos.

—Vaya, parece que las apuestas han llegado a su fin —comentó el extraño a su lado con pasividad antes de tomar un trago de su vaso—. ¡Qué lástima de desperdicio! Con ese pedazo de cuerpo y no ha conseguido la puja mínima.

—¿Qué quiere decir eso? —quiso saber Gabriel, intranquilo.

—Significa que la casa nunca pierde y que, en este caso, para alcanzar el importe mínimo, será compartido por varios clientes.

Gabriel echó un vistazo al centro, donde algunos de los que habían estado divirtiéndose a costa del chico comenzaban a retirarse, buscando asientos para presenciar el espectáculo con tranquilidad. De pie, alrededor del muchacho, quedaban dos hombres de mediana edad y uno lo bastante mayor como para que Gabriel se preguntara cómo iba a conseguir que se le levantara para follar. Al lado de ellos, una valquiria enfundada en látex negro de los pies a la cabeza y con estatura suficiente para ser jugadora de baloncesto profesional se

cambiaba el artilugio de plástico de su arnés por uno que triplicaba su tamaño. Este iba cubierto por largas protuberancias que, con esa envergadura y sin la lubricación adecuada, Gabriel estaba seguro de que no resultarían nada placenteras.

Obligándose a no demostrar el terror que le atenazaba los huevos, apoyó la sudorosa frente en los barrotes de la jaula y siguió presenciando la horrible escena, rezando porque nadie se percatara de que él aún seguía allí.

El cuerpo del chico temblaba de forma visible. Había dejado caer la cabeza hacia delante y permanecía con los párpados cerrados tomando aire de forma compulsiva en tanto que su boca seguía abierta de par en par.

Por el rabillo del ojo, Gabriel advirtió cómo un gordo sentado en primera línea depositaba un fajo de billetes en la bandeja dorada del camarero mientras con una sonrisa babosa y desagradable se acariciaba la purpúrea morcilla que le sobresalía entre la cremallera abierta. Una vez que el camarero se retiró y se acercó a los otros pujantes, el gordo se estiró la polla en una última y larga pasada, para después frotarse las manos y levantarse del sillón. Se dirigió a su ignorante premio, rodeándolo parsimoniosamente, ojeándolo, observándolo desde todos los ángulos, acariciándose la polla morcillonada con una sola mano con la misma dedicación y destreza con la que un sicario afila su daga. Gabriel se encogió con empatía cuando al llegar a la espalda del chaval, el gordo le dio un puntapié en los enrojecidos e hinchados testículos, ladrándole con voz desagradable:

—¡Espabila!

El chico levantó la cabeza con un lastimero aullido. La sonrisa del gordo se extendió.

—¡Saca la lengua! —le ordenó, tirándole fuertemente de la corta cabellera para levantarle la cabeza hasta una posición absolutamente forzada.

El gordo esperó a que sacara la reseca lengua y luego le escupió repetidas veces sobre ella antes de volver a soltarlo y reanudar su labor de autocomplacencia.

Con el estómago revuelto y debilitado por su propio horror, Gabriel

fue incapaz de seguir observando. Dándose la vuelta, apoyó la espalda contra la jaula y encogió las piernas hasta la barriga.

—¿Exactamente a qué pensaste que se referían cuando te advirtieron que harían lo que quisieran contigo? —le interrogó el extraño, que seguía sentado junto a él.

—Que jugarían un poco, que me follarían..., pero no esto. Esto es..., es una aberración —lo acusó, mirándolo a los ojos—. ¿Cómo podéis permitir algo como esto?

El extraño miró hacia el centro de la habitación con los labios apretados, pero se limitó a tomar un fuerte trago del vaso.

—Hay personas que necesitan el dolor para sentir placer. Hemos intentado pararlo algunas veces, pero no hay nada que pueda hacerse realmente. Habéis firmado un contrato con vuestros datos personales e información suficiente como para que puedan encontraros a vosotros o a personas allegadas a vosotros. Cuando llegáis ante un juez, os han metido tanto miedo en el cuerpo que declararéis lo que ellos os indican que declararéis. Es así de complicado y así de sencillo.

—¿Hemos? ¿Quiénes sois «hemos»?

—Eso no importa ahora.

—¿Y si te dijera que quiero salir de aquí, si te pido por favor que me saques de aquí?

El desconocido soltó su vaso sobre la mesilla y se inclinó hacia la jaula, inspeccionándolo con sus intensos ojos.

—¿Estás seguro? No habrá vuelta atrás y no podrás regresar a este club si no quieres que te hagan pagar por tu deserción con saña.

—Estoy seguro. Ni loco quiero regresar aquí después de lo que he visto.

El hombre abrió su chaqueta, sacó un tocho de folios del interior y se lo pasó por entre las rejas junto con un bolígrafo.

—Fírmalo.

—¿Qué..., qué es esto?

—Tu renuncia a tu contrato anterior y a cualquier contraprestación económica por haber estado aquí, que accedes a pagar quinientos euros por daños y perjuicios a la imagen del club y tu compromiso a

no revelar públicamente y bajo ningún concepto lo que ocurre aquí dentro —le explicó el desconocido.

—¿Quinientos euros? Yo no tengo quinientos euros, ni siquiera tengo donde caerme muerto —sollozó Gabriel con manos temblorosas. «¿Dónde me he metido?».

—Me los deberás. Ahora aligérate en firmar. Eres el siguiente en la lista. —El hombre señaló hacia el centro de la habitación, donde el gordo acababa de descargarse sobre la lengua del chico y ahora le restregaba todo su sucio semen por el rostro—. Una vez que vengan a por ti, ya no habrá nada que pueda hacer, a menos que tengas los seis mil euros que piden por la puja mínima.

«¿Seis mil euros? ¡Joder!».

Miró el contrato, pero la escasa iluminación apenas le permitió distinguir las diminutas letras. Echó una ojeada indecisa del centro de la habitación al desconocido. ¿Cómo de arriesgado era firmar esos papeles sin leerlos? ¿Más o menos que permanecer allí y aguantar lo que le echaran encima? Al menos, si se quedaba, le hicieran lo que le hicieran, iba a poder cobrar los dos mil euros, lo que le permitiría sobrevivir por unos meses. Yendo con el desconocido, igual se vería en una situación peor, y si no lo mataba, acabaría de nuevo en la calle sin nada de nada. Las probabilidades de que el desconocido fuera alguien decente que no se aprovecharía de él eran del cincuenta por ciento. Cuando vio cómo el chico musculoso se meó encima, dejó de darle vueltas sobre si quedarse en el club o no. Firmó sin más. Tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de escapar de aquel sitio indemne. Eso era mejor que nada.

Tras liberarlo de la jaula, Gabriel observó incómodo cómo el desconocido sacaba el móvil en cuanto se montaron en un coche y marcaba unos números. Aún no habían salido del aparcamiento subterráneo del club y seguía sin tener la seguridad de haber salido intacto de toda aquella maldita aventura.

—Lo tengo —dijo el desconocido, sin tomarse siquiera la molestia de saludar a quien estuviera al otro lado de la línea—. Ahora ¿qué? Sí, sí, está bien. Algo asustado, pero nada más.



21

Eva soltó un suspiro cuando en la pantalla del interfono apareció la cara de Arnán con el chico de Carlos a su espalda. En cuanto abrió la puerta, el chaval retrocedió un paso. Ella evitó a duras penas soltar un bufido. No era que se alegrara especialmente de verle, pero ¿qué esperaba?, ¿que lo habían sacado de ese antro para que ahora pudieran darle una paliza? Frunció el ceño al reparar en las esposas que llevaba puestas, pero prefirió no mencionar nada al respecto.

—Hola. Gracias por traerlo, Arnán. Pasa y dime cuánto ha costado sacarlo de allí.

Él le echó un vistazo al chico.

—¡Entra! —la orden fue tajante y seca, como si ya hubiera tenido algún percance con él, lo que sin duda explicaba el motivo por el que decidió recurrir a las esposas.

Ella se apartó a regañadientes para dejarlos pasar. ¿Sería demasiado pedirle que lo llevara a casa de Carlos? Al distinguir la expresión asustada en el pálido rostro del chaval, su entrenamiento hizo que sus músculos se tensaran de forma automática para lanzarse tras él si trataba de huir. Su compañero debió pensar lo mismo, ya que cortó cualquier posibilidad de escape colocándose en el centro del pasillo. Al chico no le quedaba otra salida que la de entrar en su casa. Fue evidente que lo hizo contra su voluntad, pero pasó sin rechistar y Arnán tras él.

«Parece que queda descartado enviárselo a Carlos hasta que hayamos tenido una charla. No creo que a Arnán le hiciera gracia tener que salir de nuevo a buscarlo», pensó con sequedad.

—¿Cuánto? —repitió su pregunta.

—Quinientos. —Arnán inspeccionó el piso con aparente indiferencia—. Puedes pagarme en unos días, cuando hayas tenido tiempo de instalarte si quieres.

—No, no hace falta. Tengo el dinero aquí. Espera un segundo. — Ella cerró la puerta y los siguió al salón.

Arnán arqueó una ceja.

—Parece que pagan bien por ir en misión de solidaridad.

—Déjate de sarcasmos. Sabes de sobra que es así. ¿Te apetece algo de beber?

—No gracias, ya he tomado más de la cuenta.

—¿Cómo han ido las cosas por aquí? —le preguntó en voz alta cuando se dirigía al dormitorio a por el dinero.

—Hay algunas caras nuevas, pero ningún cambio sustancial desde que te fuiste. —Él aceptó el fajo de billetes que le entregó y se lo guardó en el bolsillo antes de sacar una llave—. ¿Quieres que le quite yo las esposas o prefieres dejárselas puestas hasta que hayáis hablado? Intentó escaparse en el primer semáforo en rojo —le explicó el motivo de su extraña pregunta.

Ella estudió los parches rojizos sobre las mejillas del, por otro lado, pálido rostro del chico.

—Llévatelas. No quiero buscarte problemas en el trabajo si ocurriera algo, y no creo que hagan falta —decidió, callándose que poseía un par de esposas de repuesto y que tenía muy claro que las usaría si hiciera falta.

—De acuerdo. —Arnán lo liberó y Gabriel inmediatamente se masajeó las muñecas—. Pórtate bien. Eva te ha salvado el culo esta noche, y no lo digo solo en sentido literal.

El rostro del chico se tiñó de un profundo color borgoña.

—Gracias. —Ella lo acompañó hasta la puerta.

Antes de irse, Arnán le dirigió un vistazo al salón y bajó la voz:

—Sabes que me tienes para lo que necesites. Basta que llames y vendré.

Ella se puso de puntillas y lo abrazó.

—Gracias. No sé lo que habría hecho hoy sin ti.

—Habrías encontrado otra forma de localizarlo y lo hubieras sacado por ti misma. Te conozco, y sé que no habrías parado hasta haberlo hecho —le aseguró, dándole un beso en la mejilla antes de marcharse.

Después de cerrar, Eva apoyó su espalda en la puerta. El salón permaneció en silencio durante el tiempo que ella y Gabriel se estudiaban mutuamente. No creía que la palidez extrema del chico y sus ojos enrojecidos se debieran al hecho de estar en su casa. Más bien intuía que la experiencia por la que acababa de pasar había sido

de todo menos agradable. Reprimió sus ganas de ponerlo como cuatro trapos y meterlo en un taxi para perderlo de vista. Sabía que mañana se arrepentiría si lo hiciera, y era lo suficiente madura como para entender que no tenía la culpa de nada. Carlos era quien la había mantenido al margen de lo que había pasado, y él era el responsable de que se sintiera engañada y... celosa. Tragó saliva al reconocérselo a sí misma.

—Carlos está muy preocupado por ti. Deberías llamarlo.

Él se miró los pies, pero no sin que ella se percatara del brillo en sus ojos.

—Preferiría no hablar con él ahora mismo. Yo... no estoy preparado. Eva asintió.

—Le mandaré un wasap para dejarle saber que estás bien. De momento, yo tampoco tengo ánimos de hablar con él. —Encogió los hombros cuando él la estudió sorprendido—. ¿Crees que a mí no me ha dolido que me haya engañado? Teníamos una relación abierta, pero solo en lo que se refiere al sexo. ¿Cómo crees que me he sentido cuando he descubierto que no solo estabas viviendo y acostándote con él, sino que encima existía una relación sentimental entre vosotros?

Eva envió el mensaje y soltó el móvil sobre la mesita antes de acomodarse en el sofá.

—No siente nada por mí. Yo no he sido más que otro de sus juguetes —murmuró Gabriel.

—¿Tú crees? —Ella arqueó una ceja—. ¿Y cómo explicas que te haya permitido vivir con él y hasta dormir en su cama?

—Me tenía lástima —espetó el chico.

No era necesario ser policía para darse cuenta de que sus labios temblorosos y sus ojos rojos y brillantes indicaban que le faltaba poco para romper a llorar.

—Ven aquí. —Ella golpeó el asiento libre.

En realidad, no supo por qué lo hizo y tampoco se detuvo a analizar la razón por la que lo invitó a sentarse a su lado cuando lo que debería haber hecho era sentirse feliz de que él tampoco había salido de rositas de toda aquella mierda. Cuando no solo la obedeció sin rechistar, sino que se abalanzó sobre ella abrazándose a su cuello

como un náufrago haría con un tronco capaz de salvarle la vida, Eva soltó un jadeo sorprendido. Rígida y sin saber qué hacer, tardó un rato en relajarse y reaccionar mientras su hombro se mojaba con las lágrimas desconsoladas del chico.

—Gírate —le indicó cuando no fue capaz de sostener la incómoda postura por más tiempo.

Él se dejó mover como si estuviera en un estado de sopor, recordándole a un niño pequeño y desvalido. Medio tendido sobre el sofá y con el tronco hacia ella, volvió a cogerlo entre sus brazos y dejó que se desahogara sobre su pecho. Comenzó a comprender parte de esa necesidad de cuidarlo y protegerlo que Carlos le había confesado respecto a Gabriel, aunque más que hacerla sentirse mejor, hizo que se preguntara si alguna vez había sentido lo mismo por ella. Apartándole los mechones del flequillo de la frente, Eva le secó las mejillas húmedas.

—Te equivocas, ¿sabes? —Con amargura, descubrió lo fácil que resultaba perderse en el azul de sus ojos cuando la miró confundido —. Carlos me ha confesado que te ama, que ha luchado contra sus sentimientos por ti, pero que ha sido incapaz de remediarlos.

El timbre del teléfono los sobresaltó. Ambos se pusieron rígidos e intercambiaron una mirada.

—Es él. Probablemente quiera hablar contigo y asegurarse de que te encuentras bien.

—No puedo hablar con él ahora mismo —murmuró Gabriel.

Ella asintió. Sabía que debía coger el móvil, pero se sentía incapaz de enfrentarse a Carlos con todas sus emociones a flor de piel.

—Estás llorando. —Gabriel alargó una mano y recogió una de sus lágrimas.

Eva contempló confundida la diminuta gota que le mostró.

—Ni siquiera me había dado cuenta. —Intentó reír, pero lo que se le escapó fue un extraño sollozo.

—¿Lo amabas?

Ella asintió ante la pregunta.

—Sigo amándolo —admitió, secándose las mejillas

—Yo también —le confesó él.

Ambos siguieron mirándose en silencio, él con la cabeza apoyada

en su regazo y ella estudiándolo para descubrir qué era lo que Carlos había visto en él.

—Gracias por darme consuelo a pesar de ser el causante de tu dolor —murmuró Gabriel.

Ella hizo el esfuerzo de sonreír.

—La vida pasa. ¿No es cierto?

—Lo siento de todos modos. —Una nueva lágrima recorrió la mejilla del chico.

—Yo también. —Le secó el rastro húmedo antes de echar la cabeza hacia atrás y contemplar el techo—. Si hubiera tenido dos dedos de frente, debería haberme dado cuenta de que tenía que haber regresado antes. No sé por qué no lo he hecho. Lo quería, lo tenía claro. No debería haber dejado que nada de esto pasara.

Eva lo apartó y se levantó. ¿Cómo podía haber sido tan ciega? Lo amaba. ¿Por qué no había regresado para estar con él? Había tenido miedo; miedo a que no funcionara. ¿Y ahora qué? ¿Acaso haberlo perdido era mejor? ¿Lo había perdido de verdad? Sacudió la cabeza, no queriendo pensar en esa posibilidad. Cuando se giró hacia el sofá, Gabriel seguía con esa mirada llena de inocencia puesta sobre ella. Soltó un bufido.

—¿Sabes? En realidad, entiendo por qué no ha podido evitar enamorarse de ti. Hay algo diferente en ti, algo inocente y tierno, algo que incita tanto a protegerte y a cuidarte como a atarte a la cama para hacerte sucumbir a la perversión y al deseo.

Sonrió sin poder evitar la chispa de crueldad y venganza que se encendió dentro de ella. Sí, ese habría sido un desahogo perfecto: atarlo a la cama y dejarle sentir todo el dolor que Carlos le había causado por su culpa.

Los ojos azules se abrieron sorprendidos.

—¿Harías eso conmigo?

Eva rio. Sí, lo habría hecho si no fuera porque sus escrúpulos y su cordura eran mucho más fuertes que sus celos.

—Puedes respirar tranquilo. No me va la pedofilia ni la violación.

Gabriel frunció el entrecejo.

—¿A qué te refieres con eso?

—A que eres un crío comparado conmigo y a que prefiero

acostarme con hombres que me deseen. Lo que obviamente no sería tu caso.

—Yo no soy...

—Espero que te guste la *pizza* barbacoa y la cuatro quesos —lo interrumpió cuando sonó el interfono—. Me temo que mi frigorífico está vacío, y es lo único que tendremos para comer hasta que pueda ir de compras mañana.

—Me gusta —confirmó él incorporándose, aunque por la expresión de su rostro, no parecía muy entusiasmado.

Cuando trajo los platos y cubiertos a la mesa, Gabriel estaba observando las dos cajas de *pizza* y las patatas bravas con la cabeza ladeada y la curiosidad reflejada en su rostro.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella, sentándose.

—¿Sueles cenar tanta comida de forma habitual?

La cara del chico era tan cómica que no pudo evitar una carcajada seca.

—No. De hecho, con la mitad de una me sobraría, pero no suelo dejar a mis invitados con hambre, y recuerdo cómo Carlos alucinaba con tu capacidad de devorar la comida.

Él se ruborizó y bajó la mirada hacia su plato aún vacío.

—Necesito encontrar algún albergue benéfico para poder pasar la noche. ¿No tendrás por casualidad un portátil con Internet para poder mirarlo? Me temo que contaba con el dinero que iba a cobrar por..., ya sabes. —Encogió los hombros y jugueteó con la servilleta.

—No, estoy tirando de unos megas que compré en el aeropuerto para subsistir hasta que cambie a una tarifa plana aquí. Apenas da para el WhatsApp de lo lento que es. ¿Por qué no vuelves con Carlos? Es lo más sencillo. —Eva soltó un suspiro cuando volvió a encoger los hombros y no contestó—. De acuerdo, puedes quedarte en el cuarto de invitados por unos días. Eso te dará tiempo de decidir si quieres regresar con él o no. A partir de ahí, veremos qué hacer. —Se sirvió y le ofreció la caja, obligándolo a coger un trozo de *pizza*.

—¿Por qué lo haces?

Eva soltó la *pizza* que estaba mordisqueando y lo miró.

—¿Hacer el qué? —le preguntó para ganar tiempo.

No tenía claro que de verdad quisiera ayudarlo, pero lo cierto era

que, después de colgar la llamada con Carlos, había actuado sin pensar ni plantearse sus propios motivos para hacerlo y, a esas alturas, lo hacía más por no sentirse como una arpía histérica que por verdadera humanidad. ¿Por qué cuando le echabas una mano a alguien de forma desinteresada, la gente siempre trataba de encontrarle una razón?

—Ayudarme. No me conoces de nada.

—¿Carlos te conocía cuando te ayudó por primera vez?

—No exactamente —admitió Gabriel.

—¿Entonces? ¿Por qué te extraña que yo lo haga?

—Él me conocía más que tú, y además...

—¿Y además qué? —Ella alzó una ceja y trató de ocultar su dolor detrás de una máscara de indiferencia.

El chico no tenía la culpa, pero ella no estaba preparada para averiguar cómo Carlos se había enamorado de él. Gabriel cabeceó.

—Nada.

—¿Nada? —Ella se echó para atrás en la silla y se cruzó de brazos—. Creo que hay algo que tenemos que dejar claro desde el principio: tengo la paciencia de un santo cuando se trata de insistir y esperar a que me cuenten algo. Soy experta en interrogatorios. ¿Quieres que te torture hasta la agonía para que me cuentes lo que ibas a decir o lo sueltas de una vez y nos dejas cenar tranquilos a los dos?

Le mantuvo la mirada cuando la estudió como si no supiera si la amenaza que acababa de lanzarle era una broma o de verdad. Finalmente, suspiró en rendición.

—Iba a decir que él quería follarme, pero recordé que no es verdad.

Eva soltó un largo suspiro y escondió su mano debajo de la mesa para clavarse las uñas en la palma.

—No sé lo que responderte a eso. No sé lo que ocurrió entre vosotros y ya no sé tampoco hasta qué punto lo conozco o no ni si lo poco que me ha contado es cierto, pero... —Por un momento, estuvo tentada de hurgar en sus heridas, hasta que su dignidad se impuso—. No creo que te ayudara simplemente por sexo.

Tras un largo momento, ambos se pusieron a comer en silencio, hasta que, de repente, Gabriel soltó su trozo de *pizza* y se abrazó.

—Te dije la verdad, ¿sabes? —Los ojos azules estaban llenos de

tanto dolor y vergüenza que a ella le llegó al corazón—. Fue culpa mía. Yo lo chantajeé para que se acostara conmigo.



22

Ambos habían soltado su tostada para quedarse mirando fijamente el móvil que sonaba y vibraba sobre la mesa del desayuno. En la garganta de Gabriel se formó un nudo al identificar la brillante sonrisa de Carlos sobre la pantalla.

—¿Vas a cogerlo? —indagó Eva con una expresión que dejaba claro que no pensaba hacerlo.

—Yo... —Negó—. No sé qué decirle.

Ambos soltaron un suspiro aliviado cuando el móvil se quedó en silencio, pero ninguno apartó la vista de la pantalla, como si esperaran que de un momento a otro fuera a sonar otra vez.

—Tendrás que comunicarte con él para poder recoger al menos tus cosas.

—Nada de lo que hay allí es mío en realidad. Todo me lo regaló él. Ella se cruzó de brazos.

—Tenemos que ser prácticos. Si Carlos te lo obsequió, es porque quería hacerlo. Tu talla no le queda bien y tú necesitabas ropa.

Una sensación ácida se expandió por su estómago, pero no pudo más que darle la razón. De nada servía su orgullo cuando no tenía dónde caerse muerto.

—¿Podemos dejarlo para mañana?

—Me parece bien. Podemos comprarte una muda cuando vayamos al supermercado.

Gabriel se abrazó. Había pasado de depender de Carlos a depender de ella. Sabía que debería estar agradecido de que al menos hubiera gente en su vida que estaba dispuesta a ayudarlo, pero se sentía como una vieja pelota a la que la gente echaba de uno a otro, sin un rumbo ni un destino para elegir.

Eva estiró el brazo para coger el móvil y lo dejó al lado de su plato para entrar en WhatsApp.

Todo bien. Necesitamos más tiempo. Te llamaré esta noche o mañana.

Fue todo lo que puso antes de apagarlo y dejar la pantalla en negro.

Ambos se levantaron al mismo tiempo y quitaron la mesa. Cuando los dos coincidieron en coger la taza de ella, sus ojos se encontraron.

—Yo solía limpiar en casa de Carlos a cambio de la manutención — le explicó Gabriel.

Ella frunció el ceño. Incómodo, Gabriel retiró la mano de la taza. ¿Pensaba dejarlo todo el día sentado como un invitado en la silla de la cocina sin tener nada que hacer? No era que le encantara limpiar, pero le daba algo con lo que entretenerse y también para justificar lo que estaban haciendo por él.

—Me relaja fregar, meter la ropa en la lavadora, colgarla y planchar. Sé que suena tonto, pero son cosas que me gusta hacer porque me ayudan a pensar.

Gabriel la miró sorprendido, pero asintió. La comprendía.

—¿Qué cosas no te gusta hacer?

—Las camas. Rara vez las hago. Mi madre intentó toda su vida conseguir que se convirtiera en un hábito, pero falló estrepitosamente.

—¿Te importa si las hago yo?

—No, claro que no —le contestó, aunque no parecía convencida.

Gabriel asintió.

—¿Qué más hay que no te guste hacer?

—Quitar el polvo, guardar la ropa, tirar la basura... —Eva encogió los hombros como si la lista fuera demasiado larga como para recitarla al completo.

—Trato hecho —sonrió Gabriel, aliviado—. ¿Ocurre algo? —le preguntó cuando ella permaneció paralizada.

Parpadeó como si se sintiera confundida, aunque cuando habló, lo hizo con un brillo divertido en los ojos.

—Me siento como si acabara de pasar por el altar y estuviera organizando mi vida de casada. He compartido piso antes, pero nunca hubo un acuerdo y una repartición de tareas real. Por lo general, cada uno se encargaba de lo suyo, y para lo compartido, había una limpiadora.

—Yo... Eh... ¿Prefieres hacerlo de otra forma? —No supo muy bien qué decirle. Cuando fue a vivir con Carlos, fue este quien le indicó lo que tenía que hacer. A lo mejor, ella también prefería ser la que decidiera qué y cómo debía hacerlo.

—No, me parece genial. Estoy encantada con este trato.



Gabriel miró escéptico el carro de la compra lleno de latas y comida precocinada.

—¿Qué? No me digas ahora que has cambiado de opinión sobre lo que hemos comprado —le espetó Eva.

Negando, Gabriel soltó un suspiro. ¿Cómo iba a quejarse si casi todo lo había elegido o aprobado él?

—No, no es eso. En realidad, tengo ganas de probar todo lo que hemos comprado, se me ha abierto el apetito solo de pensarlo, pero acabo de caer en la cuenta de que además de costar un pastón, no parece que sea comida demasiado sana.

—Creo que es el momento de hacer confesiones —admitió ella con una mueca—. Ese fue uno de los motivos por los que me enamoré de Carlos. Aunque él cree que me conquistó en la cama, con lo que consiguió meterme en el bote fue por su arte culinario. Soy un desastre en la cocina. Con decirte que tendrás suerte si no se me quema la comida precocinada, ya te puedes ir haciendo una idea.

A pesar de que le hubiera recordado a Carlos, Gabriel no pudo menos que reírse divertido. Sabía a qué se refería. Las tostadas de esa mañana habían estado duras y el café aguado.

—Mejor no le dejamos saber a don «el sexo es un arte que requiere técnica y creatividad» que su verdadero talento es cocinar —bromeó.

—Bueno..., tampoco es como si en la cama lo hiciera mal precisamente. Es un hombre de múltiples talentos —le respondió ella con un guiño, cayendo en la risa con él.

De repente, ambos se pusieron serios y miraron incómodos alrededor.

—He aprendido a cocinar cosas muy básicas con él. Si te gustan las tortillas de patatas, la caldereta y los espaguetis con salsa casera podría hacerlos yo, y lo que ya tenemos en el carro podríamos acompañarlo con unas ensaladas o aliños —le propuso, rompiendo el tenso silencio.

Ella sonrió aliviada.

—Sería genial. Echo de menos el sabor de la comida casera. Ve eligiendo lo que necesites, que yo te sigo.

—Mejor me hago cargo yo del carro y voy diciéndote lo que hace falta —le sugirió cuando vio la dificultad con la que ella manejaba el cada vez más pesado trasto.

Se sentía extrañamente bien el poder compartir responsabilidades, hacer cosas por ella y opinar en los pequeños detalles de la vida cotidiana. ¿Era así como se comportaban las parejas normales?

—Menos mal que Arnán vendrá a recogernos y nos echará una mano para subir las bolsas al piso. Vamos a tener que invitarlo a almorzar. A pesar de su aspecto de macarra, es un verdadero ángel —añadió al advertir su mueca.

«No es por su aspecto, es por lo que sabe de mí y por donde me encontré».

—¿Te gusta? —Gabriel se mordió la lengua en cuanto ella le echó una mirada de reojo. ¿Cómo se le había ocurrido hacer una pregunta tan indiscreta? No le extrañaría si lo mandara a la mierda y le dijera que no era asunto suyo.

—Para ser sincera, sé que es atractivo. Tengo ojos en la cara. Pero cuando pasas por las cosas por las que yo he pasado junto a él, cuando ves sufrir a alguien y perder todo lo que ha amado... —el rostro de ella estaba lleno de dolor cuando negó—, se establece un lazo de unión especial entre las personas, pero no tiene nada que ver con el sexo. Arnán es como un hermano para mí; puede que incluso más. Siempre tendrá mi hombro para lo que necesite, al igual que sé que yo tengo el suyo, pero no creo que jamás pudiera existir otro tipo de relación entre nosotros.

—¿Ha sufrido mucho?

—Más de lo que ninguna persona debería sufrir. —Fue la escueta respuesta de Eva, dejándole claro que no pensaba entrar en ese tema.

Encontraron a Arnán en el aparcamiento, apoyado con indiferencia en su coche.

—Hola, bonito. Gracias por venir a recogernos. Me he acordado de ti y tu gusto por el chocolate negro —lo saludó ella, dándole dos besos y mostrándole las dos tabletas que le había comprado—. Pero

serán para el postre. Y antes de que digas nada, será Gabriel quien cocine, no yo.

Arnán entornó los ojos.

—Gracias al cielo por las pequeñas concesiones.

—¡Hey, tú! No te quejes. Siempre que te quedas a comer en mi casa acabas quejándote de que necesitas hacer ejercicio para bajar todas las calorías que te comiste —lo riñó Eva, propinándole un codazo.

—¿Y no tendrá algo que ver que cuando almuerzo en tu casa, el que cocina soy yo? —le preguntó el hombre con ironía al abrir el maletero.

—Bueno, yo invito y tú cocinas. A mí me parece un buen trato —le replicó ella con una sonrisa ladeada.

Arnán rio con un cabeceo.

—Tengo buenas o malas noticias, según como lo miréis.

Eva y Gabriel se paralizaron al coger las bolsas.

—Dime —dijo ella.

—Ya que parece que tú tenías el móvil apagado —Arnán le dedicó una ojeada de reproche—, Carlos me ha llamado a mí. Hemos hablado y me ha dejado las llaves de su casa para que podamos recoger las cosas que el chico necesite.

Gabriel se sujetó al carro para evitar que sus piernas cedieran bajo él.

—¿Ha dicho algo más? —quiso saber Eva, metiendo las bolsas en el maletero sin alzar la cabeza.

—Está preocupado por vosotros —le respondió Arnán, serio—. Por los dos. Ha intentado sonsacarme información, pero creo que eso es algo que debéis solventar entre vosotros cuando estéis preparados; algo que espero que no tarde demasiado. Esta situación no es justa para ninguno de los tres.



Gabriel se dio toda la prisa que pudo en recoger la ropa y meterla en la mochila que habían traído. Estar allí, en el apartamento de Carlos, lo llenaba de añoranza y de ganas de quedarse. Si no hubiera sido porque Eva también se encontraba allí, abrazándose al mirar por la

ventana y recordándole todo lo que había pasado, probablemente jamás habría llegado a sacar una sola camiseta del armario con la intención de marcharse.

Sabía que necesitaba enfrentarse a Carlos y hablar con él, pero antes debía aclarar sus propias ideas y sentimientos. Se conocía lo suficiente como para reconocer que, en el momento en que se cruzara con él, acabaría cayendo de rodillas y rogándole porque no lo abandonara. Sin embargo, no era eso a lo que aspiraba. Para variar, quería poder mirarlo a la cara y hablarle de tú a tú, pedirle explicaciones y que le dejara claro qué significaba para él y cuál era su futuro juntos. No tenía dudas de si estaba enamorado de Carlos o no. Sobre lo que comenzaba a dudar era si podía ser feliz con él sin una estabilidad y una visión de futuro y, sobre todo, sin conocer sus verdaderos sentimientos hacia él.

—¿Te queda algo más por recoger? —le preguntó Arnán, que hasta ahora había permanecido con los brazos cruzados sobre el pecho dedicándole ojeadas preocupadas a Eva.

Gabriel negó.

—Solo era esto y mis cosas de la universidad.

—¿Dónde están? —El hombre parecía tener prisa por largarse, aunque Gabriel sospechaba que lo hacía por Eva.

—En el mueble de la entrada.

—De acuerdo. Vámonos entonces. ¿Eva?

Ella asintió y los acompañó, pero evitó mirarlos a los ojos. Gabriel se sintió mal. No debería haberla hecho venir. Había sido egoísta pedírselo. Sí, era cierto que el tenerla al lado lo hacía sentirse más seguro de sí mismo, pero debería haber previsto también que a ella le afectaría. Le producía ternura que diera tanto a cambio de nada y sin siquiera preguntar. Si pudiera, con toda probabilidad se pasaría el día abrazado a ella. Nadie le había dado nunca tanta sensación de protección y paz.

—Lo siento —dijo.

Eva le dedicó una media sonrisa.

—No es culpa tuya.

«Sí, sí que lo es».

Gabriel sacó su mochila, algunos libros sueltos y la enorme carpeta

con sus láminas de dibujo del mueble de la entrada, pero cuando intentó levantarse, la carpeta se escapó de sus manos y todas las láminas se esparcieron por el suelo. Eva y Arnán estuvieron de inmediato a su lado para ayudarlo. Sintió cómo le subió el calor por las mejillas cuando vieron los dibujos. La gran mayoría eran de Carlos, y casi todos giraban en torno a su faceta de amo.

Arnán cogió uno en el que aparecía Carlos visto a través de los barrotes de una jaula y lo estudió con interés. Gabriel intentó recoger todas las láminas que pudo antes de que pudiera reparar en ellas, pero él se las quitó de la mano y fue a la mesa para estudiarlas mejor.

—¿Las has dibujado todas tú? —le exigió una respuesta sin despegar sus ojos de los trazos.

Inseguro, Gabriel le echó un vistazo a Eva, pero esta parecía seguir mirando en conmoción la lámina en la que aparecía Carlos en pleno éxtasis con los párpados cerrados, la mandíbula apretada y las venas del cuello sobresaliendo del esfuerzo.

—Sí —admitió avergonzado.

—¡Guau! Eres bueno. Muy bueno, de hecho. ¿Sabías que existe un mercado de coleccionistas para este tipo de obras eróticas? Tengo un amigo que trabaja para una galería de arte llamada Kink-art. ¿Te suena?

«No». Negó. Jamás había oído hablar de ella.

—¿Crees que podría interesarle esos dibujos? —lo interrogó Eva.

Gabriel abrió espantado los ojos. No quería vender esas láminas. Eran algo demasiado íntimo para enseñárselas a nadie, y mucho menos para exponerlas en una galería o venderlas.

—No solo estoy seguro de que le interesarán, sino que casi me atrevería a afirmar que se morirá por verlas. ¿Quieres que le envíe unas fotos y veamos o preferís que vayamos mañana por la tarde a visitarlo?

—Yo diría que foto primero y la visita en cuanto nos conteste —le propuso Eva—. ¿Tú qué crees? —preguntó, mirando a Gabriel.

—No lo sé —le confesó, abrazándose.

—Eres de esos artistas a los que les cuesta trabajo separarse de sus obras, ¿no?

Era raro ver a Arnán con esa sonrisa comprensiva. Eva se mordió

los labios.

—Yo... —Gabriel tragó saliva. Una profunda vergüenza lo inundó. ¿Cómo podía explicarles que no se trataba de que fueran sus obras, sino de Carlos y los sentimientos que le provocaba, y que no deseaba compartirlo con el mundo, sino conservarlo para él?

—¿Cuánto crees que podrían pagarle por una de esas láminas? —se interesó Eva.

Arnán se rascó la nuca.

—No lo sé, las galerías suelen llevarse un buen tajo del pastel, pero puedo decirte que yo estaría dispuesto a pagar doscientos por esta lámina o quinientos si me vende estas tres que parecen una serie.

La mandíbula de Gabriel pareció haberse desencajado. «¿Quinientos euros? ¿Está dispuesto a pagarme quinientos euros por tres dibujos a lápiz?». Si hubiera tenido una silla cerca, se habría dejado caer sobre ella.

—¿Tanto? —se sorprendió Eva, que parecía tan alucinada como él.

Los labios de Arnán se torcieron hacia un lado.

—¿Quieres la verdad? Yo soy uno de esos coleccionistas que he mencionado. Y por ese precio me parecerían una excelente adquisición. Esas láminas no solo están bien ejecutadas a nivel técnico, sino que tienen un estilo personal, una visión diferente y una cualidad que pocos artistas son capaces de plasmar de una forma tan excelente: las diferentes emociones que se esconden tras el placer más absoluto. —Arnán estudió las láminas con expresión calculadora—. Dado que aún no lo conoce nadie, el precio me parece justo por la calidad que me llevo y, sobre todo, teniendo en cuenta que no hay intermediarios que se lleven un porcentaje. Pero me atrevería a decir que además será una buena inversión. Si todo lo que produces es como esto y Kink-art te respalda, dentro de un año, tus obras no bajarán de los mil euros.

—¡Vaya, eso le solucionaría la vida! —Eva miró a Gabriel—. Tú decides.

—Mi oferta permanece. Me interesan esos dibujos. Además, te aconsejaría enviar las fotos a mi amigo —lo presionó Arnán.

Gabriel no podía decir que no a un dinero que necesitaba. ¿Y cómo de maravilloso sería que pudiera dedicarse a lo que siempre había

soñado?

—Carlos no sabe nada de esos dibujos. No sé si le gustaría que alguien lo reconociera.

—La mayoría de esas láminas irían a colecciones privadas, pero tienes razón en mencionarlo. Lo primero que habría que hacer es hablar con él. Yo puedo hacerlo si quieres —se ofreció Arnán—. ¿De quiénes son las otras láminas? —Señaló las imágenes de hombres y mujeres con máscaras en diversas poses de BDSM.

—De desconocidos. Usé imágenes que encontré en Internet —admitió Gabriel.

—Pues, a menos que lo hayas copiado al dedillo de fotografías con copyright, no veo ningún problema en que le mostremos esas obras a mi amigo. Son menos intensas, pero igual de buenas, y no hay forma de identificar su verdadera identidad.

—No, no son copias, solo los he usado como referencia para crear mis propias visualizaciones. —Gabriel se mordió los labios antes de asegurarse—: ¿De verdad irías a hablar con Carlos por mí?

Arnán rio.

—No lo hago por ti. Quiero esas láminas, y sé que seré mejor convenciéndolo que tú —confesó, lanzándole un guiño.



Los dos se miraron alarmados ante los impacientes toques de timbre acompañados de golpes en la puerta.

—¡Ya voy! —gritó decidida Eva, tirando el paño con el que había limpiado la mesa de la cena sobre la encimera de la cocina.

Gabriel asintió intranquilo cuando ella le echó una mirada dejándole saber que se encargaría de lo que fuera que pasara, pero fue detrás de ella por si había problemas. Quienquiera que estuviera llamando, parecía alterado. Después de echar un vistazo por la mirilla, abrió la puerta.

—Carlos...

Hecho una furia, el hombre pasó por su lado sin saludar y entró en el salón para tirar una carpeta enorme sobre la mesa. Gabriel dio un paso atrás cuando la reconoció y advirtió que su ira iba dirigida a él.

—¿Qué demonios es esto?!

—Es... —Gabriel tragó saliva.

—¿De verdad me merezco esto después de todo lo que he hecho por ti? No esperaba agradecimientos ni nada por el estilo, pero ¿esto? ¿Tan poco valgo que ni me merezco que vengas a hablar conmigo en persona en vez de mandarme a un desconocido?

—Creo que deberías calmarte un poco, Carlos —intervino Eva con frialdad, poniéndose al lado de Gabriel.

—¿Que me calme?! Me habéis dejado de lado durante dos días, preocupado, sin saber cómo estabais o qué había pasado, y hoy aparece tu compañero en mi casa para enseñarme estas láminas y pedirme que autorice su exposición pública y su venta. ¡¿Y tú quieres que me calme?!

—¿Y qué esperabas que hiciéramos después de lo que pasó? —siseó Eva—. ¿Que cayéramos a tus pies para hacerte una mamada conjunta mientras te convertías en el rey del mambo?

—Me equivoqué en la forma de manejar las cosas y lo admití. Lo mínimo que me esperaba era que pudiéramos hablar las cosas como personas adultas —le replicó Carlos sin menguar su tono de voz—. Y

que me mandéis a vuestra alcahueta para que él resuelva los problemas conmigo no me parece muy adulto que digamos.

—Esa alcahueta, como tú la llamas, es quien sacó el trasero de tu chico lindo del antro en el que se había metido —le repuso ella casi tan alterada como él mientras Gabriel retrocedía tanto que acabó por toparse con la pared.

Carlos inspiró con fuerza antes de contestar:

—Y eso es algo que le agradezco como no puedas imaginarte, pero no justifica que sigáis usándolo como intermediario para no tener que enfrentarnos conmigo.

—Puedo usar a quien me dé la gana si no quiero hablar contigo. ¡Te recuerdo que me has sido infiel y que me has engañado!

—¿Estás segura? —le insistió Carlos de repente con una falsa suavidad en su tono—. Porque, hasta donde yo recuerdo, hicimos un trato según el cual ambos podíamos tener relaciones con otras personas durante tu ausencia.

—Hablábamos de relaciones sexuales esporádicas, no de que te enamoraras de otras personas.

—Jamás mencionaste de forma expresa que tuvieran que ser esporádicas. Eso siempre fue algo que yo hacía por voluntad propia para no comprometerme con nadie. Y tampoco se habló de sentimientos hacia esas personas.

—¡Yo sí! Lo di por sobrentendido. ¡Uno no puede estar con dos personas y sentir algo por las dos a la vez!

—¿Por qué no? ¿Quién lo dice?

—¡No sé quién lo dice! ¡Yo lo digo!

—Pues estás equivocada —le replicó Carlos, pasándose cansado una mano por los ojos.

—Tendrías que habérmelo contado —murmuró Eva, llena de dolor—. Yo debería haber tenido algún tipo de opción en todo este asunto.

—Tienes razón, y cuando me di cuenta de que la cosa se me iba de las manos, quise hacerlo, pero no sabía cómo, y Skype no era la forma. Pensé que podría hacerlo cuando fuera a visitarte en las vacaciones, y tampoco esperé nunca que la cosa llegara tan lejos. Pero ya he metido la pata y no sé cómo deshacer lo que ha pasado.

—¡¿Y qué esperas que haga yo ahora?!

—Perdonarme y darme la oportunidad de encontrar una solución.

—¿Una solución para quién?

—Para todos —le contestó Carlos muy serio.

—Me confesaste que lo querías. ¿Se supone que debo olvidarlo sin más, que debo crearme que de repente has dejado de quererlo?

Gabriel dejó de respirar cuando esperó la respuesta de Carlos, pero este solo apretó los labios. Eva, de pronto, dejó caer los hombros.

—Sigues queriéndolo —murmuró derrotada antes de girarse para desaparecer en su dormitorio y dar un portazo.

En el silencio del salón se oyeron los sollozos ahogados que provenían de la habitación. Carlos se acercó a la puerta para llamar, pero pareció pensárselo y puso la mano en el pomo. Al final, se giró y se dejó deslizar por la pared hasta el suelo. Su mirada apesadumbrada se encontró con la de Gabriel.

—Lo siento.



Eva se estiró y parpadeó cuando Gabriel entró en el dormitorio con una bandeja. Comenzó a salivar ante el olor a café y tostadas. Habría sonreído, pero una extraña sensación apagada le advertía que había algo que tenía que recordar.

—Buenos días, ¿te encuentras mejor?

Las imágenes de la noche anterior la asaltaron de golpe, y con ellas el placer de los olores desapareció. Se sentó y colocó la almohada en el cabecero de la cama para apoyarse y estudió al chico. Parecía nervioso y tenía una expresión culpable.

—Buenos días.

Después de su desagradable graznido mañanero no elaboró nada más. No estaba de humor para hacerlo, y menos con él. Aceptó la bandeja y la colocó sobre su regazo. Frunció el ceño cuando Gabriel se tendió en el espacio vacío a su lado en vez de largarse.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —No esperó a que ella pudiera negarse—: ¿Tú no eres su sumisa?

Ella alzó las cejas.

—¿A qué viene esa pregunta tan temprano? —le preguntó ronca, echándole una ojeada al despertador.

Ya no era tan temprano. Solía despertarse mucho antes de las nueve. Al tomar un sorbo de café, cerró los ojos por el placer, dejando que el líquido caliente humedeciera su reseca garganta. Llorar siempre la dejaba así. Lo bueno era que desahogarse y dormir hacían que por la mañana se levantara normalmente recuperada, o casi.

—Anoche no tuviste ni el más mínimo reparo en enfrentarte a él.

Carlos. Le entraron ganas de escupirle que no quería hablar de Carlos con él. ¿Cómo de humillante sería que los dos hombres acabaran juntos y recordaran entre ellos lo afectada que había estado por su abandono? No. El dolor era algo que prefería guardarse para su intimidad.

—Soy lo que se llama una *switch*, dependiendo de la situación y de mi estado de ánimo, disfruto tanto de dominar como de ser sometida. Y sí, he disfrutado muchas veces siendo su sumisa, lo que no entiendo en qué está eso relacionado con lo de ayer.

Fue el turno de Gabriel de fruncir el ceño.

—Se supone que, si eres sumiso, debes acatar en todo a tu amo y que desde luego no deberías enfrentarte a él.

Eva escupió el café horrorizada.

—¿De dónde has sacado semejante estupidez? Eso no sería una relación sana. Sería enfermizo que dejaras que otra persona anulara tu personalidad y tus opiniones en pro del amor o de un ideal de BDSM.

—Pero...

—Escúchame —lo interrumpió decidida—. Jamás, y me refiero a nunca jamás, dejes que alguien se imponga sobre tu forma de ser o de pensar a cambio de un poco de sexo o de amor. Existen muchas formas de BDSM, y a veces las líneas parecen un poco difusas, pero para todo hay un límite, y ese límite lo estableces tú. Puedo someterme en la cama o fuera de ella, pero solo en el contexto sexual o del momento vinculado a la relación del BDSM. En la vida normal o personal, o como quieras llamarla, soy yo quien decide por sí misma. Soy yo quien maneja mi tiempo, mis gustos, mi dinero, mis opiniones, mis meteduras de pata y cualquier aspecto que regule mi vida. Puedes llegar a algún otro acuerdo con tu Dom, si quieres ir más allá de eso, pero no te lo aconsejo.

—Entonces... ¿se puede ser sumiso sin tener que obedecer en todo?

—Por supuesto. No tendrías vida propia si le entregaras el poder sobre todos los aspectos de tu vida a otra persona.

Gabriel se mordió los labios como si estuviera considerándolo.

—Carlos no se enfadaría conmigo si... —Sus ojos se abrieron cuando cayó en la cuenta de lo que había estado a punto de decir.

Eva apretó los labios y refrenó las ganas de echarlo de su habitación.

—No, ningún Dom con dos dedos de frente se enfadaría con su sumiso porque quiera conservar el control sobre su vida —masculló sin poder reprimir el enfado en su voz.

Levantándose con cuidado con la bandeja, fue al salón y dio por terminada la conversación. Se paró en seco al llegar a la puerta del dormitorio.

—¿Qué cojones haces tú aquí?

Con los ojos algo hinchados y el pelo revuelto, Carlos la miró desde el sofá del salón.

—Después de como acabó todo anoche, no podía dejar a Gabriel aquí solo sin saber si querrías que se quedara o no. Es mi responsabilidad.

Ella fue a la mesa y soltó la bandeja de golpe, sin importarle que se derramara el café y empapara las tostadas.

—¡No puedo creérmelo! ¿Estás diciéndome que te has acostado con él en mi propia casa? ¿Así, sin más, y por todos los morros?

—¡Yo no he dicho eso! —gruñó Carlos, pasándose una mano por el cabello para peinarse con los dedos—. He dormido en el sofá..., a solas.

Ella los estudió a ambos con los ojos entrecerrados.

—¿Es eso cierto? —le exigió al chico, que seguía la escena asustado y asintió apresurado.

—Sí. Hablamos un rato cuando te metiste en el dormitorio y luego me mandó a dormir.

Carlos alzó ambas manos.

—Prometo que no pasó nada.

Eva apartó la mirada y se quedó estudiando el café derramado

sobre su bandeja. No iba a preguntarles de qué habían hablado si no salía de ellos contárselo, pero ni habría ido de maravilla si ambos seguían allí ni tampoco demasiado mal cuando Gabriel había estado tan relajado y le había llevado el desayuno a la cama con expresión de culpabilidad.

—¿Vas a quedarte a desayunar? —le preguntó a Carlos sin mirar a ninguno.

Gabriel comenzó a moverse incómodo.

—No queda pan.

—No importa, puedo desayunar de camino al trabajo. De todos modos, ya llego tarde.

—¡No! ¡Puedo bajar a la panadería! ¡Será cuestión de nada! — balbuceó Gabriel tan rápido que pareció tropezarse con su lengua.

Eva y Carlos intercambiaron una mirada.

—Me gustaría, sí —admitió Carlos con suavidad.

Ella asintió, pero Gabriel comenzó a mirar a su alrededor y a frotarse los brazos.

—¿Qué ocurre? —Eva frunció el ceño al verlo así.

—Yo...

—Toma. ¿Te importa traerme también una botellita de agua para llevármela al trabajo? —Carlos sacó el billetero de los vaqueros y le entregó cinco euros.

Gabriel desapareció por la puerta en un visto y no visto.

—Lo siento, no caí en la cuenta de que no tenía dinero —se disculpó Eva, cansada.

Carlos se encogió de hombros.

—No es la primera vez que me ha pasado. Es una situación incómoda, pero acabas acostumbrándote.

Ella se dejó caer en una silla.

—¿Y ahora qué?

Él se sentó a su lado, apoyó los brazos sobre sus rodillas y se contempló las manos.

—No quiero perderte.

—¿Y Gabriel?

Pasándose una mano por los ojos, Carlos se echó hacia atrás en la silla. Ella apretó los labios. ¿De verdad pensaba que estaba dispuesta

a presenciar su relación con el chico sabiendo lo que sentía por él?

—¿Puede quedarse contigo hasta que le encuentre otro sitio donde vivir?

—¿Por qué conmigo? ¿Por qué no te lo llevas a tu casa? —le espetó molesta.

—Porque si vive conmigo, no creerás que no estoy acostándome con él, y ya te he dicho que no estoy dispuesto a perderte.

—¿Y qué importa, si puede ir a verte de todos modos? ¿No creerás que voy a pasarme el día vigilándolo?

—En eso tendrás que fiarte de mi palabra de que la relación sexual que tenía con él se ha acabado —le respondió con firmeza, aunque a ella no se le escapó el dolor en sus ojos.



Gabriel se secó las lágrimas de las mejillas antes de tocar el timbre de la puerta. Evitó mirar a Eva cuando le abrió y se dirigió a la cocina para guardar el pan y soltar el dinero suelto sobre la encimera.

—Carlos ya se ha ido —le comentó Eva detrás de él.

—Lo sé —murmuró—. Me lo he encontrado en la parada del autobús.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella con suavidad. Gabriel asintió con los ojos puestos sobre la encimera y dándole la espalda, pero no pudo evitar el sollozo que se le escapó—. ¿Ha pasado algo?

—Me ha dejado.

Cuando no hubo respuesta, Gabriel se fue al cuarto de invitados, cerró la puerta y se tiró sobre la cama encogiéndose sobre sí mismo.

Dolía. No era que le doliera el corazón; lo que le dolía era el alma. Su pecho parecía haberse resquebrajado en miles de diminutos fragmentos de cristal que se le clavaban sin compasión, incrustándose en lo más hondo de su ser para causarle una tortura aguda y continua. A pesar de que apenas le salían lágrimas, los sollozos y los gritos silenciosos casi no lo dejaban respirar mientras por su mente pasaba una y otra vez la escena en la parada del bus, donde había encontrado a Carlos.

—¿A dónde vas? Ya tengo el pan. Había mucha gente, por eso me he retrasado. El café ya está hecho. No tardo nada en terminarte el

desayuno —le había dicho, desesperado por convencerlo de que no se fuera aún.

Carlos había contemplado con tristeza el balcón de Eva, como si esperara encontrarla allí observándolos antes de dirigirse a él.

—Tengo que irme.

—Pero...

—Gabriel, mírame. —Le había tocado la mejilla y lo había obligado a prestarle atención, indiferente a la gente que los rodeaba y espiaba de forma poco disimulada—. Eva me ha prometido que cuidará de ti hasta que encuentres otro sitio al que ir. Ya lo hablamos anoche, puedes vender esas láminas, y si Arnán opina que eres bueno, es porque es cierto. Él no es un hombre que dé alabanzas porque sí. Si consigues venderlas, tendrás un colchón para seguir adelante, y yo continuaré ahí, aunque no esté contigo, ayudándote en lo que pueda.

—¿De qué estás hablando? —le había preguntado Gabriel, con la sangre helándose en sus venas a pesar de las temperaturas veraniegas.

—De que se ha acabado, de que no puedo quedarme con los dos y de que, aunque me parta, lo más razonable y lo mejor para todos es que sea con ella con quien siga mi vida. Tú aún eres demasiado joven para sentar la cabeza, necesitas vivir, y yo he pasado toda mi vida planteándome el tipo de futuro que quiero; un futuro que es posible con ella.

—¡No digas eso! ¡No puedes decirlo en serio! ¡Yo...!

Carlos lo había acallado con un beso duro y, lleno de dolor, se había montado en el autobús que acababa de llegar, dejándolo abandonado en la parada. Se habían contemplado a través del enorme cristal; Carlos con los ojos enrojecidos y él con el corazón resquebrajado.

Gabriel ignoró los suaves golpes en la puerta y también los pasos que entraron y se acercaron a la cama.

—Lo siento —murmuró Eva al sentarse en el borde detrás de él.

Cuando no respondió, se tendió y lo abrazó. Gabriel apretó los ojos. Debería haberla mandado a la mierda, haberla odiado por ser la causante de su ruptura con Carlos, pero aun cuando muy en el fondo deseaba que se muriera y desapareciera de sus vidas, el abrazo se sentía bien, y se recreó en su calor humano.

—Ha dicho que tú podrás darle el futuro con el que sueña.

—Siento que tengas que pasar por todo esto.

—Soy un idiota estúpido. Esta mañana pensé que podríamos encontrar una solución que fuera buena para todos nosotros.

«Pensé que Carlos me quería lo suficiente como para no dejarme».

—No eres un idiota, solo un chico enamorado que se enfrenta a su primera ruptura.

Ella lo abrazó más fuerte, pero ninguno de ellos volvió a hablar.



Eva observó llena de sentimientos contrapuestos cómo Gabriel removía el puré de patatas en el plato sin probar bocado a pesar de que su estómago no paraba de hacer ruidos. No era que a ella le supiera la comida a gloria, pero al menos había conseguido tragarse la mitad del filete empanado y había picoteado algo de la ensalada. Imaginaba que el que Carlos le hubiera enviado hacía un rato un «Te quiero» por WhatsApp había ayudado a que se encontrara algo mejor, pero ser testigo del estado de ánimo del chico no le permitía sentirse bien del todo, y mucho menos ser feliz. Saber que era ella la que podía haber estado en su lugar le permitía tragarse los celos y empatizar con él.

—¿Quieres que te haga otra cosa para comer?

Gabriel soltó el tenedor.

—No, no tengo hambre.

—Sabes que no comer no te ayudará a sentirte mejor. No has tomado nada desde esta mañana, y...

—Desde anoche.

—¿Qué? —Lo miró confundida.

—Esta mañana no había pan —mencionó como si estuvieran hablando del tiempo.

—Ah..., vaya... —No supo qué contestar. ¿Le había guardado el último trozo de pan en vez de comérselo él? Le pareció un gesto extrañamente... ¿tierno?, ¿raro?—. Con motivo de más. Necesitas tener energías para cuando vayamos luego a la galería de arte.Quieres dar una buena impresión a ese tipo que está interesado en tus láminas, ¿verdad? —Cuando él no reaccionó, comenzó a

impacientarse—. ¡Mírame! —Esperó a que lo hiciera—. Sé que ahora mismo te sientes como si estuvieras enfrentándote al fin del mundo, pero ¿sabes qué? Tengo malas noticias. No será la última vez. Es a lo que se le llama vida.

—No quiero esa mierda de vida —espetó Gabriel, enfrentándola por primera vez desde que se habían levantado de la cama.

—Ni tú ni nadie. Pero te guste o no, es lo que hay, y tú eres el único que puedes decidir qué quieres hacer con ella. Habrá más Carlos que pasarán por tu vida, y más mujeres como yo a las que desearás no haber conocido, pero está en ti el ser feliz o sentirte desgraciado, no en ellos. Tu vida será lo que tú quieras que sea. ¿Crees que lo has perdido todo y que no te queda nada? —Eva bufó antes de seguir—: Te equivocas. Esta tarde van a ofrecerte una oportunidad extraordinaria, una que puede cambiar tu presente y tu futuro, una que quizás te haga mirar un día hacia atrás y considerar esto como un momento afortunado en el que aprendiste una lección que ayudó a prepararte para lo que estaba destinado para ti.

—¿Crees que dándome lecciones de filosofía barata conseguirás que me sienta mejor?

—No —admitió ella con un suspiro—. Lo que pretendo es hacer que te espables y reacciones.

—Lo que quieres es que haga como si no hubiera pasado nada para que tú puedas sentirte bien —la acusó.

—¿Puedes culparme por ello?

—¿Y si no quiero hacerlo? ¿Y si lo que quiero es que te sientas como una mierda?

Ella se cruzó de brazos y tomó una inspiración profunda antes de contestar:

—Estás en tu derecho de querer eso. La cuestión es...: ¿Vale la pena sentirte mal para hacerme sentir mal a mí? La venganza, como todo, viene con un precio. Puede que me afecte por un rato, pero cuando llegues a mi edad, aprenderás que las emociones pueden manipularse y que tienes el poder de cambiarlas, y eso es justo lo que acabaré haciendo.

Levantándose de la mesa, Eva llevó los platos sucios al fregadero y tiró los restos a la basura.

—¿Qué puedo hacer? —habló bajo Gabriel, lleno de angustia.
Soltando los platos, Eva se giró hacia él.
—Decide qué quieres de la vida y lucha por conseguirlo.



24

Gabriel abrió emocionado el material de dibujo que se había comprado con el dinero de Arnán. Sabía que era un capricho haberse gastado tanta pasta y seguía con remordimientos de conciencia, pero cuando le habían llamado esa mañana de la galería de arte para comunicarle que tres de sus láminas habían volado y que querían más, Eva le había convencido de que podía permitírsele y que incluso debía invertir en ello.

Tocó con reverencia los lápices de colores del enorme maletín profesional. «Profesional. Ahora soy un pintor profesional, uno al que le pagan por ello». Saboreó la idea al sacar los lápices de uno en uno para estudiarlos y volver a guardarlos con cuidado en su sitio. Eran preciosos, suaves al tacto, y todos estaban afilados y listos para usarse. Sus dedos le picaban con la necesidad de probarlos.

Cuando alzó la vista, Eva estaba observándolo con una sonrisa desde el sofá.

—¿Puedo dibujarte?

—¿A mí? —Parecía sorprendida.

—Me hace ilusión.

Ella alzó las manos como si no supiera qué responder y asintió.

—Claro. ¿Dónde quieres que me ponga?

—Pero... —Gabriel titubeó.

—¿Sí?

—Sabes que serán eróticas, ¿verdad?

Las finas cejas se arquearon ante su advertencia.

—¿Podré presumir de ser la musa de un artista?

Él rio, aunque sintió cómo le subían los colores a las mejillas.

—Sí, supongo que podrías decir que eres mi musa.

—¿Y si decidiera que hay algo que quiero a cambio? —le preguntó seria, de repente.

Su corazón latió con fuerza ante la incógnita de lo que podría ser. ¿Querría que hiciera algo más que solo pintarla?

—¿Y eso sería? —murmuró, reteniendo la respiración.

—Que vayamos este fin de semana a visitar a tu madre.

El calor que había sentido segundos antes se convirtió en una ola de hielo.

—Ya te he dicho que no quiero ir a la cárcel. No tengo nada que hablar con ella. —Se cruzó de brazos.

Ya habían tenido esa conversación antes. Pensó que le había dejado claro que no era que no quisiera a su madre, pero no quería verla entre rejas, y dudaba mucho que ella quisiera recibirlo de todos modos. Se había hartado de escribirle cartas que nunca obtenían respuesta.

—Ahora podrías contarle que las cosas te van bien y que no tiene que preocuparse por ti.

«Y de paso me pedirá dinero para pagar uno de sus vicios», pensó Gabriel, amargado. Una idea se cruzó por su cabeza. No era ético ni estaba bien, pero Carlos había sido un buen maestro después de todo. Bastaba con proponerle algo a lo que le costara acceder o cumplir.

—¿Qué estarías dispuesta a hacer para que vaya?

Ella entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres que haga?

—Ser mi musa durante toda esta semana y hasta sus últimas consecuencias.

Eva frunció el ceño.

—Pensé que ya te había contestado que sí a eso.

—Lo veremos cuando llegue el momento —le respondió con una sonrisa victoriosa—. Si tú cumples, yo también lo haré.

—Entonces, ¿cómo quieres que me ponga? —le preguntó decidida.

—Ahí mismo está bien. Puedes coger un libro para no aburrirte mientras trazo el borrador.

Ella alargó un brazo para coger su libro. Gabriel la estudió. La sensación de lo prohibido comenzaba a anclarse en su estómago. ¿De verdad pensaba que se lo pondría tan fácil?

—¿Así? —Eva lo miró.

—Descansa las piernas en el sofá y ponte este cojín bajo la cabeza para que estés más cómoda.

Sin respirar y con dedos temblorosos, Gabriel le abrió la blusa, dejando entrever la curvatura de sus pechos, y le bajó el encaje del

sujetador hasta que uno de sus pezones quedó al descubierto. No supo si era su imaginación o si ella tampoco respiraba mientras lo hacía, pero al menos no se quejó.

Armándose de valor, le colocó las piernas y le subió la falda hasta las caderas, dejando entrever un diminuto tramo del tanga. Cuando le cogió la mano y la colocó, introduciéndole los dedos debajo del encaje como si estuviera masturbándose, percibió el leve estremecimiento de ella.

—Para ser gay, tienes un sentido del erotismo femenino único — opinó de forma insegura, como si se sintiera incómoda y tratara de romper la extraña situación con algún tipo de broma.

Gabriel apretó los labios, pero no respondió hasta que se sentó y contempló su obra:

—No importa si uno es gay o no para apreciar la belleza y el morbo de una situación. Aunque no servirá de mucho si vas a estar con el ceño fruncido.

—¿Qué cara quieres que ponga entonces? —bufó ella.

«¿Estás preparada para que te diga la verdad?». Dejó caer la bomba de todos modos:

—Por ahora, da igual, aunque luego tendrás que correrte para que pueda pintar tu orgasmo.

Eva intentó relajarse, ignorar a Gabriel y centrar su atención en el libro, pero por más que lo intentara, las letras se fundían con el fondo, y las pocas palabras que consiguió leer carecían de significado. Todos sus sentidos estaban puestos en cómo el aire acariciaba su pezón descubierto y la forma casi etérea en que sus dedos estaban posados sobre su sexo, tan cerca de su clítoris pero sin llegar a tocarlo en realidad.

A pesar de que en realidad nada había pasado y nada estaba pasando, su respiración estaba agitada y un extraño nerviosismo la recorría, haciendo que el libro en su mano temblara como si le pesara demasiado.

Cambió su atención a Gabriel y lo observó de forma disimulada mientras dibujaba largos trazos sobre su blog con expresión concentrada. Constató que, aún sin pretenderlo y sin hacer nada, era sexi. No se trataba de un atractivo de macho alfa como el que podía

desprender Carlos, sino de una sensualidad derivada de la belleza y un toque de morbo casi angelical. Tenía la impresión de que su piel inmaculada debía sentirse suave y lisa al tacto, y lo habría comprobado si hubiera estado más cerca, solo por descubrir si era verdad. Sus músculos, aun no siendo voluminosos, se marcaban firmes bajo la camiseta y se movían de forma elegante mientras pintaba. Resultaba fácil imaginar cómo se moverían bajo sus manos al hacer el amor.

Por un segundo, Eva cerró los ojos y tragó saliva. ¿Qué estaba haciendo pensando en esas ridiculeces? ¿Excitándose con ese crío? Ella no era el tipo de mujer que babeaba tras los hombres. De hecho, rara vez se fijaba en ellos en la calle, a menos que estuviera a la caza de un amante para esa noche. Y jamás de los jamases se había fijado en un hombre más joven que ella. Ni siquiera lo habría hecho con Carlos si no hubiera sido porque él casi la había obligado contra su voluntad cuando la sedujo día tras día con su persistencia e ingenio.

—¿Ocurre algo? ¿Te encuentras bien? —La voz preocupada de Gabriel la sacó de sus pensamientos.

Eva intentó sonreírle, pero tan pronto como recordó que sus ojos podían traicionarla, apartó la mirada. Lo que le faltaba era que descubriera que estaba más que dispuesta a tirarlo al suelo para bailar el mambo sobre su regazo. ¡Gabriel era gay, por Dios! Empezaba a comprender a esas mujeres que se quejaban de que todos los hombres guapos o estaban casados o eran homosexuales.

—Es la postura. El libro empieza a pesar, y no puedo pasar las páginas —se excusó, cruzando mentalmente los dedos para que él no se diera cuenta de que estaba contándole solo una media verdad.

Para su alivio, Gabriel asintió comprensivo.

—Puedes soltar el libro si quieres. Ya he hecho el esbozo general. Puedo ir añadiendo los detalles y las sombras poco a poco sin necesidad de que estés posando todo el tiempo. Solo me falta tu expresión al... correrte.

El libro se le resbaló entre sus dedos y cayó al suelo con un estruendo. Ambos lo contemplaron en silencio, pero ninguno hizo el intento de recogerlo.

—Yo... Eh... —Eva tomó una profunda inspiración y se obligó a

comportarse como la mujer madura que era—. ¿Y no sirve que trate de fingirlo?

Gabriel alzó una ceja.

—No. Hay gestos involuntarios y reacciones que no podrías controlar, y el dibujo saldría tan falso como tu actuación.

—Nunca has visto a una mujer fingiendo un orgasmo, ¿verdad? —se burló Eva.

—Mi madre era puta. La oía fingiendo varias veces al día. Y la expresión del rostro es aún más difícil de controlar que la voz.

A Eva le impactó la tranquilidad con la que se lo soltó. Si le hubiera dicho que su madre era una asesora de imagen que mentía a sus clientes sobre sus atributos físicos, no se habría notado la diferencia. Aun así, estuvo tentada de contradecirlo, pero apretó los labios en el último momento. ¿De verdad tenía ganas de descubrir las cosas que había tenido que presenciar Gabriel con su madre?

—¿Qué es lo que te ocurre en realidad? —la presionó él, haciendo que se sintiera como una niña pequeña que había metido el dedo en la tarta de cumpleaños.

—¿La verdad? De acuerdo, voy a contártelo. —«Al menos la verdad que estoy preparada para compartir contigo»—. Para empezar, no suelo correrme en un abrir y cerrar de ojos. Necesito un tiempo para...

—No tengo prisa. Esperaré lo que tenga que esperar —la interrumpió Gabriel.

Eva abrió y cerró la boca antes de seguir:

—En segundo lugar, esta postura es demasiado rara. No digo que una no pueda empezar a excitarse así, pero al menos yo necesito algo diferente.

—¿Qué necesitas?

Ella dudó. Nunca se lo había planteado antes. Intentó recordar todas las veces que se había masturbado últimamente estando sola, pero cayó en la cuenta de que no solo había pasado mucho tiempo desde que lo había hecho, sino que además siempre había recurrido a los socorridos vibradores que hacían la tarea mucho más fácil, aunque esa no era una confesión que quisiera compartir con él.

—Imagino que las dos manos —espetó, comenzando a irritarse por

su propia incomodidad. ¿Por qué siendo ella la experta y él un crío conseguía hacerla sentir como si su rol se hubiera intercambiado?

—Pues hazlo.

Eva entrecerró los ojos ante su tono.

—Lo ves todo muy sencillo ahí sentado, ¿no?

Le pareció que Gabriel se había encogido por un momento, pero enseguida alzó la barbilla.

—¿Quieres echarme atrás en nuestro trato?

«¡Sí!».

—No, claro que no —mintió Eva.

—¿Quieres...? ¿Quieres que te ayude de alguna forma? —El tono ya no fue tan seguro esta vez.

Solo por hacerle perder la compostura le entraron ganas de contestarle que sí, que podía ayudarla masturbándola, o incluso mejor aún, que podía contarle algo morboso mientras lo hacía. Con un bufido se sacó esa idea de la cabeza. Era hora de dejarse de pamplinas. Había accedido a ser su modelo y no era la primera vez que se masturbaba para un hombre. Lo había hecho infinidad de veces para Carlos. ¿Qué diferencia había en que uno se hiciera una paja y el otro se dedicara a pintarla?

—¿Puedes dejarme un rato a solas para empezar a excitarme? —le pidió con un suspiro de rendición.

—No. Se trata de estudiar tus expresiones y memorizarlas para poder dibujarlas. Si me voy, no serviría de nada.

Ambos se mantuvieron la mirada, hasta que Eva asintió.

—De acuerdo, pero luego no te quejes de que tardo mucho.

—Mientras más tardes, más oportunidad tendré de captar tus emociones.

—Genial —masculló ella antes de cerrar los ojos y contar hasta diez mientras decidía cómo empezar.

—¡No!

Eva abrió los párpados sobresaltada ante su exclamación.

—¿Qué?

—Necesito que me mires... ¿Y podrías sacarte más el pecho y mojarte el pezón? Es para verlo brillando —añadió apresurado Gabriel cuando ella alzó las cejas.

—¿Algo más? —le preguntó ella ocultando su nerviosismo tras un tono sarcástico que él no pareció entender.

—Sí, espera. —Gabriel se acercó a ella y le colocó un mechón de pelo, rozándole el pecho con el reverso de sus dedos durante el proceso—. Ahora —la avisó cuando regresó a su silla.

Eva tardó varios segundos en recuperar el ritmo de su respiración, pero ese simple gesto tuvo un efecto más intenso en ella que si hubiera deslizado sus manos entre sus muslos. De alguna forma, la situación había adquirido un tinte prohibido y morboso. Iba a masturbarse para un hombre que ni siquiera sería consciente de que él era la fuente de su estado de excitación.

Sin perderlo de vista, Eva se chupó los dedos y trazó su aureola para mojarla. Reprimió un gemido cuando tropezó con el duro y sensible pezón en su camino. Los ojos de Gabriel no parecieron perder un solo detalle, ni cuando tiró de su pezón ni cuando amasó sus pechos ni cuando deslizó una mano por su estómago y la introdujo debajo del tanga.

—Así, mantén los labios abiertos —murmuró Gabriel cuando ella hundió sus dedos en la humedad acumulada entre sus pliegues.

Ella jadeó cuando él comenzó a dibujar de nuevo. Se imaginó lo que sería que dibujara sobre su cuerpo con aquellos trazos rápidos y decididos, cómo se sentiría el suave pelo de un pincel sobre su clítoris, quizás incluso usando su propia humedad para colorear sus pezones. El deseo escaló con cada imagen nueva que aparecía en su mente, y todas y cada una de ellas estaban relacionadas con Gabriel y sus diestras manos.

Sus dedos comenzaron a moverse con mayor rapidez, al compás en el que iba acrecentándose el ritmo al que su fantasía le ofrecía estímulos más y más apasionados, en los que se veía montando a Gabriel, sus piernas rodeándolo, su melena acariciándole la piel... Todo se detuvo, como si el tiempo se congelara, cuando Gabriel volvió a acercarse a ella.

—¿Puedo?

¿Follarme? ¿Chuparme? Ella no tenía ni idea de qué le pedía cuando se acuclilló ante ella y le tocó las tiras del tanga, pero aun así afirmó.

Gabriel le quitó el tanga con extrema delicadeza, deslizándolo por sus piernas, mientras ella retenía la respiración y su clítoris pulsaba expectante.

—¿Puedes abrirlo? —Cuando ella no reaccionó, Gabriel tocó con cuidado sus pliegues para separar los labios y exponer su sexo húmedo ante su vista—. Quiero verlo —murmuró sin apartarse de su lado.

Eva mantuvo los labios abiertos con una mano y comenzó a explorarse con la otra, observando excitada la fascinación con la que Gabriel seguía todos y cada uno de sus movimientos con las pupilas dilatadas. No importaba lo que hiciera, si era simplemente recorrer sus pliegues, trazar círculos rápidos sobre su clítoris o hundir sus dedos en su vagina. Los ojos masculinos parecían no querer perderse ni un solo detalle.

Cuando el placer escaló y ella cerró sus muslos de forma involuntaria, Gabriel volvió a separárselos. Aquel fue el momento en el que todo se descontroló. Con las suaves manos sujetándole los muslos, los hermosos ojos azules manteniéndola atrapada y su imaginación regalándole las sensaciones ficticias de lo que sería sentir los labios entreabiertos rodeándole el clítoris, el vientre de Eva se contrajo y explotó en un intenso orgasmo que pareció extenderse en el tiempo cuando chorro tras chorro fue mojando a Gabriel. Pese a ello, no la soltó ni se apartó de ella.

Cuando la última convulsión acabó y su cuerpo al fin se relajó sobre el sofá, un tenso silencio se extendió entre ellos. Fue Gabriel quien lo rompió tras lo que pareció una pequeña eternidad:

—La próxima vez pondré unas toallas para que no se moje el sofá —murmuró, observándose la camiseta como si hasta ese momento no se hubiera dado cuenta de que se había empapado.

El calor se disparó a las mejillas de Eva, pero fue inmediatamente sustituido por humillación cuando Gabriel se levantó y, quitándose la camiseta, se dirigió al cuarto de baño. Ella observó su espalda desnuda hasta que desapareció de su vista. ¿Cuándo en su vida había experimentado un orgasmo tan apoteósico como aquel, solo para sentirse avergonzada al siguiente instante? ¡Ningún hombre la había dejado así, sin más! ¡Ella era la que solía controlarlos!

«¿Qué esperabas? Es gay».

Eva se masajeó el puente de la nariz y se obligó a incorporarse y a taparse. Gabriel no necesitaba saber cuánto la había impactado lo que acababa de pasar, pero estaba decidida a que la próxima vez, ella volvería a ser la que llevara las riendas.



Eva apoyó la cabeza en el respaldo del coche mientras esperaba frente a las puertas de la penitenciaría. Arnán había salido a estirar las piernas. Las cosas debían estar yendo bien entre Gabriel y su madre cuando ya llevaba más de una hora y media dentro.

Cerrando los ojos, dio gracias a Dios. El trato al que había llegado con él estaba a punto de costarle su cordura. ¿Qué clase de mujer madura se excitaba viendo cómo un chico gay la pintaba? Puede que si él no le exigiera que cada sesión acabara en un orgasmo, habría sido capaz de distraerse y pensar en otra cosa, pero era incapaz de correrse sin imaginárselo arrodillado ante ella usando esos elegantes dedos o los sensuales labios para complacerla. Tampoco había sido capaz de ceder a la tentación de acostarse con Carlos para desahogar su frustración. Se veían, sí, pero hacer algo más que tomar café juntos y charlar o pasear un rato se sentía como una traición hacia el chico, y sospechaba que lo mismo ocurría con Carlos, quien tampoco había insistido en que regresaran a la parte apasionada de su relación.

En el mismo instante en que suspiró, la puerta trasera del coche se abrió. Miró sobresaltada por el espejo retrovisor. Gabriel se había montado en silencio y parecía estar estudiándose las manos.

—¿Cómo ha ido la cosa? —le preguntó con suavidad.

Él inspiró con fuerza y soltó el aire con lentitud.

—Sé que esto va a sonar raro —comenzó—, pero creo que la cárcel está viniéndole bien. —Ella esperó a que continuara hablando—: Sigue con la metadona, pero se le nota que está mucho mejor. Incluso ha engordado un poco y la veo más tranquila. Y... hemos hablado. Hacía una eternidad que no lo hacíamos; hablar de verdad, me refiero. Desde mucho antes de que la condenaran.

—Me alegra mucho, bebé.

—Ha dicho que se siente muy orgullosa de mí —murmuró Gabriel.

—No es para menos. Cualquiera madre se sentiría orgullosa de un hijo como tú —opinó ella.

Él se echó hacia atrás en el asiento y contempló el techo.

—Siempre pensé que no me quería y que yo solo era un estorbo para ella.

—A veces, cuando la vida nos trata mal, lo pagamos con las personas que tenemos a nuestro alrededor.

—Puede...

—Bueno, Arnán ya viene por allí. Vamos a ir derechos a recoger el coche de alquiler y tendremos el resto de la tarde libre para hacer lo que queramos. De modo que ¿a dónde te apetece ir? No todos los días vas a tener a un chófer tan atractivo como yo. —Intentó animarlo con un guiño.

—Quiero ir a casa y dibujarte.

«¡Ah, no! ¡Otra vez no!».

—Bueno, eh...

—Seguirás posando para mí aunque ya hayas cumplido tu parte del trato, ¿verdad? Rafa, de la galería, me ha pedido más dibujos para la exposición, y no tendré forma de hacerlos si no me ayudas.

Derrotada, Eva cerró los ojos. ¿Había alguna forma de resistirse a ese tono de voz? ¿Cómo podía explicarle que estaba convirtiéndose en una maldita pervertida, y no en el sentido morboso de la palabra?



En el mismo instante en que la sonrisa de Gabriel desapareció y se puso rígido, Eva supo que había problemas.

—Vámonos. —Gabriel soltó precipitado el paquete de palomitas sobre la barra y tiró de ella.

—¡Espera! La entrada del cine está en la otra dirección. —Trató de regresar al mostrador para coger la caja de palomitas.

—No me apetece ver la película. Vámonos. Quiero irme —la presionó, dirigiendo miradas nerviosas por encima de su hombro.

Ella se giró para encontrar la fuente de su nerviosismo. No necesitaba ser adivina para sumar dos más dos cuando vio al trío de chicos que estaban saliendo de la sala de cine y miraban hacia ellos con sonrisas que no tenían nada de agradables. Se sintió dividida entre enfrentarse a los gamberros o proteger a Gabriel de la tensión que le suponía el encontrarse con sus acosadores. Con un suspiro, optó por la segunda opción. No estaba de servicio, y ese tipo de personajes solo traían problemas.

—De acuerdo, regresamos a casa o nos vamos al parque, pero las palomitas y las bebidas están pagadas y vamos a tener nuestra celebración como planeamos. De modo que nos las llevamos.

«Malditos niñatos». Gabriel había estado muy feliz esa mañana cuando le comunicaron que su segunda tanda de dibujos también había sido vendida en un visto y no visto. Cogió sin rechistar su vaso, la sujetó por el codo y se la llevó apresurado de allí mientras ella trataba de seguirlo sin derramar las palomitas por el suelo. En cuanto llegaron al aparcamiento medio desierto, Eva descubrió que habían cometido un gran error. En un cine lleno de gente, nadie se habría atrevido a molestarlos, pero si los niñatos habían decidido seguirlos, acababan de meterse en la boca del lobo. Nada los detendría en un lugar libre de testigos.

—Saca mi monedero del bolso y paga el billete del aparcamiento —le indicó en cuanto llegaron al cajero automático.

Intentó ignorar el modo en que temblaba la mano de Gabriel al soltar su refresco sobre la máquina y abrirle el bolso. Solo de verlo, le

entraron ganas de regresar y darles a esos niñatos una dosis de su propia medicina. «¡Malditos hijos de puta!».

—Vaya, vaya, vaya. Mirad a quién tenemos aquí. Al maricón que se chivó a la poli acusándonos de haberlo acosado.

La espalda de ella se puso rígida. La tarjeta del aparcamiento se deslizó entre los dedos de Gabriel, quien contempló pálido a los recién llegados.

—No sé de qué me hablas. Dejadnos en paz.

Cuando los niñatos a su espalda se rieron, ella inspiró con fuerza, recordándose que era mejor que se calmara. Por el rabillo del ojo buscó las cámaras de seguridad de la sala.

—¿Y esta quién es? ¿La puta de tu madre? Pensé que era más vieja, pero está hasta buena y todo —soltó uno de los niñatos, mirándole salido las tetas cuando ella se giró hacia ellos.

—¡Os he dicho que nos dejéis en paz! —les espetó Gabriel, y cogió a Eva por el codo para arrastrarla con él.

—Ah, ah, ah... No querrás irte dejándonos así sin más, ¿verdad? —El más corpulento de los niñatos se interpuso en su camino—. José acaba de contarnos que ya no le queda dinero para que podamos ir al *burger*, y a ti, ahora, parece que las cosas te van muy bien —le dijo, trazando el logo en la camiseta de Gabriel, quien retrocedió un paso.

—No tengo dinero —masculló, tirando de Eva en otra dirección.

—En esa dirección no, bebé. Allí no hay cámaras de seguridad —intervino ella. Echó un rápido vistazo al matón grandullón como si se hubiera dado cuenta de la barbaridad que acababa de escapársele.

En el rostro del matón apareció una lenta sonrisa. Fue tras ellos, presionándolos para ir justo en la dirección en la que ella había dicho que no fueran. Gabriel intentó cambiar su destino, pero los otros dos gamberros les bloquearon de inmediato el paso.

—Voy a dejar que José y Pedro se encarguen de ayudarte a encontrar el dinero mientras yo converso un ratito con tu madre sobre cuán duro les gusta a las putas que las follen —sonrió el grandullón de oreja a oreja enseñando un diente roto en tanto seguía empujándolos poco a poco fuera de la cobertura de las cámaras de seguridad.

—Olvídalo, Diego, aquí nos la empotramos todos o ninguno —

protestó uno de los amigos del grandullón.

—¿Lo has oído? Parece que despiertas pasiones, mamá del marica —le dijo el matón. Alargó la mano hasta su escote para trazarlo con el reverso de sus dedos.

—¡No la toques!

Eva dejó de respirar cuando Gabriel le propinó un manotazo, apartándole la desagradable manaza. Para su alivio, el matón rio en vez de atacarlo.

—¿Qué, tienes envidia? ¿Quieres que te demos por el culo a ti también?

—¡Vete a la mierda! —chilló Gabriel fuera de sí.

—¿Sabes?... Creo que vamos a hacer justo eso. —La voz del matón adquirió un tinte peligroso que le puso a Eva la piel de gallina. Revisó de nuevo las posiciones de las cámaras de seguridad antes de prepararse para el ataque—. Vamos a ponerlos uno en frente del otro para que podáis verlos cuando os rompamos el culo a los dos.

—¡Antes te mato!

Sin ningún otro aviso, Gabriel se lanzó sobre el grandullón, saltando sobre él. Agarrándose a su pelo, le mordió la nariz y movió la cabeza como un perro rabioso cuando el matón lanzó un chillido de dolor tras otro y trató sin éxito de quitárselo de encima.

Sin pensarlo, ella aprovechó el momento de alucinación. Les tiró a los otros dos los paquetes de palomitas, le lanzó una patada en la entrepierna a uno y al otro le propinó un derechazo en pleno ojo. El sótano se llenó de gritos y lamentos mientras Eva se dedicaba a repartir codazos, puñetazos y patadas a diestro y siniestro. En algún punto de su conciencia sabía que debía parar, inmovilizarlos y avisar a la policía, pero su ira y las ganas de hacerles probar su propia medicina se impusieron a su buen juicio. Cuando finalmente uno de los gamberros huyó y el otro se retorció por el suelo, Eva se dispuso a ayudar a Gabriel con el matón. Se quedó congelada en el sitio cuando vio la escena frente a ella.

El matón estaba sentado en el suelo, llorando como un niño pequeño, mientras trataba de protegerse la cara ensangrentada de las patadas que Gabriel le daba fuera de sí. Cuando miró un poco más de cerca, advirtió que la nariz no solo estaba hinchada y con

toda probabilidad partida, sino que incluso parecía como si una parte de la punta estuviera descolgada. «¡Mierda!».

—Gabriel, Gabriel, cielo. Para ya. Tienes que parar, cariño. —Le puso con cuidado una mano en el hombro, lista para dar un salto atrás si no la reconocía y la atacaba también. Respiró aliviada cuando Gabriel fue calmándose, aunque cuando la miró, no supo qué le imponía más, si la cara llena de sangre o los ojos atestados de una dolorosa locura—. Cielo, ya está. Ya ha pasado todo —trató de tranquilizarlo—. Estás sangrando. ¿Dónde te has hecho daño, bebé?

Gabriel se pasó el antebrazo por la boca y negó. Eva no supo si sentirse aliviada o horrorizada cuando comprendió que la sangre no era de él. Corrió a recoger el bolso caído en el suelo para buscar el paquete de pañuelos y, mojándolos con saliva, le limpió la cara en tanto él se dejaba hacer.

—¡Voy a hacer que te internen en un centro psiquiátrico, maricón, hijo de puta! —se quejó entre sollozos el matón.

—¿Todo bien, cielo? —indagó Eva, forzando una débil sonrisa y asegurándose de colocar bien la ropa de Gabriel y la suya propia—. Entonces ve a pagar el aparcamiento para que podamos irnos y usa el refresco que dejaste allí para enjuagarte la boca —lo instruyó, dándole su monedero.

En cuanto se alejó como un autómata, ella se acercó al grandullón y se puso en cuclillas frente a él.

—Voy a hacer que os metan en chirona por el resto de vuestras vidas. ¡Estáis locos! Ese maricón me ha arrancado la nariz con un mordisco —lloriqueó el matón.

Ella puso la sonrisa más dulce de la que fue capaz.

—Pero ¿qué dices, bonito? La nariz te la has arrancado tú solo, cogiéndotela con la puerta cuando has tratado de espiar cómo Gabriel y yo follábamos. No sé cómo has podido ser tan torpe, la verdad.

—Eso es mentira, hija de... ¡Ayyy! ¡Suéltame!

Eva ignoró su chillido y mantuvo la presión sobre sus genitales.

—Por aquí no hay cámaras, ¿lo recuerdas? Una acusación ante la policía o acercarte otra vez a mí o a Gabriel y ten por seguro que yo personalmente me encargaré de arrancarte los huevos, hacer una tortilla con ellos y obligarte a que te la tragues entera. —Para

asegurarse de que lo entendía, intensificó su agarre, haciéndole encogerse de dolor sobre sí mismo.

—¡Suéltame! Por favor, por favor...



El camino de regreso a casa fue silencioso. Ninguno de los dos habló. Eva no sabía qué decir. Había llamado a una ambulancia desde el móvil del matón y se había largado. Ni siquiera había avisado aún a Arnán para que la tuviera al tanto de si el niño al final decidía poner una denuncia. Esperaba que no lo hiciera. Iba a suponerles muchos problemas, en especial a ella, pero prefería no darle vueltas al asunto. Cuando ocurriera, ya vería lo que hacer al respecto.

Le echó una ojeada a Gabriel, que miraba rígidamente al frente. ¿Seguiría conmocionado? Mañana iba a hacer un par de llamadas para ver si le conseguía una cita con una psicóloga. No pensaba que fuera violento, sino que todo había sido más bien producto del estrés y la tensión, pero nunca venía mal que algún especialista hablara con él y lo ayudara si hiciera falta. Ella y Carlos deberían haber pensado antes en eso. Esa criatura había pasado por demasiado. Lo raro era que no hubiera explotado mucho antes.

Cuando aparcó el coche y ambos permanecieron con la vista fija en la pared de enfrente, supo que era la hora de coger al toro por los cuernos. Uno de los dos tenía que hacerlo, y era obvio que le tocaba a ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó con suavidad.

Él tardó en reaccionar, pero acabó por negar con la cabeza.

—No. No lo sé. No sé qué es lo que me ha pasado. No he pensado, solo he reaccionado. —Aceptó la mano de Eva y entrelazó los dedos con los de ella—. Jamás había odiado tanto a nadie —murmuró—. Me asusta.

—Cariño, en parte es lógico. Te han hecho mucho daño, has ido acumulando esas emociones de miedo, frustración e impotencia durante todo este tiempo, y cuando eso ocurre, a veces basta un diminuto detonante para hacernos explotar y atacar. Mañana

buscaremos ayuda para evitar que vuelva a repetirse, pero ten muy claro que lo único que has hecho ha sido defenderte.

«Y el muy cabrón se lo merecía. A ver si aprende a no meterse más con gente vulnerable». Ahora que lo pensaba con frialdad, entendió que por muy macabro que fuera, solo la locura transitoria le había permitido dejar al matón desvalido. Si ella no hubiera sabido defenderse y él no hubiera reaccionado como lo había hecho, esos hijos de puta los habrían violado y robado a ambos.

—No ha sido por mí. Jamás habría reunido el valor para defenderme de ellos y de lo que hubieran querido hacerme.

—¿Entonces? —La sorpresa se reflejó en su voz.

Gabriel se giró hacia ella.

—Ha sido por ti, por la idea de que quisieran abusar de ti. —Ella abrió la boca y volvió a cerrarla. ¿Había superado sus miedos para protegerla? La simple idea resultaba tan impresionante que fue incapaz de contestarle—. ¿Te doy asco? ¿Te repugna lo que he hecho? —Él se miró avergonzado las manos.

—No... ¡No! —Le alzó la barbilla—. Es solo que... me ha sorprendido tu respuesta. No me la esperaba. Me parece... —Se detuvo justo a tiempo. No creía que le gustara que le confesara cuán tierno y lindo le parecía que le hubiera arrancado un trozo de nariz a otro chico por ella—. Me emociona que lo hayas hecho por mí. No lo comprendo, pero me emociona.

—¿No lo comprendes? —Él ladeó la cabeza con sus ojos llenos de una extraña intensidad, pero al final negó—. ¿Cómo has conseguido deshacerte de los otros? Eran dos.

—Defensa personal. Me han entrenado para luchar con tipos como esos y peores.

—¿Has luchado antes con gente que te atacaba? —Los ojos de Gabriel se abrieron como si acabara de toparse con un marciano repartiendo *pizza*.

Eva rio.

—Forma parte de mi trabajo, aunque normalmente solo me dedico a inmovilizarlos.

—¿En Haití les das clases a gamberros de ese tipo? —El tono de Gabriel estaba lleno de incredulidad y algo de admiración.

—¡No! —A Eva se le saltaron las lágrimas de la risa—. Allí estoy en misión de solidaridad para darles clases a niños, pero mi verdadero trabajo es ser policía nacional.

—¿Policía? —La mandíbula de Gabriel prácticamente se desencajó.

—Sí, ya sabes, de esos con uniforme, porra, esposas y pistolas —sonrió divertida—. Del tipo que, cuando se dirige a tu dirección, hace que repases mentalmente todo lo que has hecho para ver si tiene motivos para arrestarte o ponerte una multa.

Un brillo travieso cruzó los ojos de Gabriel.

—Se te olvida que los uniformes y las esposas son símbolos eróticos, y que más de uno sueña con que lo esposes a la cama y lo castigues por haber sido malo. Puede que, en vez de pensar en multas, se pongan a pensar en lo excitante que sería que los esposaras a tu cama.

—No me digas... —Eva intentó mantenerse seria, pero no pudo evitar una mueca de culpabilidad. Gabriel abrió la boca, alucinado.

—¡Lo has hecho!

—¡Shhh, no lo digas en alto! Está prohibido usar el equipamiento oficial para juegos personales —bromeó ella.

—¿Qué me darás a cambio de mantener el silencio? —la provocó.

—Si no fueras gay, te habría encadenado a mi cama. —Ella se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Pero dadas las circunstancias y que aún no hemos cenado, ¿qué tal si te hago callar con comida china a domicilio? Y de paso, creo que deberíamos plantearnos que dieras algunas clases de defensa personal.

Gabriel frunció el ceño.

—Hay algo que creo que deberías saber sobre mí, pero no sé cómo decírtelo... No quiero que te enfades conmigo.



26

Cuando Gabriel se dirigió directamente al baño para limpiarse los dientes y ducharse, ella hizo el pedido al chino, aprovechó para hablar con Carlos y de paso tranquilizarlo cuando se enteró de lo que había ocurrido, se sirvió un vaso de Lambrusco y se sentó en el sofá.

Soltó un gemido de placer en cuanto se quitó los zapatos de tacón y pudo mover los dedos a voluntad. En ese momento, Carlos le envió un mensaje.

¿Qué estás haciendo?

Sentirme vieja.

¿Te has hecho daño? Voy ahora mismo para allá para acompañarte al médico y que te revisen.

Ella rio al leer el último mensaje. Era tierno que fuera tan protector. Tomó un sorbo de su vaso y respondió con una sonrisa tonta.

¡Que noooo! Estoy bien. Son los tacones.

¿Qué les pasa a los tacones?

Que cuando tenía dieciocho, podía pasarme las veinticuatro horas de la semana sin quitármelos. Ahora me los pongo un par de horas y acabo cojeando y encorvada.

Si te sirve de consuelo, te considero sexi en tacones, pero aún más cuando te los quitas. Vente a mi casa y te demuestro cómo de seductores me parecen.

Ella soltó un suspiro. Echaba de menos sus juegos.

No me atrevo a dejar a Gabriel solo después de lo que ha pasado.

Cuando tardó en contestarle, aprovechó para quitarse las pulseras y la cadena y dejarlas sobre la mesa.

Me llamarías si Gabriel estuviera muy mal y necesitara ayuda, ¿verdad?

Al principio, ese comentario la dejó helada, pero casi de inmediato se enfadó.

¿Acaso no te he contado lo que ha pasado? ¿Qué clase de persona crees que soy?

Pero también me has dicho que no fuera allí ahora.

No creo que le gustara la idea de que te lo haya contado, y mucho menos que vengas aquí a ponerlo nervioso cuando lo que necesita ahora es estar calmado y olvidar el mal trago por el que ha pasado.

Tú pareces estar bien.

Soy policía. Si no supiera cómo asimilar cosas como esta, hace tiempo que estaría en el paro.

Lo siento. No sé lo que me pasa, pero no poder comprobar por mí mismo que estáis bien me tiene alterado.

Ya te he dicho que estamos bien.

Se mordió los labios al acordarse del último comentario de Gabriel en el coche. ¿Qué era lo que no le había contado aún? Parecía algo importante cuando le pidió que le diera más tiempo para confesárselo y que no se enfadara cuando lo hiciera.

¿Gabriel está metido en algo más de lo que no me hayas contado aún?

No que yo sepa. ¿Por qué?

Porque estaba raro, pero creo que estaba relacionado con algo diferente al incidente, o al menos no directamente con lo que ha pasado.

¿A qué te refieres con raro?

Va a venir. Luego te cuento.

Soltó el móvil justo a tiempo. Gabriel salió en pantalón de pijama corto y el cabello húmedo del baño y ella disimuló quitándose apresurada las medias de liga. Sus dedos se detuvieron en el filo del encaje al percatarse de la forma en que él no perdía detalle de sus movimientos.

—¿Ocurre algo?

Él negó y apartó con rapidez la mirada, pasándola como perdido por el salón.

—¿Ya has pedido la comida?

—Sí, deben estar a punto de llegar. Voy a aprovechar para cambiarme. El dinero está sobre la encimera de la cocina. Ya que no

hemos podido ir al cine, podrías elegir una película. ¿Te parece? —le sugirió ella.

Cogiendo el móvil, se dirigió al dormitorio usando el cristal de la vitrina para ver cómo Gabriel se reajustaba el bulto de su entrepierna mientras no perdía de vista su trasero.

Tras quedarse a solas, se sentó en el filo de la cama y contempló confundida la puerta antes de coger el móvil y marcar el número de Carlos.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó ansioso nada más coger la llamada.

—Sí... No... No lo sé...

—¿Qué significa? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Entonces es Gabriel? ¿Qué le ha pasado? ¿Voy para allá?

—No, no es lo que piensas. No ha pasado nada malo..., creo.

—Eva. ¿Qué demonios está ocurriendo? Dices que no ha pasado nada, pero parece estar conmocionada.

Ella rio. En parte tenía razón. No sabía si estaba empezando a convertirse en una vieja verde que veía sexo allá a donde mirase o si de verdad había sido tan tonta como para no darse cuenta antes.

—Dime una cosa. ¿Gabriel es gay o bisexual?

—¿Gabriel? Pues creo que gay, aunque nunca he hablado con él sobre ese tema.

—¿Nunca habéis hablado sobre mujeres o lo has visto admirando a una cuando salíais?

—Pues la verdad es que no, que yo recuerde. ¿A qué viene esa pregunta tan rara?

—¿Qué pensarías si te dijera que creo que Gabriel me desea? — Esperó con el aliento contenido a que él le contestara, pero la línea permaneció en silencio—. ¿Carlos?

—¿Y tú? ¿Lo deseas?

Fue el turno de ella de permanecer callada. Su mente se llenó de las situaciones morbosas que se había imaginado cada vez que él la dibujaba, los momentos en que le pedía que se corriera, con esa voz suave, tan baja que casi parecía un ruego, y los ojos azules pendientes de cada gesto, de cada gemido y jadeo. Se había

condicionado tanto a esos momentos que incluso cuando se masturbaba en la ducha o en la soledad de su dormitorio, no podía dejar de ver esa profunda mirada instándola a correrse para él.

—¿Eva?

Ella parpadeó.

—Nunca me he planteado acostarme con él ni me excita la idea de que sea gay, pero sí es cierto que me pone su inocencia y vulnerabilidad y el modo en que me observa cuando poso para él.

—¿Y si no fuera gay?

¿Si no fuera gay? Eva se mordió los labios. Eso lo cambiaría todo, o casi.

—Seguiría siendo demasiado joven para mí y no cambiaría el hecho de que es tu juguete. Uno no usa los juguetes ajenos, así, sin más.

—Cuelga, voy a hacerte una videollamada. Quiero verte mientras hablo contigo. —Sin esperar a que ella pudiera protestar, Carlos colgó y volvió a llamarla.

—Habla bajo, no vaya a oírnos desde el salón —lo advirtió en un susurro.

Los ojos oscuros se llenaron de intensidad.

—¿Tienes auriculares a mano? —Esperó a que fuera a la mesita de noche, sacara unos para ponérselos y se tendiera en la cama—. Aleja el móvil.

—¿Así?

—Casi, bájate un poco el escote. —Ella tiró del top ante su petición hasta ofrecerle una generosa panorámica de la curvatura de sus pechos—. Me encantan tus pechos —murmuró con aspereza.

—¿Cuánto?

—Lo suficiente como para hacer locuras con tal de tenerlos para mí. —Contestó Carlos tan bajo y profundo que parecía casi una promesa—. Y tú, ¿qué estarías dispuesta a hacer por mí?

Eva contuvo la respiración. Ese tipo de preguntas siempre venían acompañadas de una petición, y rara vez una que fuera fácil.

—¿Qué quieres que haga por ti?

—Quiero que me cuentes en qué piensas cuando él te dibuja.

«¡Oh, Dios!». Su boca se reseco de forma instantánea.

—No creo que...

—Quiero la verdad, Eva. Cuéntamelo. —Carlos usó el tipo de voz tranquila, exigente y firme al que ella rara vez podía resistirse.

Se humedeció los labios y cerró los ojos, incapaz de enfrentarse a su intensa mirada. Trató de recordar aquellos momentos prohibidos de los que había llegado a avergonzarse a veces.

—Normalmente, al principio no suele ser nada extraordinario. Él me sitúa, me coloca como si fuera una muñeca y me pone en una postura tan sensual que me siento seductora y femenina. Son sus ojos lo que realmente me excita, lo que me hace ser consciente de mí misma.

—Sigue —le ordenó Carlos cuando ella se detuvo.

—Cuesta trabajo resistirme a mis deseos. Quiero tocarme, acariciarme, quiero hacerlo para que me vea, pero sé que es solo cuestión de tiempo. Él me observa, me recorre con su mirada casi como una caricia, como una posesión en la que quiere atraparme en su memoria para atarme a él. Después de un rato, me mira a los ojos. Siempre es la misma mirada, y es entonces cuando me pide que me corra para él. Lo hace con ese tono suave que suena casi como un ruego. Me excita, no puedo dejar de mirarlo a los ojos mientras comienzo a tocarme e imagino que es un hombre, un hombre de verdad, uno que espera que me corra para luego rogarme que me lo folle.

—¿Y lo harías? —quiso saber Carlos—. ¿Te dejarías follar por él, te lo follarías tú?

Ella suspiró antes de contestar:

—Sí. Lo haría, allí mismo, sin pensármelo dos veces.

—¿Y qué te ha detenido hasta ahora?

—Que es gay y que es tu juguete.

—¿Y si te confesara que me excita, que me pone la idea de imaginarte con él, de que lo seduzcas, de que le ordenes que se arrodille ante ti, que meta la cabeza entre tus piernas y que te satisfaga?

Ella gimió.

—¿Qué esperas que te conteste a eso?

Carlos ignoró la pregunta.

—Tócate para mí.

Ella hizo el intento de obedecerlo, pero él la detuvo cuando apenas

había comenzado a deslizar sus manos sobre su cuerpo:

—No. Quiero verlo.

Tras un momento de duda, tocó la pantalla del móvil y giró la imagen para que él pudiera observar lo que hacía de cintura para abajo. Alzó las caderas para levantarse la falda y comenzó a recorrer el filo de su ropa interior, trazando, apenas rozando la sensible punta de su clítoris que sobresalía entre sus labios.

—Aparta el tanga y ábrete. Quiero verlo.

Con una sola mano, apartó la tela de encaje y abrió los aterciopelados pliegues. Con la otra acercó el móvil para ofrecerle un primer plano.

—¡Joder, puedo advertir cómo brilla! Debes estar empapada.

Ella deslizó un dedo en su interior, soltando de forma involuntaria un gutural gemido.

—Sí, lo estoy.

—¡Para! —La orden salió seca.

Eva parpadeó y tocó la pantalla del teléfono para girarlo hacia ella y contemplar confundida a Carlos.

—¿Qué ocurre? Pensaba que era esto lo que querías.

—Quiero más —masculó él—. Quiero que vayas allí y averigües si tus sospechas sobre Gabriel son ciertas.

—¿Y si lo son?

—¿Qué te gustaría hacer con él si tuvieras razón?

—¿Estás seguro de querer saberlo?

—Estoy seguro de que me excita la idea.

Eva inspiró con profundidad.

—Vamos a dejar esto claro. ¿Estás pidiéndome que seduzca a tu juguete?

—Ya no es mi juguete, ¿recuerdas? Pero sí, eso es lo que quiero que hagas.

—Y cuando lo haya hecho, ¿qué?

—Regresarás al dormitorio, sola, tendrás a mano algunos de tus juguetes y me llamarás por videollamada. Me mostrarás las pruebas de lo que ha ocurrido y luego te correrás para mí mientras me masturbo.

El vientre de Eva se encogió ante el morbo que le causaron sus

últimas palabras.

—¿Crees que es ético que lo haga? —le preguntó sin poder deshacerse de esa sensación de que no debería hacerlo.

—¿Consideras ético enseñarle que hay muchas más opciones en el mundo que las que yo le ofrecí?

Todo el morbo desapareció al instante con aquellas palabras.

—Eso ha sido...

—¿Realista? —la recriminó con dureza.

—¿Quieres usar a la mujer con la que quieres casarte para que tu amante se olvide de ti? ¿Qué tan pervertido y enfermizo es eso?

—No, te he pedido que me excites, que lo excites y que disfrutes en el proceso, aunque no quita que los efectos secundarios sean esos.

—Se me ha pasado el momento de morbo —le espetó ella con sequedad.

—Cierra los ojos por un momento. ¡Obedece! —le ordenó con firmeza. Ella estuvo por rebelarse contra su orden, pero acabó por cerrar sus párpados—. Ahora, por un momento, olvídate de tu conciencia, de tus celos y de todos los estereotipos sociales. Imagina que hubiéramos estado los tres allí, imagina que me hubieras visto con él desnudo, besándolo al mirarte a ti, dejándote sentir mi deseo. ¿Te habría gustado?

Intentó ir más allá de la incipiente punzada de celos y se centró en la imagen que le describía de los dos hombres, desnudos, uno encima del otro, sus músculos iluminados por una tenue luz, y ella observándolos en silencio desde el sillón del rincón, tocándose mientras se besaban.

—Sí —le respondió ronca.

—Eso mismo me excita a mí.

—En realidad, nunca te ha gustado que yo me acueste con otros hombres.

—Él no es otro hombre. Es Gabriel, y me excita tanto la idea de tú en tu papel de Dómina como la de él abriéndose vulnerable ante ti. La imagen de los dos juntos, el disfrute que podéis causaros mutuamente... ¡Joder, daría lo que fuera por poder estar allí con vosotros y presenciarlo!



Cuando salió del dormitorio, Gabriel estaba preparando la mesa baja del salón para la cena.—¿Ya ha llegado la comida? —Se acercó a él con toda la naturalidad que pudo.

La simple idea de ponerse un camisón que dejaba entrever el inicio del delicado encaje de su sujetador y se adaptaba a su cuerpo como una segunda piel, a pesar de su sencillez y de no enseñar nada más, había hecho que sus muslos acabaran húmedos y resbaladizos, incluso antes de que soltara el cepillo de pelo.

Al alzar la cabeza y verla, los ojos azules se abrieron como dos platos y su manzana de Adán se movió de forma visible al tragar. Ella sonrió para sus adentros y bajó la vista hasta la notoria tienda de campaña que se escondía bajo la tela de algodón de su pijama.

—¿Ocurre algo? —le preguntó con inocencia cuando él se colocó enseguida detrás de una silla para ocultarse.

—No, no. Se te ve diferente —admitió al fin.

Ella arqueó una ceja.

—¿Diferente?

—Sí. No. Bueno, no lo sé, nunca te había visto con ese camisón. Suelen ponerte pijamas.

—Ah... No suelo ponerme camiones cuando hay visita masculina, pero dadas las circunstancias, no pensé que te importaría. Hace mucho calor, y estoy más cómoda así. ¿O te incomoda?

Él miró a su alrededor como si buscara alguna nota adhesiva sobre los muebles que tuviera una respuesta, pero negó.

—¿Por qué iba a incomodarme?

—Genial. —Ella se acercó a la mesa y mojó un dedo en la salsa agri dulce para chupárselo antes de dejarse caer en el sofá. Los ojos azules pasaron de sus labios a los muslos descubiertos que revelaba el camisón—. ¿Hace mucho que ha llegado el pedido? No he oído el timbre.

—No, acaba de llegar. He oído el pitido del ascensor y he abierto antes de que llamara.

—¿Y ya has elegido la película que vamos a ver?

—Sí.

La manera en que evitó mirarla hizo que se pusiera alerta.

—¿Cuál es?

—El sexo de los ángeles.

—Mmm... Vaya, ese título suena a erótica o a humor. ¿De qué va?

Gabriel encogió los hombros.

—Siempre podemos cambiar de peli si no te gusta.

—¿Qué te hace pensar que no va a gustarme?

—Las palomitas —le masculló Gabriel, aprovechando el timbre del microondas para escabullirse.

En cuanto Eva vio la carátula de la película en el televisor, no necesitó hacer más preguntas. La imagen de los dos chicos jóvenes y la chica le decía todo lo que necesitaba saber. Después de leer la sinopsis, le dio un pellizco al pan chino y se echó hacia atrás en el sofá. ¿Ella era la que había pensado seducirlo? A menos que estuviera equivocada, iba a disfrutar mucho más si se relajaba y se dejaba seducir.

Apenas hablaron cuando él repartió la comida en platos y le ofreció uno. Cuando se sentó, colocó los pies de ella sobre su regazo y, una vez que pusieron la película, ambos se limitaron a verla. En realidad, no fue nada fácil. Su historia y la de la película tenían mucho en común; demasiado como para no verse afectada. También la protagonista descubrió a su novio liado con otro tío, y como Carlos, el protagonista parecía no ser capaz de elegir entre sus dos amantes. Había esperado una película erótica, pero su libido bajó a cero a medida que la trama avanzaba. En algún punto notó cómo Gabriel se limpiaba de forma disimulada las lágrimas, y en algún momento, ella empezó a sentir compasión por Carlos.

El primero en romper el silencio fue Gabriel:

—¿Te resulta desagradable ver a dos chicos juntos? —le preguntó cuando salía una escena en la que los dos protagonistas acababan juntos en la cama.

Ella observó la forma apasionada en que los hombres se besaban antes de responderle:

—Al contrario. Es algo que me excita.

—¿Te habrías excitado viéndome con él? —quiso saber Gabriel,

estudiándola con ojos enrojecidos.

—Sí —admitió.

Pasaron poco más de veinte minutos cuando tuvo la oportunidad de interrogarlo:

—¿Y tú? ¿Te habrías acostado con la protagonista si hubieras formado parte de ese trío?

Él se tomó su tiempo para responder:

—No. —Se giró hacia ella.

Eva requirió todo su entrenamiento de policía para no permitirle adivinar el palo que acababa de darle.

—¿Por qué has elegido esta película?

Gabriel negó y tomó una profunda inspiración, como si tratara de armarse de valor.

—No me acostaría con ella porque no me gusta. Me resulta demasiado joven y niñata. Si tú... Si la protagonista hubiera sido alguien como tú, no lo habría dudado un instante.

La decepción se evaporó para dejar espacio a una extraña sensación cálida que se extendió a través de ella. Más que halagada, aquella confesión la hacía sentirse bien. Los dos se mantuvieron la mirada.

—Repite eso —murmuró ronca.

—Quería contártelo antes, pero no sabía cómo hacerlo sin ofenderte. No soy lo que piensas y no quiero que cambies conmigo porque no lo soy.

—¿Qué es lo que crees que pienso?

—No soy gay. —Señaló la tele—. Soy como él.

—¿Bisexual?

Gabriel encogió los hombros.

—Lo que sea.

Acabaron de ver la película en silencio, pero Eva no pudo evitar la decepción cuando el final consistió en que los tres protagonistas bailaban juntos al amanecer. Le resultaba tan irreal, que las momentáneas dudas de que una relación así pudiera funcionar desaparecieron, dejando la certeza de que era imposible.

—¿Alguna vez has estado con una mujer? —La pregunta le salió sin pensárselo. A él no pareció importarle su indiscreción, pero estaba

segura de que si no hubieran estado con las luces apagadas, habría podido presenciar cómo se sonrojaba—. ¿Alguna vez has deseado a una? —Quería saberlo, estar segura de que lo que decía era verdad.

Sorprendiéndola, alzó la cabeza para enfrentarse a ella.

—A ti —le confesó con firmeza, como si hubiese puesto todo su valor en esa afirmación.

—¿Desde cuándo lo sabes? Que te gustan las mujeres, quiero decir.

—Desde siempre. Algunas, al menos, y me gustan las tetas y cómo les queda la ropa interior, pero nunca he estado con una, y con Carlos tenía claro que disfrutaba siendo su amante.

Eva arqueó una ceja. Habría reído ante esa respuesta, pero estaba demasiado centrada en procesar todo lo que implicaba. Había tenido razón, él había estado observándola con deseo. ¿La había deseado también cuando la pintaba? ¿La intensidad de su mirada cuando le pedía que se corriera era debido a que trataba de memorizar sus gestos para sus dibujos o porque estaba excitado por el morbo de la situación?

No pudo evitar la tentación de comprobarlo. Llevó una mano a su hombro y comenzó a bajar la fina tiranta, deslizándola por su piel hasta desvelarle la curvatura de uno de sus senos a la mirada hipnotizada que no perdía de vista el detalle. Pocos hombres se habían cruzado en su vida a los que no les llamaran la atención sus pechos, que, generosos y redondos, eran la fantasía sexual de más de uno.

Habría podido parar cuando llegó al inicio del encaje púrpura de su sujetador. La forma en que él había dejado de respirar y su pantalón de pijama había comenzado a abultarse a la altura de la ingle fue toda la información que necesitaba para confirmar que le había dicho la verdad. Pero no paró, no quiso hacerlo. Le fascinaba la expresión de su rostro, la manera en que no perdía de vista sus dedos al trazar el borde del encaje, cómo se humedecía los labios y los mantenía abiertos como si estuviera preparándose para devorarla. Bajó también la otra tiranta por su hombro, dejando que su camisón cayera unos centímetros hasta ofrecerle una atrevida panorámica sobre su escote.

—Ven.

Gabriel no lo dudó. Se deslizó del sofá y se dejó caer de rodillas frente a ella. No hubo palabras. No las necesitaron. Dedos temblorosos le recorrieron con reverencia el perfil del sujetador, apenas rozándola al llegar a sus pezones duros y sensibles.

—¿Puedo? —murmuró Gabriel.

«¿Besarme? ¿Chuparme? ¿Sacar el pezón del sujetador?». ¿Importaba en realidad? ¿Quién era capaz de resistirse al ruego de esos enormes ojos azules y a ese tono de voz tan adorable? Ella asintió.

En cuanto cerró los labios alrededor de su pezón y chupó, ella enredó los dedos en su cabello y echó la cabeza hacia atrás arqueando la espalda para ofrecerse a él. Comparado con el sofisticado jugueteo de Carlos, el modo en que el chico la besaba era de una hambrienta inocencia a la que resultaba casi imposible no sucumbir. Llegó a preguntarse qué se sentiría teniendo a Carlos en un pezón y a Gabriel en el otro, ambos con personalidades tan diferentes y maneras de amar que diferían como de la noche a la mañana. La única conclusión a la que llegó fue que rozaría una locura que con toda probabilidad no sabría cómo manejar.

Con sus muslos empapándose y la lengua de Gabriel volviéndose más atrevida, decidió que quería más. Tirando de sus cabellos, lo apartó para mirarle a los brillantes ojos. Se subió el camisón hasta casi el final de los muslos. No tuvo el tiempo suficiente de indicarle lo que quería que hiciera. Él bajó la cabeza y se lanzó sin pensárselo a por lo que le ofrecía.

Ella se echó hacia atrás con un jadeo, apoyó los pies en el filo del sofá y cerró los ojos. Los gemidos no tardaron en escaparse de entre sus labios cuando el cálido aliento traspasó el encaje de sus braguitas. La delicadeza con la que usó su boca para buscar su clítoris y atraparlo entre los labios despertó su anhelo por más. Enredó sus dedos en la suave melena rubia y lo guio por su sexo abierto, apretándolo contra ella.

—Suave..., siempre suave —le indicó.

Probablemente, no habría hecho falta que se lo dijera. La forma en que la besaba y lamía revelaba pura adoración, aunque la adoración tardó poco tiempo en convertirse en tortura. Eva jadeó cuando el

gemido masculino reverberó contra sus terminaciones nerviosas. Estuvo a punto de empujar sus caderas contra él para correrse en su boca cuando, de repente, un rayo de lucidez la hizo volver en sí.

—¡Basta! —Ella lo apartó y se sentó al filo del sofá.

—¿Qué ocurre? —Gabriel la contempló confundido, con la boca y la barbilla todavía brillando por sus fluidos—. ¿No te gusta cómo lo hago?

Lo miró incrédula. «¿No gustarme? ¿Cómo demonios se puede ser tan ingenuo?».

—No tiene nada que ver con lo que estaba disfrutando. No está bien. No es ético.

—¿Por qué no? —El ceño fruncido le señaló que seguía sin entenderla.

—Porque tengo edad para ser tu madre, porque eres vulnerable, porque..., porque no está bien y punto.

—Me da igual tu edad. No eres mi madre. Y que sea vulnerable o no, no está relacionado con esto. Te deseo. Yo. Te. Deseo —recalcó para dejárselo muy claro. Ella dio un respingo hacia atrás cuando le rozó el clítoris con el pulgar y provocó que un rayo de placer se lanzara a través de su cuerpo—. ¿Tú no me deseas? —Ella bufó en respuesta. «¿Desearte? Estoy a punto de lanzarme sobre ti para devorarte, cielo»—. Por favor, déjame demostrarte cuánto te deseo — le rogó Gabriel.

Como si su propio cuerpo traidor y su mente no hubiesen sido ya lo suficientemente débiles, los enormes ojos azules la contemplaron llenos de un silencioso ruego.

«Dios, perdóname por lo que estoy a punto de hacer».

Se inclinó hacia él, hasta que sus labios quedaron apenas a unos milímetros de los suyos, y pudo oler su propio sexo sobre su piel. Deslizó las manos por su cuerpo hasta rodearle su erección sobre la suave tela del pijama, arrancándole un jadeo.

—Quítame las bragas —murmuró, alzando las caderas para facilitarle el trabajo.

Nada más quitárselas, él se las llevó a la nariz.

—Me gusta cómo hueles. Es diferente a un hombre. Sabe diferente.

«¿No es para devorarlo a bocaditos lentos y pequeños?».

Eva lo liberó del pantalón de pijama y dudó de nuevo.

—¿Estás seguro de querer seguir adelante con esto?

Él se lanzó a por su boca para besarla con frenesí y ella respondió a su pasión por unos minutos antes de apartarse. Quería ver su cara, su expresión y, sobre todo, sus ojos.

—Quiero sentirte dentro de mí —susurró, cogiéndolo para situarlo y deslizarse sobre él.

Gimieron al unísono a medida que lo atrapaba en su interior. Se inclinó para buscar su boca y lo besó mientras comenzaba a marcar un ritmo lento y sensual con sus caderas, subiendo y bajando sobre él. Pronto, arqueó su espalda hacia atrás para que pudiera alcanzar sus pechos y chupar sus pezones. Sin dejar de moverse, se sujetó a su cabello y cerró los ojos. «Carlos..., todo sería tan perfecto si también tú estuvieras aquí con nosotros».

No hubo prisas. El placer escaló de forma suave y lenta, con cada rotación de cadera, con cada beso y caricia, con cada gemido y jadeo compartido. E igual que el placer, el éxtasis final la inundó de forma larga y deliciosa. Eva se apretó a él con un largo grito cuando su cuerpo pareció estallar arrasándola con diminutas partículas de luz. Los dedos de Gabriel se clavaron en su cintura cuando también él empujó la pelvis hacia delante. Sus roncós gemidos salieron a intervalos desacompañados mientras la inundaba con un calor húmedo y ardiente.

Cuando ambos pararon, él se sujetó a ella con un sollozo, enterrando la cabeza en su pecho. Ella lo abrazó, centrando todos sus sentidos en sentir el latido de su propio corazón y cómo él seguía pulsando dentro de ella. ¿Qué acababa de pasar? No lo tenía del todo claro, pero algo había cambiado.



Cuando descubrió a Gabriel sentado e inerte al lado de la ventana con el albornoz y el pelo aún mojado por la ducha, Eva soltó el libro que estaba leyendo y dio unos golpecitos a su lado en el sofá. Él se tendió y descansó la cabeza sobre su regazo después de que le colocara un cojín para que estuviera más cómodo.

—¿Qué ocurre?

—Lo echo de menos —le confesó Gabriel con un largo suspiro.

Ella se sintió culpable. A pesar de que había pasado ya más de una semana desde que se acostaron juntos por primera vez, aún no le había contado que seguía con Carlos, que hablaban a diario y que tomaban café juntos casi todas las tardes mientras él se dedicaba a dibujar. Tampoco ahora se sentía capaz de contárselo. ¿Cómo podía confesarle que estaban esperando a que él se largara para rehacer su vida juntos? El nudo que se formó en su corazón fue tan grande que apenas parecía dejarlo latir. Ni siquiera se atrevía a contarle que Carlos le había pedido que siguiera acostándose con él para que lo olvidara y aprendiera a establecer una relación más «normal» con otras parejas.

Cuando vio la tristeza en los ojos azules, se sintió como la puta más rastrera y malvada que había pisado la tierra. No era que se acostara con él por compromiso, ni siquiera porque Carlos la hubiera animado a seguir. El chico despertaba un extraño morbo en ella que la hacía desearlo más allá de lo que estaba acostumbrada a experimentar fuera de su relación con Carlos, pero eso no cambiaba el hecho de que estaba engañándolo y que no sabía cómo deshacer el entuerto en el que estaba atrapada. Rezaba cada noche porque encontrara a alguien, se enamorara y la dejara para ser feliz, aunque, muy en el fondo, sabía que eso tampoco era lo que quería.

Era capaz de reconocerse a sí misma que le gustaba tenerlo con ella, que la tentaba la idea de llevar su relación un poco más allá e introducirlo en otro tipo de juegos, seducirlo y enseñarle a experimentar con el placer. Pero no podía hacerlo. No debía hacerlo. Ya lo había hablado con Carlos, y tenía razón. Se trataba de

conseguir que Gabriel hiciera una vida normal y que fuera despegándose de ellos, no de mantenerlo atado a través de la fascinación que la perversión podía despertar en los principiantes.

A pesar de que la película que habían visto la otra noche le había abierto los ojos a muchas cosas, había una en la que difería. La vida real no era una película en la que de repente aparecía un final feliz sacado de la nada; eso era algo para lo que uno tenía que trabajar a diario, y siempre con los pies en la tierra. La convivencia permanente de un trío en la vida real, y más si era uno con componentes tan dispares como ellos, era más una bomba a punto de explotar que el ingrediente azucarado de una tarta de color de rosa..., o un final de película en el que los tres acabaran bailando juntos al amanecer.

No fue hasta que le recogió una lágrima con su pulgar y la estudió preocupado cuando ella notó que estaba llorando.

—Yo... No llores... No pretendía hacerte daño, no es lo que piensas. Yo te quiero, pero...

Ella le colocó un dedo sobre los labios para acallarlo.

—Lo sé. Yo también lo echo de menos.

El alivio en su rostro fue notorio.

—¿Crees que hay alguna forma de arreglarlo? Sé que piensas que lo que nos hizo debería ser imperdonable, pero lo echo demasiado de menos como para estar enfadado con él. He intentado llamarlo... — Se tapó los ojos con ambas manos—. Se niega a hablar conmigo —le confesó en un murmullo cansado.

Ella sonrió con tristeza. ¿Arreglarlo? La única forma de hacerlo era que él se fuera y que ella y Carlos trataran de olvidarlo y rehicieran sus vidas. ¿Qué ocurriría con Gabriel cuando eso sucediera? ¿Cómo sobreviviría sin ninguno de los dos? Sabía que ni ella ni Carlos lo abandonarían a su suerte, pero ¿podrían ser felices sabiendo el daño que le hicieron? Serían capaces de tenerlo cerca sin que con el tiempo uno de los dos volviera a dejarse tentar por la inocencia de esos ojos azules y la fascinación por aquella pasión pura y sin tapujos.

—Te quiero.

Su confesión la sacó de sus pensamientos y su corazón se encogió cuando comprendió la sinceridad que inundaba sus palabras.

—Y yo a ti, bebé.

Era cierto. No mentía. Mirarlo tendido sobre su regazo, teniéndolo tan cerca, le provocaba un sentimiento de ternura y cariño. Una leve sonrisa apareció en los labios de Gabriel.

—Me hace gracia cuando me llamas así.

—¿Por? —Ella alzó las cejas e intentó responder a su sonrisa.

—Es como si yo te llamara mami.

Ella rio un poco forzada.

—Sí, imagino que sí, pero mi hermana está casada con un peruano, y a veces paso varias semanas visitándolos en Lima. Imagino que me acostumbré a que entre ellos se llamasen bebé, mami o papi, y he acabado por adoptar esa costumbre. Allí son apelativos cariñosos.

Él se puso serio de repente.

—Entonces... ¿no te enfadarías si te llamara mami?

—No, ¿por qué iba a hacerlo? Según las circunstancias, puede sonar incluso sexi —admitió con un guiño.

Los ojos azules se oscurecieron cuando la ojeó de forma especulativa.

—¿Puedo entonces ser tu bebé, mami?

—Ya eres mi bebé, cielo —le contestó, tratando de ignorar el ruego hambriento de sus ojos.

—Hazme ser tu bebé, mami. Haz que me olvide de él.

Su vehemencia la sorprendió. No lo había imaginado pidiéndole algo sexual de una forma tan directa, aunque la desesperación en su expresión no ocultó que en parte se debía a que esperaba poder olvidar a Carlos a través de ella. Le apartó un mechón de cabello de la mejilla. ¿Serviría de algo distraerlo por unas horas? Había tanta hambre y dolor en él que no quiso analizarlo. Abriéndose la blusa, se sacó un pecho del sujetador y se lo ofreció antes de echarse para atrás, apoyar la cabeza en el respaldo del sofá y cerrar los ojos.

—Eso es, bebé. Demuéstrale a mami lo bien que sabes mamar.

El placer viajó de sus pezones a su vientre cuando la húmeda y caliente boca se abalanzó sobre ella. Lo sujetó, disfrutando de su hambre por ella. Imaginó a Carlos con ellos, su boca enganchada a su otro pecho, chupándola con la misma ansia pero con el plus de la experiencia de saber cómo provocar a una mujer. Sentía tantos

deseos de ser dominada por Carlos como de dominar a Gabriel y hacerlo suyo.

Alargó la mano para desatar el cinturón de su albornoz y lo abrió hasta dejarlo desnudo. Él gimió contra su pezón, haciéndolo vibrar con el sonido apagado mientras su erección pulsaba llamando orgullosa la atención sobre ella. No hubo delicadezas. Eva la rodeó deslizando su mano con firmeza sobre la dura carne.

—¿Serás bueno, bebé? ¿Obedecerás a mami y te correrás para ella cuando te lo ordene?

—¡Ajá!

Un gemido tras otro sonó con cada subida y bajada de su mano, pero en ningún momento estuvo Gabriel dispuesto a liberar su pezón.

—Eso es, bebé. Chupa así..., moviendo la lengua. —Cuando su vagina se contrajo alrededor del vacío, deseó haberse puesto una de sus balas vibratoras para poder correrse con él—. Córrete para mí.

Lo apretó contra su pecho, obligándolo a seguir chupando desesperado en tanto que su cuerpo se ponía rígido y la mano de ella se cubría con el espeso semen hasta que Gabriel se dejó caer exhausto sobre su regazo.

—No pensarás que has terminado, ¿no? —Ella alzó una ceja y le ofreció sus dedos embadurnados para que los limpiara. Una brillante sonrisa apareció en el rostro masculino cuando los atrapó entre sus labios y los chupó—. Te quiero arrodillado en el suelo, entre mis piernas, y que termines con tu lengua lo que has empezado.

—¿Y puedo follarte después, mami? —le preguntó él sin apenas parar de lamer.

—No. —Eva se mordió los labios para no reír cuando la sonrisa de Gabriel se congeló. Agachándose sobre él, le repasó los labios salados con la lengua—. Porque seré yo quien te folle a mi antojo —murmuró antes de besarlo, tragándose su gemido de satisfacción—. Tú necesitas más de lo que estoy dándote y yo también.



Al divisar las prendas extendidas sobre su cama, Gabriel cerró la puerta tras él y se apoyó en ella, disfrutando del modo en que su

cuerpo reaccionaba a la anticipación de lo que estaba por ocurrir.

Le confundía el elegante traje de chaqueta y el perfume, pero las prendas de cuero y látex negro despertaron su curiosidad. Se acercó a la cama y, pasando de las muñequeras que servirían de esposas, cogió el extraño triángulo negro con un agujero en el centro del que colgaban diferentes tiras que presumiblemente servirían para sujetarlo. Sonrió al descubrir que Eva le había dejado una fotografía de ejemplo para que viera cómo colocársela, pero volvió a dejarlo en la cama para ponerse primero el collar de esclavo.

Quince minutos después, se examinó en el espejo preguntándose cómo conseguiría ponerse los pantalones sin cogerse un pellizco al cerrar la cremallera. Su erección lo saludaba firme en el reflejo, destacando contra el triángulo oscuro del singular tanga. Las correíllas que rodeaban sus muslos se veían sexis, y el tener el trasero y la verga al aire, de alguna forma, se sentía liberador y morboso. Sus manos le picaban por el deseo de tocarse, pero Eva le había dejado muy claro que lo tenía prohibido. Aun así, se mordió los labios y situó su mano por debajo del glande para apretarlo y comprobar cómo salía una brillante gotita de líquido preseminal. Sus labios se estiraron en una mueca traviesa. ¿Debería confesárselo a Eva para descubrir la clase de castigo que le daría?

—Te quedan cinco minutos. No me hagas esperar —lo avisó ella desde el salón, haciendo que se sobresaltara.

¡Cinco minutos! Que lo castigara por tocarse le resultaba morboso, pero por llegar tarde era humillante.

Con el corazón a mil, sin aliento y acelerado, se frenó en seco en el salón al verla frente al espejo con un ceñido vestido largo que, a pesar de enseñar poco más que su espalda, le acentuaba la figura y el redondeado trasero, cuyas vistas le robaron el poco aire que le quedaba en los pulmones. En el reflejo del espejo vio cómo ella arqueó una ceja antes de que acabara poniéndose con calma el largo pendiente y se girara hacia él, recorriéndolo con la mirada desde los húmedos pelos revueltos, por los que apenas se había pasado los dedos, hasta la camisa, que le sobresalía por los pantalones.

—Lo siento, no he conseguido ponérmelos —se disculpó, enseñándole las muñequeras de cuero con anillas.

No pudo apartar su vista de ella cuando se acercó a él, le cogió una y se la puso, bajándole la manga de la camisa para cubrirla. Gabriel encogió el estómago cuando, tras ponerle también la otra, ella le desabrochó el botón del pantalón y le abrió la cremallera. En el rostro de Eva apareció una pequeña sonrisa satisfecha cuando su erección saltó como si quisiera escapar de su claustro, pero para su decepción, en vez de cogerla, ella le metió la camisa dentro del pantalón y volvió a abrochárselo. No fue hasta que cerró el botón de nuevo que advirtió que había dejado de respirar.

—¿Listo? —Sin esperar a que respondiera, ella le mordisqueó el labio inferior y se apartó antes de que él pudiera reaccionar—. ¿Gabriel? —lo llamó al llegar a la puerta y ver que seguía anclado en el mismo sitio.

Él se puso en marcha, sin poder evitar preguntarse a dónde irían y para qué llevaba ella la pequeña maleta con ruedas.



Gabriel estudió inseguro el entorno. La habitación no se parecía en nada al cuarto de juegos de Carlos. Con las sábanas de satén de la enorme cama de postes, la chimenea en la que ardían falsas llamas y las velas que había por doquier, el ambiente rezumaba indudablemente sensualidad, sí, pero constató decepcionado que no tenía nada que ver con el ambiente perverso y decadente que había esperado después del restaurante con el bufé servido sobre personas desnudas ni las salas llenas de orgías y escenas BDSM por las que habían pasado cuando ella lo paseaba con el collar de perro.

Se giró hacia Eva, quien lo observaba apoyada elegantemente en la pared. ¿La había malinterpretado? ¿Esperaba ella que esto fuera una cita romántica y que él fuera a seducirla? Aunque por un lado no le importaba la idea, muy en el fondo apareció un cierto deje de desilusión. Avanzó en su dirección, pero se paró indeciso cuando ella arqueó una ceja.

—¿Quieres algo para beber?

—Yo... Eh... Sí, claro.

Ella fue a la mesita de noche y descolgó el teléfono.

—Dos Martini y agua para la doscientos cinco. —Después de colgar, se fue hacia uno de los elegantes sillones y se acomodó con las piernas cruzadas—. Desnúdate.

Gabriel parpadeó confundido. A pesar de su postura relajada, estaba contemplándolo con una firmeza exigente que dejaba claro que estaba esperando que lo obedeciera. No hubo decisiones que tomar al respecto. Lo hizo. Quitándose la chaqueta, fue a tirarla sobre el sofá vacío, hasta que recordó la manera en que el siervo de Carlos había dejado toda su ropa ordenada de forma pulcra aquella primera vez. Intentó imitarlo. Su ego subió cuando notó cómo se le dilataban las pupilas a Eva y se acariciaba el escote de forma distraída en tanto que no lo perdía de vista. Al quitarse la camisa, lo hizo de la forma más provocadora posible, tomándose su tiempo y acariciándose en el proceso. Se paralizó con los pantalones a la altura de las rodillas cuando alguien llamó a la puerta.

—Sigue —le ordenó Eva—. ¡Adelante! —añadió más alto.

La puerta hizo un clic de advertencia antes de abrirse. Gabriel tragó saliva cuando entró un camarero enfundado hasta la cintura en látex con el musculoso dorso desnudo y guio su carrito hasta Eva para prepararle en directo unas copas de Martini.

—He dicho que sigas. —La voz de ella fue fría esta vez, logrando que se estremeciera.

Haciendo un esfuerzo extremo, Gabriel obedeció, pero trató de cubrirse con el pantalón de la vista del desconocido doblándolo de forma exageradamente pulcra para alargar el proceso. Que su pene saliera por el agujero del tanga y que su trasero estuviera descubierto podía ser sexi entre él y Eva, pero ante el hombre se sentía cuanto menos ridículo.

—¿Desea algo más, señora? —le preguntó el camarero.

—Sí. —Ella alargó el brazo para aceptar la copa que le ofrecía, pero no despegó los ojos de Gabriel—. Quédate.

A Gabriel lo recorrió una ola de frío cuando la mole de músculos se colocó al lado del sillón en el que ella estaba sentada y cruzó los brazos para contemplarlo con ojos oscuros. El abultado paquete a la altura de la ingle dejaba más que evidente que estaría dispuesto a intervenir si ella se lo pedía. El calor inundó sus mejillas del mismo modo en que su verga saltó ante la idea. Sobre los labios femeninos apareció una leve sonrisa ladeada cuando sus ojos cayeron sobre su erección.

Bajo el intenso escrutinio de sus espectadores, Gabriel colocó el pantalón sobre el sofá y regresó al centro de la habitación para recibir sus instrucciones.

—De rodillas —le ordenó ella con firmeza—. ¿Hernán?

—¿Sí, señora? —El camarero se inclinó hacia ella.

—Dale a probar el Martini, pero usa protección.

Los dientes blancos del hombre relucieron cuando sonrió.

—Será un placer para mí servirle, señora.

Fascinado y con el corazón latiéndole a mil por hora, Gabriel observó cómo se deshizo de sus pantalones. Cogiendo la cestita llena de preservativos de la mesita de noche, se la enseñó a ella, quien eligió uno de color verde. Tras darse algunas pasadas con la mano, el

camarero se lo colocó antes de situarse al lado del carrito y volcar con cuidado la botella para derramar el líquido blanco sobre su erección y echarse también algo en las manos para restregárselo por el resto de sus genitales.

Indiferente a las gotas que caían sobre el suelo, el hombre se acercó a Gabriel. El olor dulce e incitante inundó su olfato casi al mismo tiempo que su boca comenzó a salivar. Ambos miraron hacia el sillón, desde donde bastó un leve asentimiento por parte de ella para que la verga enfundada en la apretada envoltura de látex verde pujara contra los labios entreabiertos de Gabriel.

—¡No! Poneos de lado. Quiero verlo.

A Gabriel no se le escapó la mirada hambrienta de Eva ni cómo tiraba del vestido para alzarlo, pero no llegó a ver cómo deslizaba sus manos entre sus muslos para acariciarse. Hernán no se anduvo con remilgos y tiró de su cabello para exigirle toda su atención.

No tardó en comprender por qué había elegido ese color tan poco erótico para el preservativo cuando sobre su lengua explotó una sensación de sabores en la que se entremezclaba la incipiente nota dulzona del Martini con la algo más fuerte de la menta. Cerró los ojos con un gemido de placer y se recreó en la amalgama de sabores y el tacto suave pero a la vez duro que invadía su boca.

Con el morbo de saber que Eva se masturbaba viéndolo, se olvidó de Hernán. Su mente viajó a sus recuerdos con Carlos, a la forma exigente en que solía tomarle la boca y el modo en que le excitaba llegar al momento en que Carlos se descontrolaba. Habría dado cualquier cosa por que fuera él quien estuviera allí mientras ella los observaba.

Supo que estaba dejándose llevar por su ansia de devorar a Carlos y hacerle perder el control cuando los dedos de Hernán se agarrotaron en su cabello con un gutural gruñido y su garganta se rebeló ante la inesperada embestida.

—Relaja la garganta y deja que se corra. —El tono de ella estaba teñido de una cierta impaciencia o quizás irritación.

Los pensamientos de Gabriel regresaron a Carlos, a sus lecciones, a la forma en que le exigía que se sometiera y relajara la garganta. Obedeció, disfrutó del dolor que provenía de la fuerte sujeción sobre

su cabello y de la sensación de vulnerabilidad que le suscitaba ser dominado. Entre tanto, trataba de imaginar que era Carlos quien lo embestía, cuyo estómago se ponía rígido a la vez que se doblaba sobre él convulsionando y vaciándose.

Sintió la satisfacción de saber que era el causante del placer de Hernán, así como un estremecimiento en el bajo vientre, pero nada comparado con la angustiada necesidad que solía sentir a manos de su verdadero amo: Carlos.

—Puedes irte —ordenó Eva con frialdad, cortando el momento y devolviendo a Gabriel al presente.

El hombre asintió, pero sus pasos carecían de la firmeza anterior cuando se deshizo del preservativo y recogió sus ropas. Eva y Gabriel no se perdieron de vista mientras el camarero se vestía. Y él no pudo evitar darse cuenta de cómo su cuerpo se endurecía ante la idea de que ahora era el turno de ella de buscar su placer a través de él.

—¿Hay algo más en lo que pueda servirla, señora?

—No, gracias, Hernán.

Gabriel intentó no sonreír orgulloso cuando ella ni siquiera miró hacia el moreno. Le había parecido morbosa la experiencia con Hernán, pero prefería que el deseo de Eva estuviera dirigido a él.

Cuando el suave clic de la puerta anunció que estaban solos, la habitación se quedó tan silenciosa que casi podía oír el fuerte latido de su propio corazón. Ella mojó un dedo en su copa y lo chupó.

—¿Sigues teniendo sed? —le preguntó Eva con un ligero ronroneo. Gabriel tragó saliva y asintió—. No oigo tu respuesta, bebé.

Volvió a asentir.

—Sí, señora.

Ella ladeó la cabeza y frunció los labios antes de soltar la copa, levantarse y tomarse su tiempo para acercarse a él. Gabriel soltó un grito de dolor cuando le tiró de su cabello y lo obligó a echar la cabeza hacia atrás para mirarla.

—¿Señora? —preguntó ella sin soltar el duro agarre.

—¿Sss...? ¿Sí? —Gabriel se mojó los labios.

—Eso, viniendo de ti, suena como un insulto.

—¿A..., ama? —La forzada postura hizo que sus palabras salieran sin aire.

La sujeción sobre su pelo aumentó, haciendo que apenas pudiera tragar de lo estirado que tenía el cuello, y ella se inclinó para acercar los labios a su oído:

—Soy tu ama, que no te quepa la menor duda sobre ello, y pasaremos las próximas horas marcándotelo en mente y cuerpo para que no se te olvide. Pero también soy mucho más que eso. Me perteneces de una forma mucho más íntima, más profunda, y te he otorgado un derecho que ningún desconocido ha tenido jamás, de modo que quiero que no lo olvides. —Le mordisqueó la oreja, provocándole un estremecimiento—. Y ahora ¿cómo vas a llamarme, bebé?

—¿Mami? —jadeó Gabriel cuando volvió a tirarle del pelo y le ladeó la cabeza hacia ella.

—Buen chico —sonrió, y atrapó su labio inferior ente sus dientes solo para soltarlo muy lentamente—. Ahora gatea hasta el sillón, acércalo a la chimenea y luego tiéndete bocabajo sobre la alfombra blanca que hay justo delante.

Mientras obedecía, Gabriel espió por el rabillo del ojo cómo ella colocaba la maleta sobre la cama y la abría. Las ganas de saber qué contenía y el temor a lo que pudiera ser eran casi los mismos. Se tendió bocabajo sobre la alfombra de pelo sintético y, cerrando los ojos, disfrutó de la extraña sensación del felpudo sobre su piel desnuda. Se tensó cuando oyó cómo los tacones se acercaban a él, y su verga se preparó para lo que estaba por venir.

—Las manos a la espalda —le ordenó ella, separándole las piernas con los pies.

Gabriel consiguió reprimir el primer gemido cuando el sedoso charol de sus zapatos le rozó la parte interna de los muslos, pero no consiguió hacerlo con el segundo cuando le acarició sus pelotas con ellos, ni mucho menos el jadeo que se le escapó cuando ella le pisó el trasero y su erección quedó aplastada contra la mullida alfombra.

El frío metal de la cadena con la que había unido sus muñequeras cayó sin consideración sobre su espalda. Se mordió los labios cuando toda su sangre comenzó a concentrarse en su ingle, poniéndolo dolorosamente duro. Todo lo que no había conseguido la mole de músculos de antes estaba consiguiéndolo ella sin apenas tocarlo. Su

boca se había resecado, su verga palpitaba llena de necesidad y la excitación recorría sus venas, ansioso por dejarse poseer por ella.

No necesitó abrir los ojos para percibir cómo ella recorría un círculo a su alrededor, como si quisiera admirar su obra, como si quisiera estudiarlo desde todos los ángulos o quizás como si quisiera comprobar cómo reaccionaría. Se movía como una tigresa decidiendo de qué forma hacerse con su presa.

Finalmente, se sentó.

Nada.

Gabriel esperó, pero no ocurrió nada. Sus músculos le dolían por la tensión. El silencio y la incertidumbre carcomieron su escasa paciencia hasta casi hacerlo rogar porque empezara de una vez, pero no hizo falta. Con la punta de su zapato le alzó la barbilla y lo obligó a mirarla. Tomó un sorbo de su Martini y puso el pie en el suelo frente a él.

—Quítame el zapato.

Le tomó varios segundos darse cuenta de que, a falta de poder usar sus manos, tenía que hacerlo con su rostro y boca. No resultó nada fácil abrir la hebilla que le rodeaba el tobillo con los dientes, pero tras un largo rato en el que ella esperó sin inmutarse lo consiguió. Apartó el zapato como pudo y le besó el empeine del pie.

—El otro. —Ella esperó a que consiguiera quitarle el otro y se dejara caer exhausto al suelo—. ¿Te gustan? —le preguntó, acariciándole la mejilla con su pie.

Gabriel ocultó su sonrisa. ¿Gustarle? ¡Le encantaban sus pies! Eran morbosamente eróticos, delicados, suaves y estilizados.

—Los adoro, mami —le contestó, abriendo los labios para chuparle el empeine y rasparlo con los dientes cuando se los ofreció.

Eva se inclinó sobre él.

—Demuéstrame. —Fue apenas un murmullo, pero su vehemencia dejó claro que era una orden.

Para su sorpresa, Eva colocó una copa de Martini en el suelo antes de incorporarse y echarse hacia atrás en el sillón, mojó los dedos de los pies en el transparente líquido y los acercó hasta sus labios. Él no se lo pensó. Aceptó lo que le ofrecía, lamiendo y chupando los exquisitamente dulces dedos una y otra vez, procurando no perder ni

una gota cada vez que ella volvía a hundirlos en la bebida. Su propio cuerpo vibraba con el suave ronroneo femenino al tiempo que anhelaba que ella le ordenara algo más.

Cuando apenas quedaba contenido suficiente para repetir el proceso, ella cogió la copa y vació los restos de Martini sobre su espalda. Al levantarse, el largo vestido rojo acabó en un pequeño montón en el suelo. Gabriel tragó saliva cuando, de repente, la elegante mujer se mostró ante sus ojos como una encorsetada dominatrix.

Se forzó por no perder detalle de ella y de sus movimientos cuando se encaminó descalza hasta la cama para sacar un pequeño maletín plateado de la maleta. Quería grabar todos y cada uno de sus planos, expresiones y gestos en su memoria para plasmarla sobre el papel. Tenía que dibujarla así. ¡Necesitaba dibujarla así! Estaba dispuesto a rogarle con tal de que posara de esa manera para él, pero eso sería al día siguiente. Por nada del mundo se perdería lo que estaba por venir.

Apretó los glúteos cuando ella se sentó a horcajadas sobre él y la humedad de su tanga le mojó la piel, y se dejó hacer cuando ella le abrió las esposas para colocarle los brazos por encima de la cabeza. Apretó los puños y puso las esposas a prueba cuando volvió a cerrarlas. Había algo extremadamente placentero en la vulnerabilidad de no poder hacer nada y entregarse a los caprichos de otra persona. Gimió. Los músculos de su espalda se contrajeron ante el contacto de su lengua. No había dominación, fuerza ni exigencia en los pausados lametazos con los que recorrió su piel para recoger los diminutos rastros de Martini que usó para trazar un laberinto de caóticos senderos.

Un fluido más aterciopelado y espeso que el anterior cayó sobre su dorso recorriendo su columna vertebral y siguiendo el camino entre sus nalgas. Un suave olor a vainilla y canela inundó la estancia, y manos cálidas le arrancaron un suspiro al esparcir el aceite con largas caricias, masajeando sus músculos y no dudando en incluir su trasero en el recorrido. El suspiro se convirtió en un jadeo cuando las palmas fueron sustituidas por pechos desnudos que se aplastaban y frotaban contra él, recorriéndolo de arriba abajo.

Las sensaciones inundaron su mente evaporando cualquier pensamiento racional. Labios tiernos, dientes exigentes, una lengua juguetona, pezones que trazaban dibujos sobre su piel, pechos que se deslizaban sobre él apenas separados por una delicada capa de aceite, dedos que se enredaban en su cabello y tiraban de él, jadeos, gemidos, olores que se entremezclaban con el del deseo, gritos, gemidos y jadeos...

Y entonces..., ella separó sus nalgas.

El juguete era tan estrecho y estaba tan resbaladizo que lo penetró con facilidad, haciendo que ella soltara un satisfecho ronroneo. No tuvo tiempo de echar de menos ese punto de dolor del que solía disfrutar durante los primeros momentos porque de inmediato comenzó una delicada vibración mientras ella lo penetraba con un relajado vaivén. Su esfínter se contrajo alrededor del intruso, sus caderas comenzaron a moverse por voluntad propia, buscando el roce de su erección contra el suave felpudo, y sus dedos se agarrotaron entre el pelo de la alfombra.

Una cálida mano embadurnada en aceite recorrió de forma experta su escroto, acariciándolo, masajeándolo y volviéndolo loco. El nudo de placer creció y se densificó anunciando su inminente estallido. El ritmo de sus caderas se incrementó y Gabriel apretó los ojos, preparándose para correrse. Sollozó cuando los diestros dedos aprovecharon uno de sus movimientos para introducirse bajo su pelvis y rodearon su erección con decisión. ¡Joder, ya venía! Iba a correrse e iba a hacerlo con una fuerza que...

—No pensarías de verdad que iba a dejar que te corrieras tan pronto, ¿verdad, bebé?

La deliciosa vibración, el juguete..., todo desapareció, excepto una firme sujeción justo debajo del glande que le cortó la posibilidad de un orgasmo, dejando atrás solo frustración e impotencia. Gabriel se sintió más desnudo y expuesto de lo que lo había estado durante toda la noche cuando ella se levantó.

—Gírate.

Eva lo empujó con el pie para que se diera la vuelta y cogió una de las velas rojas situadas sobre la chimenea. Con la vela en una mano y la botellita de aceite aromático en la otra, comenzó a andar a su

alrededor dejando caer finos hilos del ambarino líquido sobre su estómago. Fascinado, él siguió su paseo. Era extraordinariamente bella cuando tenía aquella expresión perversa en sus ojos. Sus pezones sobresalían erectos y duros por encima del apretado corsé, y era difícil no fijarse en el suave brillo entre sus muslos que delataba su excitación. Si le hubieran dicho que era una hechicera y él su ofrenda a los dioses, se lo habría creído a pies juntillas y se habría ofrecido voluntario para sus sacrificios.

Su fascinación no disminuyó cuando, en vez de la botellita de cristal, lo que volcó sobre él fue la vela, pero no fue consciente de lo que eso suponía hasta que la cera caliente entró en contacto con su piel, haciéndolo jadear por la quemazón. El siguiente chorro de aceite resultó un alivio que duró poco cuando ella alternó caprichosamente entre uno y otro. Sobre su cuerpo fueron perfilándose extraños dibujos, trazos cubiertos por un brillo dorado que contrastaban contra los goterones rojizos que se esparcían sobre su estómago, pecho, brazos y muslos; del mismo modo en que la calmante sensación del aceite contrastaba con la dolorosa expectación de la ardiente cera.

De vez en cuando, ella usaba sus pies para esparcir el aceite entre los dibujos rojos y acababa por llevarlo hasta sus genitales para embadurnarlos también. A veces también le permitía chuparle los dedos o volvía a mojar sus labios con Martini, aliviando algo de la sequedad que provocaban sus gritos y jadeos.

Cuando fue hasta su maletín y se puso unos largos guantes de piel, él esperó sin aliento para comprobar cuál sería el próximo juguete que elegiría. Suspiró aliviado cuando vio el extraño vibrador negro y se excitó cuando ella lo usó para masturbarse, aunque el consuelo le duró poco cuando, tras dejarlo resbaladizo y brillante, lo usó con él dejándolo vibrar en su interior para ir a por más cosas con las que torturarlo.

Regresó con una extraña fusta que en un cabo tenía una bola de sedosas plumas y en el otro una pequeña paleta. Retomó el caprichoso paseo a su alrededor, usando pequeños golpes de la paleta para que separara las piernas y encogiera los músculos, mientras con la bola de plumas le arrancaba largos gemidos al pasarla por su escroto. Para cuando se quitó el tanga y se sentó

sobre su rostro, mirando hacia sus pies, Gabriel estaba más que agradecido de poder humedecer su reseca lengua entre los mojados pliegues.

El tiempo pareció detenerse cuando alcanzó su clítoris con la lengua y Eva soltó un largo gemido, dejando de moverse sobre él, pero se recuperó demasiado pronto, obligándolo a hacer un esfuerzo por concentrarse cuando las exigentes caricias de la fusta lo distrajeron de su labor de satisfacerla. Gabriel intentó descubrir qué movimientos de su lengua la hacían gemir más, qué zona era la más sensible y cuál era la mejor presión en cada punto. Si hubiera podido elegir en aquel momento, no habría sabido si se hubiera decidido por atender a su hambrienta verga, que pulsaba desesperada y solitaria rogando por atención, o por la satisfacción de saber que, aun sin manos, era capaz de hacerla temblar.

Un estremecimiento de placer lo recorrió cuando ella soltó la fusta para agarrarlo por el cabello y apoyó la otra mano sobre su pecho para montarlo como una amazona en pleno éxtasis de la batalla. Su rostro se cubrió de humedad, las uñas de ella se clavaban en su piel sin consideración y sus pelotas dolían por la necesidad de vaciarse. La habitación se llenó de un grito ronco en el mismo instante en que un chorro de caliente líquido salpicó su cara. Lejos de alejarse, siguió chupándola, deseando que no parara.

Cerró los ojos, feliz, cuando se dejó caer exhausta sobre él.

—¿Todo bien por ahí detrás? —murmuró Eva sin aliento.

Gabriel rio. Mejor que bien. Mucho, mucho mejor.

—Sí, mami.

—Genial, porque ahora es tu turno, bebé, y hoy estoy de antojos.

Le llevó un rato darse cuenta de que ella no pensaba montarlo y que iba a correrse así mismo: desnudo, inmóvil y ni un segundo antes o después de lo que ella quisiera. Una extraña sensación de calma lo inundó ante aquella idea. Sus ojos se encontraron. Los de ella, llenos de seguridad y decisión, no lo perdieron de vista cuando sus dedos se deslizaron con destreza sobre su erección y el vibrador seguía haciendo su trabajo.

—¿Vas a correrte para mí, bebé? —le preguntó Eva, frunciendo sus labios de forma seductora. Incapaz de contestar, Gabriel asintió—.

Entonces, hazlo ¡ahora!

Como si la vibración de su voz ronca tuviera más dominio sobre su erección que él mismo, goterones blancos comenzaron a salpicar sus pechos descubiertos, y siguieron saliendo cuando, en vez de conformarse con exprimirlo y parar, se dedicó a acariciarle el escroto. Cuando por fin creyó haberse quedado vacío, fueron la mirada y la sonrisa de ella las que lo advirtieron de que eso no entraba en sus planes.

—Sigo queriendo más. —Sonrió con malicia antes de bajar la cabeza.

Gabriel se retorció y trató de apartarse desesperado cuando lo tomó en su boca. La succión sobre su sensibilizada verga lo llevó a un placer tan cercano al dolor que se sintió incapaz de soportarlo, pero Eva no le permitió escaparse, ni tampoco ninguna otra alternativa que correrse cuando subió la potencia del vibrador y acarició sus huevos con sus manos enfundadas en los guantes de cuero, que llevaban la sensación a un nivel totalmente diferente. La habitación se inundó con sus gritos y sollozos, pero le dio igual. No existía nada más allá del doloroso placer cuando volvió a correrse entre los labios de Eva.

En apariencia satisfecha por haberse salido con la suya, gateó sobre él para besarlo en los labios antes de quitarle la cadena que unía sus muñequeras. Se tendió a su lado, con la cabeza apoyada en su brazo, y lo miró.

—Límpiame —le ordenó, ofreciéndole sus pechos cubiertos de semen—. Y no te dejes un milímetro de piel atrás.



Eva no supo muy bien qué la desveló. Le tomó algo de tiempo reconocer la extraña habitación y parpadeó al ver la luz del cuarto de baño encendida. Se giró, pensando encontrarse el otro lado de la cama vacía, pero se equivocó. Gabriel estaba observándola, con la cabeza apoyada en su mano.

—Necesito confesarte una cosa —murmuró.

—¿Sí? —le preguntó, aún ronca por su última sesión.

—Cierra los ojos. Será más fácil si no estás mirándome. —Esperó a que ella obedeciera—. Sé que piensas que aún soy un niño y que nos separa un océano lleno de años y prejuicios, y que algo entre tú y yo nunca cuajaría, pero necesito que sepas lo que siento y pienso al respecto. —Ella requirió de toda su fuerza de voluntad para no abrir los párpados y estudiar su expresión—. Podría dejarte caer un «te quiero» como quien no quiere la cosa y como si no importara, para que pudieras fingir que no lo has escuchado, pero te mentiría si te dijera que te quiero. Esas dos palabras no comprenden ni de lejos lo que siento por ti. —Ella abrió los ojos, incapaz de mantenerlos cerrados—. Eres la persona que me llena y me hace sentirme calmado, la que consigue que, aun en los peores momentos, sea consciente de que habrá un mañana y la que me hace confiar en mí mismo. Eres la mujer por la que lo daría todo, a la que quiero dar todo con tal de verla sonreír. No me importan tu edad ni tus dudas. No te merezco. Sé que no estoy a tu altura y que no es solo por mi edad, pero eso no significa que no pueda amarte y ofrecerte lo poco que tengo durante el tiempo que quieras tenerme en tu vida.

—Bebé... —El nudo en su garganta no la dejó hablar. Alzó la mano para acariciarle la mejilla, indiferente a las lágrimas que resbalaban por la suya.

—Déjame amarte, mami.

—Yo... —Sus ojos comenzaron a escocer. ¿Cómo podía contarle que acababa de decirle las palabras más hermosas que un hombre le había dicho jamás cuando la realidad era que estaba traicionándolo, que deseaba que fueran ciertas pero que sabía que relaciones como

las tuyas eran imposibles y que ya tenía ese tipo de relación con Carlos?

Gabriel se colocó sobre ella y se deslizó entre sus piernas, buscando un sitio en su interior antes de besarla con delicadeza y ternura.

—No importa lo que digas. No cambiaré lo que siento por ti — murmuró contra sus labios.

—¿Y Carlos?

Él se puso rígido sobre ella y alzó la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Podrás perdonarme que lo ame tanto como a ti?

«¿Cómo podría no hacerlo cuando siento lo mismo por vosotros?».

Lo rodeó con brazos y piernas y lo besó. Sus labios sabían salados, al igual que las lágrimas que ambos fueron derramando en silencio mientras hicieron el amor de forma dulce y desesperada. Era extraño sentir tanto amor y dolor al mismo tiempo. Sin embargo, eso fue también lo que los hizo sentirse completos.

Siguieron abrazados mucho tiempo después de que hubieran alcanzado juntos el orgasmo. Aun permaneciendo en su interior y con la cabeza sobre su hombro, Eva sintió su creciente tensión.

—¿Qué ocurre? —le preguntó cuando él se apartó de ella y se quedó estudiando los dibujos del Kamasutra estampados en el techo de la cama.

—Necesito hablar con Carlos.

Ella se puso rígida.

—¿Pero? —le preguntó, presintiendo que no le había dicho lo que de verdad le preocupaba.

—Sé que quiero estar con él y que quiero hacerle entender que no es necesario que se aleje de nosotros, pero al mismo tiempo...

—¿Sí? —lo animó a seguir mientras se planteaba cómo explicarle que, en la vida real, los finales felices no siempre eran lo que uno se esperaba.

—Disfruto cuando me someto en la cama, pero contigo me he dado cuenta de que quiero algo más que ser un simple esclavo sexual. Quiero hacer el amor, quiero seducir y ser seducido, quiero practicar también otros tipos de juegos..., y quiero ser yo cuando no sea así.

Ella le acarició la mejilla con ternura.

—¿Y?

—No sé si Carlos será capaz de aceptarlo. Me dejó muy claro que era un dominante, que el BDSM formaba parte de su vida y que no estaba dispuesto a renunciar a él.

Sin poder evitarlo, ella rio divertida. Gabriel alzó confundido la cabeza para mirarla.

—¿Y nunca te ha contado cuánto disfruta cuando soy yo la que lo somete a él? —Los ojos de Gabriel se abrieron tanto que parecía uno de esos dibujos animados japoneses que echaban por las tardes en la tele—. Carlos intentó asustarte. Es una persona sexualmente sana que disfruta con los juegos y toda clase de perversiones, pero sus gustos no se limitan al BDSM, y desde luego sabe que el sexo es el sexo, pero que cada persona necesita su espacio y la libertad de ser quien es.

—¿Quieres decir que yo podría dominarlo y que lo disfrutaría?

—¿Lo disfrutarías tú, bebé? —le preguntó, sabiendo lo poco probable que sería que lo hiciera.

Gabriel se mordió indeciso los labios.

—No lo sé. Disfrutaría dominándote a ti, pero no sé si a él. —Su expresión mostró su duda al respecto.

—Lo cierto es que no creo que ni Carlos ni yo seamos capaces de dejarnos dominar por ti, bebé. Nos rebelaríamos porque conocemos tu tendencia sumisa —admitió ella.

—¿Y si quien lo domina eres tú y yo te ayudo?

Eva contempló el techo y consideró esa posibilidad.

—Dudo mucho que Carlos se resistiera a nosotros —sentenció.

Soltó un suspiro ante el peso que sentía en su pecho, y por primera vez se admitió a sí misma que sería incapaz de dejar a Gabriel. La única forma de hacerlo sería si él se iba porque se hubiera enamorado de otra persona, y lo mismo le ocurría con Carlos. Estaban en un callejón sin salida. Iban a sufrir sí o sí. De hecho, ya estaban haciéndolo. Nada más había que fijarse en las ojeras y el peso que había perdido Carlos, y Gabriel solo se salvaba porque ella estaba detrás de él cuidando de que no se saltara las comidas. ¿Qué tenían que perder por intentarlo? No se veía bailando al amanecer con sus hombres, pero al menos disfrutarían de su sexualidad. Si se

producía una ruptura en el futuro..., nadie les quitaría lo que habían vivido.

«¿Y si son ellos los que acaban pensando que eres tú la que sobra en su relación?». Desterró ese pensamiento de inmediato. Si era eso lo que tenía que ocurrir, que así fuera. Los amaba, y quería que fueran felices. La destrozaría, sí, pero... se enfrentaría a ello cuando ocurriera. Ahora solo le faltaba descubrir de qué forma hacer que los tres pudieran estar juntos sin que Gabriel se sintiera herido por descubrir que ella y Carlos ya lo estaban a sus espaldas. *Y también comprobar que sois compatibles estando los tres juntos sin que se convierta enseguida en un compromiso del que ya no podáis echaros atrás*, la advirtió una vocecita racional en su mente.

—¿Te ocurre algo? —Gabriel la contempló preocupado—. No has dejado de suspirar.

Eva inspiró con fuerza y, en vez de contestar, se levantó de la cama, indiferente a su desnudez.

—¿Qué tal si le hacemos un regalo? —le propuso desde el centro de la habitación.

—¿A quién? ¿A Carlos?

—Ajá —le sonrió ella traviesa.

—¿Como qué? —Gabriel se incorporó en la cama.

—¿No te has llegado a preguntar por qué te he traído a un club de BDSM solo para quedarnos en una habitación tan sosa como lo es esta en apariencia? —Ella arqueó una ceja, pero no esperó a que él respondiera—. Ayer no acabamos de sacarle provecho del todo —le informó, dirigiéndose al enorme cuadro sobre la chimenea para empujarlo hacia la derecha y dejar al descubierto una completa colección de fustas y paletas.

—¡Guau! —Gabriel tragó saliva y se acercó para inspeccionarla.

—Y esto no es todo.

Fue hacia la pared de enfrente y pulsó lo que parecía un interruptor de luz. La pared entera se desplazó para dejar al descubierto una cruz de San Andrés y más fustas.

—Joder, esta habitación parece sacada de una película de terror —murmuró él—. ¿Queda algo más por descubrir?

Ella rio.

—En realidad, lo único importante son las cámaras que hay detrás de los espejos, aunque cualquier cosa que puedas conseguir en un *sex-shop*, también puedes pedirlo llamando a la recepción. Ellos te lo traen y lo cargan a tu cuenta.

—¿Cámaras? —La mandíbula de Gabriel parecía haberse desencajado.

Acercándose al televisor, Eva cogió el mando y lo encendió. Tras pulsar uno de los botones, la pantalla se llenó de imágenes.

—¡Somos nosotros! —Él se giró para moverse por la habitación mientras no perdía de vista la pantalla.

—Creo que están tras los espejos y alguna está camuflada en una lámpara.

Él no se quedó tranquilo hasta que encontró el sitio en el que estaban escondidas.

—¿Puede vernos alguien?

—No. Las cámaras están conectadas solo con el equipo que hay en esta habitación. Al terminar, el cliente se lleva la tarjeta de memoria en la que se ha grabado todo, siempre que haya requerido ese servicio. De hecho, esas cámaras no estaban ni siquiera encendidas hasta que lo he puesto a grabar con el mando.

Gabriel se dejó caer en uno de los sillones.

—Guau. Todo esto parece sacado de una película.

—Tsk... ¿De verdad pensaste que pagaría un pastón solo por una habitación de hotel normal y corriente? —Cabeceó, fingiendo decepción, aunque él no se dejó engañar y sonrió.

—Lo admito. Ayer me sentí confundido.

—Bueno, no quería asustarte demasiado pronto —le confesó ella con un guiño.

—¿Y el regalo de Carlos entonces cuál sería? ¿Llamarlo para que venga aquí?

—No. Algo mucho mejor —dijo ella, sentándose en el otro sillón y cruzando las piernas—. Vamos a grabarle un vídeo y vamos a hacérselo llegar.



Incapaz de seguir aguantando, Carlos tocó el botón del interfono.

—Cynthia, no quiero que me moleste nadie durante la próxima media hora —avisó a su secretaria antes de subir el volumen del vídeo y echarse hacia atrás en el sillón.

Se abrió el pantalón cuando en la oficina resonó el contacto de la paleta contra el trasero de Gabriel seguido por su gemido. En la pantalla podía advertir cómo sobre la piel blanca aparecía una huella sonrosada. Observándolo, no supo qué lo excitaba más, si ser testigo de cómo Gabriel sufría y se entregaba a la mezcla de placer y dolor o contemplar a Eva más sexi que nunca en su atuendo de Dómina mientras alternaba la seducción suave y sensual con los castigos más perversos.

Jamás había esperado presenciar una escena como aquella entre los dos, y desde luego no era lo que había hablado con Eva sobre introducir al chico en una relación vainilla, pero analizaría ese hecho al día siguiente. Ella debía tener sus motivos para haber introducido el BDSM en su relación, y cuando hablaran, la interrogaría sobre ello. Pero, de momento, estaba viendo una fantasía hecha realidad y pensaba disfrutarla.

Cuando la vio lamiendo la zona maltratada y acto seguido usar la paleta en la otra nalga, Carlos liberó su erección y comenzó a tocarse. Sus gruñidos se convirtieron en un eco de los de Gabriel a medida que la escena se desarrollaba ante él y se sentía más y más dividido entre imaginarse que era quien estaba atado a la cruz o quien estaba al cargo.

Cuando ante la puerta del despacho se oyó una discusión, bajó con rapidez el volumen. Consiguió arrimarse al escritorio justo a tiempo de que la puerta se abriera de un portazo y Eva entrara decidida seguida por una alterada secretaria y Gabriel.

—La avisé de que estaba ocupado, señor, pero no me ha echado cuenta —se quejó Cynthia con un puchero que resultaba ridículo, dadas las circunstancias.

El corazón de Carlos dejó de latir para acto seguido dar un salto de

alegría. Eva, por el contrario, arqueó una ceja para mirar a Cynthia.

—Está bien, no te preocupes. ¿Puedes cerrar la puerta al salir? —le pidió a la chica, deseando que se largara.

Ella lo observó confundida, luego alzó la cabeza como si la hubiera ofendido y se largó con aires de reina. Cuando Gabriel y Eva se quedaron contemplando el modo en que la chica contoneaba su trasero al salir, Carlos aprovechó su distracción para guardarse apresurado su erección en los bóxers.

En cuanto la puerta se cerró tras ella, Eva y Gabriel intercambiaron una extraña mirada antes de girarse hacia él.

—Esta es nueva. ¿Qué le ha pasado a la agradable señora Antonia? —quiso saber ella, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Se ha jubilado —le aclaró Carlos.

—Ya veo. Y has aprovechado la oportunidad para elegir a una secretaria con mejores atributos y cualidades, me imagino.

—No estoy acostándome con ella ni lo he intentado, si es eso lo que insinúas —gruñó Carlos, sintiéndose indefenso ante sus suposiciones del todo injustas—. Es la hija de un amigo y me he visto en el compromiso de aceptarla.

—Y entonces, ¿por qué has puesto esa cara de culpabilidad?

«¡Maldita sea! ¿Es que a esta mujer no se le escapa nada?».

—Porque imagino que debería confesarte que, a pesar de no haber hecho nada, las oportunidades no me han faltado. Además, ella habría estado más que dispuesta a complacer mis caprichos. —Decidió que no iba a empezar mintiendo.

Gabriel se movió inquieto al lado de Eva, pero no abrió la boca.

—¿Un bombón como ese se te ha insinuado y tú no has hecho nada? —Eva parecía sorprendida.

—Aunque te parezca mentira, no me dedico a follar con todo lo que se menea.

—¿Desde cuándo?

«Desde que me he dado cuenta de que vosotros sois lo más importante que tengo en mi vida y que estoy perdiéndoos».

—Desde que no quiero hacerlo —respondió Carlos, arrepintiéndose de su brusquedad en el mismo instante en que soltó su respuesta.

—Está haciendo justo lo que dijiste que haría —murmuró Gabriel.

—Lo sé, bebé —respondió ella.

«¿Bebé?». Una sensación extraña se extendió por su estómago. Así era como siempre lo había llamado a él. Jamás la había oído usarlo con otros hombres.

—¿Qué se supone que es lo que estoy haciendo? —les preguntó, mirando confundido de uno a otro.

Eva echó el cerrojo de la puerta y se sentó en el sofá.

—Ponerte a la defensiva.

Carlos fue a protestar, pero la conocía. Prefería admitirlo a enfrentarse a esa mirada de «¿A quién pretendes engañar?» que solía hacerlo sentir como un crío.

—Hemos venido a comprobar qué te parece nuestro regalo y porque creemos que es hora de que hablemos —cambió ella de tema, cruzándose de piernas.

A Carlos se le secó la boca al ver cómo el vestido se le subía casi hasta el inicio de los muslos.

—¿No hemos hablado ya todo lo que había que hablar?

Carlos frunció el ceño al estudiarla, tratando de no fijarse en la blonda de encaje que indicaba que llevaba medias de liga. ¿Qué pretendía? Pensaba que ya habían dejado claro que los quería a ambos pero que renunciaba a Gabriel a cambio de seguir con ella. Después de las conversaciones que había tenido con ella, y más después del vídeo que le había enviado, pensó que se llevaba bien con el chico. ¿Por qué pretendía hurgar en las heridas?

Al echar un vistazo a Gabriel, este apartó la mirada.

—¿Te asusta hablar con los dos a la vez? —La voz femenina estaba llena de burla.

«Sí, maldita sea». Intentó encontrar una excusa, algo que decir, pero su cerebro parecía haberse puesto en huelga. Finalmente, apoyó los codos sobre el escritorio pasándose las manos por el rostro.

—Gabriel, siéntate —le ordenó Carlos. No sabía cómo afrontar una conversación en la que era imposible no ofender a uno u a otra mostrándose como la mierda de tío que era.

—¿Te ha llegado nuestro regalo? —Eva se colocó un mechón de cabello tras la oreja.

—Sí, el mensajero... —sus pensamientos se detuvieron cuando Gabriel se arrodilló frente a ella en vez de sentarse en el sofá— lo ha traído hace apenas una hora.

—¿Y qué te ha parecido?

¿Esa pregunta tenía trampa? Había pensado que Eva se lo había enviado porque le había confesado que le excitaba la idea de verlos juntos, no porque quisiera usarlo como tema para hablar en presencia de Gabriel. ¿Él había sido consciente de que ella había grabado ese vídeo?

—Pues lo cierto es que me parece... interesante.

Su duda, se resolvió en el instante en que ella abrió sus piernas y asomó parte del encaje negro y azul de su ropa interior. Acto seguido, la cabeza de Gabriel desapareció bajo la escueta falda. Pues sí, parecía que Gabriel estaba más que dispuesto a demostrarle que existía vida sexual más allá de él. ¿O era algún tipo de prueba al que ella estaba sometiéndolo para que le demostrara que ella ahora era su nueva ama?

—¿Solo interesante? —insistió ella, echando la cabeza hacia atrás y abriendo más las piernas.

Carlos se abrió la corbata y los dos primeros botones de la camisa. ¿Qué demonios significaba aquello? El rubor sobre el escote de Eva y el brillo en sus ojos eran demasiado reales como para que fueran fingidos. Le habría gustado comentar algo inteligente y ambiguo que no lo comprometiera a nada ni lo metiera en algún lío, pero cuando ella se arqueó hacia atrás, apretando la cabeza de Gabriel contra su sexo con ambas manos, toda su lógica pareció concentrarse en su ingle.

—Sigue. Eso no puede ser lo único que tengas que contarnos al respecto, ¿verdad? —Ella soltó un largo jadeo en cuanto terminó de hablar.

—¿Cómo lo calificarías tú?

Eva arqueó una ceja.

—¿Como morbosamente excitante y perverso?

Eso era justo lo que le había parecido a él, pero no era algo que hubiera dicho delante de Gabriel. «¡Está haciéndolo a propósito! No hay otra explicación».

—¿Estás tratando de vengarte de mí usando a Gabriel?

—Pensé que querías que los dos nos lleváramos bien —le contestó ella, arqueando una ceja.

—Sí, pero... —Se detuvo justo a tiempo.

No podía arriesgarse a que Gabriel descubriera que habían hablado de él y que incluso le había dado permiso a ella para que se acostaran juntos.

—¿Pero?

—¡Maldita sea! Lo sabes perfectamente. ¿A qué estás jugando? — Carlos le dio un golpe al escritorio y se levantó alterado para dirigirse a la ventana.

—Vaya, vaya, vaya... Parece que hemos interrumpido a alguien viendo el vídeo —sonrió ella divertida.

Gabriel sacó la cabeza de debajo de la falda y lo contempló por encima del hombro. Con la barbilla y los labios brillantes, le dedicó una amplia sonrisa.

—Y parece que estaba gustándole, ¿no? —rio por lo bajo.

Molesto, Carlos se subió la cremallera y se pasó una mano por el cabello.

—¿Habéis venido aquí para reiros de mí?

—No. —Eva tiró de la melena de Gabriel para besarlo.

—¿A qué estáis jugando? —La escena le parecía cada vez más surrealista. ¿No estaría soñando?

Ella se levantó, se abrió la cremallera del vestido y dejó que se deslizara hasta el suelo, quedándose en un deliciosamente apretado corsé, unos zapatos de tacones y unas medias de liga.

—¿Tú crees que estoy jugando?

Cuando Eva llegó hasta él, lo llevó a la silla y lo empujó para que se sentara. Carlos dejó de respirar cuando se inclinó sobre él y deshizo su corbata, tirándola después sobre el escritorio.

—¿A qué habéis venido entonces?

—A sacarte la verdad sobre lo que sientes y sobre lo que quieres. — Ella le abrió los botones de la camisa y se la pasó por los hombros con un movimiento brusco.

—¿Qué verdad? —le preguntó Carlos sin aliento.

—Eso es algo de deberías decidir tú, ¿no crees? —Ella cogió en el

aire el cinturón que le lanzó Gabriel y, girando su silla, dejó a Carlos mirando hacia la pared de cristales.

Él sabía que debería haber puesto punto final en ese preciso instante, pero se sintió demasiado débil para negarse a los juegos de Eva. No sabía qué podía perder ni qué estaba jugándose, pero estaba demasiado fascinado para pararlo.

Ella le pasó el cinturón por el pecho y lo cerró en el respaldo de la silla, dejándolo aprisionado. Algunas piezas del puzle comenzaron a encajar. Eva había elegido la oficina a propósito, y había venido preparada para lo que iba a ocurrir. Un cinturón de Gabriel jamás habría podido rodear su pecho y el sillón, ni siquiera uno de los suyos propios habría sido tan largo.

Para cuando volvió a girarlo, Gabriel ya estaba esperándolo desnudo. Carlos podía sentir el ritmo frenético al que su sangre le recorría las venas. Descubrir la orgullosa erección del chico saludándolo hizo que la suya se endureciera en respuesta.

Fue el turno de Gabriel de inclinarse sobre él, abrirle los pantalones y tirar de ellos para bajárselos. Carlos le agradeció en silencio que le salvaguardara parte de su dignidad quitándole los zapatos y deshaciéndose de sus pantalones y ropa interior por completo. Odiaba follar cuando la ropa le colgaba por los tobillos. Le hacía recordar esos vídeos de porno aficionado en los que grababan a cualquier desgraciado infiel follándose a una prostituta por los polígonos industriales.

Eva se acercó a Gabriel para cogerle la cara y besarlo. El chico no tardó en responder pegándose contra ella con un gemido y sujetándola por las nalgas para apretarla contra su cuerpo. Carlos cerró los párpados por un segundo, imaginándose su propia verga atrapada contra el tierno vientre femenino. Tragó saliva y abrió los ojos. Por muy poco sentido que tuviera aquella situación, no quería perderse nada de lo que estaba ocurriendo.

Más que la forma en que ambos cuerpos se rozaban, lo que realmente hizo que su polla pulsara llena de dolorosa desesperación fue la palpable pasión entre ambos. ¿También lo besarían así cuando se acercasen a él? Ojalá fuera así.

Cuando se separaron, ambos lo contemplaron con labios húmedos

e hinchados.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó ella.

—Sabes que sí —le respondió Carlos tan ronco que su garganta parecía papel de lija—. Pero me gustaría conocer las reglas del juego si las hay.

Ella le sonrió con dulzura mientras tiraba a Gabriel del cabello para que arqueara el cuello hacia atrás y su otra mano descendía por el firme estómago hasta rodear la verga del chico y ordeñarle algunas gotitas de brillante líquido preseminal.

—Mmm... Veo que no has olvidado mi gusto por los juegos y sus reglas —lo provocó ella con un guiño—. Aquí va la única regla que existe: Gabriel y yo vamos a hacer el amor, así que de ti depende que consigas ser uno de nosotros y que te permitamos correrte. Tu tiempo y tu oportunidad se acaban cuando nosotros acabemos.

—¿Qué? ¿Qué clase de regla es esa? —Carlos trató de soltarse mientras los miraba incrédulo.

¿Estaban tomándole el pelo? Por un segundo creyó notar una chispa de vulnerabilidad en sus ojos, pero desapareció antes de que pudiera estar seguro.

—Es la única que hay.

—Pero ¿cómo quieres que me convierta en uno de vosotros si me tienes atado a la silla?

—Con tus palabras, con tu verdad.

«¿Mi verdad? ¿Cuál es mi verdad?».

Impotente, presenció cómo ella se sujetó a Gabriel cuando este se inclinó para atraparle un pezón entre los labios. Hacían una pareja fantástica; ella tan voluptuosa, con sus curvas y su larga cabellera oscura, y él tan guapo, con esa frescura juvenil que lo caracterizaba. Ella le recordaba a la tentación, a las perversiones más oscuras y prohibidas, en tanto que Gabriel era la personificación del morbo, de la inocencia y la pasión sin censuras.

—No sé cuál es la verdad que me pedís —admitió Carlos, apoyando derrotado la cabeza en su sillón—. A estas alturas, ambos ya deberíais saber que siempre os doy todo lo que está en mis manos. —Rio con amargura—. ¿No es curioso? Esta era una de mis fantasías, la de veros juntos. Resulta irónico que cuando se cumple

no sea más que un mero espectador, pero lo cierto es que jamás habría soñado que ocurriría de verdad. Dudo mucho que alguna vez pueda olvidar la imagen tan sensual y erótica de ambos juntos.

Eva alzó una ceja al mirarlo y Gabriel entornó los ojos.

—¿En serio que esa es tu tentativa de lograr ser uno de nosotros? Es patética, solo para que lo sepas.

—Pero es la verdad. Al menos la mía.

«¡No puedo decirte lo que quieres que diga si no me explicas lo que es!».

—Dime una cosa, Carlos. —Eva parecía triste—. ¿Conoces la diferencia entre hacer el amor y follar?

Carlos frunció el ceño.

—Claro que la sé.

«Es lo que he hecho desde que os conozco a ti y a Gabriel».

Los ojos de Carlos se detuvieron en los labios del chico, quien gesticuló de forma exagerada antes de devolver de nuevo su atención a los pechos de Eva. ¿Acaba de decirle «amor»? ¿Qué significaba «amor»? Maldita sea, iba a volverlo loco con ese estúpido acertijo.

«Cálmate y piensa. Todo lo que hace Eva tiene un sentido, aun cuando no parece que lo tenga. La clave es “amor”, “hacer el amor”, y quieren que hable». Se obligó a pensar en lo poco que tenía en vez de contemplar cómo ella acababa de ponerse de rodillas ante Gabriel. «¿Lo que quieren es que les haga el amor con palabras? No follar, no sexo por sexo, sino “el amor”. ¿Es eso?». No tenía claro si su conclusión era una solemne idiotez, pero ¿qué perdía intentándolo? No le importaba no correrse, pero sí que se sintieran decepcionados con él.

Cerró los ojos. Confesar lo que sentía o pensaba nunca había sido fácil para él.

—Os he echado de menos. A los dos. Sé que es lo más egoísta que podría decir en este momento, pero, creedme, estas últimas semanas han sido... —Tragó saliva y cabeceó. Contarles que apenas había dormido, que se pasaba las tardes tirado en el sofá sin hacer otra cosa que pensar en ellos o que aquella mañana había tenido que hacerle un nuevo agujero a su cinturón porque la ropa estaba empezando a quedársele holgada no era hacer el amor. Sonaba a

victimismo y a ser patético—. No sabía que los dos habíais acabado por llevaros tan bien, pero me alegra. —Tragó nuevamente saliva cuando de repente comprendió lo que podía implicar—. Aunque eso conlleve que yo os haya perdido.

Abrió los ojos cuando algo cayó al suelo. Descubrió sorprendido que Eva estaba tendida sobre el escritorio, masturbándose con las piernas abiertas hacia él, mientras Gabriel permanecía al otro lado hundiéndose entre los suaves labios femeninos. ¿Eso significaba que lo que estaba haciendo funcionaba?

Esta vez mantuvo los ojos bien abiertos cuando siguió hablando:

—Me encantaba despertarme con Gabriel en mi cama. Tengo que confesar que hacía que me sintiera muy viril y atractivo el que se pasara el día con esa sempiterna erección que portaba a todos lados o que siempre estuviera dispuesto para lo que quisiera echarle. Aunque lo que de verdad me hacía sentirme bien era el calor de su cuerpo, esa sonrisa de felicidad que tiene con el más mínimo gesto o detalle y su confianza ciega, que me hacía verme como un héroe de cómic.

Su mirada se cruzó con la de Gabriel, cuyas caderas habían ralentizado el ritmo. «Te amo, chico lindo. ¿Lo dudabas?».

—Pero, por muy bien que me hiciera sentirme y por muy feliz que me hiciera, no ha cambiado lo que siento por ti, Eva. —Carlos suspiró cuando ella posó el pie sobre su pierna y lo deslizó sobre su muslo. Le habría gustado cogerlo y besarlo, pero el cinturón lo mantenía inmóvil en el sillón—. Eres la primera que conseguí que hiciera planes más allá de mi carrera profesional. —Carlos se empujó con los pies hacia el escritorio para que pudiera alcanzarlo y gimió de placer cuando lo hizo—. Eres también la primera que me ha permitido mostrarme como soy, con todos mis defectos y mis virtudes. Cielo, ¿me subes el pie para que pueda besarlo?

Ella estiró el pie y Carlos atrapó su dedo gordo entre sus dientes para mordisquearlo, haciendo que soltara un largo jadeo alrededor de la verga de Gabriel, quien echó la cabeza hacia atrás con un gemido.

—Me hiciste darme cuenta de que el verdadero placer no estaba en follar, sino en sentir el calor de tu piel contra la mía, en fundirme

contigo y conseguir que cuando cayeras en mis brazos exhausta y sin aliento me sonrieras mientras podía sentir el latir de tu corazón.

Eva se apoyó sobre sus codos para mirarlo.

—¿Lo dices en serio?

—Ya me conoces. No soy muy dado a decir esas cosas, pero cuando las digo son de verdad. Lo que no sé es si he sido capaz de expresaros que, aunque os veo de forma diferente, la fuerza de lo que siento es igual para ambos.

Eva se arrodilló a su lado, abrazó sus piernas y apoyó la cabeza sobre su regazo.

—Si tuvieras que dedicarnos una canción a los dos, ¿cuál elegirías? —le preguntó Gabriel.

Carlos alzó sorprendido la vista. Jamás le habían hecho una pregunta más sencilla y más complicada a la vez. Suponía que era una suerte que últimamente le hubiera dado por oír canciones de amor melancólicas que les recordaba a ellos.

—Contigo aprendí.

Gabriel y Eva intercambiaron una mirada.

—¿Tú sabías que era tan carcamal? —Gabriel cabeceó.

—¡Oye, que la versión de Alejandro Fernández y de Malú no es tan vieja! —protestó Carlos, arrepintiéndose de inmediato de su precipitada respuesta.

Eva lo besó en el muslo.

—Lo importante es lo que quiere transmitir, no sus conocimientos musicales, bebé.

Carlos frunció el ceño, no muy seguro de si debía sentirse feliz de que lo comprendiera o insultado. «Si a Gabriel lo llama bebé, ¿quién soy yo?».

Gabriel se arrodilló al otro lado de Carlos.

—¿Y qué hacemos ahora? ¿Lo damos por válido?

Ella alzó la cabeza.

—No. Para una vez que habla, puede hacerlo mucho mejor.

Gabriel asintió y señaló con la barbilla la enorme erección que despuntaba entre ambos.

—¿Para ti o para mí? —le preguntó con una sonrisa traviesa, robándole a Carlos el aliento.

—¿Nunca nadie te enseñó que las cosas buenas de la vida se disfrutan más cuando se comparten?

—Estoy dispuesto a aprender, mami.

Los dedos de Carlos se hundieron en el asiento del sillón a medida que los rostros de ellos se acercaban, atrapando su erección entre ellos. «¡Joder!», fue lo único que fue capaz de pensar cuando ambos se besaron con su glande entre ellos. Sus lenguas lo rodearon en un lento baile de dos, calentándolo y mojándolo en el proceso. Sus besos fueron lentos, tiernos y profundos, y de alguna forma consiguieron que en todo momento estuvieran unidos los tres en ese único y sentido beso.

Ella fue la primera en romper el hechizo cuando lo miró.

—Por si no te ha quedado clara nuestra conversación, queremos que sigas hablando; si quieres que dejemos que te corras, claro está.

—Eva sonrió como si no acabara de amenazarlo con la más cruel de las torturas.

Le lamió del tronco hasta la base para regresar a la boca de Gabriel. El chico siguió su ejemplo, pero luego también él alzó la cabeza.

—Se me ocurre una forma mucho mejor de hacer que hable.

—Ah, ¿sí? —preguntó Eva, curiosa.

Carlos no supo qué le daba más miedo, si la ceja arqueada de ella o el brillo casi diabólico en los ojos azules.

—Ajá... —El chico se situó entre las piernas abiertas—. Aunque necesitaré tu ayuda, mami —la avisó antes de agachar su cabeza y atrapar una de las pelotas de Carlos entre sus labios.

—Recuerda que nada de dejar que se corra —lo advirtió Eva.

Las caderas de Carlos se levantaron de la silla con un torturado jadeo cuando ella aceptó la petición de ayuda, y sin más preguntas, cogió la erección entre sus manos y abrió los labios para bajar sobre él.

Con ambos trabajándolo con lengua, labios, dientes y dedos, creyó estar a punto de perder la cordura. Sus caderas se alzaban de forma frenética, en parte para salir en busca de Eva, en parte para dejarle a Gabriel sitio para llegar a los rincones más recónditos.

Odió la experiencia de ella y su forma de parar y sujetarle justo debajo del frenillo cada vez que adivinaba que estaba a punto de

correrse. Y odió aún más a Gabriel, por conocer los secretos del cuerpo masculino que pocas mujeres llegaban nunca a aprender.

—¿Qué demonios queréis de mí? —les exigió entre dientes apretados cuando ella le apretó el frenillo por enésima vez.

—¡Que nos digas de una puñetera vez lo que sientes por nosotros! —exclamó ella, sin dejarse asustar por su genio.

—¿Lo que siento por vosotros? ¿Acaso no lo sabéis aún?

Las manos femeninas se detuvieron cuando lo miró.

—Insinúas cosas, tienes gestos, pero no, creo que nunca nos has dicho a ninguno lo que de verdad sientes por nosotros. Y ahora, más que nunca, cuando somos dos en vez de uno, necesitamos saberlo.

También Gabriel se había detenido para observarlo.

La incertidumbre que detectó en los ojos de ambos hizo que los ruegos por alivio de su cuerpo pasaran a un segundo plano. «Dios, no dejes que la cague ahora». Tragó saliva.

—Os amo. A ambos. Sé que no parece creíble ni razonable, y ni siquiera podría explicaros cómo ha ocurrido, pero me he enamorado de los dos.

Eva se levantó y se sentó sobre él con las piernas abiertas. Carlos la contempló desesperado.

—Lo siento, no lo he buscado ni lo he hecho a propósito. He intentado evitarlo, pero... —Ella le puso un dedo sobre sus labios, pero cuando Carlos miró a Gabriel, supo que tenía que terminar de contárselo—, pero ha entrado en mi vida como un huracán y lo ha puesto todo patas arriba, y aunque me he asustado y me he odiado a mí mismo por hacerlo, he amado cada momento del caos que ha provocado.

—¿Hay algo más que quieras saber? —Ella se dirigió a Gabriel por encima de su hombro.

Cuando negó, ella se giró y besó a Carlos.

«Dios, ¿por qué tiene que ser todo tan difícil en esta vida?», se preguntó al saborear la ternura de ella.



Dividido entre cerrar los ojos para disfrutar del modo en que el cálido y apretado canal femenino lo acogía, adaptándose y amoldándose a su grosor, y ver la expresión de ella a medida que su verga se abría camino en su interior, Carlos no advirtió que había dejado de respirar hasta que sus ingles se unieron y ambos gimieron al unísono. Sus miradas se cruzaron cuando comenzó a balancearse sobre él.

—Eva... —«No te detengas ahora, ¡díselo!». Carlos inspiró con fuerza para armarse de valor—, te amo.

Lo besó como jamás lo había besado, llena de un hambre voraz y exigente que le pedía que se entregara sin reservas y, al mismo tiempo, confesándole sin palabras que le correspondía.

El beso terminó de forma tan abrupta como empezó cuando le hincó las uñas y le mordió el hombro.

—Cielo, ¿qué ocurre? —Tenía claro que Eva no podía estar corriéndose, ya que solía tomarse su tiempo para esas cosas. ¿Le dolía algo? ¿Se había hecho daño?

—Gabriel... aprende... demasiado rápido... —jadeó ella antes de volver a morderlo con un torturado gemido.

Ladeó la cabeza para averiguar qué ocurría detrás de ella. No pudo divisar mucho, pero fue suficiente como para adivinar que Gabriel le había separado las nalgas con ambas manos y estaba usando su lengua para provocarla. Carlos sonrió. Sí, era rápido aprendiendo. «¡Demasiado rápido!», coincidió cuando una mano llena de saliva se deslizó sobre su escroto y trazó la fina línea del centro, lo que hizo que la sonrisa se congelara en su rostro.

Echando la cabeza hacia atrás, apretó los párpados e intentó concentrarse en el dolor que le causaban los dientes incrustados en su hombro en vez de en el delicado placer que le proporcionaban los diestros dedos y la forma en que ella contraía los músculos a su alrededor cada vez que la lengua la embestía.

«No hay forma humana de evitar que me corra», gimió Carlos, preparándose para su derrota.

Eva y Carlos jadearon aliviados cuando Gabriel se incorporó.

—No creo que sea capaz de sobrevivir a los dos juntos —murmuró ella justo antes de alzar la cabeza y contemplarlo con ojos grandes y la boca abierta.

Le bastó ver la cara de concentración de Gabriel para adivinar lo que ocurría, aunque, si no hubiera sido así, los gemidos femeninos y la forma en que su verga quedaba aplastada dentro del estrecho canal mientras él la tomaba desde atrás le revelaban el resto.

—Gabriel..., mírame.

El chico lo ignoró. Se apartó de ellos y, para sorpresa de todos, empujó la silla hasta la pared. Solo cuando estuvo seguro de que no se movería, se situó entre las nalgas de Eva con una mueca torturada.

Ella soltó pequeños jadeos, como si estuviera dividida entre gritar y gemir. Carlos no se quedó atrás cuando su verga se deslizó a lo largo de la suya, separada apenas por el delicado tejido interior. Al mirarlo, supo que no importaba que no estuvieran dentro el uno del otro ni que Eva estuviera entre ellos. Estaban follándose igual, y el morbo de la situación era incluso mayor.

—¿Preparada, mami? —le preguntó Gabriel sin apenas voz cuando alcanzó el tope.

Ella no respondió. Permanecía con la cabeza agachada, respirando mientras ellos podían sentir sus erecciones pulsando hambrientas en su interior. Cuando alzó la cabeza, sus ojos tenían un brillo vidrioso. Echó un vistazo por encima del hombro.

—Duro..., fuerte..., como si quisieras partirme en dos.... Y, Gabriel...

—¿Sí, mami?

—Tu llevas el control, pero quiero correrme con los dos vaciándoos en mí, con vuestro semen caliente inundándome cuando lo haga, y lo quiero ¡ya!

Carlos no tuvo tiempo para prepararse. Gabriel cumplió las órdenes a rajatabla, embistiéndola como si la vida le fuera en ello, presionándola contra él con cada empuje y frotando su erección contra la de él una y otra vez.

La oficina se inundó con sus jadeos, gritos, gemidos y el golpeteo

rítmico y furioso de la silla contra la pared. En algún momento creyó oír también una llamada en la puerta y la voz de Cynthia llamándolo, pero no le importaba. Nada importaba más que el momento, Eva y Gabriel y las sensaciones que compartían.

Una ojeada al chico le reveló que estaba tan a punto de correrse como él, pero Eva, a pesar de las manchas rojizas que teñían sus mejillas y pechos y las pequeñas perlas de sudor, parecía estar teniendo dificultades. Atrapó como pudo uno de los pezones entre sus labios para chuparlo y consiguió mover su brazo lo suficiente como para alcanzar sus resbaladizos pliegues. Sin soltar el enorme pezón, sonrió victorioso cuando alcanzó su clítoris y ella arqueó la espalda. A su espalda, Gabriel gimió un ahogado «¡Mierda!» cuando ella contrajo todos sus músculos, echó la cabeza hacia atrás y soltó un largo grito mientras chorros y chorros de caliente líquido lo salpicaban. No era frecuente que ella se corriera de esa forma, pero eso lo hacía aún más excitante. Carlos intentó retenerse un segundo más, uno solo..., hasta que también Gabriel jadeó y sus embestidas se volvieron más erráticas. Fue el instante exacto en que abandonó todo su control, cerró los ojos y dejó que la explosión de placer lo inundara y absorbiera.

—Lo siento, creo que habría sido mejor que lo hubiéramos hecho en tu casa —se disculpó Eva, aplastándolo con su peso y el de Gabriel—. Será un poco complicado explicarle a tu secretaria el desastre que he formado.

«¡A la mierda con esa niñata!».

—Jamás vuelvas a disculparte por correrte así, cielo —la amonestó—. Pero sí, creo que tienes razón y que es mejor que vayamos a casa para terminar lo que hemos empezado.

—¿Aún hay algo por terminar? —le preguntó ella con el ceño fruncido.

—He dejado que hicierais conmigo lo que queráis. Ahora es mi turno con vosotros dos, y por suerte para mí, es viernes, lo que significa que será un turno muuuy largo.

—¡Genial! —Gabriel se incorporó con una sonrisa de oreja a oreja. Eva gimió.

—¡Dios! ¡Aún no se ha salido de mi trasero y ya está empinándosele

otra vez!



El gemido de dolor lo arrancó del placentero sueño en el que todo su mundo había vuelto a encajar, y se presentaba ante él lleno de un futuro que hasta hacía poco habría sido imposible de imaginar.

Carlos alzó la cabeza, aún medio adormilado, y buscó el origen del extraño sonido. No tardó en encontrarlo cuando se repitió por segunda vez y fue seguido por un sollozo.

—¿Gabriel? —Carlos se levantó de un salto de la cama y se acercó en dos zancadas a él—. Gabriel, ¿qué ocurre? ¡¿Qué ocurre?! — insistió, zarandeándolo cuando el chico se deslizó hasta el suelo y se tapó la cara.

Gabriel le entregó el folio que llevaba en las manos y lo miró con los ojos azules inundados por un inmenso dolor.

—Se ha ido —murmuró—. Se ha marchado.

Un inmenso frío se extendió por su cuerpo cuando cogió lo que parecía una carta y se sentó en el sofá para leerla. Sus manos temblaban tanto que al principio pudo poco más que reconocer la elegante letra de Eva.

Llevo toda una vida oyendo a la gente hablar del amor, del corazón y de cómo todos tenemos una media naranja que nos completa y que fue creada para nosotros. Hoy, al veros abrazados en la cama, he descubierto cuán equivocados estaban todos esos sabios, escritores y poetas.

Se equivocan. El amor verdadero, el de verdad, el más fuerte..., ese no se guarda en el corazón, sino que lo atraviesa para llegarte al alma hasta fundirse con él y hacerlo más grande e inmenso de lo que jamás habías imaginado.

Quizás, por eso, todos esos sabios también estaban equivocados con respecto a que solo se puede amar una vez en la vida y a una sola persona. El corazón es demasiado pequeño y humano para albergar algo tan inmenso, pero el alma tiene cabida para eso y más.

Lo más probable es que cuando leáis esto penséis que estoy hablando pamplinas o que desvarío y no entendéis nada de lo que

estoy tratando de transmitirlos. Es lógico, ni yo misma lo entiendo aún. Solo sé que os amo, a los dos, y que os amo con todo mi ser y mucho más allá de mi corazón.

También sé que para nosotros no sirve un final de película en el que todos terminemos bailando mientras desayunamos. Nosotros no somos así. Siempre necesitaremos algo más.

Eva.

P.D.: No vayáis a mi casa, no estaré allí. Os llamaré cuando esté preparada.

—Está equivocada —mencionó Gabriel cuando Carlos dejó caer la carta sobre su regazo—. No digo que sea fácil, pero habría sido posible. Si de verdad nos amara tanto como dice, podríamos haber encontrado la forma de que funcionara entre los tres.

Reparando en los ojos enrojecidos de Gabriel, Carlos apretó la mandíbula. «¡Maldita sea, Eva! ¿Qué has hecho?». Arrugó la carta y la tiró a la otra esquina del sofá antes de ir a por el móvil y marcar furioso su número. Poco le faltó para lanzar el aparato contra la pared cuando salió la repelente voz del contestador diciendo: «*Este número no se encuentra disponible en este momento*».

Negándose a darse por vencido, entró en el Messenger de Facebook y realizó una videollamada desde allí. Con cada pitido sin contestar se puso más y más tenso. Gabriel se colocó a su lado y se abrazó.

De repente, apareció la cara de Eva en la pantalla.

—¡Hola, buenos días!

—¿Buenos días? —A Carlos le faltó poco para mandarla a la mierda cuando en vez de verla llorando y deprimida se encontró con una mujer llena de energía y alegría—. ¿Puede saberse qué estás haciendo? Nos dejas una nota así y te largas. ¿No crees que nos merecíamos más que una simple carta, que nos debías al menos una explicación y una oportunidad de hablarlo contigo?

Ella parpadeó confundida.

—Os puse que os llamaría cuando estuviera preparada. Pensé que os gustaría, pero si no es así, no pasa nada.

—¿Se te ha ido la pinza? ¿A quién le gusta que su mujer se largue sin...?

—¡Está en el club! Esa es la habitación en la que grabamos el vídeo que te enviamos ayer —le explicó excitado Gabriel cuando Carlos entrecerró los ojos.

—¿Estás en el club?

Eva miró a su alrededor.

—Sí, eso parece —le contestó con sequedad.

—¿Para qué estás allí? —le preguntó Carlos, poniéndose de repente enfermo ante la idea de que pudiera estar con otro hombre. Incluso la idea de otra mujer lo desagradaba.

—Preparando vuestra sorpresa, ¿qué si no?

—¿Sorpresa?

—Sí, os lo puse en la carta.

—En la carta ponía que te largabas.

Ella frunció el ceño.

—Yo no he puesto nada de eso.

—Has puesto que no creías en un final de película para nosotros —protestó Carlos, cada vez menos convencido.

—¿Tú te ves bailando conmigo y Gabriel nada más levantarte con los ojos hinchados y medio dormido?

—Mmm..., no.

—¡¿Ves?! Pensé que después de tomar café os apetecería algo más como esto... —Eva giró la cámara del móvil y le mostró la cruz de San Andrés, las velas, una bandeja con un desayuno frío a base de frutas, panecillos y queso, una serie de juguetes preparados sobre una mesa auxiliar...

—Espera, para ahí —le ordenó Carlos cuando la imagen pasó por un espejo donde en el reflejo se veía una atractiva Eva enfundada en un apretado vestido de látex y botas que le llegaban casi hasta los muslos.

—¡Guau! ¿Podemos saltarnos el desayuno? —intervino Gabriel a su lado.

El rostro de Eva apareció de nuevo en la pantalla.

—¿Me crees ahora? ¿Por qué iba a confesaros que os amo para largarme acto seguido?

Con un suspiro, Carlos se dejó caer hacia atrás en el sofá y se frotó el puente de la nariz.

—No lo sé. Imagino que al encontrar a Gabriel alterado, me dominó el miedo y leí lo que temía que pudiera ocurrir.

La expresión de ella estaba llena de comprensión.

—Nadie dijo que fuera a ser fácil, pero de alguna forma encontraremos el modo de que funcione. Y no, Gabriel, no podéis saltaros el desayuno, pero podéis desayunar aquí conmigo si queréis.

—¡Genial! —chilló Gabriel, saltando del sofá para ir directo a por sus vaqueros, sin esperar siquiera la opinión de Carlos al respecto.

Carlos y Eva se miraron.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Él asintió.

—Lo siento. Me dejé dominar por el pánico de perderte.

Ella le dirigió una sonrisa traviesa.

—¿Se supone que debo consolarte o castigarte por eso?

—Ambos. El orden me es indiferente siempre que seas tú quien lo haga.

—No tardes. Ya te echo de menos, cielo.

Ambos se despidieron con un beso.

—¿Eso significa que entonces intentaremos quedarnos los tres juntos? —quiso saber Gabriel cuando colgó la llamada.

Echando un último vistazo a la pantalla del móvil, Carlos soltó un fuerte suspiro.

—Creo que sí.

Gabriel asintió, pero de repente hubo un incómodo silencio.

—Yo...

—Lo siento —lo interrumpió Carlos, como si las palabras le hubieran pesado en el alma.

Los dos se miraron.

—¿Qué sientes? —le preguntó Gabriel.

Carlos fue a la ventana y le dio la espalda.

—Haberte dejado. Haberla elegido a ella por encima de ti cuando llegó el momento de tomar una decisión.

Gabriel lo abrazó desde atrás y apoyó la frente en su hombro.

—¿Quieres que te confiese la verdad? Lo entiendo. A día de hoy, yo habría tomado la misma decisión si hubiera tenido que elegir.

—Es imposible no enamorarse de ella, ¿verdad? —le preguntó

Carlos.

—Imposible —admitió Gabriel—. Creo que somos jodidamente afortunados.

«Lo somos», sonrió Carlos al observar en el cristal los brazos que le rodeaban la cintura.



Epílogo

Ajustando la pequeña almohada de cortesía tras la cabeza, Eva se quitó los zapatos, se colocó los auriculares de su MP4 y cerró los ojos justo antes de que el avión comenzara a moverse por la pista de aterrizaje. Sonrió. Era el principio de su nueva vida. Una mano rodeó la suya y la apretó con fuerza. ¡Demasiada fuerza!

—¡Gabriel! ¡Vas a aplastarme la mano!

—Lo siento.

Miró su mano, pero no aflojó el agarre. Fue ella quien tuvo que abrirle los dedos de uno en uno para que la soltara.

—Ya te he dicho que no pasa nada. Es mucho más probable que te ocurra algo mientras vas en coche que cuando vuelas.

—Sip, pero es más fácil decirlo que creerlo —murmulló Gabriel, apretando los dientes y sujetándose al reposabrazos cuando la gravedad los empujó en el sillón.

Eva colocó una mano sobre la suya, tapando los nudillos blancos por la tensión, y echó un vistazo a Carlos sentado a su izquierda. Sus ojos se encontraron y ella no pudo evitar esbozar una sonrisa al percibir la calidez que desprendía.

—Se relajará en cuanto llevemos un rato en el aire —la consoló Carlos con un guiño.

Eva apoyó la cabeza en su hombro y volvió a cerrar los párpados. Estaba muerta de sueño, aunque por primera vez en su vida no era por los nervios del viaje, sino por el cansancio acumulado a lo largo de las noches de compartir cama entre los tres y, sobre todo, por el incansable apetito sexual de Gabriel. Esperaba que una vez que se le pasara la excitación de todas las novedades que habían ocurrido en su vida acabara por estabilizarse y normalizarse, aunque no descartaba esposarlo a la cama si seguía así. ¡No había forma de sobrevivir a tanta libido descontrolada! A su lado, la azafata pareció decirles algo a sus vecinos de asiento. Eva subió el volumen de la música. No quería que nadie le hablara. Dormir, lo único que quería era dormir.

En su sueño, sonrió cuando el cachorrito con adorables ojos azules

frotó la mejilla contra su hombro y apoyó la cabeza contra su pecho. Gimió de placer cuando además le metió la suave zarpa dentro del sujetador para buscar su pezón y se lo cogió como si con eso se calmara. Debería estar prohibido que los cachorrillos despertaran sensaciones tan placenteras en sus dueños...

«¡Un momento!». Se puso rígida cuando de repente comprendió que el peso sobre su pecho era real y que, efectivamente, alguien estaba tocándole el pecho. «¡Dios! ¡Están metiéndome mano en medio de un avión!».

Se sentó sobresaltada, asustando en el proceso a la persona sobre cuyo hombro había estado durmiendo, y haciendo que su acosador se sentara también con un respingo y la mirara adormilado en la tenue oscuridad del avión.

—¿Gabriel?!

—¿Qué ha hecho ahora? —gruñó el otro hombre a su lado.

—¡Ufff! Pensé que había un desconocido acosándome. ¿Qué estás haciendo?

—No he hecho nada —se quejó Gabriel—. Solo estaba soñando que... Estaba soñando —concluyó, como si hubiera decidido que no le convenía contar la verdad.

—¿Queréis dejar de hacer ruido? Estoy tratando de recuperar sueño, por una vez que ese obseso sexual me deja dormir y no puede meterme mano mientras lo hago —masculló Carlos, acomodándose de nuevo para tirar de ella y abrazarla antes de cerrar los ojos.

—No soy un obseso, sino un hombre joven con un apetito sexual muy sano —rechistó Gabriel, acomodándose también sobre el pecho de ella, quien reaccionó incorporándose nuevamente.

—¿Quieres estarte quieto? ¡Estamos en medio de un avión! —siseó Eva todo lo bajo que pudo.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó Carlos. Abrió un ojo con el ceño fruncido.

—Quiere engancharse a mis pezones.

Carlos puso los ojos en blanco.

—Mejor. Así se estará quieto.

—Eso no te lo crees ni tú. Que se enganche contigo si quieres que se esté quieto.

Gabriel bufó.

—Él solo tiene un sitio al que engancharme con la boca. ¿De verdad crees que este es el lugar adecuado para hacerlo?

Ella no pudo evitar reír ante la idea.

—Creo que estoy empezando a tener mi primer motivo para quejarme en esta relación —gruñó Carlos, aunque en sus ojos chispeaba la diversión—. Siempre me han hecho creer que a las mujeres os sube la libido con la edad mientras a los hombres nos va bajando. Pensé que eso me permitiría vivir mi vida sexual de forma estabilizada y feliz mientras tú y él os desfogáis mutuamente.

—Tsk... Quiero ver eso de que nos veas follando y tú te quedes mirando —rechistó Gabriel.

—Me encanta ser un espectador..., al principio —sonrió Carlos de oreja a oreja.

—¡Ufff! Empiezas a sonar como un machista retrógrado. ¿Podemos dejarnos de pamplinas y dormir un poco? —les pidió ella, volviendo a acomodarse sobre el hombro de Carlos.

—¿La has oído? Me acusa de ser un machista y es ella la que se ha montado un harem —se quejó Carlos, y la abrazó.

—No pensaréis en serio que voy a trabajar para manteneros a los dos como si fuerais princesas vírgenes, ¿no? —intentó bromear ella, aunque no le disgustaba del todo la idea de llegar a una casa limpia en la que la esperaran dos hombres desnudos y dispuestos a complacerla.

Carlos rio.

—Aún no me siento como una princesa, aunque la idea de que el obseso sexual me mantenga me resulta cada vez más atractiva. Espero con sinceridad que las previsiones de su nuevo agente se cumplan y que no sean solo castillos en el aire.

Ella también cayó en su risa.

—La perspectiva es buena. Me hace ilusión viajar a la exposición de Múnich y ver allí sus cuadros.

—Solo para vuestra información. Meterme más presión de la que ya tengo no ayudará a relajarme —musitó Gabriel.

Esta vez Eva no protestó cuando volvió a apoyar la cabeza sobre su pecho, al menos no hasta que le metió la mano debajo de la camiseta

y le buscó el pezón bajo el sujetador.

—¡Gabriel, deja de cogerme la teta, que estamos en público! —
siseó alterada.

—Por favor, mami —le rogó con ojitos de cachalote moribundo—.
Me calma tocarte.

Carlos soltó una risotada baja y aseguró la manta sobre ellos.

—Déjalo, anda. Nadie se dará cuenta. A ver si así nos deja
descansar de la que nos lleva dada desde que compramos los billetes
de avión. Es la primera vez en mi vida que he conocido a alguien al
que la única forma de calmarle los nervios es dándole sexo.

—Pues tú bien que te aprovechaste de ello —masculló Gabriel algo
ofendido.

—Una pregunta. —Eva entrecerró los ojos para estudiarlos a los dos
—. No tendréis pensamiento de pasaros los días discutiendo,
¿verdad?

—Tú tienes la culpa —la acusó Carlos, encogiendo el hombro
cuando lo miró boquiabierto—. Cuando vivía conmigo, era mucho
más silencioso, moldeable y sumiso. Fuiste tú quien me lo devolvió
así de protestón y exigente.

—Si fuera exigente, habría pedido chuparle los pezones en vez de
cogérselos —murmuró Gabriel, tumbándose sobre el pecho de Eva.

Soltando un largo suspiro, ella contempló el techo del avión y
reprimió una sonrisa. No iba a dejarles adivinar que la divertían sus
discusiones sin sentido.

—Me niego a empezar una discusión aquí en público, pero que
sepáis que en cuanto lleguemos a casa, vamos a tener una charla
muy seria sobre vuestros modales y vamos a establecer algunas
normas y las consecuencias si no las cumplís.

Cerrando los ojos, se recreó en el sonido del corazón de Carlos y el
cálido aliento de Gabriel sobre su piel.

—¿Soy el único al que se le ha puesto dura con lo que ha dicho? —
preguntó de repente Gabriel.

—Nop —respondió Carlos sin moverse.

—¿Cuántas horas faltan todavía para llegar? —El tono de Gabriel
fue casi un gemido.

—Demasiadas —gruñó Carlos.

—¿Y si...?

—¡A dormir los dos! —les ordenó ella con una voz mucho menos dura de lo que había pretendido.

La mano de Gabriel se cerró con más fuerza alrededor de su pezón, enviándole una señal de placer a su bajo vientre, que se inundó de calor, pero ninguno de los hombres rechistó. ¿Acababan de acordar entre ellos que los excitaba que los dominara a los dos?

«Dios, Gabriel tiene razón. ¡Qué largo va a hacerme este viaje!».

Intentó alejar de su mente la imagen de ambos arrodillados y esposados desnudos ante ella, e intentó centrarse en todo lo que habían hablado. Una sensación de absoluta felicidad comenzó a envolver su corazón. La amaban. Ambos la amaban y estaban dispuestos a dejarlo todo por permanecer a su lado. ¿Podría ser la vida más perfecta?

«¡Mierda!».

—Bebé...

—¿Sí? —soltaron ambos hombres al unísono.

Eva frunció el ceño cuando los dos se pusieron rígidos.

—Vamos a dejar un pequeño detalle claro —murmuró Carlos—. Yo soy bebé, tú eres mami o cielo, y él es nuestro cachorrillo.

Ella alzó ambas cejas cuando el cachorrillo se relajó sobre su pecho con un leve ronroneo que parecía significar algo como «Mientras pueda devorar sus tetas, yo feliz de la vida».

—¿Y cuando quiera llamaros a los dos?

—Bueno, entonces puedes llamarnos... Eh...

—¿Bebés, cachorrillos, mis hombres..., amores de mi vida? —le sugirió Gabriel al tiempo que Carlos bufaba.

—Bien, amores de mi vida —se burló ella—, acabo de darme cuenta de que hay algo que no os he confesado aún. —Sonrió para sí misma cuando ambos volvieron a ponerse rígidos—. Soy feliz de que estéis conmigo.

—Eres tú quien me ha dado todo lo bueno que tengo hoy —le confesó Gabriel.

Siguiendo un impulso, ella le cogió el rostro con ambas manos y lo besó.

—Creo que acabas de cometer un pequeño error, mami —le

murmuró Carlos al oído cuando Gabriel le respondió al beso con un gemido apasionado.

Cuando se separó de él casi sin aliento, los ojos azules se habían oscurecido de deseo.

—Estoy deseando llegar a casa para...

—¿Llegar a casa? —Gabriel se acercó a su oído—. No quiero esperar a que lleguemos. Te deseo ahora, mami.

—Te lo advertí, cielo —se burló Carlos en su otra oreja.

Y como si necesitaran confirmárselo, la mano sobre su pezón incrementó la presión y la de Carlos se deslizó por su muslo para alzarle la falda debajo de la manta. Ella revisó rápidamente su entorno, pero en la penumbra del avión, la mayoría de los pasajeros dormían, a excepción de alguna que otra persona que mantenía la vista fija en la diminuta pantalla del respaldo delantero. Relajándose en su asiento, abrió los muslos permitiéndoles libre acceso a los inquietos dedos que pronto encontraron el camino hacia su interior.

Gabriel volvió a tenderse sobre su pecho, acomodándose y disimulando como si fuera a dormir, aunque su lengua y labios se aventuraron dentro de su escote y con su otra mano le bajó el sujetador para jugar con su pecho. Ella reprimió un jadeo cuando el pulgar de Carlos alcanzó su clítoris mientras que Gabriel le pellizcaba el pezón. «¡Dios!». ¿De verdad iba a tener que correrse sin poder hacer ruido?

Sin esperar a que la espiral de calor y placer en su vientre se intensificara, alargó ambos brazos para alcanzar sus erecciones y las rodeó con decisión. Un gemido apagado resonó contra su pecho, haciéndola sonreír de forma triunfal. ¿En serio habían creído que los dejaría irse de rositas mientras ella se corría en un avión lleno de pasajeros?

Carlos se abrió la cremallera y le cogió la mano para mostrarle cómo de duro necesitaba que lo manipulara. Gabriel la ayudó a su vez a abrir sus vaqueros y a liberarlo. Ella estableció un ritmo para ambos, que se acompasaba con los expertos dedos que se movían entre sus piernas. Cerró los ojos, sabiendo que Carlos se encargaría de avisarlos si alguien se acercaba o se fijaba en ellos, y se concentró en

las sensaciones que le provocaban las caricias de sus alientos, labios y dedos.

Supo que Gabriel iba a ser el primero en llegar cuando la succión sobre sus pezones incrementó y sus caderas comenzaron a moverse de forma espasmódica. El desesperado intento de él por controlarse y no hacer ruido fue lo que la lanzó también a ella hacia la explosión de placer que la hizo levantar el trasero del asiento y sujetarse a la mano de Carlos para obligarlo a hundir sus dedos hasta los recovecos más profundos de su vientre. Él la besó tragándose sus jadeos, hasta que lentamente su cuerpo se relajó y bajó de nuevo al sillón. Los últimos coletazos de placer aún la recorrían cuando se dio cuenta de que Carlos se había quedado atrás.

—Gabriel.

Él la entendió de inmediato. Estirando su brazo, la ayudó a masturbar a Carlos. El rostro de Carlos se endureció, su mandíbula se apretó. Aun así, pudo notar su dificultad para llegar. Con los dedos embadurnados con el semen de Gabriel, le trazó los labios y luego tiró de su nuca para atraerlo.

—¿Puedes imaginarte todas las posibilidades ahora que tenemos un juguete para los dos? —le susurró antes de besarlo y compartir el excitante sabor entre ambos.

Carlos se sujetó con fuerza a ella cuando comenzó a convulsionar.

—Justo a tiempo —sonrió Gabriel, travieso, cuando algunas luces a lo largo del pasillo se encendieron y varios pasajeros comenzaron a estirarse—. Vienen las azafatas con un carro. Creo que van a darnos algo de beber.

—¡Mierda! —Eva maldijo, tratando de incorporarse de forma precipitada para adecentarse. Tenía la blusa abierta, el sujetador por debajo de sus pechos, las bragas en los tobillos y la falda arrugada alrededor de su cintura. Si no hubiera sido por la manta, el espectáculo que habría dado habría sido tremendo.

—Nada de eso —la advirtió Carlos, sujetándole la mano con la que trataba de subirse de la forma más disimulada posible el sujetador—. De hecho, creo que esto te sobra completamente.

—¡Carlos! —chilló Eva todo lo bajo que pudo cuando le abrió el cierre del sujetador y acabó quitandoselo por completo—. ¡Gabriel —

le recriminó al muy traidor cuando le cogió la prenda y la guardó en la mochila que llevaba debajo del asiento, metiendo de paso también sus bragas.

¡Estaba prácticamente desnuda bajo la manta!

—Shhh..., relájate, cielo. Por cierto, se me ha olvidado contarte que Gabriel te ha comprado un regalito.

«¿Regalito? ¡Regalito voy a haceros yo cuando consiga cerrarme la blusa y me baje la falda!».

Sin embargo, sus ojos se abrieron horrorizados cuando uno le sujetó una rodilla para abrirla y el otro le empujó una cosa redondeada entre sus piernas, llenando el vacío que había sentido cuando los dedos de Carlos la habían abandonado hacía menos de diez minutos. No necesitó ver el mando a distancia de silicona rosa para adivinar que acababan de introducirle una bala vibradora.

—¿Te has leído las instrucciones para enterarte cómo funciona? —lo interrogó Carlos, presionando los diferentes botones.

—No me ha dado lugar. Había que bajarlas de Internet —le contestó Gabriel—. Pero creo que...

«Oh, ooh... ¡La madre que lo parió!».

Se sujetó a los reposabrazos del asiento cuando la bala comenzó a vibrar y Carlos experimentó con los diferentes ritmos. Una lenta sonrisa se extendió por el rostro masculino cuando pareció encontrar el que por fin le gustaba.

—Creo que vamos a dejarlo en este —opinó, pasándole el diminuto mando a Gabriel.

El rostro del chico se iluminó.

—Sí, este es genial. Me encanta cuando lo usas en mí. Es como si te... —Gabriel bajó la voz— follaran despacio y a conciencia.

No había sido necesario que se lo contaran. ¡Estaba sintiéndolo perfectamente! Eva tragó saliva cuando la azafata se paró a su lado.

—¿Zumos, té, café, agua?

—Yo quiero un café. ¿Tú qué quieres, cielo? —le preguntó Carlos como si no hubiera roto un plato en su vida.

«Recordarte lo bien que sabes rogar cuando eres tú quien lleva puesto un vibrador y te tengo de rodillas ante mí». Intentó sonreír, aunque sus dientes se apretaban con cada nueva vibración.

—Zumó, por favor.

Gabriel le abrió la bandeja del asiento delantero y le colocó el vaso, la servilleta y un paquete de aperitivos. Una señora mayor en la fila de la derecha los miró de forma rara cuando Carlos le dio de beber y Gabriel le dejó mordisquear uno de los palitos salados. No era como si tuviera mucha hambre, pero con la mirada de la señora fija sobre ella no le quedaban muchas opciones sobre qué hacer.

Por el rabillo del ojo, vio cómo una chica joven le dio un codazo a su pareja y le señaló el mando con el que Gabriel jugueteaba pasándolo entre sus dedos con una risita. En los ojos del chico brilló el reconocimiento y enseguida le susurró algo de vuelta. La chica se tapó con la manta, le hizo un guiño a Eva y se giró hacia su novio. «Dios, esto no puede estar pasando. Ya lo que me falta es que empiece una orgía en el avión».

—Sabéis que en cuanto lleguemos a casa os haré pagar por esto, ¿verdad? —amenazó a los hombres de su vida.

—¿Qué nos harás? —quiso saber Gabriel, quien casi escupió el zumo que estaba bebiendo y la miró con ojos llenos de deseo.

—Haré que roguéis por perdón hasta que os quedéis roncos y tembléis como una gelatina —les prometió.

Carlos le cogió la mano y le besó la palma.

—Creo que hay dos cosas que debemos aclarar —la advirtió Carlos con suavidad—. Para empezar, deberías saber que mi casa está donde estéis vosotros. No importa si es a tres mil metros sobre la tierra o en el fondo del océano.

A su derecha abrieron una ventanilla, revelando cómo los primeros rayos del amanecer alcanzaban algunas de las enormes y esponjosas nubes. Eva cerró los ojos y se relajó en el asiento. ¿No era curioso que no solo estuviera volando entre las nubes, sino que realmente se sentía como si flotara sobre ellas? «Como si estuvieran follándome mientras floto sobre ellas», se corrigió cuando sus músculos se contrajeron alrededor de la gruesa bala en su interior, preparándose para hacerla explotar y llevarla por encima de las estrellas.

—¡Mierda! Mira su cara. Está a punto de correrse —murmuró Gabriel, lleno de reverencia.

—¿Y la segunda cosa que quieres aclarar? —le preguntó ella entre

suaves jadeos.

El aliento de Carlos acarició el lóbulo de su oreja cuando la espalda de ella se arqueó. El mundo a su alrededor desapareció y una luz de partículas de placer le recorrió el cuerpo.

—Que tengo una ligera duda... ¿Quién es el juguete para dos?

Eva sonrió exhausta cuando su cuerpo se relajó. Apoyó la cabeza en su hombro mientras su sangre pulsaba con fuerza a través de sus venas y entrelazó sus dedos con los dos hombres de su vida.

«¿Importa? Os amo, vosotros me amáis... Todo lo demás son simples detalles», pensó, pero en voz alta dijo:

—Nos quedan cinco horas de vuelo para averiguarlo.

—Creo que has vuelto a meter la pata —gruñó divertido Carlos cuando a Gabriel se le escapó un diminuto grito de júbilo.

Fin

